

#MALOS



¿QUIÉN TE  
SALVARÁ  
AHORA?

LUIS ÁVILA

UN  
FENÓMENO  
wattpad

 Planeta

# Índice de contenido

## **Portadilla**

**0**

**1**

**2**

**3**

**4**

**5**

**6**

**7**

**8**

**9**

**10**

**11**

**12**

**13**

**14**

**15**

**16**

**17**

**18**

**19**

**20**

**21**

**22**

**23**

**24**

25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53

54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82

**83**

**84**

**85**

**86**

**87**

**88**

**89**

**90**

**91**

**92**

**93**

**94**

**95**

**96**

**97**

**98**

**99**

**100**

**101**

**102**

**103**

**104**

**105**

**106**

**107**

**108**

**109**

**110**

**111**

**112**

**113**

**114**

**115**

**116**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

#Malos

**#MALOS**



**¿QUIÉN TE SALVARÁ  
AHORA?**

LUIS ÁVILA



Ávila, Luis

#Malos : ¿quién te salvará ahora? / Luis Ávila. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6007-2

1. Narrativa Juvenil. I. Título.

CDD 863.9283

© 2017, Luis Ariel Ávila

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. sobre una idea de Luis Ávila

Diseño de interior: Mónica Deleis

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: agosto de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6007-2

*A los nuevos lectores:  
entraron en mi vida,  
cambiaron mi mundo.*

# 0

CARL

## Tiempo atrás

—¡Creí que no aceptarían mi invitación! —exclama Lottie, quien me asusta luego de haber soltado el grito.

Me acomodo los anteojos y el mechón de cabello que me cae en la frente.

Enderezo la mirada para distinguir que el umbral de la puerta es atravesado por dos extraños sujetos que llaman la atención por su aspecto desprolijo, aros en el rostro y tatuajes por doquier.

Tracy se pone de pie y, mientras Lottie abraza al más «decente», la primera se encarga de saludar al otro recién llegado que resulta muy... llamativo por el cabello azul y los aros expansores en las orejas. No son muy grandes y, debo admitir, le quedan bien.

Comparto algunas clases con el otro muchacho de pelo castaño y ojos verdes: Charlie. Tiene buenas calificaciones y se graduará a mi par, no obstante que su nivel académico dista mucho de tener los honores que lleva el mío.

Observo que Jay y Haley se ponen de pie, aunque no precisamente para recibir a los chicos nuevos sino que sus gestos de sorpresa parecen querer expulsarlos de inmediato. Van a alterar la estabilidad de nuestro club, pero no es lo que más me preocupa sino que pueda haber problemas... La verdad, no soy de las personas que tienden a salirse de la norma, pero me gusta cuando algunos tienen la valentía de hacerlo.

—¿Podemos acompañarlos? —pregunta Señor PeloAzulRebelde al presidente del Club de Lectura, Jay.

Develo en su expresión que quiere negarse, aunque conozco a estos chicos y nadie puede decirles «no».

Todos estamos sentados al borde de la mesa.

Mi lápiz se desliza con intensidad dibujando una enorme rosa, mientras el resto debate sobre la ciencia ficción y su utilidad.

Solo levanto la vista en tres ocasiones.

La primera coincide con la primera palabrota; proviene del acompañante de Charlie, que se ha identificado como Newt (sí, Pelos Azules):

—Tengo una puta adicción por los libros de ciencia ficción.

Luego se pone a criticar los demás géneros literarios, lo cual me obliga a tener que replicar a favor de mis novelas favoritas. Oh, Agatha Christie, esto va en tu nombre:

—Hay gente que desea leer ciencia ficción, como tú.

—Newt —corrobor.

—«Newt». Tú prefieres la ciencia ficción. Yo la novela negra, los policiales o las novelas de suspenso —el terror y toda la obra de Stephen King la ubico en este nivel—, que te invitan a pensar.

—Sí, esas historias también son mis preferidas porque tienen una manera particular de seducir —aporta esta vez a mi favor Jay.

La sorpresa llega de inmediato cuando la puerta se abre de par en par y un sujeto entra sin pedir permiso. Antes siquiera de que todas nuestras cabezas giren en su dirección dice:

—Principalmente atrapan si hay sexo en ellas.

¿Y este idiota quién es?

Me tomo mi tiempo para concentrarme en el susodicho y lo primero que logra llamar mi atención son sus dientes separados, sus labios anchos, sus dientes blancos enormes y los tatuajes en su cuello; me gusta el triángulo invertido en su antebrazo derecho.

En la medida que la conversación avanza, la rosa de mi dibujo comienza a florecer, a sangrar y a dejar que sus espinas llenen los espacios en blanco de la hoja donde aparece, mientras el chico nuevo se presenta con exagerado orgullo, aunque con un atractivo que es difícil para más de uno ignorar.

—¿En verdad se niegan a leer estas preciosas obras maestras? —agrega respecto a la enorme biblia negra que ha dejado reposar sobre la mesa.

—Disculpa —intervengo por última vez en toda la tarde—, pero ni siquiera nos has dicho tu nombre y ya nos... nos quieres «imponer» tus lecturas.

—«¿Imponer?» —dice con un gesto de clara molestia.

—Disculpa, no... no quería que... bueno, si fuiste ofensivo, digo, ¡si yo fui ofensivo...! Lo siento, aunque...

Acto seguido suelta una carcajada y todos nos relajamos de inmediato. El idiota aprovecha la atención puesta en él y acota:

—Me caes bien. Mi nombre es Jacob. ¿Y tú?

Su interés me toma desprevenido y me quedo pensando si sería buena idea decirle mi nombre, no obstante mi cuerpo ya ha reaccionado abriendo la boca antes de que pueda detenerme:

—Ca... Carl.

—¿Cacarl?

Ay, no, no, no.

—Carl, idiota —esta vez Haley salta en mi favor—. Ahora déjalo en paz.

Jacob separa los labios para objetar algo más, sin embargo, por algún motivo se detiene y no dice otra palabra el resto de la tarde.

Solo se queda mirándome sin vergüenza alguna y cada segundo que pasa me pone más nervioso.

Lo extraño es que, por algún motivo, yo tampoco logro quitar mis ojos de él...

PARTE 1

# #FIESTAENLABADHOUSE

## 1

TRACY

### **En la actualidad**

—¿Y bien? ¿Qué dices?

Mi cabeza se ha quedado dándoles vueltas una y mil veces a las palabras de Theo.

Hasta hace unos instantes eran tantas las cosas por decir que se chocaban en mi garganta; ahora, en cambio, no termino de entender cómo es que me he quedado completamente en blanco. Con todo y nada a la vez.

—Tracy, ¿estás bien? Te ves pálida.

Es posible. Estoy helada, casi no siento la sangre en mi rostro ni en el cuerpo entero para que me coloree la piel.

—Theo... —murmuro haciendo un esfuerzo sobrehumano con tal de salir de mi estado de estupefacción.

—¿Sí? ¿Necesitas que te repita la pregunta?

—No, no —lo detengo de inmediato con mis manos en alto.

Quizá si hubiera tenido la oportunidad de pensarlo antes, de hacerme una idea de que este momento podía llegar, mis armas para defenderme en esta circunstancia podrían ser otras y no un casi mutismo.

—¿Entonces? —insiste—. ¿Te casarás conmigo?

Vuelvo a quedar en silencio, mirándolo a sus ojos grises, que urgen con desesperación una respuesta por mi parte.

Finalmente meneo la cabeza en una clara negativa, que le rompe el corazón.

*De ese modo, el lobo divagó sin un rumbo preciso en la penumbra hasta que un poco de luz apareció en medio de la nada.*

*El lobo necesitó perderse para encontrar a su ángel.*

## 2

### TRACY

—¿Por qué? —pregunto antes de que nuestro mundo se desmorone.

Él frunce el entrecejo, aparta su cuerpo del mío y se pone rojo, violeta, de todos colores. No es necesario tocarlo para saber que está ardiendo.

—¿Lo dices en serio? ¿No... quieres? —finalmente se incorpora de un salto y estalla como la bomba que es y me veía venir—. ¡¿EN VERDAD NO QUIERES, DEMONIOS?! ¡¿TE VOLVISTE LOCA?! ¡¡¡PRIMERO ME RUEGAS UN POCO DE AMOR ¿Y AHORA ME SALES CON ESTA MIERDA DE QUE NO QUIERES?!!!

Sigo sentada al borde de la cama y lo miro fijamente.

—Theo, cálmate —digo intentando que la voz no me tiemble... pese a que una parte de mí desea explotar como una estrella y desaparecer—. Solo te estoy preguntando por qué quieres hacer semejante cosa. Si le pides matrimonio a una chica tiene que haber alguna prueba que le dé certezas. No puedes simplemente desaparecer cuando te da la gana y volver como si fueses un héroe, porque no es así.

—Entonces soy el malo, ¿no? Soy la mayor escoria que puede existir y todo porque este asqueroso monstruo te pide que te cases...

—¡No es así!

—¡¿Y cómo mierda se supone que es?!

Se lleva las manos a la cabeza y parece que quiere arrancarse el pelo del cuero cabelludo, cuando decide ir hasta la puerta y lo detengo.

—No, eso sí que no —afirmo y llego primero hasta la entrada—. No dejarás las cosas así, Theodore.

—Muévete, Tracy.

—No puedes hablarme de ese modo.

—Pero tú sí puedes hacer lo que te da la gana, ¿verdad?

Suspiro. Necesito calma. La cabeza me va a mil. Son millones de emociones encontradas que ni yo misma alcanzo a discernir entre una y otra. ¿Es que estamos condenados a un desastre sin fin?

—Solo... —murmuro— te pregunto por qué.

—Es obvio que, si te pido matrimonio, es porque quiero que te cases conmigo. No hay mucho para entender ni explicar, Tracy Smith.

—¿Cuál es el motivo que te hizo querer pedírmelo? ¿Por qué ahora?

Parece que finalmente su cerebro empieza a conectar con su alma y logra enlazar un poco conmigo. Bien, no sé hasta qué punto, pero al menos parece haber entendido mis preguntas.

—No valía la pena proponerlo antes —dice esta vez sin gritos, lo cual me devuelve cierta tranquilidad—. Mucho menos por chat. Así que estos días lo estuve pensando e ideé un... Ah, demonios, no vale la pena. En verdad.

—Sigue, Theo, por favor.

—Me estoy humillando.

—No, no lo estás haciendo. Te estás respetando a ti mismo al admitir lo que sientes.

Arquea una ceja.

Me está entendiendo, sé que lo hace. Por fin parece conectarse un poco con lo que ocurre dentro de él.

—Si volvíamos a hablar... —continúa—, en estos días, yo...

Simplemente tenía miedo de cagarla y soltarlo antes. Como lo hice ahora.

—Estabas intentando calmarme —le aclaro.

—Sin embargo ahora quien está intentando eso mismo eres tú conmigo.

La espontaneidad y la razón que llevan sus palabras hacen un *clic* en mi cabeza, que me conduce a soltar una risita cargada de entusiasmo.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Por qué te ríes? No lo hagas, por favor. Te ríes de mí cada vez que intento responder como debería.

—No, no, no —digo para que no se vaya por la tangente—. No se trata de eso. Solo que tienes mucha razón y no me había dado cuenta. ¿Cuál era tu plan? Lo que ideaste.

Me mira con impaciencia, aunque noto la duda clavada en su expresión. «Confía en mí», le ruego en mis pensamientos, sin lograr decirlo en voz alta.

—Tenía... planeada una cena —murmura—. Pero creo que eso ya lo hicimos antes y no funcionó.



Me encojo de hombros.

—No soy de las personas a las que les gustan los lujos —aclaro.

Recuerdo la vez que me invitó a cenar en ese lugar tan caro, donde pedí una langosta al estilo francés que casi me hizo vomitar de solo mirar su aspecto y terminamos dándosela a un vagabundo.

—Sé que no haces buenas migas con el lujo y me lo suponía incluso antes de invitarte esa noche a cenar, pero de todas formas quería que sintieras que yo estaba haciendo lo correcto.

—Como ahora —murmuro.

—¿Qué?

—¿Me pides matrimonio porque piensas que es lo correcto?

—¿Acaso eso... tiene una explicación?

Me muerdo el labio inferior.

Hasta hace unos momentos realmente parecía un monstruo explotando de la rabia, sin embargo ahora mismo se lo ve vulnerable, con la voluntad de rodillas ante mi compasión y estoy dispuesta a hacer algo bueno con eso.

—¿Podemos cancelar la reserva que tenías para esta noche? —le pregunto.

Mi acto de ceder ilumina su mirada, aunque no deja de mostrarse confuso.

—Al diablo la reserva —accede.

Gesto que me provoca una sonrisa honesta y le prometo:

—Esta vez lo haremos a mi modo.

### 3

#### TRACY

Apenas salimos de mi habitación, cierro mi mano en la de Theo y lo saco corriendo de ese lugar, cerrando la puerta de un portazo a nuestras espaldas.

—¡Agárrate fuerte! —le digo mientras evadimos a los estudiantes que nos cruzan (o mejor dicho, se obligan a apartarse para dejarnos pasar).

—¡¿Te... volviste loca?! —me pregunta mientras bajamos las escaleras a grandes zancadas.

—¡Sí! —contesto con orgullo.

Salto el último peldaño y él no se lo ve venir. Tropezas, aunque lo sostengo y sigo nuestro camino.

—¡Vas a matarnos! —asegura.

Y es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Ahora mismo algo mucho más fuerte que la sensatez me mueve a actuar de este modo. Trato de no escuchar las voces de mi interior que me sugieren conservar la cordura, sin embargo están en sintonía con lo que siento y no será tan fácil detenernos.

Las palabras de Theo lograron conmoverme.

Cuando salimos, soy consciente de que varias miradas se quedan fijas en nosotros, pero no me importa. Por una vez, quiero hacer algo sin pensar en qué dirán personas ajenas a mi vida.

—¿Cuál es el plan?! —me pregunta Theo entre jadeos. ¿Pensará que lo voy a matar?

—¡No lo sé! —admito.

Quiero dejarme llevar por la espontaneidad y hacer a un lado todos los cálculos fríos que siempre supuse para mi vida. Porque lo más importante, los mayores riesgos pero también las mayores alegrías, me los han dado precisamente esos acontecimientos imprevistos.

Una vez que entramos al campus, seguimos corriendo entre los caminos de concreto y las enormes parcelas de césped, hasta que visualizo el estadio abierto de deporte de la IVU y la respuesta llega de inmediato. Me gusta.

Theo sigue corriendo tomado de mi mano. Lo observo por encima de mi hombro por momentos y la sonrisa en su rostro no se le quita, al igual que la mía. Parecemos dos niños felices con su pelota nueva, una sensación que hacía mucho tiempo no lograba sacar a flote.

El estadio abierto es para hacer el deporte que deseamos los estudiantes, siempre que no podamos contar con el gimnasio, que cierra a las siete.

No quedan estudiantes en el área más que algunos que deciden salir a correr por la noche y se los ve tan enfrascados en su cronómetro que apenas reparan en el hecho de que dos locos sueltos se pasean a su alrededor.

Una vez que llegamos al centro del estadio, los focos reflectores nos iluminan bajo la agradable luz de la luna y un clima delicioso.

—Llegamos —le digo a Theo.

—Definitivamente, estás loca —asegura.

Y ambos nos dejamos caer a la par sobre el césped; es una suerte que no esté mojado, si no, lo lamentaríamos luego.

—Me gusta cómo se siente —digo cerrando los ojos y disfrutando de la sensación de bienestar; ambos descansamos de la carrera más estúpida pero feliz de nuestras vidas.

—A mí también —coincide Theo—. En verdad, el césped está asombroso.

—Me refería a tu mano —le digo mirando sus dedos, que sostienen los míos.

Él se percata de esto y al principio cede su fuerza, pero luego se relaja.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada, con esos ojos grises llenos de luz, de dolor, de energía, pero también de confusión.

—Estás... irreconocible.

—¿Para bien o para mal? —pregunto con una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo sé. ¿Qué hizo contigo esa propuesta? Me dijiste que no y aun así eres... otra.

Quisiera confesarle otra vez mi amor, pero tengo miedo de que salga corriendo y ya no sienta lo mismo.

Quisiera declararle que me hace sentir viva y saber que por fin está asumiendo lo que le sucede.

Necesito sentirme segura a su lado de una vez por todas, pero... ¿cómo? ¿Cómo aceptar su propuesta si puede hacerme sentir tan feliz pero, a veces, tan miserable? ¿Cómo asimilar una vida a su lado si en un momento nos estamos matando y al siguiente no hay personas en el mundo que sean más felices que nosotros? ¿De qué manera vamos a afrontar lo que pueda depararnos el futuro si nuestro presente mismo es incierto?

Necesito... algo. Algo de seguridad para mi vida desequilibrada. Y el muchacho que toma mi mano en este momento es precisamente la causa de tanto caos en mis días. Pero también de estabilidad.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

Desví mi mirada de la suya y la dirijo a la luna, que está en el centro del estadio y las luces intensas de los reflectores no llegan a ella.

—En... lo fascinante que es esto —asimilo.

Y quiero llorar.

Pero me contengo.

Quiero llorar porque recuerdo el primer instante en que nos acercamos lo suficiente como para saber que sería imposible volver a alejarnos. Recuerdo

cada ocasión en que se apareció en mi casa y en mis sueños para hacerme saber que es parte de mi vida y será imposible arrancarlo de ese lugar tan importante donde se ha quedado.

Mi Theo...

Ese niño que pide amor y perdón.

Es un chico desorientado que trata de lidiar con todos los gritos y el dolor en su cabeza.

Un alma en pedazos que busca rearmarse y me busca a mí para ayudarlo a intentarlo.

¿Será capaz de hacerlo? ¿O terminará haciéndome pedazos a mí también?

—Pienso en esto —señalo a nuestro alrededor—. De pronto parece hermoso pese a que me he pasado los últimos meses de mi vida caminando por aquí sin siquiera notar la belleza de algo tan simple como un montón de césped para hacer deporte.

—Es una conclusión... interesante —coincide—. Y me sorprende viniendo de ti.

—Theo —murmuro. Acto seguido giro mi cuello a un costado para volver a encontrarme con su mirada—, ¿puedo hacerte una pregunta sin que estalles a la primera?

Ya noto el modo en que su mano se tensa sobre la mía. La quita pero se reincorpora de costado para escucharme con atención.

—¿Debería? —pregunta.

Se sostiene con un codo, de lado sobre el suelo, y me incorporo en esa misma posición aunque con mi mano me hago rulitos en el cabello, presa de la ansiedad.

—No lo sé... —admito—. Pero necesito conocerte mejor. Necesito que me inspires algo estable.

—Tracy, desde el primer instante en que tanto tu vida como la mía estuvieron al borde de separarse para siempre —pienso en el incendio de la cabaña—, supe que no podía seguir malgastando mis días lejos de ti. ¿Eso no te hace pensar en que realmente deseo un poco de estabilidad en mi vida de mierda?

—Deja de subestimarte, por favor. Y no... No sabía que te motivé a proponerme... eso.

—¿Matrimonio?

—Sí, *eso* —¿Necesita mencionarlo tantas veces?

—He sido capaz de ver que todo lo que hemos creado puede desaparecer de un momento a otro. Pero lucharé con mi vida por construir algo y nadie me lo podrá quitar.

Quisiera creer en sus palabras. Pero el peligro está en la puerta siempre. Y solo se me ocurre un modo de encontrarle un punto medio a nuestros desastres:

—Seamos novios, Theo.

Me trago el pudor.

Nunca imaginé que terminaría siendo yo quien lo propondría.

Theo se ve asombrado, la mandíbula parece que se la va a desencajar pero, antes de que explote como una bomba de tiempo, añado:

—Te pido una semana. Seamos novios durante una semana. Si funciona, me caso contigo.

## 4

### TRACY

#### **Día 1**

*La dama y el vagabundo.* Una película que al día de hoy me hace llorar.

Es tan tierna, tan hermosa, tan linda... Reina y Golfo son como el agua y el aceite, nadie imaginaría un amor entre ellos, sin embargo resultan ser dos almas gemelas que ninguna otra película animada ha logrado igualar, desde mi parecer.

Esta película es mi favorita desde niña. Por eso resulta tan importante que Theo esté compartiendo este momento conmigo.

Los dos nos encontramos a oscuras en la habitación de su habitación, iluminados solo por el brillo de mi computadora portátil, que muestra la secuencia en que ambos perritos logran deshacerme en lágrimas y ya es inevitable que Theo no pueda verme.

Estamos uno al lado del otro, boca abajo los dos y con la cabeza en la parte de los pies, con la máquina apoyada en la madera plana al final de la cama.

Una vez que entramos en la última escena, caigo en la cuenta de que contengo tanto la respiración con tal de que no se note mi emoción, pero ya estoy entregada.

Este film es especial para mí, y aún más el poder compartirlo con él.

—Lo... lo siento —murmuro conmovida apenas aparecen los créditos en la pantalla—. Es que realmente se trata de una película que me gusta, la solíamos ver con mis abuelos mientras mamá se pasaba las noches estudiando para tratar de sacarnos de la miseria. Pese a que no la teníamos fácil, siempre me identifiqué con la dama y creo que encontrar a mi vagabundo es precisamente lo que... ¿Theo? —lo miro de reojo. Tiene la cabeza apoyada en la palma de una mano mientras uno de los codos se clava en la cama. ¿Qué le ocurre? O me ignora o bien no reacciona—. Hey, ¿te sientes bien?

Lo toco.

Nada.

—¡Hey! —le digo y no se inmuta.

Me adelanto un poco para verle la cara y...

OH, POR FAVOR, NO PUEDE SER CIERTO.

EL MUY IDIOTA SE QUEDÓ DORMIDO.

—¡¡¡THEO!!! —suelto y lo empujo haciendo que la cabeza se le entierre en el colchón, pero logrando que se despierte de golpe.

—¿Ah? ¿Qué? ¿Tra... Tracy?

—Estaba hablando contigo.

—Yo te... te estaba escuchando. Me parece... bien.

—¿Y qué te dije?

Se atraganta.

Espero a que tosa todo lo que necesita y pregunta:

—¿Qué... qué me di... dijiste?

—Sí, Theodore. Te estaba hablando. Estábamos viendo una película muy importante para mí y te quedaste dormido.

—Pero, Tracy, no puede ser que esa cosa te haya...

—¡¿«COUSA»?! —le grito, con indignación.

«¡Estúpido esto que siento ahora, idiota!».

Me pongo de pie y me cruzo de brazos, mirando la ventana.

—Tracy, por favor —se sienta al borde de la cama—. No fue a propósito, ¿por qué te enojas? Prometo que la veré completa... o desde el momento en que me quedé dormido.

—¿Y en qué escena fue eso? —quizás no haya sido tanto lo que se perdió y todo es una confusión de mi parte.

Pero, ante su respuesta, corroboro que no me equivoco:

—Me... me dormí cuando la perra de orejas largas dijo que se llamaba Princesa.

—¡¡¡Se llama Reina y eso fue al comienzo!!!

Suelta una risita que me carga de bronca.

—¿De qué te ríes? —le pregunto.

Theo se incorpora a mi lado y me abraza de costado. Necesito soltarme de su cuerpo, que me apresa, pero ese olor a menta y tabaco tan característicos es una droga elemental que me posee de manera irremediable.

—Tracy, estaba bromeando. La vi completa. Pregunta lo que quieras.

Giro un poco y lo miro a los ojos.

—No te creo —confieso.

—Vamos, inténtalo. Pregúntame.

—Bien... —trago saliva pensando en mi parte favorita de toda la película—. ¿Cómo ocurrió el primer beso entre Reina y Golfo?

—Estaban cenando.

—¿Qué cenaban?

—Espagueti.

—¿Con qué?

—Con albóndigas.

—¿Terminan juntos? —lo sigo desafiando.

—Golfo es adoptado y forma una familia junto a Reina. Tienen cuatro cachorros; el menor es un machito y las otras, unas hembras chillonas.

Entonces tenía razón.

—Aun así —murmuro—, no vas a convencerme, Theodore Landon. Tu broma no me hizo la menor gracia.

—¿Hay alguna forma de que pueda convencerla, señorita Smith? —pregunta buscándome el rostro y lo logra al agachar su cabeza y rozar su nariz con la mía.

—Lo dudo. Tendrá que esforzarse mucho —opto por seguirle el juego.

—No se resista o tendré que usar mis encantos —responde pegando sus labios a los míos.

Al comienzo solo es un beso casto pero no demora en separar los labios y cedo, explorando su boca con mi lengua, la suya, sus dientes, su aliento

delicioso, su barba incipiente.

Desciende sus manos y las cierra en mi cintura. Sin detener el beso, dejo mis manos reposar sobre sus bíceps anchos, acariciando los tatuajes de sus brazos y explorando su piel por debajo de la camisa.

Deslizo mis manos sobre su musculatura firme y agraciada. Llego hasta los hombros pero, frente a la necesidad de tocar más, se percata de esto y se aparta un momento para quitarse la camisa y la arroja al suelo. Cuando retornamos al beso, sus labios se deslizan lentamente hasta mi cuello, mientras intento descargar mi tensión presionándole con fuerza las uñas en los hombros y la espalda, lo cual parece encenderlo aún más.

Exploro en la zona donde debe tener el árbol agrietado, que alza sus ramas secas en la parte posterior del torso de mi chico, que me lleva a otra realidad mientras me besa con pasión y desciende hasta el escote de mi blusa.

—Voy a quitármela —susurro.

—Por favor —accede con desesperación y es él quien termina deshaciéndose de la ropa. Incluso de mi sostén, que desabrocha con un talento que siempre me sorprende. En menos de treinta segundos termino con el torso desnudo y mis senos presionados contra sus firmes pectorales.

Suelto un gimoteo cuando Theo me muerde el labio inferior y tironea con suavidad.

Me pego tanto a él que siento el modo en que su miembro viril se empieza a endurecer por debajo de los pantalones deportivos color gris, que lleva puestos.

La cintura de los jogging me encanta porque es más fácil llegar al punto que deseo: meto mi mano por debajo del elástico, también del bóxer, y encuentro su miembro duro y delicioso, que tanto me tienta desde tiempos inmemorables.

—Ah... nena —suelta sobre mis labios cuando lo empiezo a masturbar—. Es... alucinante.

—¿Te gusta? —pregunto y cierro la mano con suavidad presionando su glándula y sintiendo la humedad de su semen, que se prepara para el hipotético caso de lubricar esa zona, que implora entrar en mi entrepierna.

—Me fascina —responde entre un beso y otro.

—Quiero hacer algo diferente —confieso casi sin aliento.

—Solo si te casas conmigo te haré el amor, nena —contraataca—. De lo contrario, ni lo pienses.



—Theo —murmuro aún besándolo con pasión. Y mi tono es una súplica clara.

—Ya conoces las reglas —dice y se aparta unos centímetros. Lo suficiente para que pueda mirarlo a los ojos. En la oscuridad, sus pupilas se dilatan tanto que resulta fascinante el modo en que el tinte gris se tiñe de negro quedando solo un pequeño borde más claro—. Pero... podríamos hacer una excepción si probar algo nuevo es lo que quieres.

—¿Sí? —pregunto con una mezcla de entusiasmo y miedo.

—Sí, nena. Agáchate.

Me aparto un poco, pero no termino de entender muy bien su propuesta.

—¿Cómo? —inquiero haciéndome una idea de qué modo quiere que me acueste en la cama.

Pero me toma de la mano y niega con la cabeza.

—Así no —murmura—. Ponte en cuatro. Quiero que levantes tus estupendas nalgas bien alto.

De pronto el infierno hace arder mis mejillas y me quedo muda. Aparentemente, las Tracys de mi interior se están atacando con lanzallamas.

—No tengas miedo —asegura—. Si no te gusta, me lo haces saber y me detendré. ¿Sí?

Niego con la cabeza.

—No... No estoy preparada para que me la metras por... —ni siquiera soy capaz de decir la palabra que falta.

Él emite una media sonrisa como una bestia a punto de devorarse a su presa.

—No habrá coito hasta la noche de bodas, mi Reina. Este Golfo quiere hacer algo más.

Sus palabras me hacen enmudecer, pero asiento al hacerme una ligera idea de lo que me sugiere.

Acto seguido le doy la espalda y Theo reposa una mano sobre la mía, obligándome a agacharme de a poco.

Apoyo manos y rodillas en el colchón. Él se encarga de bajarme la falda y las bragas.

Una vez que me siento lo suficientemente expuesta, cierro los ojos y él me prepara con unas suaves nalgadas que me excitan, pero la ansiedad es algo inevitable... De pronto siento su barba rozando mis glúteos y la humedad de mi entrepierna amenaza con hacerme enloquecer.

Incluso antes de obtener *lo que deseo*.

## TRACY

Coloco mi cabello a un costado, cayendo de lado, y dejo mi hombro izquierdo libre. Me valgo de esto para espiar hacia atrás, donde se encuentran las manos de Theo sosteniéndome los glúteos como si fuesen dos masas enormes de carne y él, una criatura ávida por devorarme.

Disfruto del cosquilleo suave de Theo deslizándose sus labios desde arriba hacia abajo, y vuelve otra vez a la zona inferior de mi espalda, donde deja reposar su mentón y la barba incipiente me acaricia, desplegando una explosión de sensaciones en mi interior. Como si una corriente eléctrica se apoderase de mi cuerpo entero, concentrándose en mi abdomen y provocándome unas ganas terribles de abrir las piernas, aunque me contengo y las presiono con fuerza.

Vuelvo a vigilar, pero esta vez por debajo de mis pechos, que permanecen duros como dos frutos maduros, y mi deseo despliega una sensación exquisita en el instante en que Theo dibuja un camino con su mano, desde mi entrepierna hasta mis senos, y cierra su palma en uno de ellos.

Estoy en cuatro sobre la cama y él de rodillas en el suelo, detrás de mí. A esta altura puedo ver su pecho musculoso y tatuado en los momentos que opto por espiar desde abajo, no obstante cuando giro la cabeza a alguno de mis costados me encuentro con una de sus manos. La otra la quita de mis pechos y la vuelve por el mismo camino que hizo al comienzo, hasta mis nalgas y presiona ambas, acariciándolas en movimientos intensos, circulares y de a instantes las separa, dejándome expuesta, obligándome a dejar de lado todo lo que se asemeja al sentido común.

Desconozco lo que busca, aunque soy capaz de hacerme una idea...

Y no me importa.

Lo deseo con toda mi persona. Estoy entregada a él, solo quiero sentir lo que tenga para ofrecerme.

De pronto, me atrapa desprevenida, cuando un suspiro profundo me acelera el corazón... La lengua de Theo se desliza en uno de mis glúteos hasta llegar al otro.

Con sus manos va intentando separar más el espacio en mi trasero y su lengua va dibujando círculos, mordisqueando, y debo agachar la cabeza para morder la almohada. Es una sensación única, de una intensidad tal que no estoy segura de cuánto lo podré soportar. La padezco pero, a la vez, la encuentro irremediablemente exquisita.

Theo lame y muerde cada vez más cerca entre un glúteo y otro, arrebatándome suspiros profundos, gimoteos de placer, y descubro exactamente lo que necesito para reducir esa tensión enorme que me está enloqueciendo...

Deslizo mi propia mano entre mis piernas y encuentro la zona sensible, que pide más. Mis dedos acarician los labios menores de mi vagina, con movimientos pequeños y circulares, insistiendo en querer entrar pero sin estar muy segura de ello.

—Tienes un trasero delicioso, nena.

Theo murmura eso a un lado de mis caderas y me siento tan excitada que no soy capaz siquiera de saber cuánto es dos más dos. No hay lógica ni sentido común en mi cabeza.

Él vuelve a mis glúteos, pero la punta de su lengua me acaricia la zona media hasta llegar a mi sexo y distingo que mis dedos se encuentran con cierto tacto áspero pero encantador.

Miro nuevamente debajo de mi pecho y lo primero que distingo es el tatuaje del lobo.

Me observa.

Va a devorarme, el depredador está listo para poseer a su presa...

Mis dedos se encuentran con el mentón de Theodore e instintivamente los hago a un lado, dando lugar a su lengua, que sigue su recorrido hasta mi entrepierna. Y encuentra mi clítoris.

Juguetea con él y me retuerzo contra la almohada, mordiéndola con fuerza, y me convierto en un manojito de gritos, suspiros y gimoteos cargados de dinamita.

—Aaaaahhh... —suelto una larga súplica a cada instante que su mentón ingresa más entre mis piernas y sus dientes me mordisquean el clítoris, colocándome al borde de un impacto peligroso—. The... Theo... por favor... —murmuro contra la almohada y regreso mis dedos hasta la zona que me carga de euforia.

Acto seguido se aparta y escucho que emite una risita malvada.

—Está bien, nena —murmura y me toma los dedos, que suplican por liberar el orgasmo—. Hazlo tú —se aparta—, yo me ocuparé de otra cosa.

Casi agradeciendo su gesto, empiezo a masturbarme, tratando de descargar con mi punto más sensible la tensión que Theo me ha despertado.

Aunque estoy tan metida en mis propios actos que apenas soy consciente del momento en que él me separa los glúteos...

...y me penetra con su lengua.

—¡¡Aaaaahhhh!! —gimoteo al borde de enloquecer. Puedo sentir mi propio corazón golpeando mi pecho, pidiendo salir de allí con golpes duros y el ritmo acelerado.

Debo utilizar mis manos para sostenerme en la cama y Theo se aparta al notarlo. Toma una de mis manos y la vuelve a mi entrepierna.

—No pares —me ordena.

—Theo... Yo...

—Tú no dejes de hacerlo, ¿me oyes?

—Pero...

—Solo quiero que te masturbes mientras te doy placer, nena.

—Tú... Tú... —me siento tan avergonzada de que esto me esté provocando placer que la única escapatoria sensata que encuentro sale de mi boca como la gran alternativa que podría salvarme—. Tú *también* hazlo.

Vuelve a emitir otra de sus risitas cargadas de malicia.

—Por supuesto. Mira si voy a perderme esta... oportunidad.

La última palabra la siento entre mis glúteos, y es que ha regresado allí para cargarme de la sensación placentera, de ese cosquilleo en mi zona anal que nunca pensé que me provocaría tanta tensión interior.

Me sigo acariciando el clítoris, mis labios menores, los penetro yendo cada vez más profundo y dudo que soportaré el placer de ambas partes.

Theo vuelve a darme una nalgada y grito contra la almohada.

Estoy a... punto.

Y algo me dice que él es capaz de percibirlo.

Vuelve a darme una nalgada, esta vez más fuerte, y escondo un largo gemido, que es similar a fuegos artificiales que desatan electricidad pura en mi interior.

—Oh... nena... eres... asombrosa... —masculla él saliendo y mordisqueando mis muslos.

Mi entrepierna termina de humedecerse y me retuerzo, cayendo a la cama rendida, sin fuerzas, presa del orgasmo más intenso de mi vida.

—Theo... —suspiro con la respiración a mil, pero bajando poco a poco su intensidad.

Luego de un instante en que creo haber quedado suspendida en la nada misma, con los ojos cerrados y la mitad de mi rostro enterrado en la almohada, percibo un beso casto sobre mi espalda. Ya no distingo cuánto es realidad y cuánto mi fantasía, lo cierto es que me encuentro en una dimensión paralela, donde el sexo es el pasaje a la locura y ya no tengo redención.

—Eres perfecta y eres mía —susurra Theo contra mi espalda.

Quisiera responderle, pero ya no tengo fuerzas.

Me quedo dormida, entregándome al sueño más delicioso de toda mi existencia.

*La noche que el lobo liberó a su ángel, sabía que en algún momento ambos vencerían sus miedos y saldrían al exterior.*

*El problema es que la noche a veces es demasiado larga y, cuando la oscuridad se vuelve peligrosa para algunos, es adictiva para otros...*

## 6

TRACY

### Día 2

El despertador suena a las seis de la mañana. A la misma hora de todos los días, sin embargo hay algo que no vi venir...

Al abrir los ojos, me encuentro con el techo de la habitación de Theo, su brazo sobre mi pecho y una de sus manos cerrada en mi seno derecho. Miro a un lado y está dormido, aunque con el entrecejo fruncido, mientras mi alarma chilla una y otra vez mi canción favorita de Cerati.

Estiro la mano liberándome del brazo que me apresa y llego al aparato, que suena hasta que logro silenciarlo.

En el instante que veo la hora, también soy consciente de todas las tareas que debo realizar ahora mismo: darme una ducha, buscar ropa limpia,

volver a mi residencia, buscar los cuadernos para las clases de hoy, desayunar y, como si fuera poco, resistirme al sensual cuerpo de Theo, que descansa desnudo a mi lado, al igual que el mío, ambos cubiertos apenas en los pies por unas sábanas blancas desordenadas al final de la cama.

—Noooo —se queja él ante mi nuevo e infructuoso intento por levantarme.

—Theo, llegaré tarde a clases.

—No vayas —responde. Tiene los ojos cerrados, intentando conciliar nuevamente el sueño, pero estoy segura de que no hará tal cosa mientras siga oponiéndome a su fuerza.

—No puedo faltar. Hoy tengo examen de griego.

—Yo te puedo enseñar todas las lenguas que gustes. Empezando por la mía.

—Esa ya la conozco —río.

—Siempre puede hacer cosas nuevas.

Me sonrojo recordando la noche que tuvimos.

—Créeme que no dudo de eso, pero debo irme. Y tú también tendrías que levantarte, no estás exento de las clases.

—Yo hoy no tengo clases.

—¿Y quién lo dice?

—Yo.

Ufff.

—Theo... —me quejo ofreciéndole un nuevo plan—. Luego de la noche que tuvimos, es necesario una ducha.

—Anoche me lavé los dientes antes de ir a dormir. Y tú también.

—No alcanza, y lo sabes —admito un poco avergonzada.

—Si te quedas conmigo, es suficiente.

—Si te levantas conmigo, dejaré que te metas en la ducha mientras yo esté ahí.

Él abre los ojos de golpe y el gris resplandece a la luz natural que entra por las cortinas entreabiertas.

—Es un trato justo —me dice por fin. Se levanta de inmediato y busca toallas en su armario, mientras hago lo propio pero con el objetivo de encontrar algo de su ropa que me quede y no parezca de una banda de rap—. ¿A qué hora entras?

—A las ocho... ¿Tienes algo que no sea de color negro? —le pregunto con tono de indignación. Este chico necesita un cambio de vestuario

urgente.

—Hay camisas color gris por ahí.

—Vaya, todo un logro —me mofo y le quito una de las toallas que ha sacado para mí. Me cubro los senos y la parte delantera mientras camino en dirección a la ducha, sintiendo el peso de su mirada tras de mí.

—Hoy quiero Tracy de desayuno —murmura.

Estoy segura de que me mira el trasero.

—Ya tuviste ese menú en la cena —digo abriendo el grifo de agua caliente—, y comer todos los días lo mismo aburre.

—De ti no me cansaría jamás, hermosa.

Theo se mete a la ducha y me obliga a entrar con él.

De pronto la humedad de sus besos se mezcla con el vapor y con su masculino aroma, al que siempre estaré sometida con placer.

Corro por el pasillo que da ingreso al aula 13, donde mis zapatillas son el único sonido perceptible.

Oh, no... Al parecer el profesor ya ha entrado a clase, a juzgar por el hecho de que no hay alumnos deambulando.

El punto es que, una vez que mi mano gira la perilla para abrir la puerta del salón, en efecto me encuentro con decenas de miradas clavadas en mí y coloco mi mejor cara de súplica mientras el sujeto de canas y arrugas me clava su mirada por encima de los gruesos vidrios de sus anteojos.

Al salir, mi cabeza da terribles martilleos, pero siento que por fin puedo respirar tranquila.

Negocié con el señor Bellamy, de Griego, que, a cambio de poder hacer el examen, redactaré una monografía; es el único modo por el que me salvaría.

Como esperaba, al otro extremo del pasillo me encuentro a Theo, quien me espera afirmado contra una pared, mirándome tras unos lentes oscuros y una sonrisa lobuna que se dibuja en su rostro, adornada por una barba atractiva de varios días.

—Va siendo hora de que te afeites —le digo al llegar a él.

—Me gusta cómo me queda.

—A mí también, pero me da picazón —asumo.

Mientras caminamos en dirección a la clase siguiente, que compartimos, percibo la mirada de las universitarias como imanes intentando pegarse al

metal, pero mi presencia las repele antes de que alguna de estas zorras intente acercársele.

—¿Tienes tu celular en condiciones? —me pregunta.

De pronto caigo en la cuenta de que no reparé en él desde que apagué la alarma.

Lo busco en mi mochila, tratando de recordar si en algún momento lo guardé antes de salir de la habitación de Theo.

—Creo que lo dejé en tu cuarto —le digo. Recuerdo que, la última vez que algo así ocurrió, terminó por revisarme todo y quitar aquello que consideraba «necesario»—. ¿Volviste a revisar mis cosas?

—No —asegura—, ni siquiera reparé en tu celular al salir por la mañana. El punto es que Carlos me escribió hace un rato.

—¡Que se llama Carl!

—Da igual.

—No. A ti no te gustaría que te llamen Trevor o Tayson.

Se encoge de hombros.

—Puedo cambiarme el nombre, pero siempre seré Theo. El punto es que el chico no puede comunicarse contigo y está desesperado por hablarte.

¿Segura que no es heterosexual?

—¡Theo!

—¿Qué? Tienen más en común que tú y yo...

—No, Theo. No.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Acaso le conocés algún novio?

—Eso creo —murmuro pensando en Tachas—. ¿Qué sabés de Carl?

—Solo eso. Quiere hablar contigo urgente y se está volviendo algo loco. Olvídate de que irás sin que yo esté metido en el medio.

—Theo, no...

—En primer lugar, porque no termino de creerle lo de su sexualidad. Y en segundo lugar, se trata de Tachas.



Busco mi celular en lo de Theo y, cuando llegamos al salón de clases, le escribo a Carl.

Espero con impaciencia que diga algo, sin embargo renuncio a esa posibilidad y, mientras busco su número entre mis contactos, responde por fin.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Theo, que permanece en el banco a mi lado e intenta ver de qué se trata la conversación. Realmente sigo sin poder creer que este tipo de situaciones lo sigan poniendo celoso, nada menos que con Carl.

—Me pregunta cuándo estaré por Iconic —respondo tecleando con pésima ortografía; le digo que, si no es urgente, podría ir este fin de semana. Si no, me tomo el primer autobús que salga para allá.

—¿Y cuándo irás?

—Eso estoy tratando de ver.

—Ah... ¿Y para qué te quiere ver? No puedo creer que utilice a Tachas como una puta excusa para acercarse a ti.

Le dedico una mirada asesina y él se encoge de hombros.

—Iré este viernes luego de clases —le aviso.

—Genial. Yo te llevo a Iconic.

—No.

—¿Qué?

—No necesito que me lleves —respondo a la defensiva, imaginando que hará un infierno de ese fin de semana.

A veces pienso que, si apareciese Jacob y volviera con Carl, las cosas mejorarían, pero nunca los he visto juntos en persona. No imagino cuál sería mi reacción, aunque estoy segura de que solo despertarían ternura dentro de mí.

El punto es que no estoy segura de cuál sería la reacción de Theo. Si bien todos en la Bad House estaban al tanto de la sexualidad de Tachas, simulaban ser sus amigos y se divertían juntos. Ninguno, exceptuando Theo, se preocupó por él. Ninguno puso su asqueroso pellejo en riesgo para salvar a su «amigo» en peligro.

—Sí que lo necesitas —contraataca Theo—. Luego del fin de semana pasado en esa jodida ciudad medio pueblerina, no dejaré que vayas sola. Lo último que espero es una noticia donde esta vez la desaparecida seas tú.

—O quizá esta vez prendan fuego una casa conmigo dentro —me burlo.

—Eso no fue... gracioso.

—Vamos, Theo. No puedes estar detrás de mí a cada paso que dé. No soy una bebé que necesita cuidado permanente —le digo en voz baja, mirándolo a los ojos y en un intento por evitar que alguno de los alumnos en el salón nos escuche.

—Quiero ir. Se trata de Tachas.

Su nueva excusa va por mejor camino. Además, en sus palabras queda implícito el aviso de «Es mi hermano, ni creas que dejaré todo así nomás».

Asiento.

—Si lo ves de ese modo... —murmuro—. Pero puedes ir por tu lado.

—¿Y dejarte sola?

—¿Qué tan malo podría ser?

La última clase es de regreso al aula 13, donde anteriormente tuve el examen de griego.

Aún no puedo creer que Theo no haya dado el brazo a torcer para dejarme ir con Carl a solas. Mi amigo se sentirá muy incómodo si tiene que hablar conmigo ante la presencia de mi... novio.

No termino de acostumbrarme a esa palabra.

¿Cuándo en mi vida me iba a imaginar que mi relación con Theo sería de ese modo? Que llevaría etiquetas... Es asombroso. Desde pequeña me imaginé que en algún momento estaría de novia con un chico de suéter, gomina en el cabello y un libro bajo el brazo. Cursaríamos la escuela y la universidad, trabajaríamos en dos bonitas oficinas o en consultorios como médicos, y tendríamos una familia sosa, con una aburrida casa, habitada más por empleados domésticos que por nosotros mismos.

El resultado terminó siendo completamente diferente: estuve diecisiete años de mi vida pasándome los fines de semana viendo películas y comiendo helados o palomitas en compañía de mis gratos novios de ficción. Al principio, imaginaba y fantaseaba con el día en que Darius, de *Rosas para Jude*, o Darcy, de *Orgullo y prejuicio*, salieran de sus historias para poseerme. Era toda una zorra literaria... Hasta que mi ex mejor amiga consiguió ser invitada a una fiesta de alumnos populares y quedé metida hasta las cejas en medio de dos chicos que se odian a morir: Charlie y Theo. El primero terminó siendo mi amigo, en cambio el segundo no quería volver a verme.

Ambos eran la cabeza de dos grupos enemigos, que enfrenté poniendo mi propia vida en riesgo.

A veces extraño los primeros días. Dicen que todo pasado fue mejor, pero lo cierto es que sufrí mucho, y también tuve mis momentos en que explotaba de felicidad frente a aspectos muy pequeños; por ejemplo, que un chico como Theo se fijara en mí. Algo que hasta el momento no me había ocurrido, pero que había deseado con intensidad, sin querer aceptarlo.

Una vez que termina la clase de Producción de textos, me siento algo agotada porque ya me han dado las consignas para un segundo práctico, los dos el mismo día.

Cuando cruzo la puerta, distingo que a lo lejos ya viene Theo nuevamente con los cuadernos bajo el brazo y esta vez los anteojos oscuros están sujetos al cuello de su camisa.

—Hola de nuevo, Señor Oscuro —le digo mofándome de que por enésima vez viste todo de negro.

—Hola de nuevo, Señorita CriticaEstilos.

—Hey, yo no critico el estilo de nadie —me río—, solo te propongo que salgas de tu escala de grises.

—A mí me gusta.

—Y está bien que te guste, solo que... —cierro la boca.

—Ya ves.

—Lo siento —murmuro mordiéndome la lengua con tal de no embarrar nuevamente la relación.

—Hace mucho que no te disculpabas por cualquier cosa —me dice—. Pasaste de ser Señorita LoSientoTanto a Señorita Critica EstilosYoVoySolaDondeSea.

—Vaya, cuántos nombres.

—Que te quedan excelente.

—Gracias.

—¿Y qué clase tuviste otra vez en el salón de Jason?

—¿El de viernes 13?

—Ajá.

—Theo, ese fue un chiste pésimo —le reconozco.

—Puede ser. Pero recuerdo otro salón con el mismo número donde te hice vivir tu primer orgasmo.

—¡Hey! —el rubor me impregna las mejillas y miro a diestra y siniestra para calcular que nadie lo haya escuchado. Al parecer, los alumnos van tan

metidos en sí mismos y en sus celulares que dos chicos hablando de sexo en un pasillo es algo menor.

—Quién iba a decir que Tracy Smith terminaría haciendo cochinadas en la escuela.

—Yo... Yo no... —En verdad lo que *yo no* tengo son motivos para defenderme.

—Y precisamente en el deshabitado lugar donde un chico se suicidó años atrás.

—¿Era necesario que me lo recuerdes?

Pensar en eso me da escalofríos.

—Los espíritus están bajo tierra, no en un salón de clase —me dice en tono glacial.

—No creo que sea así, pero pienso en el chico al que le sucedió eso y cerraron el aula como si fuese algo que no merece ser recordado...

—La gente es idiota. Pero tienen sus razones.

—¿Cuáles?

—El chico tomó la escuela entera. Imagínate a toda la preparatoria de Iconic corriendo porque un loco andaba por ahí con un arma en la mano. Al final solo se mató él. Fue lamentable.

Un escalofrío me cruza el pecho mientras atravesamos el estacionamiento de la IVU para dar con nuestras residencias.

Tras ellas, el cielo se alza en lo alto plagado de nubes color gris perla que amenazan con tapar la luz rosácea del atardecer y descargar su lluvia en cuanto tengan la oportunidad.

Solo espero que esta noche no ande una rubia suelta con ganas de prender fuego la ciudad.

## 8

TRACY

**Día 3**

Es jueves, penúltimo día hábil de la semana y ya resta menos para volver a Iconic. Pensé que alejarme de esa ciudad me apartaría también de mis problemas, pero nunca pude haber estado más equivocada.

Anoche no dormí en la habitación de Theo por el simple motivo de que necesitaba descansar y con él es imposible irse a dormir sin antes hacer algo sexual, que nos lleva cierto tiempo, por supuesto. Es imposible resistirse a su cuerpo. Además, debo volver a mi residencia para buscar cuadernos, ropa, maquillaje, toallas higiénicas, depilarme y bueno, hacer las cosas que una chica necesita hacer.

Antes de ir a la ducha, busco bajo mi cama en la valija algo de ropa y saludo a Cochinillo en el armario, como todos los días.

Vaya, una de las cosas que más extraño y que más deseo a futuro es tener nuevamente mi propio espacio. En la vida de una universitaria todo queda demasiado chico y el mundo adulto, la independencia total, se ve tan lejano que da miedo poder alcanzarlo algún día.

Phoebe duerme en la cama contigua y ronca como una marmota. En realidad no sé si las marmotas roncan pero creo que es un término que se le aplica bien.

Durante estos días, mi compañera de cuarto ha suscitado en mí varias incógnitas, ya que he notado que anda junto con Rick por los pasillos a veces, incluso hasta tomados de la mano. Lo más impactante es que, si se los ve de espaldas, una piensa que se trata de dos varones.

Según mi amiga, Rick es su mejor amigo y si ella está con él es solo para cumplir sus fantasías de salir con una chica, pero esto me despierta muchísimas dudas. Puede que en mi vida sea muuuuy buena, pero tengo mis límites y uno de ellos es que, si una amiga quiere que salgamos solo para cumplir con algún capricho suyo, no creo que acceda.

Quizá de joven esto pueda ser causa de muchas dudas o de inquietud por explorar el otro cuerpo, sin embargo las cosas son completamente distintas si se trata de dos personas casi adultas que solo entre ellos comprenden lo que desean.

Pero no es lo único extraño. También me di cuenta de que las chicas en estas universidades salen en las noches con chicos a los que posteriormente ni siquiera saludan y se tratan mutuamente como objetos. No quisiera algún día caer en esa suerte.

Una vez en el cuarto de duchas para chicas, me cruzo con algunas compañeras de Filosofía y Producción, las saludo solo con un gesto y, tras

darme un baño, me envuelvo en una toalla y salgo.

El punto es que, una vez en los lavatorios, me cruzo a Kyara, quien se está depilando las cejas, también envuelta en una toalla frente a un espejo.

Esta chica era la compañera de cuarto de Juliette, o mejor dicho de Kilye, la loca novia de Stefano que intentó matar a Theo hace unas noches atrás. Después de que la parejita desquiciada desapareciera, permanece la duda en mi interior sobre Ky: ¿sabía la verdad sobre Juliette? ¿Está metida en algo ella también? ¿Será ese su verdadero nombre?

—¡Hola! —me saluda la pelirroja al verme por el espejo. Se da la vuelta y noto que las facciones de su rostro se realzan mientras tiene el cabello tomado con una toalla—. ¿Cómo has estado?

—Ehh... bien —intento ser lo más evasiva que puedo.

*Sal corriendo ahora mismo, me anuncia la voz de mi conciencia.*

Pero no puedo hacer eso. ¡Es descortés!

—Te crucé en la clase de Evans el lunes, pero no me saludaste.

Descuida, a mí también me pasa que voy tan metida en mis cosas que en ocasiones no suelo distinguir a la gente que está a mi lado —explica.

—No... no te vi —miento, logrando que frunza el entrecejo.

*Corre o enfréntala. No mientas porque se nota.*

No tengo muchas alternativas.

*¿Quieres ganarte otra enemiga?*

No tengo enemigos. Soy una persona que evade los conflictos.

*Claro, ellos llegan solitos a ti, ¿verdad?*

Exacto.

*¿Del mismo modo que llegaste a la Bad House? O, déjame pensar...*

*¿también del mismo modo que le rogaste a Theo por un primer beso? Por supuesto que los conflictos te persiguen a ti.*

—¿Te enteraste? Jul se ha desmatriculado —tira ella la primera bomba y todo en mi interior se retuerce.

—N... No... no lo sabía.

—Sí, intenté comunicarme con ella pero no hay caso. Pregunté en el sector administrativo y no hay información válida sobre su familia.

—¿Y quién la desmatriculó?

—Ella misma lo hizo. El viernes.

Mierda.

Hago un repaso mental hasta el viernes, fue posterior a la noche en que me arrojé a morir contándoles todo en mi vida y dando vía libre a que me

buscaran con Stefano para vengar la relación que ellos jamás pudieron tener.

Ni podrán.

*¿Estás segura?*

No... Pero debería asegurarme.

—¿Y tú cómo seguiste luego del problema que tuviste con el imbécil que mató a tu padre? —sus palabras son como un puñal que se me clava en el pecho y con su filo escarba en la herida—. ¿Ya lo denunciaste?

—No...

—¿Quieres que te acompañe a hacerlo?

—¡No!

El tono de mis palabras es tan acentuado que genera una expresión aún de mayor extrañeza en ella.

—Permiso, debo irme —le digo y le dedico una sonrisa cargada de ponzoña, mientras abandono el cuarto de duchas y voy a paso acelerado hasta mi habitación.

—Theo —le digo apenas llego a mi cuarto, marco su número y contesta—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿qué sucede? —pregunta completamente alarmado por mi tono—. ¿Tú estás bien? ¿Qué ocurre?

—Recién me crucé a la compañera de cuarto de Julie... de Kylie.

—Mierda, ¿y?

—Ella... Yo creo que no tiene mucho que ver con Stefano, es más, posiblemente no sabe nada pero hay una mínima probabilidad de que se encuentre tan metida como ella en esto. Son personas peligrosas —susurro al auricular procurando que Phoebe no escuche—, y nadie mejor que tú o yo lo sabemos.

—Tracy, ¿a dónde quieres llegar? Ya te dije que los Bad Boys los atraparon y no hay peligro, no pueden quedar expuestos, lo que precisamente ese par de enfermos buscaban hacer.

Sus palabras me dejan un poco más cuerda. Es cierto, él me contó hace unos días que los chicos están bajo llave, pero aun así Theo sigue siendo terriblemente sobreprotector.

—¿Por algún motivo crees que estoy en peligro? —pregunto.

—Están encerrados. Confía en mí.

Trato de aferrarme a esas palabras antes de contestar nuevamente. Busco calma, lo pienso, le doy mil vueltas al asunto...

... pero no puedo dejar de pensar que no es así.

Es cierto que hemos tenido una cuota de experiencias bastante intensas, pero el comportamiento de Theo en estos días no se condice con sus palabras.

Sé que me miente.

Hay algo más.

Hay una parte que no sé.

Y lo voy a averiguar... Si llego a encontrar un punto ciego que Theo me está ocultando, y me está mintiendo, juro que el conteo de los días se detendrá.

Esta vez no habrá una segunda oportunidad.

## Día 4

**Ch:** ¡Hola, Tracy! ¿Cómo has estado? Lamento que en tu último viaje no hayamos podido hablar mucho, pero tu madre me ha contado que vendrás mañana. ¡Es asombroso! Porque... verás, tengo una pelea muy importante y me gustaría que estés. Pelearé contra Meat Box, una leyenda del boxeo en Iconic. ¿Qué dices? ¿Me acompañarás en esto? Realmente sería muy importante para mí. √√

**Tr:** ¡Hola, Charlie! No te haces una idea de cuánto me alegran tus logros. Estoy segura de que seguirás creciendo en esa labor que te apasiona. Luego me pasas la dirección donde se hará la pelea y ahí estaré. √√

**Ch:** Genial, si quieres luego podemos ir a tomar una copa... ¿Te parece? √√

**Tr:** ;) √√

**Ch:** Pero te pido un favor. √√

**Tr:** Sí, dime :) √√

**Ch:** No traigas a Theo contigo. √√

## 9

TRACY

## Día 5



El despertador de mi celular suena a las 6 a.m., como todos los días; sin embargo, hoy ya estoy frente al espejo, duchada, vestida y perfumada. Un ligero vestido rosa de algodón se encarga de cubrir mi desnudez y llevo medias negras largas.

Theo dice que parezco una muñeca de catálogo cuando me visto así; el rosa es un color que me resulta muy difícil apartar de mi guardarropa, aun cuando el término «globo de chicle» me hirió muy profundo y lo recuerdo todas las mañanas.

Alzo mi cabello oscuro y lo cierro en un listón color dorado, atándolo con un moño en la parte superior. Dejo que el flequillo me caiga a los costados y sonrío a la imagen que me devuelve el espejo, conforme.

Anoche dejé la valija lista. Está sobre mi cama, pero sin cerrar, ya que fue tanta la dificultad que terminé cediendo. Opto finalmente por sacar una chaqueta, que llevaré en la mano, me siento sobre la valija y cierro el cierre de metal hasta que llega a su punto final.

Suspiro y, antes de salir, me despido de Cochinillo. Está arrinconado tras su rueda, observándome mientras lo saludo con un:

—¡Te veo el lunes!

Voy hacia la puerta de entrada y, justo después de que paso mi valija, me cruzo a Phoebe, que va sujeta a la mano de Rick.

—Oh —murmuro.

Ese chico no deja de incomodarme. Creo que es la cicatriz que atraviesa su rostro o el extraño atractivo en sus bíceps anchos y el tatuaje del ancla que lleva en el brazo izquierdo, sin embargo no puedo dejar de observarlo cada vez que me lo encuentro con mi compañera de cuarto.

—Te veo luego, preciosa —le dice el chico de los Delta. Saluda a mi compañera con un beso en el rostro, me mira de arriba abajo y me arroja también un beso ruidoso antes de marcharse.

—Idiota —murmura Phoebe, pero ríe.

—¿Está todo bien?

—Eso creo —me responde tras un suspiro y mira mi equipaje—. Veo que te quedaste corta con el fin de semana familiar. En noviembre tendremos una semana completa y en diciembre otra por vacaciones de invierno.

—Lo sé, pero surgió una emergencia y debo ir a Iconic. Mañana por la noche estaré de regreso.

—¿Es grave?

—No, no. Bah, en realidad no lo sé. Solo me avisaron que debía ir, pero no tengo mucha información.

—Bueno... Lo que necesites, ya sabes a quién llamar. Si se trata de romperle la nariz a alguien, me tendrás ahí en tiempo récord.

—Gracias —sonríó—. Y tú... lo mismo. ¿Segura que no necesitas algo de mi parte? ¿Hablar, quizás?

—¿Lo preguntas por Rick? —suelta directamente y su gesto cambia de manera drástica.

—Yo... digo...

—Despreocúpate. Antes estábamos probando pero ahora es mi *boy toy* y ayuda a que no me miren con mala cara cuando voy con él. Aunque su gesto siempre da miedo e intimida a los demás, lo que me agrada bastante.

—¿Tu qué? —pregunto sorprendida. En realidad, quedé suspendida a mitad de todo lo que me dijo ya que no logré procesar bien eso del... ¿chico de juguete? o ¿juguete de chico?

—Mi *boy toy* —reafirma—. ¿No sabes lo que es? Tienes que estar bromeando...

—Dis... disculpa, pero no —me encojo de hombros.

No es la primera vez que llego tarde a las novedades y estoy segura de que tampoco será la última.

—Ufff, bien, pero luego me cuentas tus infidencias —guiña un ojo y me esfuerzo para evitar un escalofrío—. Un *boy toy* es un prostituto. El chico que tienes para pasar el rato. Te acuestas con él un fin de semana, luego otro, pero no mantienes compromisos de ningún tipo.

—¿Salen al cine y te regala flores?

—Bah, para nada. Flores se les da a los muertos. Si se trata de eso, prefiero un crucifijo o el ataúd.

*Eso asusta.*

—¿Entonces para qué lo hacen? —insisto.

—Los chicos acostumbran tener a su perra para utilizarla como un objeto, que les chupe la verga un rato y luego la tiran como un poco de basura reciclable que le servirá a otro, pero ya está usada. Nosotras en la IVU le damos pelea a esa postura, somos su contracara. Hacemos el pacto de enamorarlos, jugamos con ellos, les hacemos mierda el corazón, pero solo nos sirve para pasar el rato.

—¡Eso es horrible! —aúllo asustada.

—No, querida. No lo es. Es justicia. No se lo hacemos a cualquier chico.

—¿Y a quiénes?

—A los que buscan estar con nosotros y luego nos desechan.

—¿Rick no era tu mejor amigo?

—Eso cree él.

—Bueno... —lo pienso mejor y es verdad; son tantos los imbéciles que se acuestan con chicas, las enamoran y hasta apuestan con su cuerpo que no me parece mal la idea de que esta vez la historia dé un giro en nuestro favor —. Es razonable.

—Claro que sí. Ahora —baja el tono de voz y se acerca a mí—, dime la verdad... ¿Ese psicópata que te acosa en las noches es tu *boy toy*?

—¿Qué?

—Vamos, lo he visto. Es amigo de Rick. Además, sé que te vas a su habitación por las noches y en una ocasión me lo crucé secuestrándote.

Me sonrojo.

—Él... —empiezo, pero me hace callar al añadir:

—Sé que lo usas para quitarte las ganas, y si lo niegas es porque no te importa. ¿Quieres ser parte de los Delta y jugar con ellos un rato?

Me detengo en la puerta de la habitación de Theo considerando la propuesta de Phoebe.

He aceptado.

Es una oportunidad única para entrar en una fraternidad, tener mi propia habitación, mi armario, mis cosas y volvería a la residencia a dormir cuando quisiera, tal como hace ella.

Por otra parte, Theo estaría con sus amigos.

No es un mal plan; después de todo puedo dar marcha atrás cuando lo desee o no presentarme al regresar del viaje.

Accedí a ir juntos a Iconic solo porque Theo no me dejaría en paz mientras esté allá y puse mis condiciones de estar sola cuando lo considere necesario. En una «pareja» se busca el consenso para evitar conflictos y entenderse mejor... Creo que estas decisiones forman parte de esos tratos.

El punto es que esta noche iré a ver a Charlie en su pelea. Luego tomaremos un trago en un bar que desconozco, para volver a la casa de mi madre a una hora coherente.

Extraño a mi amigo. Antes estuvo enamorado de mí pero con el tiempo debe haberlo superado; en algún momento mis sentimientos fueron movidos también por su belleza escultural.

Dudo mucho que aproveche esta ocasión para emborracharme, llevarme a su casa y que terminemos acostándonos porque... nada de eso va a suceder. Charlie no es ese tipo de personas, ¿verdad?

Él no haría eso, porque es mi amigo. Confío en él. Podemos salir a solas sin que nada malo suceda. Es terriblemente sexy, aún más con los guantes de boxeo y sin camisa, con los tatuajes al descubierto, con los pectorales sudados, con la mirada de chico malo...

No vamos a acostarnos porque eso no sucede entre amigos.

Podré resistirme.

Ya lo envié a la *friendzone* una vez...

## 10

### TRACY

Theo conduce por la carretera mientras la voz de Cerati en «Amor amarillo» nos acompaña con sus guitarras y coros padecientes.

*Cuerpos de luz  
cayendo en pleno cielo  
cristales de amor amarillo.*

El paisaje es llano, con hierba silvestre a los costados del asfalto y los primeros rayos de sol del día tiñendo de rosáceo el horizonte. A esta altura del año, empieza a amanecer más tarde, pero de todas formas no les quita belleza a las mañanas de este lado del mundo.

*No dejaré que seas fría,  
yo podría calentarte  
para abandonarme y renacer.*

La música es un deleite especial que me hace suspirar mientras mi mente divaga.

*Explosiones en tus ojos,  
agujeros en la tierra  
y un verde profundo en el mar.  
Hay algo en el aire,*

*un detalle infinito  
y quiero que dure para siempre.*

En un instante pestañeo e, intentando vencer el sueño, observo a Theo de costado, que conduce tarareando la canción. Entre sus dientes lleva un cigarrillo apagado que seguramente espera encender apenas nos detengamos. El vello facial le adorna el rostro aunque parece que en estos últimos días se ha afeitado, ya que no lleva la barba que me hizo cosquillar en la entrepierna aquella última ocasión en que...

Su largo cabello le cae en mechones de flequillo sobre los ojos. Lleva los costados un poco más cortos pero es obvio que hace mucho que no pasa por una peluquería. Me gusta cómo lo lleva, le da un toque rebelde, a juventud, pero Theo es de esas personas que, no importa cuánto descuiden su apariencia, es atractivo se lo mire por donde se lo mire.

Él se sobresalta percatándose de que me he quedado embobada en mi «Modo acosadora». Me observa de lado y dedica una risita en mi dirección.

—¿Qué sucede? —pregunta mordisqueando el cigarro con un talento particular para que no se le caiga de la boca.

Sus ojos grises brillan pero son un enigma que me cuesta descifrar.

«¿Qué escondes?» le pregunto en pensamientos que no me siento capaz de articular.

—Solo te observaba —me excuso.

—¿Y en qué pensabas mientras me observabas?

Me encojo de hombros.

—En cosas sucias —bromeo desviando mi sonrisa a un lado.

—Vaya, señorita Smith. ¿Acaso pretende que nos bajemos ahora mismo y me baje los pantalones a un costado de la carretera?

—Sería interesante —murmuro.

Él quita su mano de la palanca de cambios y la coloca sobre mi rodilla.

—¿Necesita que la provoque? —pregunta.

—Veré qué puede hacer, señor Landon —contesto desafiante y me relamo los labios.

Theo acaricia mi pierna con su mano, sin dejar de conducir, lo cual representa una enorme negligencia y un peligro que me resulta excitante.

Sus dedos encuentran el borde de mis medias largas hasta rozar mi piel y el tacto dispersa una sensación eléctrica en mi interior.

Acto seguido, encuentra mis bragas y desliza un dedo por debajo de la fina tela acariciándome en la ingle.

—¿Qué desea, señorita Smith? —pregunta mirándome de a momentos y hasta siento envidia de la carretera, que acapara casi toda su atención.

—Tantas cosas... —respondo con un anhelo exagerado. Él mantiene su sonrisa lobuna, sin dejar de mordisquear el cigarrillo. Me valgo de que en un instante nuestras miradas permanecen fijas, y pestañeo con coquetería logrando encenderlo aún más.

Theo vuelve la vista a la carretera y aumenta la velocidad.

Vamos más allá del límite permitido, estoy segura.

Nunca me gustó que la gente conduzca de este modo pero la adrenalina, el peligro y las caricias de Theo conmueven muchas sensaciones que me tienen inquieta, regodeándome bajo el cinturón.

—Sea más específica —insiste él, acariciándome cada vez más cerca de mi sexo—. ¿Qué desea?

—Quie... Quiero que detenga el auto ahora mismo y me haga el amor a un costado de la carretera —intento ser lo más específica que puedo.

Él ríe con malevolencia.

No va a concederme lo que deseo, estoy segura. Ni aunque me ponga de rodillas, le suplique o le haga una *fellatio*.

—Sabes manipularme, nena.

Su respuesta es algo que no esperaba, aunque tampoco termino de discernir si se trata de un sí o de un no.

—Theo —suspiro mirándolo a los ojos, con una clara súplica evidenciándose en ambos, hasta que los dos volvemos la mirada a la calle y el corazón se me desboca.

Él endereza la vista antes que yo, quita su mano de mi entrepierna y, antes de empezar a extrañarlo, algo nuevo ocupa mi campo de atención...

Theo vira el auto hacia un costado, de golpe, y clavo mis ojos en el cuerpo de algo o de alguien que yace tirado en medio de la carretera.

—¿Qué... mierda? —dice Theo.

Parece ser un hombre con un suéter color naranja y un pantalón negro. Un sujeto bastante inoportuno.

El punto es que, sobre su cuello, lleva la cabeza de algún disfraz. Es un Mickey Mouse con el gesto enojado, y en sus manos tiene puestos dos guantes ensangrentados. Mientras más nos acercamos a él, alcanzamos a distinguir que el sujeto tiene un cuchillo de cocina en sus manos, que también está sucio con ese color rojo.

Empiezo a juzgar si alguien nos está jugando una broma o bien se trata de una trampa para que detengamos el auto.

—Por lo que más quieras, no detengas el motor —le pido a escasos metros de pasar junto al psicópata que está tirado en el suelo.

—Ni loco —afirma y pisa el acelerador a fondo.

Pasa junto al extraño, logrando que se me erice la piel y unos horribles escalofríos sacuden mi cuerpo.

Me pego a la ventanilla para observar al sujeto, quien levanta su cabeza de ratón cuyos ojos de vidrio se clavan en los míos y alza su mano libre, tamborileando sus dedos, como saludándome con un detestable gesto.

Una vez que dejamos atrás el cuerpo, me quedo mirando a todas partes esperando a que alguien le dispare al auto, que algo explote, que revienten las ruedas o se incendie el motor, sin embargo nada de eso sucede.

—¿Nadie nos sigue? —pregunta Theo.

—No, nadie. Ya perdimos al loco.

Silencio.

—¿Qué demonios fue eso? —le pregunto.

Él solo mantiene sus ojos grises clavados en la dirección que marca la calle, y su silencio me genera aún más angustia.

Y se me instala una pregunta, las mismas dos o tres palabras que se clavan en mi sesera y no me dejan pensar de manera coordinada:

«¿Qué escondes, Theo?».

«¿Qué escondes...?».

## 11

### TRACY

Theo detiene el auto en el frente de mi casa... Digo, de casa de mi madre.

Observo la fachada de ladrillo vista, el jardín delantero muy verde y los rincones de este lugar que atesora momentos muy importantes de mi vida.

Desde el frente puedo distinguir en la planta alta la habitación de mamá con una luz encendida, con lo cual concluyo que está en casa.

Giro a mi lado para ver a Theo cuando me habla:

—Iré a la Bad House para comprobar que mi cuarto esté en condiciones este fin de semana. ¿Quieres que te espere?

—No, no es necesario —le respondo con notoria conciencia de que ya he abusado mucho de su sentido de caridad no muy frecuente. Al menos no con las demás personas—. Mamá está en casa. Dejaré mis cosas, me daré una ducha y luego visitaré a Carl antes del almuerzo.

—¿No volvió a su residencia?

—Al parecer, no.

Acto seguido nos despedimos y bajo con mi valija. La arrastro hasta la puerta y, antes de tocar el timbre, me doy la vuelta y despido a Theo, que aguarda en el auto. Él no responde, solo se queda mirando para vigilar que entre sana y salva, lo cual es una pésima idea ya que, si mi madre descubre que él me ha traído, se armará un caos indeseable.

—Puedes irte —articulo con los labios. Él frunce el entrecejo sin más y se marcha.

Aprovecho la ocasión para golpear la puerta. Pero a la segunda vez que insisto empiezo a dudar, apartándome y mirando nuevamente en dirección a la habitación de mamá. La luz sigue encendida. Golpeo por tercera vez.

Nada.

Saco el celular y marco su número. Tras varios timbrazos, escucho su voz:

—¿Hija?

—¡Buen día, mamá! ¿Cómo estás?

—Bi... bien... ¿Ya llegaste a casa?

—Sí. ¿Puedes bajar a abrirme la puerta, por favor?

Suspira.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Yo... Había olvidado que vendrías.

—¿Y dónde estás? ¿Por qué está la luz de tu cuarto encendida? — articulo horrorizada y presa de la paranoia de que alguien pueda haberse metido en casa.

—Descuida —me calma—. Siempre que salgo dejo la luz encendida para que crean que hay alguien. Por seguridad.

—¿Tardarás mucho? Si quieres puedo ir donde tú...

—No —me corta en seco—. Digo... no te preocupes. Estoy en el médico por rutina, aunque tengo cierta demora.



—¿Vas al médico un sábado para hacerte controles de rutina? —  
pregunto algo inquieta porque ya van varios puntos de su conducta que me  
generan cierta extrañeza.

—Ya sabes cómo son. Te dan turnos hasta los días que no existen, en fin.  
¿Me esperas a que llegue? Richard intentará apresurar el papeleo de análisis  
clínicos y de la prestadora social de salud.

—Descuida —respondo mirando la casa de los vecinos—. Haz lo que  
tengas que hacer, estaré con la señora Walk.

—Creo que es una buena idea. Te aviso apenas llegue.

—Okay, mamá. Te quiero. Saluda a Richard de mi parte.

Tras despedirme cuelgo, guardo el celular y pienso que no es casualidad  
el hecho de que se me reitere tanto la misma idea... Voy a morir en  
cualquier momento si no hago algo para resguardarme.

No todos los días vas tranquilamente por la carretera y se cruza Mickey  
Mouse para saludarte de una manera por demás particular. El problema es  
que no se trata del amigable ratoncito de Disney sino de uno que te espera  
con un cuchillo más grande que tu cuello y las manos enguantadas cubiertas  
de sangre.

¿Existe alguna posibilidad de que ese tipo sea Stefano?

*Creo que nadie se cura de un balazo en el abdomen en seis días.*

Querida voz de mi conciencia, por primera vez debo darte la razón.

*En verdad te angustia tanto la idea de que ese psicópata ande suelto que  
te aferras a cualquier pista de que estás a salvo mientras el enfermo trata  
de recuperarse y otro bastante loco se cruza en tu camino y el de Theo.*

Ya no empiezas a caerme bien... Quizá fue una casualidad que nos  
crucemos con un bromista como ese.

¿Bromista, dices?

*Ajá. Se estaba divirtiendo. Me saludó al pasar. Todavía tengo en mi  
mente la imagen de su mano sacudiendo los dedos en un desagradable  
«hasta pronto, linda».*

*Creo que estás empezando a delirar. El bromista que tú dices estaba  
dándote una advertencia. Yo, en tu lugar, no estaría en calma mientras  
permanezca en Iconic.*

No hay lugar seguro para personas como Theo o como yo.

Me aferro a la valija mientras transito el camino que conduce de la  
puerta de mi casa a la vereda y desde ahí a la puerta de la casa de Charlie.  
Podría haber sido mucho más sencillo pasar por un camino recto sobre el

césped, no obstante este se encuentra húmedo y lo último que deseo es arruinarles el jardín a mamá o a la señora Walk con las rueditas de mi equipaje.

Opto por comer una pastilla de menta antes de llamar a la puerta. Miro mi aspecto en el reflejo del celular y me acomodo el cabello. Sonrío a la pantalla y creo que no estoy tan mal... Se hace lo que se puede.

Finalmente decido golpear a la puerta de la casa de mi amigo y de inmediato percibo pasos en el interior.

El picaporte gira hasta que mis ojos divisan la figura de una persona que me recibe; sus grandes ojos negros, su delgadez y sus pómulos afilados son característicos de *la chica* que está frente a mí.

Bajo la cabeza y me encuentro con que lleva puesta una camisa larga, de hombre, con el estampado de un revólver disparando una rosa y nada más por debajo, solo sus largas piernas al descubierto.

—Vaya sorpresa... —murmura Lottie evaluándome de arriba abajo—. Amor, tienes que venir a ver esto —grita hacia el interior de la casa, pero sin quitar su mirada de mí.

Acto seguido, percibo los pasos de alguien más que se acerca hasta que unos enormes brazos cubiertos de tatuajes le rodean la cintura a mi ex mejor amiga y sigo con la mirada al sujeto que me contempla con desprecio.

—Hola, gordita. Una sorpresa tenerte en nuestra cueva —murmura el despreciable muchacho que besa a Lottie en el cuello, y no logro salir de mi estupefacción.

Es Neo.

¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

## 12

THEO

*Tracy va a matarte.*

*Vete a la mierda.*

*¿Por qué te tratas así? Bien sabes que tú y yo somos indivisibles.*

Tracy no tiene que enterarse de esto. Ella necesita una vida normal como la que llevaba antes de conocerme. No seré yo quien haga la diferencia en su tranquilidad si logro mantenerla protegida y al margen de los desastres que siempre atravesaron mi existencia.

*Ella eligió hacer de su vida un desastre al elegirte a ti.*

Es una decisión completamente egoísta de mi parte el querer acorralarla y casarme con ella, pero es la única vía que encuentro para ser feliz. Para serlo ambos. Quiero darle felicidad.

*Y no será ocultándole cosas que podrían...*

Sí. Ella es feliz sin saberlo y punto.

*La incertidumbre y los secretos te destruyen. Te matan de a poco.*

*¿Cómo esperas hacerla feliz así?*

Porque quiero que se case conmigo, mierda. Una vez que haya hecho su elección, toda esta basura de los secretos desaparecerá, seguiremos estudiando y tendremos una casa en el campo con diez habitaciones, un perro y maceteros en el alféizar de las ventanas.

*Entonces, ¿luego de haberse casado será feliz o infeliz estando al tanto de la tormenta que se viene detrás? Esto es su elección, nadie la ha obligado a nada.*

¡Las cosas serán como tengan que ser, demonios! Ella está bien en su ignorancia, yo mientras la voy a proteger y luego de que dé el «sí» le contaré todo.

*¿No crees que una vez que sepa la verdad podría arrepentirse?*

*¿Qué?*

*¿Piensas que se siente bien elegir hacer tu vida al lado de un mentiroso?*

Doy un puñetazo al volante y acto seguido subo el volumen de mi estéreo al máximo para tratar de acallar la voz de mi conciencia. Es esclarecedora. Por mucho que deteste admitirlo, tiene razón, pero en esta ocasión debo ser un egoísta imbécil para que el destino se encamine por la vía indicada: la mía.

Solo un día más.

Solo un día y ya habré alcanzado el objetivo.

Cuando desciendo desde la Avenida Central y distingo la densa cantidad de árboles que se avecinan, empiezo a sentirme una mierda por haberle mentido tan cruelmente. No fui a la Bad House.

Entro al cementerio.

En la brumosa niebla del bosque.

El corazón me late en los oídos a medida que desciendo los escalones de piedra que me conducen a las frías cuevas.

Una vez que atravieso el laberinto de ingreso, me encuentro con la entrada a Los Túneles algunos metros antes, topándome con un portón de hierro forjado.

Una medida de seguridad nueva.

Entonces... Entonces era cierto...

Descuelgo el teléfono que yace a un lado en la pared de piedra subterránea y percibo tres timbrazos, hasta que finalmente alguien del otro lado contesta con la voz alterada. Como si fuese un demonio metido dentro de un robot:

—Theodore.

—S... Sí. Recibí el llamado de papá y vine a declarar.

—No sabes cuánto nos agrada tu decisión —dice el sujeto al otro lado—. Por favor, pasa.

Un bramido sacude el portón y la cueva empieza a temblar mientras la estructura de hierro se hace lentamente a un lado, dejando un metro de espacio aproximadamente para que pase. El interior se ve oscuro; una densidad mortecina me obliga a presionar la mandíbula para evitar que se note el horror que me causa saber lo que puedo encontrar ahí.

—Pasa —repite la voz de un hombre desde el interior, que se oye como un eco lejano resonando en los rincones de mi mente.

Finalmente doy un paso adelante y me meto a la boca del lobo.

## 13

### TRACY

—¿Qué haces aquí? —me provoca Lottie colocándose una mano en la cintura y jactándose del apuesto pero idiota chico que tiene a su lado.

—Quizá quiere un trío —murmura Neo.

Lottie le da un codazo.

—Tú, calla —le dice sin quitar su mirada de mí. ¿Cómo es posible que esta arpía que está frente a mis ojos haya sido alguna vez mi mejor amiga?

*Ella siempre fue así, cielo.*

Puede ser, pero no conmigo.

*Oh, sí. Claro que sí lo fue.*

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí boquiabierta toda la noche? —me sigue provocando y la Tracy Hostil de mi interior está que hierve de la bronca. En cualquier momento, si la dejo tomar posesión, podría soltarle una bofetada a mi anfitriona.

—¿Qué ocurre contigo, Charlotte? —murmuro enfatizando su nombre completo y no el apodo de afecto.

Al escucharme, hace una mueca. Es evidente que a ambas nos resulta de suma extrañeza el hecho de que nos tratemos con tanta hostilidad. De todas formas, lo mío no es ni una cuarta parte del modo en que me está tratando ella.

Quizá debería depurar un poco mi conducta...

—¿Ves cómo eres? —prosigo—. Sin mí, estás sola. Yendo de un hermano Walk al otro como si nada te importase. Pero sí que te importa, y mucho. Lo que haces no es más que implorar un poco de cariño. ¿Tanto te afecta la pérdida de tu única amiga verdadera?

Tampoco es que tenga un millón de amigos, pero antes de la universidad mis pares eran muchos más que los de ella. Por algún u otro motivo, Lottie siempre terminaba traicionando a las chicas que se nos acercaban. Supongo que a eso se debe que Haley y los chicos del Club de Lectura siempre nos mantuvieran a cierta distancia. En el de Aritmética no duramos mucho por el mismo motivo.

—¿Dónde está mi amiga? —le pregunto y ella hace temblar sus ojos de un lado a otro.

—Uuuuuuhhh, esto se viene sanguinario —interviene Neo y ambas le arrojamos una mirada asesina.

—¡Cállate! —le decimos a la vez.

Él se ahoga con una carcajada. Acto seguido se da media vuelta y suelta la risotada que venía conteniendo... Evidentemente ha estado fumando mucha hierba.

Una vez que percibimos que se ha alejado lo suficiente, asalto a mi amiga con una nueva pregunta:

—¿Qué se supone que haces con ese... mente sin cerebro?

—¿«Mente sin cerebro»? ¡Ja! Veo que tus insultos siguen siendo tan buenos como siempre.

—Al menos lo intento —digo con la voz demasiado aguda.

—Puede ser —me mira de arriba abajo—. ¿A qué pregunta quieres que responda primero? ¿A las que me culpan de ser la peor persona del mundo o a las que te incriminan por no ser ninguna santa tú tampoco?

—¿Qué? ¿Por qué dices que...?

—¿Quieres que te lo deletree o remarque las sílabas? No-e-res-nin-gu-na-san-ta. No pienses que todos tus secretos están bien guardados. Sé que tienes una relación con el cabeza de serpiente de Landon. Y no te importó Glorious: habías asumido compromisos, tú y ese imbécil están poniendo en riesgo a todos. Intentaron traerte de regreso en cuanto te apartaste del grupo pero, cuando supieron tus motivos, desistieron.

—¡Tú estás con Neo!

—Él es un Bad Boy.

—¡Precisamente! —aúllo presa de la indignación. ¿Con qué cara puede venir a incriminarme a mí?

—Pero no tenemos ningún compromiso que nos una. Ustedes sí. Si yo tuviera que cortarle las pelotas a ese enfermo lo haría sin que me tiemble el pulso.

—¿Cómo es que...?

—Lo siento, querida. Pero ya aprendí que los hombres y las mejores amigas no son fieles.

—¿Cómo supieron que Theo... y yo...?

—Hay Glorious en todas partes, Tracy Smith. Y desde que la poli se metió en tu casa y te encontraron drogada hasta las cejas, fuiste comidilla de muchos durante un largo tiempo.

La cabeza me va a mil y me quedo paralizada.

Es como si me abrieran un hueco en el pecho, perforando hasta lo más profundo y haciéndose cada vez más intolerable.

—¿Por qué con Neo? —le pregunto.

De pronto ambas percibimos una voz a nuestras espaldas.

Miro por encima de un hombro de Charlotte y distingo desde el interior de la casa una mirada brillante, de un verde tan inconfundible como el matiz de su voz.

—¿Tracy?

Se trata de Charlie, que se acerca y Lottie remata:

—Por él —dice y se adelanta, pasándome por encima y golpeándome un brazo con el suyo de manera agresiva.

—¡No te vayas, belleza! —tercia Neo haciendo el mismo recorrido desde el interior de la casa hasta el exterior, yendo tras la chica que se acaba de marchar a paso decidido por la aparición de su ex.

Mientras ellos se pierden a nuestras espaldas, me dirijo ahora al escultural chico de mirada dulce y labios llenos. Charlie tiene el cabello más corto que la última vez: muy rapado a los costados y largo en la parte de arriba. Está desprolijo, pero parece no importarle.

Lo que sí noto es que lleva puesta una musculosa color verde musgo y unos shorts deportivos color azul.

En su pelo castaño brillan perlas de sudor, al igual que en su cuello y las sienes.

—Es una sorpresa enorme verte —me dice sin poder esconder la alegría en su rostro—. Otra vez. El fin de semana pasado casi no pudimos compartir algo de espacio, juntos.

«Claro. Verás, Charlie, sucede que había una rubia asesina que tenía ganas de descuartizar a mi novio y a un psicópata violador que suele acosarme en las duchas de mi universidad. Pero no te preocupes, esta vez solo planeaba dispararme y tirar mi cadáver al muelle».

—Sí, una pena —resumo.

—¿Quieres pasar? —me pregunta—. Estaba entrenando para la pelea de esta noche. Tengo un saco de boxeo en mi cuarto, aunque, claro, eso ya lo sabes...

Ríe pero su broma realmente no me ha causado gracia. Solo abro los ojos grandes y simulo que me desternillo de risa mientras recuerdo la ocasión en que me descubrió espiándolo desde la ventana de mi cuarto.

—¿Puedo entrar la valija? —le pregunto.

—Permiso —se interpone y la toma por los costados. Creo que es un sí.

En el instante en que la recoge, me quedo embobada mirando el modo en que sus bíceps sudados se contraen y crecen, marcando venas en sus brazos, y la respiración se me entrecorta.

—Sube —me invita, entrando a la casa y yendo directo a las escaleras.

Quiere que... Ay, no.

Theo, si tienes telepatía o algo parecido, te pido por favor que a partir de este momento no te molestes en conocer mis pensamientos mientras estoy con Charlie en su cuarto.

—Por aquí —me señala entrando por la segunda puerta del pasillo en la planta alta.

Deja la valija a un costado.

Una vez que entro a su cuarto, cierra dando un portazo y le pasa llave a la entrada.

## 14

### THEO

El olor nauseabundo a humedad mezclado con el encierro de estos subterráneos es lo único que permanece inalterado.

Las paredes de piedra y mármol y la iluminación rústica que poco se ha modernizado en los últimos dos siglos han desaparecido. Ahora me encuentro en un búnker fortificado con inmensas paredes de metal, portones de hierro y cámaras de vigilancia.

Los pasillos son pasadizos donde se huelen los restos de hierro recién trabajado y me impacta la idea de que las novedades hayan estado en lo cierto.

Si bien creo recordar el camino, voy junto a dos mastodontes que miden al menos medio metro más que yo. Dos masas de músculos inútiles, vestidos de negro y con pasamontañas.

—Han estado remodelando, ¿eh? —intento bromear pero ninguno de los osos se inmuta, solo intento seguirles el paso mientras caminan—. Luego me pasan el número del diseñador de interiores, estaba pensando en ir a vivir solo...

Nada.

Ninguno responde.

*Te vas a ganar un buen puñetazo si no te calmas.*

No puedo, esto es exasperante.

*Solo intentas hacerte el duro y el bromista porque no toleras la angustia de lo que escondes y de lo que realmente está ocurriendo.*

Trago saliva dándole finalmente la razón a la insoportable voz de mi conciencia.



Acto seguido se termina el pasillo, los tipos se detienen y hago lo mismo. Entramos a un vestíbulo enorme, a media luz, con una larga mesa al centro adornada con rosas rojas y vestida con un mantel blanco, impecable.

—Gracias. Pueden irse.

La voz llega desde mi derecha.

Miro en esa dirección y encuentro a mi padre con una joven a su lado. La chica no debe tener más de dieciocho años pero sus facciones afiladas, los ojos grandes color café y su cabello negro recogido la hacen parecer mayor. También el vestido negro que le cubre el cuello y apenas le tapa los muslos.

Ambos se adelantan hasta el lado opuesto de la mesa. Toman asiento y me invitan a hacerlo en el lugar opuesto de la mesa:

—Adelante, hijo. Por favor.

¿Qué hace él aquí?

Titubeo pero opto por hacerle caso y avanzo.

Las sillas son de bronce, tapizadas de color ocre. Me siento, tratando de descifrar adónde va todo este «teatro».

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

—Me citaron para tomar tu declaración.

Tengo mis ojos clavados en los suyos y aún no logro aceptar que ambos tenemos la misma mirada, hecho que me incomoda horrorosamente.

—¿Justamente tú? —inquiero.

—Sí. Pero descuida, es algo objetivo. Me están vigilando.

Miro a la chica a su lado.

Oh, claro. La niña de metro y medio que tiene a su lado, mirándome con el gesto inmutable, es precisamente la «cámara de vigilancia» privilegiada, además de todas las que se clavan en nuestras cabezas ahora mismo.

—Realmente los túneles de Bad Boys han sufrido un cambio de cara sin precedentes —digo.

—Sí. Y creo que algo tienes que ver...

Muerdo hasta que soy consciente de que se remarcan los músculos de mi mandíbula. Él está en lo cierto.

—¿Podrías decirme —prosigue— qué fue lo que sucedió hace unas noches atrás en el bosque?

Me encojo de hombros.

—Ya lo sabes.

—Hijo, necesito que salga de tu boca. Es importante que tu declaración coincida con la información que poseen los jefes.

—Tú estás de su parte.

—Siempre estaré de parte de mi familia —sus palabras son asquerosamente tortuosas—. Por eso intento protegerte. Vamos, solo tienes que decir la verdad.

—¿A qué precio?

—¿«Precio»?

—Sí. ¿La vida de quién está en peligro si declaro algo que no convendría?

—De nadie, hijo. Solo di la verdad.

Lo dudo un largo instante, hasta que mi cabeza no lo soporta más y apenas abro la boca le suelto todo lo que sucedió con Stefano y Kylie en la IVU. El modo en que engañaron a Tracy, se aliaron con Rebecca (no menciono a Audrey por discreción y porque le debo mi vida), mintieron a todo el mundo y, por último, fueron atrapados.

—Ya no —declara papá, y sus palabras son como cuchillas filosas que me dejan estupefacto.

—Ya lo... sé —admito.

—No están en este sitio. Escaparon. La rubia mató a tres de nuestros mejores guardias, a un médico muy importante para la Bad Boys y se llevó a Stefano burlando todos los sistemas de seguridad.

Cierro los ojos y agacho la cabeza.

Mis puños se convierten en dos piedras sobre la mesa, que arrugan el mantel mientras mis manos tiritan.

—Tú no estás en peligro —dice papá.

—¿Quién me lo asegura? ¿Bad Boys?

—Yo, hijo.

—Mató a uno de los mejores médicos y burló a un ancestral sistema de seguridad en toda esta mierda —me exaspero—. Además, yo me puedo cuidar solo. No es eso lo que me preocupa.

—¿Y qué es?

Abro la boca pero me detengo precisamente un segundo antes de soltar el nombre de ella.

La chica con cara de asesina y pelo negro como el carbón se reacomoda en su silla.

—¿Por qué no lo dejas de una vez? —insiste papá—. No te sigas metiendo en problemas, hijo. Que la chica se vuelva loca si eso quiere, pero tú no...

—Basta. Se llama Tracy.

Su nombre los hace reaccionar como si se tratase del Anticristo.

—Es una de los remilgados —masculla él.

—¿Y? Ya no. Está arrepentida.

—Eso no se puede deshacer con facilidad.

—Entonces no les debería preocupar. Si los otros dos hijos de puta están sueltos, se encargarán ellos de fulminarla.

—Y a ti también. Pero mientras esté del lado del bando enemigo, no hay protección que pueda alcanzarte, hijo. No te equivoques. Cuida muy bien lo que haces... Y lo que dices.

Lo observo.

¿Hay algo detrás en sus palabras?

—Creo que está todo dicho. Piensa tus objetivos. No puedo seguirte protegiendo mucho más, desde la Bad Boys no se van a mover si alguien te hace daño a ti o a cualquiera que intente ayudarlos.

—Pero Moore y Guilty los van a exponer a todos y se armará el Holocausto de nuestro siglo —le digo con tono glacial.

—De ellos sí nos ocuparemos. Solo no te desvíes del buen camino, Theodore.

Acto seguido me pongo de pie con brusquedad y no es necesario que me indiquen dónde está el camino de regreso.

Todos mis sueños se desvanecen al hacerme a la idea de que no podremos estar juntos.

Cierro los ojos y su rostro aparece en mi cabeza mostrando una inocente sonrisa que motiva cada uno de mis pasos.

Pero se desvanece de un instante a otro...

¿Dejaré que mi vida continúe siendo una mierda?

¿Me resignaré a estar solo para siempre?

¿A que nada tenga nunca sentido?

No... No será así.

Juro que no.

«La protegeré con mi vida si es necesario», me juro a mí mismo mientras cruzo la entrada a los túneles y una lágrima de desolación me humedece la mejilla.

«Ella siempre estará conmigo».

## TRACY

Las piernas de Charlie son asombrosas.

Los músculos endurecidos resaltan en su piel bronceada y hace de sus pantalones cortos un exceso de tela demasiado egoísta al no poder ser aún más cortos.

Lo bueno es que, mientras se exaspera y golpea la bolsa de boxeo, por momentos puedo ver la terminación de un bóxer color azul marino que acapara toda mi atención.

—¿No crees? —me pregunta.

—¿Ah? ¿Qué? Disculpa, yo...

Él reprime una carcajada cargada de complicidad.

Me atrapó mirándolo, estoy segura. Bueno, me atrapó otra vez.

Cualquiera diría que lo hago a propósito, pero juro que nada de esto es premeditado.

—Entiendo —murmura arreglándose los guantes—. Entiendo que esto te distraiga. A mí me pasaba lo mismo al comienzo.

—¿Ah, sí? —algo me genera sospechas, aunque no alcanzo a divisar muy bien de qué se trata.

—Exacto. Es que *esto* es así... Te sacude, te agita, se te mete muy adentro, hasta hacerte sufrir. Pero te termina gustando.

—Yo... Char... lie —trago saliva muy nerviosa por lo que me dice. Estoy sentada al borde de su cama y clavo las uñas en su cobertor dorado.

—El boxeo es así, Tracy.

—¿«El boxeo»?

Da un nuevo puñetazo a la bolsa de boxeo.

—Sí —aclara—, el boxeo es una pasión que empieza llamando tu atención —nuevo puñetazo— y, cuando te quieres acordar, ya es parte de ti —otro más.

—Claaaro —murmuro soltando una enorme cantidad de aire que venía conteniendo—. El boxeo te... te hace doler, pero luego te termina gustando

—mi tono va disminuyendo pero ya me siento un poco más calmada.

—Implica mucha exigencia física.

—Por supuesto —convengo, sin la menor idea de qué demonios implica el boxeo. La única vez que quise tomar clases de esta disciplina falté.

Theo iba a ser mi entrenador. Mis sentimientos hacia él eran tan persecutorios que no me sentía segura con la idea, y terminé arrepintiéndome de inmediato, aunque ahora creo que valió la pena no haber visto a un montón de chicas babeando, mirando a su sexy entrenador de músculos esculturales y ojos grises.

—¿Y qué es lo que te trae de regreso? —me pregunta.

Mis pies están afirmados encima de mi valija, que está en el suelo de forma horizontal. Cierro mis manos en mis rodillas y lo observo con timidez.

—Un amigo me necesita. O dos.

—¿Dos amigos?

—Ajá.

Pienso en Tachas y en Carl. No soy consciente de cuál de ellos aparece primero en mis pensamientos, pero lo cierto es que el motivo de mi viaje es tanto uno como el otro.

—O tres —murmura.

—¿Tres? —repito algo confundida.

—Claro. Yo.

De pronto una luz de ALERTA se enciende en mi cabeza.

—Sí. Tú siempre eres de mis amigos predilectos —suelto. Podría confesar que no estoy mintiendo, precisamente.

—Después de todo, fuiste clara conmigo —se detiene y me mira fijamente antes de continuar— al dejar explicitado nuestro vínculo de «mejores amigos».

Charlie, Charlie, ¿en verdad yo dije eso?

*Sí, lo hiciste.*

Pero es tan...

Sus pectorales se marcan por encima del cuello abierto de su musculosa y algunos vellos castaños, al igual que su cabello, se aparecen para bendecir mi entropier... Mi mirada.

—Te invito un helado —declara.

—Oh, no. Tienes que entrenar para esta noche. No puedes perder el tiempo conmigo en estas circunstancias.

—¿Me negarías un helado? Vamos, Tracy. Quién sabe cuándo podríamos volver a vernos.

No digo nada. Solo me relamo mirando su cuerpo sudado e intento hacer una broma:

—No podrías ir así... Todo... transpirado y...

—¿Y?

«Y con tanta ropa encima. Mejor vamos a la ducha y te enjabono la espalda».

—Debo irme —murmuro exaltada.

—¿Qué? Espera aquí. Un trato es un trato. Iremos a tomar un helado, no va a implicar tanta demora.

—Charlie, en verdad, debo...

—Aguarda. Solo dos minutos y estaré de vuelta —busca una toalla.

—Pero...

—Enseguida regreso —promete y antes de retirarse me guiña un ojo.

Me quedo sola en su habitación, con la boca abierta, sin poder objetar palabra en mi favor. Solo estoy con el montón de pósteres de boxeadores, bandas de rock y triángulos en punta hacia arriba.

Mi corazón da un vuelco al comprender el peligro de seguir encerrada en su cuarto.

Miro por la ventana y me percato de que se observa con claridad la zona lateral de mi casa, vía directa por la cual espíe a Charlie en varias ocasiones.

Después de todo, ¿qué tan malo podría ser? La peor parte ya pasó. Estábamos encerrados en su habitación sin ningún plan por delante. Ahora solo resta que se aparezca e irnos para concederle su deseo de probar un poco de helado.

Hummm, me pregunto si querrá hacerme adivinar sabores.

Me acomodo el cabello a un costado cuando caigo en la cuenta de que han pasado más de dos minutos desde que estoy esperando. Ahora percibo los pasos de alguien que se acerca y pienso en que Neo podría aparecerse en cualquier momento para terminar lo que empezó hace un año atrás.

¿Otra vez piensa hacerlo con una barreta de hierro? ¿O para esta ocasión ha pensado en métodos más efectivos?

Los pasos del potencial peligro se siguen acercando.

Mi corazón palpita con fuerza cuando finalmente me pongo de pie de un salto y corro hasta la puerta de la habitación para pasarle el seguro.

El punto es que, apenas llego a ella, el picaporte se mueve y la puerta se abre apenas.

—¿Tracy?

Charlie me sorprende al otro lado.

—¿Qué haces? —me pregunta.

Me calmo de inmediato al saber que es él.

Acto seguido, decido abrir la puerta... Una decisión demasiado ingenua al caer en la cuenta de lo que me espera al otro lado.

Una vez que cedo y Charlie entra en la habitación, soy consciente de que no estoy fuera de peligro en absoluto.

De pronto un chico mojado, con gotitas de agua cayéndole por todo el cuerpo, envuelto en una toalla desde la cintura, ocupa mi absoluta atención.

Veo con claridad los tatuajes de su cuerpo: dos triángulos escalenos en ambos antebrazos, un halcón abriendo sus alas en su pecho y docenas de plumas de tinta deshaciéndose y cayendo en todo su torso.

Es magnífico.

—Olvidé llevar ropa interior a la ducha —me dice.

Trago saliva.

—Ahora salgo —mascullo e intento evadirlo desde un costado.

Pero él se interpone.

—Si no te molesta —murmura a escasos centímetros de mí. Puedo sentir su fresco aliento a pasta de dientes acariciándome las mejillas—... podrías darme una mano.

## 16

### TRACY

«Si no te molesta, podrías darme una mano».

Las palabras de Charlie hacen que mi corazón se desboque o que yo quiera caerme de boca, quién sabe.

Quedo paralizada y estoy a punto de hacerme sangrar el labio de tanto mordérmelo. Por suerte caigo en la cuenta de que estoy a tiempo para despegar la boca y tartamudear un par de incoherencias:



—Yo... Tú... Mi mano...

No todos los días se tiene a un chico así frente a una, envuelto en esa toalla y con sus músculos a la vista, tal como muchas chicas en el mundo desearían.

*Tú tienes a Theo.*

El nombre de mi novio (título al que aún no me acostumbro) aparece de pronto en mi cabeza y me deshago de mis hormonales ganas de arrojarme encima de este chico como un felino salvaje.

—No puedo —musito.

—¿Qué? —el tono de su voz es acompañado por su gesto de incredulidad—. Solo necesito que me pases ropa de mi armario. Pero si te ofende, puedo hacerlo yo mismo.

## THEO

Luego de dar unas cuantas vueltas en auto para pensar mil veces una alternativa que finalmente no llega, decido ir a la Bad House para asegurarme de que mi cuarto esté en condiciones. De lo contrario tendría que hacer una reserva en un hotel, a menos que la madre de Tracy haya recapitado de una vez y pueda dormir con ella en su cuarto.

Antes de ir hasta la casa, en un semáforo tecleo un mensaje rápido:

**Th:** ¿Estás en Iconic? √√

La respuesta no demora pero decido aguardar al próximo semáforo para ver el celular (controlando antes que no haya un ángel guardián de los controles de Policía para hacerme una multa millonaria por andar en coche con mi celular en las manos).

**Au:** Estoy. ¿Qué quieres? √√

**Th:** Verte. ¿Dónde estás? √√

**Au:** Vete a la mierda. Ya no te debo nada, estamos a mano. √√

**Th:** Estoy en ddeiodfgf √√

Un bocinazo me espabila y llega en compañía de un lindo insulto:

—¡Aparta el auto, imbécil!

Levanto la mirada y distingo que el semáforo ha cambiado a verde. Mierda.

Arrojo el aparato al asiento del acompañante y quito el freno de mano, poniendo en marcha nuevamente el motor. Pero antes de perder de vista al agradable señor que aguarda con paciencia tras de mí, decido bajar la ventanilla y sacar mi mano para dedicarle un amigable gesto con el dedo del corazón.

## TRACY

No tengo noción de cuánto tiempo llevo colorada. Incluso no pude volver a mirarlo a la cara.

Mucho menos podría soportar más tiempo a su lado tomando un helado.

Una vez que estamos afuera, distingo que a la derecha se acerca por la calle un bonito Mercedes blanco, con vidrios polarizados.

Estaciona al frente de mi casa y del lugar del acompañante desciende mi madre, quien detiene sus ojos en mí, dedicándome una sonrisa llena de calidez. ¿Será una trampa para castigarme durante el resto de mi vida al ver que estoy junto a Charlie?

De pronto recuerdo que mi amigo en alguna ocasión me mencionó que mamá se hizo amiga de la señora Walk y entre ellos han empezado a llevarse mejor.

Me pregunto cuánto tardaría en hacer buenas migas con Margot, la madre de Theo.

—¡Hola! —me dice sacudiendo su mano en alto.

Vuelvo a Charlie y este se encoge de hombros... Y cabe destacar que ahora está vestido con un lindo suéter y jeans, para suerte de todos los mortales.

—Ve —murmura—. Saluda a tu madre. Te veré esta noche en la pelea.

—¿Seguro? —murmuro.

—No hay problema.

Le dedico una sonrisa y beso una de sus mejillas antes de tomar mi valija para arrastrarla hasta el auto de los recién llegados.

Richard se aparece saliendo del lugar de conductor y lo observo mientras abrazo a mamá.

Su característico olor a crema de coco invade mis fosas nasales y me pregunto cuánto añoraría despertar una mañana de estas para encontrármela

cocinando con la música de Slash de fondo, tal como sucedía en mis tiempos de escuela.

—Hija... no sabes cuánto me alegra volver a verte —murmura.

Y me aparto de golpe para mirarla a la cara.

¿Está... llorando?

## THEO

Tal como esperaba, esta casa es un infierno de fiestas alocadas y música a todo dar.

Mi duda es que no sé si es la fiesta de la noche anterior que aún no termina o esto es apenas una previa de lo que vendrá después.

El olor a marihuana me impacta, haciéndome caer en la cuenta de que hace muchísimo tiempo no fumo una mierda de esas. Me adentro un poco más en la casa y soy recibido por saludos de los ebrios de Dominic, Cedric y Neo. Junto a este último está una chica en quien encuentro algo muy familiar...

Ambos están sentados en el sofá de dos cuerpos y la chica, que permanece de brazos cruzados y con gesto de estar oliendo basura, se ve como si en cualquier momento fuese a arrancarle los ojos al idiota que le ruega a su lado.

Los observo con detenimiento hasta que ambos se percatan de mi presencia y me dirigen una rápida mirada.

¿Qué hace Charleston aquí?

## TRACY

Mamá pone en marcha la cafetera.

Con Richard estamos sentados al borde de la mesa de la cocina y soy consciente de que no solo se han comprado un auto caro para ambos sino que además han cambiado la mesa por una redonda de material firme y mantel estampado a cuadros (al estilo italiano).

—¿Cómo van esos exámenes? —me pregunta la pareja de mi madre. Creo que ya puedo empezar a adaptarme a su incómoda amabilidad para hablar a personas que en verdad debería odiar.

—Bien, no he reprobado ninguno y debo sostener buenas notas para que no me quiten la beca —le respondo.

Mamá sigue preparando cosas en la cocina y se le cae un vaso al fregadero.

Con Richard nos damos vuelta de inmediato para ver qué está sucediendo con mamá.

—No se rompió, no se rompió —se resguarda ella. Aún tiene los ojos enrojecidos.

—Ten cuidado, cariño —responde él y vuelve a mí—. En mis tiempos de secundaria también gané una beca pero me la quitaron en tercero tras reprobado un par de exámenes.

—Oh... —murmuro.

—Descuida, no iba de fiesta por las noches. Fue un mal año familiar, mi padre falleció, mi madre cayó en una depresión grave, con mis hermanos nos costó mucho sostenerla, tuve que empezar a trabajar...

De pronto mamá sale disparada hacia la sala y se encierra en el baño de la planta baja. Desde la cocina, con Richard nos quedamos en silencio mirándonos y escuchando solo dos ruidos que hacen eco en todos los rincones: la cafetera en marcha y las arcadas de mi madre mientras vomita.

## THEO

—¡¿Quéeeeeeeeeeeeeee?!

La voz de Amanda es más chillona que lo normal.

Está bailando en la cocina con un vaso rojo en una mano y parece no salir de un extraño trance. ¿Qué han estado fumando todos aquí?

Se los ve demasiado perdidos. Ya empieza a preocuparme que algún día estos prueben con alguna pastilla demasiado peligrosa y pasen a mejor vida.

—¡QUE SI SABES DÓNDE ESTÁ AUDREY! —le digo.

—¡¿AMY?!

—AUUUDREEEYYYY —enfático la palabra.

—AHHHHH, AUDREEEEEEY.

—¡SÍ!

Ella suelta una carcajada y deja caer su frente contra mi pecho, inclinando el vaso y derramando licor en mis zapatos; la enderezo sujetándola por los codos para que deje de ensuciarme.

—¿DÓNDE ESTÁ?! —insisto.

—¡ARRIBA! ¡HABITACIÓN!

—¿EN LA SUYA?!

—¿QUÉ?!

Niego con la cabeza y la dejo seguir bailando hasta que tropieza y cae de costado.

Me doy vuelta para comprobar si está bien, aunque sus carcajadas repentinas se acoplan a las de Summer y dejo de preocuparme para salir en busca de las escaleras.

## TRACY

Vuelvo mi mirada a Richard.

—¿Qué ocurre con mamá? ¿Va todo bien? ¿Hay algo que tengas que contarme? —lo asalto a preguntas.

Él se pone de pie y se encamina hasta la cafetera. La detiene y sirve en dos pocillos.

—¿Con azúcar? —me pregunta.

—Dos cucharaditas, por favor.

—Okay.

—Dime lo que está sucediendo —mascullo guiándome por los ruidos que provienen del baño para asegurarme de que no salga justo cuando le pregunto esto a Richard—. ¿La boda la tiene sensible?

No responde.

—Es eso, ¿verdad? —insisto.

El sujeto se sienta en la silla frente a mí donde estaba momentos atrás y me responde antes de llevarse la taza a la boca:

—Creo que deberías hablar con tu madre. No puedo decirte nada...

—¿Qué sucede? Dime. Es *mi* madre, tú lo has dicho.

Noto que su mandíbula tiembla en el preciso momento en que me descubro a mí haciendo lo mismo.

## THEO

Me encuentro con la puerta de Audrey tras haber pasado por una carrera de obstáculos a la que podría hacer un tutorial de «cómo sobrevivir a un montón de cuerpos drogados que sueltan risotadas y se dejan caer encima de ti».

Al comprobar que no tiene seguro, abro y me meto en la habitación. Está oscuro.

Si bien este lugar aparenta cierta paz, esta se desvanece al romper la atmósfera un grito proveniente de su propia voz:

—¿Qué demonios te sucede?!

Ella se incorpora de golpe. Temo encontrármela en una situación que no debería, no obstante enciende la lámpara junto a la cama y observo que ha estado durmiendo.

—Te advertí que vendría —digo—. Tengo que hablar contigo. No sé si sabías pero hay dos locos sueltos afuera.

—¿Dos? —repite y suelta una risa cargada de ironía—. Yo diría que docenas de locos en esta casa.

—¿Qué les ocurre a todos?

—Están drogados. Llegaron tabletas de pastillas multicolor en paquetes que comenzaron a circular anoche.

—¿Paquetes de quién?

—No lo sé. Me dieron uno pero lo tiré al suelo y me vine a dormir. Estoy demasiado agotada como para probar esas cosas.

Audrey señala a los pies de la cama, donde encuentro una de las tabletas coloridas y la recojo. Al darle la vuelta me encuentro con una inscripción extraña:

«¡Feliz fiesta en la Bad House, sabandijas!».

## 17

### TRACY

Richard me observa.

Su mirada dice mucho, abre incógnitas, me deja pensando pero a la vez no dice nada. Y es ese vacío lo que llena mi interior de angustia.

—Habla —le ruego.

«Habla para calmar las voces de mi cabeza». Mil ideas, mil suposiciones surgen dentro de mí; una derriba a la otra y aun así no es suficiente para ofrecerme algo de calma.

Finalmente se mueve; se incorpora y me señala la puerta de casa.

—¿Salimos un momento?

Asiento sin emitir sonido.

Sigo su paso hasta que estamos afuera y cierro la puerta a mis espaldas, atenta al interior de la casa para resguardarme de si en algún momento mamá sale y mira adónde hemos ido a parar.

—¿Y bien? —insisto—. No queda mucho tiempo. Primero mamá posterga infinitamente la boda, luego muta su hostilidad a algo similar a la compasión —hecho que, cabe aclarar, jamás imaginé en ella, aunque estaría juzgando mal—, se olvidó de que vendría y esto me resulta de una extrañeza enorme.

Ella siempre me persiguió incansablemente.

Por lo general he sido una persona sumamente controladora de mis tareas, de los quehaceres, de guardar bajo candado cada aspecto de mi vida con tal de tenerlo bien cuidado. Que nada salga de modo inesperado. Hasta que el tiempo me demostró lo diferentes que son las cosas, pero eso sería entrar en otro tema...

El asunto es que mamá controlaba cada aspecto de aquello que concierne a mi existencia, al igual que yo llevaba una cuenta obsesiva de todo lo que pudiera medir en mi rutina.

Incluso en la comida.

Antes de Theo, era una persona que padecía mucho su cuerpo. Me dolía llevar esta forma, este ser. Pero estar con él y saber que puedo ser atractiva para alguien (quien a su vez fue capaz de demostrar su deseo sin tapujos) me ayudó a dar mi primer paso en saber amarme a mí misma.

—No es sencillo... —murmura Richard y se pasa una mano por el rostro hasta el cabello.

Suspira observando el horizonte.

Parece ser que su cabeza busca palabras sin encontrar eso que ponga fin a lo que lo atormenta.

O que nos atormenta.

Y que puedo deducir a partir de un incómodo nudo que se crea en mi garganta.

—¿Richard?

Él abre la boca y me mira; sus ojos se reflejan por la luz del sol.

Una gruesa capa de lágrimas brilla, pero todo se ha oscurecido para ambos.

—Se... —musita con la voz ahogada—. Se trata de cáncer.

## 18

### TRACY

El mundo se ha detenido.

De pronto es como si toda mi vida se escurriese entre mis manos y el corazón se me partiera en dos, en tres, en mil millones de pedazos que se esparcen en el suelo y es imposible rearmarlo.

Una enorme cantidad de recuerdos pasan por mi cabeza.

Pensamientos alegres, otros tristes. Momentos en los que me acercaba a mi madre para pedirle jugar con muñecas o peluches, sin embargo ella siempre estaba tan enfrascada en sus estudios que más de una vez se me ocurrió romperle todos sus libros y cuadernos con tal de tener un mínimo de atención...

Para estas ocasiones, la abuela resultó muy creativa para enseñarme a jugar y hacer algo con mi niñez.

Todos esos años se pasaron tan rápido, tan tristes y en soledad, sin una madre que se ocupara lo suficiente de su niña pequeña.

En cambio, tenía que compartir su atención con los momentos de tensión que implicaban las mesas de examen, las noches enteras que se pasaba junto a sus infinitas tazas de café.

«Se esfuerza mucho para que puedas tener un buen pasar, cariño», me decía la abuela e intentaba creerle con todas mis fuerzas. Es difícil hacer entender estas palabras a un chiquito que tiene que rivalizar nada menos que con los estudios prometedores de un futuro mejor.

Y debo aclarar, ella siempre se esforzó.

Se esforzó mucho.



Hasta se enamoró de su director de tesis y fue absorbida completamente por su profesión.

—¿Tracy? —me pregunta Richard—. ¿Me oyes?

Está ahí de pie frente a mis ojos pero de pronto mi cabeza no es más que un intento de ubicarse en el tiempo, en el espacio.

Lo observo y solo encuentro a ese director de tesis que representa la concreción de una atención que mi madre siempre desvió.

Pero hay momentos que atesoro.

Los días que se esforzó por enseñarme a andar en bicicleta, mis caídas, mis raspones de rodillas.

Su mirada cargada de calidez. Sus dedos quitando las lágrimas de mis mejillas hinchadas. Su presencia, que ahora amenaza con desaparecer.

Y al parecer, este idiota de Richard, que no es capaz de guardarle un secreto, se presenta para romper el fino hilo del cual depende mi mundo.

—¿Es... grave? —le pregunto intentando mantener la cordura.

—Está en una fase temprana —murmura—. Lo cual mejora el pronóstico, pero debemos ser conscientes de que es una enfermedad de gravedad. No soy médico pero al menos eso entendí de la cita con el médico.

—¿Dónde...?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde —lucho conmigo misma para que la voz salga lo mejor que pueda— está alojado el cáncer?

—En el cuello uterino. Aunque dicen que los vómitos son más reacciones psicosomáticas que síntomas de la patología.

Cierro los ojos.

Efectivamente él tiene razón.

No lleva lógica pensar que el cáncer no es una enfermedad de gravedad. Es intentar creer en Santa Claus o en poderes mágicos que harán de ti algo extraordinario capaz de curar una anomalía o salvar a las personas buenas...

¿Por qué? ¿Por qué Dios hace esto? ¿Por qué precisamente a las personas que no hacen ningún daño a nadie? A los más nobles, trabajadores. A las personas que quieren ser felices después de un embarazo infructuoso y de criar a su hija sin un padre.

Después de una existencia cargada de desgracias, de dolor, de noches desveladas.

—Vuelvo... luego —murmuro a Richard.

—¿Adónde vas? —me pregunta. Y ambos somos conscientes del tono autoritario en que se oyó eso. Puede que se vaya a casar con mi madre pero jamás lo sentiré como un «padrastro»—. Digo... por si tu madre me pregunta.

Le sonrío y señalo en dirección a la casa de al lado.

Me armo de valor y, probando el salado de las lágrimas, presiono con fuerza los puños y me encamino hasta la casa de Charlie.

Toco el timbre reiteradas veces hasta que, a los pocos segundos, se aparece él frente a mis ojos, consternado, asustado por mi gesto destruido.

—Charlie —musito con la voz quebrada y hundo mi nariz en su pecho—. Perdóname por regresar pero... llévame con Theo, por favor.

Mi vida está desecha.

«Por favor», le ruego, presionando mis uñas contra las hebras de su suéter.

Finalmente lloro en su pecho como la niña que siempre necesitó a su madre.

Y que ahora la perderá en verdad.

*El Ángel estuvo mucho tiempo en soledad antes de encontrarse con el Lobo...*

## 19

### THEO

Entro a la cama con Audrey.

Vestido, por supuesto.

Ella hace las sábanas a un costado y ambos nos quedamos a una distancia prudente; resulta inevitable rememorar viejos tiempos.

—Son todos un montón de imbéciles —murmuro tomándome el rostro como si la cabeza me pesara una tonelada—. O sea que llevan ¿cuánto? ¿Doce horas drogados?

—Más o menos —murmura.

Por suerte ella también va vestida con un pijama negro, o sea que no hay piel imprudente a la vista.

Está sentada, apoyada contra el respaldo de la cama y se abraza las rodillas como una niña pequeña. Aunque no debería dejarme llevar precisamente por su aspecto, siguiendo las coordenadas que han caracterizado nuestro pasado.

Debo hablar acerca de *un pasado* común puesto que, lamentablemente, hay algo que nos vincula, una historia lamentable que nos une, como el suicidio camina en un borde medio entre la vida y la muerte.

—Sin fines económicos, definitivamente no es difícil difundir esas pastillas —afirmo—. Alguien las ha enviado como un maravilloso presente.

—Ojalá los mate por ser tan imbéciles.

—¿Crees que pueden venir de los Glorious? —la observo de reojo.

Ella se encoge de hombros.

—Lo dudo —murmura—. Las difundieron los mismos de nuestro bando, es decir que eso viene sí o sí de alguien de los nuestros.

Y esto hace resonar en mi interior un viejo precepto que intenté seguir... «Tenemos que destruir Bad Boys. Y será desde adentro».

Audrey abre el cajón de su mesita de luz y saca una caja de cigarrillos, un revólver y un paquete de preservativos.

Deja los primeros sobre la mesa, me apunta con el revólver y me muestra los profilácticos con la otra mano.

—Hey —me observa—, me coges o te mato.

La observo con los ojos abiertos como platos, escondiéndose detrás del cañón. ¿Cómo es que dio un giro tan rotundo?

Trago saliva y, comprendiendo el juego, sonrío.

—Dispara —asevero.

Ella suelta una carcajada y vuelve a guardar la caja de condones, sin embargo deja afuera los otros elementos.

—Eres inteligente —sonríe colocándose un cigarrillo entre los labios y lo enciende con el revólver.

Claro, porque esa arma es un encendedor.

—Recuerdo cuando Tachas te regaló ese juguete.

—¿Ah, sí? —pregunta ofreciéndome un cigarrillo.

Le respondo con una negativa a su «caridad».

En efecto, aún recuerdo el día que Jacob se presentó para un cumpleaños de Audrey (que nadie en toda la casa había recordado) y le dijo extendiendo

una caja envuelta en papel de regalo: «¡Sorpresa! Este es el regalo más amargado del mundo para la persona más amargada del mundo».

Se dibuja una risita en mis labios al recordar la escena.

—¿Dejaste de fumar? —me pregunta.

—Eso intento.

—¿Por qué? —insiste.

Oh, claro, «porque me voy a casar con la chica más perfecta de todo este puto mundo y sumaría puntos en contra si decido hacer algo que pueda afectarme a mí, a ella o a los canarios que tengamos en la hermosa casa de campo que vamos a comprar».

De pronto mi mirada se cruza con la suya.

Y es todo lo que necesitamos para que sea Audrey misma quien responda a su pregunta:

—Descuida —murmura—, ya entendí. Tu chicle de fruta.

## TRACY

Cuando Charlie detiene el auto frente a la Bad House, caigo en la cuenta del silencio que nos ha atravesado desde mi pedido hasta ese preciso instante.

Está lleno de autos mal estacionados, hay chicas vomitando en el patio delantero y sujetos durmiendo en la vereda.

—¿Segura que quieres quedarte aquí? —me pregunta.

Lo observo de costado y vuelvo a mirar al lugar. Busco en la calle, entre todos los coches que hay estacionados hasta localizar el de Theo.

—Sí —afirmo—. Lo buscaré y nos iremos. Creo que mis horas en Iconic están contadas.

Le dedico una sonrisa esperando que su expresión de asco cambie, no obstante mi intento resulta inútil.

Quito el seguro a la puerta y, antes de intentar abrir, él me detiene con su mano derecha en mi brazo.

Es fuerte pero no llega a hacerme daño.

Si fuera otro momento de mi vida y no uno tan difícil, la sensación de nuestro contacto podría liberar en mí sensaciones exquisitas pero incómodas. Ahora, en cambio, no despierta más que agitación al pensar que no estamos haciendo lo correcto.

—Tracy... —murmura.

Noto en sus ojos un gesto suplicante.

Brillan bajo la luz del sol que entra por la ventanilla. Son dos gemas verdes que sufren, que reclaman algo, pero no soy muy consciente de qué busca.

Sus facciones son delicadas, prudentes y de un atractivo monumental. El punto es que ahora mismo mi cabeza está tan cargada que no puedo permitirme sentir nada agradable.

—Por favor, Charlie. Debo ir —respondo.

—Si en verdad quisieras irte, quitarías tu brazo.

Observo su mano, que me sujeta pero no hay presión. Es una caricia.

¿Es que tiene razón?

¿Por qué hace esto?

¿Por qué me deja en esta posición?

—Yo... —empiezo a refutar lo irrefutable.

Aunque no es necesario decir una sola cosa más. Puesto que él coloca un dedo sobre mis labios y se acerca a mí.

—Aléjate de él —murmura tan cerca que alcanzo a sentir su aliento delicioso pero prohibido—. Te está haciendo mal.

—Char...

—Necesito que me des una oportunidad. Él no te conviene. Te destruyes a ti misma estando cerca de él.

—Pero...

—Por favor, Tracy. Una oportunidad. Solo una —quita su dedo de mis labios y la distancia va desapareciendo, es tan ínfima que en cualquier momento el auto se podría derretir—. Prometo que te haré feliz.

Y vence todos los obstáculos al cerrar sus labios sobre los míos.

## 20

### TRACY

Los labios de Charlie son el fruto prohibido.

Tan dulces como él, resultan el néctar irrenunciable que me moría por conseguir, sin embargo ahora lo único que me invade es una culpa monumental.

Cierra los ojos.

No tengo idea de cuánto dura el beso pero lo observo en todo momento y distingo que tiene los párpados pegados y eso creo que saca las cosas de cauce.

«Él no te conviene».

«Te destruyes a ti misma».

«Una oportunidad. Solo una».

«Prometo que te haré feliz».

—¡Basta!

Empujo a Charlie con mis manos sobre su pecho.

Él me observa con la mirada ensombrecida y un gesto de sorpresa, como un niño herido.

—¿Qué haces? —indago, aún presa de mi estupefacción.

—Nos besamos, Tracy...

—¡Tú me besaste! ¡¿Cómo te... te atreves a hacer eso?!

—Sé razonable, Tracy —me impone casi en un mandato. Pero sus palabras no son las que yo querría escuchar.

—Precisamente, intento ser razonable y por eso te he apartado, Charlie.

Por supuesto que estoy siendo sensata. ¡No puedo besarme con mi amigo por ahí como si fuese de lo más casual!

—¡¿Por qué no lo intentas, Tracy?! ¿No entiendes que te mereces a alguien mejor? Puedo darte una vida digna y aun así eres tan masoquista que no eliges lo que te conviene. ¿Por qué...?

Trago saliva y calibro muy bien las palabras que debería decir: «Tú eres mi amigo, Charlie», sin embargo, lo que dice mi boca es algo diferente:

—¡Me casaré con Theo!

## THEO

Audrey se incorpora de costado sin quitar sus ojos de mi boca.

No es necesario que me gire para quedar cara a cara con ella y así saber que en estos instantes me está ultrajando con la mirada.

Puedo percibirla de reojo, reposando el peso de su cuerpo en un codo y acariciándose el cabello mientras intenta descifrar lo que me está pasando por la cabeza.

—Creo que... debería irme —murmuro.

—No vas a dejarla, ¿verdad?

—¿Qué?

—Piensas seguirte exponiendo a un peligro innecesario, Landon. Ella es agua y tú eres fuego. Se terminarán extinguiendo ambos si no detienen ese juego.

Su provocación no hace más que enfurecerme.

—No sabes nada de lo que estás hablando.

Niego con la cabeza e intento salir de la cama, sin embargo ella me retiene cerrando su mano en mi camisa y me devuelve al colchón de un tirón.

—No puedo seguir aquí, Audrey.

Ella me busca el rostro y se coloca de rodillas en la cama.

Su pelo verde, que se cortó a la altura de los hombros, está inclinado a un lado, dejando libre su cuello. Es en este punto de su piel que decido detener la mirada para no cruzarme con su gesto de felino insaciable.

—Podría ser la última vez que estemos juntos... —ronronea.

—Tú y yo jamás volveremos a estar juntos.

Su mano acaricia mi barba incipiente liberando una mezcla de excitación y rechazo dentro de mí.

—No te mientas —insiste—. Te prometo un mundo si te quedas hoy. Luego, si quieres, me olvidaré de ti.

—No...

—Mírame.

—Audrey...

—Que me mires.

Lo hago.

Caigo en su trampa y nuestros ojos se encuentran.

Ella separa los labios y me hace una promesa:

—Solo un día necesito para enseñarte que el Paraíso es algo posible si dejas que...

Sin embargo, su voz se detiene ya que la puerta de la habitación se abre de golpe. Y empiezan los gritos.

## TRACY

Luego de haber dicho lo indecible, me llevo una mano a la boca y lo miro sorprendida.

Acto seguido, abro la puerta del auto y salgo corriendo. Sé que Charlie tiene su corazoncito roto, deshecho, pero no pude contenerme. Ni siquiera he pensado si estoy del todo decidida a casarme con Theo pero de golpe caigo en la cuenta de que la decisión *está tomada*. Y ha sido el sujeto menos esperado en el mundo entero el primero en enterarse.

Mientras evado a algunos borrachos para no chocar con ninguno de ellos, percibo algunos «halagos» malintencionados que hablan de mi trasero.

El punto es que escucho la voz de Charlie a mis espaldas mientras me meto en la casa:

—¡Tracy, espera!

¿Por qué tiene que ser así de masoquista? ¿No puede simplemente dejarme ir con todos mis errores juntos? ¿Qué necesidad hay de escupirme horribles verdades a la cara? Posiblemente me arruine la vida con Theo pero lo elijo yo y debe respetarlo. Le parezca como le parezca.

—¡Tracy!

Me meto en el living y me impacta la música de rock a un volumen que hace vibrar las paredes, el hedor a orines y a alcohol, a marihuana y tabaco; hay una cortina de humo que me hace toser mientras busco las escaleras.

Los ojos me arden pero no alcanzo a distinguir si es porque quiero llorar o porque realmente el humo me está haciendo mal.

Mi primer impulso es ir a la habitación de Theo, aunque en el camino me cruzo con tres rostros conocidos: Neo, Lottie y Amanda.

En otro momento me hubiera preguntado qué rayos hace mi ex mejor amiga en este lugar, pero a esta altura lo encuentro razonable.

El punto es que decido acercarme a Amanda, quien se encuentra tirada al pie de la escalera desternillándose de la risa con otra chica a quien reconozco; se trata de la rubia Summer.

Parece ser que se han caído de las escaleras y, lejos de haberse roto un hueso, les causa una gracia desmesurada.



—Ejem... ¡Hola! —les digo sin encontrar las palabras adecuadas. Así que voy al grano antes de que Charlie me encuentre entre el montón de gente—. ¿Han visto a Theo?!

—¿Quéeeeeeeeeeeeeeeeejjjj? —preguntan ambas a la vez y me observan con los ojos entrecerrados.

—¡THEO! ¡¿DÓNDE ESTÁ?!

Ellas se miran y sueltan una nueva carcajada, pero es Amanda quien habla.

—¡ARRIBA! ¡PUERTA AZUL! ¡CUARTO DE AUDREY!

El nombre que emite me deja petrificada. ¿Qué... rayos hace él en el cuarto de la peliverde oxidada? Puede ser que en su momento nos haya salvado la vida, solo espero que esta vez no se esté cobrando con *mi* chico la deuda pendiente.

—¡GRACIAS! —les digo pero parecen nos escucharme.

Subo las escaleras dando grandes zancadas y dejando atrás el llamado de Charlie, que me encuentra y no duda en ir tras de mí.

Cuando abro la puerta, no quiero mirar hacia adentro. Pero lo hago de todas maneras porque simplemente no me quedan demasiadas opciones. De pronto percibo la voz de Charlie repitiendo mi nombre al alcanzarme, en el mismo instante en que encuentro a Theo con Audrey en la cama; ella le está acariciando la mejilla.

Mi entorno deja de existir. El aire viciado de la atmósfera hace que mi corazón se detenga por un momento.

—¿Qué mierda...? —murmura Charlie a mis espaldas.

Y quiero gritar.

Quiero soltar un llanto desgarrador.

Quiero insultar a Theo, escupir a Audrey y golpearlos en sus rostros sorprendidos.

Este imbécil jamás pensó que lo encontraría así. ¿A esto se debía su necesidad de venir a Iconic? ¿De acompañarme? ¿Estaba pensando en acostarse con esta... chica?

El punto es que creo finalmente que de mi garganta sale un grito ensordecedor, sin embargo vuelvo a la realidad al caer en la cuenta de que no se trata de mí sino que proviene desde el piso de abajo.

—Amor, ¿qué haces aquí? —dice Theo.

Se acerca, intenta alcanzarme pero lo evado haciéndome a un lado. Acto seguido Charlie se adelanta y es él quien se encuentra a Theo para darle un puñetazo, arrojándolo al suelo.

—¿Qué putas ocurre contigo, imbécil!

Es Audrey quien ha estallado, gritándole estas palabrotas al Glorious.

—¡Voy a matarte! —le jura Theo.

Pero los gritos continúan y esta vez un olor a carne chamuscada nos deja atónitos. Paralizados a los cuatro por igual.

Theo se levanta de golpe y tira al suelo a Charlie.

—¡Basta, par de inmaduros! ¡¿Qué rayos es eso?! —escucho la voz de Audrey.

La pelea es algo secundario en este momento.

Atónita por el olor a podredumbre, me acerco a la barandilla del pasillo que da paso a la escalera en la planta baja. Y mi corazón se desboca al ver que un tipo está prendido fuego, retorciéndose en el suelo de la sala de la casa y todos yacen horrorizados a los costados, mientras que otros (los más drogados aparentemente) no pueden evitar dejar de desternillarse de risa.

Charlie, Audrey y Theo llegan para incorporarse a mi lado.

Theo es consciente de que merecía el puñetazo; la escena espeluznante ha detenido la pelea entre el Bad Boy y el Glorious.

—Santísima... MIERRRDA —grita Audrey y es la única capaz de decir algo acerca de lo que tenemos frente a nuestros ojos.

Detrás del tipo que no tarda en morir, se aparecen en la puerta dos figuras que se recortan detrás de la cortina de humo.

Hasta que el aire condensado sale y veo a dos... ¿chicas?

O mejor dicho, son dos tétricas criaturas.

Las recién llegadas tienen vestidos blancos por debajo de las rodillas, están rotos y sucios, y ellas descalzas. No solo la similitud de su atuendo es lo que me llama la atención sino sus máscaras hechas con bolsas de cartón con dibujos hecho a fibrón: en una se distingue una sonrisa, la otra en cambio tiene las comisuras hacia abajo en gesto de ira; ambas con los ojos enojados.

¿Quiénes son estas...?

Acto seguido el corazón me sube a la garganta al distinguir que entra un sujeto, un ¿hombre? que se abre paso entre las dos chicas. Este viste un suéter rojo y una máscara gigante de Mickey Mouse.

Las chicas tienen en sus manos dos rifles y el sujeto un atroz lanzallamas.

Este avanza un paso y su voz distorsionada me produce escalofríos:  
—¡BANG BANG, PERRAS! ¡VAMOS A DIVERTIRNOS!

## 22

### TRACY

—¡No me toques!

Fulmino a Theo con la mirada.

—Tienes que dejar que te explique —empieza él, a quien le cae una gota de sangre desde una comisura de sus labios.

Pero Charlie me pasa un brazo por los hombros y le dice al Bad Boy:

—Tranquilo, león. Puedes explicárselo luego.

Theo intenta irse contra mi amigo para sacudirle la cara de un puñetazo, sin embargo lo detengo con un dedo en alto:

—¡No lo harás! —sentencio.

Audrey esta vez se pone delante de Landon y queda frente a mí, mirándome de arriba abajo con las manos en su cintura.

—No te emociones —me dice mientras todo a nuestro alrededor es un verdadero infierno—. Pero tu chico te sigue siendo fiel.

Theo vuelve a ponerse delante de la peliverde y me enfrenta.

—Ven conmigo, Tracy. No me pongas las cosas más difíciles de lo que son.

—No, no, no. Ella viene conmigo —se adelanta Charlie—. No dejaré que te la lleves por la fuerza.

La verdad es que ninguno de los dos está libre de pecado. Theo compartió la cama con Audrey pero el glorious me besó (aun contra mi voluntad), por lo tanto ninguno es la opción más conveniente ahora mismo.

*Nunca lo fue ninguno de ellos.*

Y aun así los elegí a ambos de modo que no te necesito, voz de mi conciencia.

*Si no me necesitaras, ya estarías muerta.*

—Lo siento, galanes —se interpone Audrey entre los dos—, pero acá también hay una dama que no necesita de ninguno. Ustedes quédense con este montón de locos enfermos. Yo me largo.

Audrey corre en dirección al pasillo y se pierde en una de las habitaciones. Charlie me mira.

—Conozco otra salida —dice Theo—, pero la suya es más segura.

—¿De qué se trata? —le pregunto.

—Tenemos que ir con ella —asegura Charlie.

Dentro de la habitación de Audrey, la peliverde tira toda su ropa al suelo y a la cama. Charlie la ayuda a quitar las cosas del armario mientras Theo traba la puerta con un aparador muy pesado.

—Te ayudo —le digo.

Él se niega.

—Te romperás la espalda —asevero.

—Prefiero que me ocurra a mí y no a ti.

—Dios santo...

El quejido viene de Audrey. Charlie repara en nosotros y corre hasta el otro extremo del aparador.

—A la cuenta de tres —dice.

Theo al principio duda, le arroja una mirada asesina pero, sin demasiadas opciones, concluye por aceptar.

—Bien —murmura tragando saliva.

Uno...

—¡Dense prisa! —exige Audrey.

Dos...

Miro en su dirección y me encuentro con que la parte inferior de su armario tiene salida directa a una pared cubierta de papel de decoración. La ayudo a quitarlo.

—¡Tres!

Charlie termina el conteo y voy donde la peliverde para darle una mano y arrancar el papel.

¿Acaso son Theo y Charlie haciendo un equipo? ¿Acaso estoy ayudando a Audrey a salvarnos la vida a todos nosotros? ¿Cómo demonios pudo cambiar tanto mi vida?

«Oh, Carl, siento tanto no haber podido estar contigo».

Envío el pensamiento casi en un mensaje «telepático» que seguramente jamás recibirá pero que no tardaré en escribirle en cuanto tenga la oportunidad.

Por fin Audrey descubre la portezuela y Theo con Charlie culminan su prueba masculina de fuerza física.

De pronto un fuerte estruendo nos llega a todos, seguido de una horrible voz desfigurada:

—¡ABRAN LA MALDITA PUERTA, SABANDIJAS!

La habitación se vuelve a sacudir con un nuevo estruendo.

Me acerco a la entrada y mi corazón se desboca al caer en la cuenta de que la mitad superior de la puerta se encuentra descubierta porque el aparador no alcanza a cubrirla y hay un hacha incrustada en la tabla.

—¡Está trabada! —aúlla Audrey.

Intenta sacudir la portezuela del mueble, nuestra única escapatoria... pero nada sucede.

—«Sabandijas»... —murmura Theo—, como la nota.

—¿La nota? —pregunto. La verdad es que esa palabra me resuena de otra situación de mi vida, precisamente de *cierto video*... «Únanse al triángulo invertido, sabandijas».

¿Se tratará de Dominic?

Imposible.

Él estaba en la fiesta y tanto o más drogado que los demás.

Él o la enferma al otro lado sigue dando hachazos mientras Theo y Charlie, de a uno por vez, intentan abrir la puerta, pero esta parece resistir sus renovados embates.

Me acerco nuevamente a la entrada de la habitación y distingo que hay una abertura tan importante que alcanzo a divisar un ojo de la bolsa de papel que traía una de las chicas.

—¡AHÍ ESTÁS, ZORRA!

Ahogo un grito, que detengo con mis manos en la boca.

—¡Está aflojando! —dice Theo.

Audrey se me acerca y suelta una maldición en voz baja.

—¡Tienen que darse prisa! —los conmina.

Esta vez Charlie se mete e intenta forzar la portezuela.

Mientras tanto la abertura de la tabla se sigue rompiendo. Más. Y más.

—Va a entrar... —murmuro petrificada de miedo.

—Cierra el pico —masculla Audrey a mis espaldas—. No necesito que me lo recuerdes.

—Va a entrar y nos matará a todos —no puedo evitar exasperarme mientras las lágrimas empiezan a asomar.

Pero el horror me atraviesa la carne al percibir una de las voces desfiguradas al otro lado:

—¡Créanme que no lo siento!

Así es que un nuevo estruendo nos impacta a todos y me agolpo junto a los demás en la entrada al placar.

—Oh, oh... —murmura Charlie.

—Vamos a morir —no puedo evitar repetirlo una y otra vez.

—Que cierres el... —empieza Audrey.

Pero se detiene.

Los pasos en la habitación son leves pero alcanzan a ensordecernos a todos, dejándonos atónitos.

Al parecer se ha metido desde el extremo superior de la puerta y utilizó el aparador como un simple escalón por el cual ingresar.

Lo primero que distingo es una pesada metralleta.

Casi tan grande como la chica que la sostiene.

—Kylie —le digo.

Basta ver de cerca ese vestido sin igual y sus horribles pies descalzos.

Ella emite una risita, aunque no se ha quitado la bolsa de su cabeza ni el defigurador de voz.

—¡TRACK TRACK TRACK! —grita ella apuntándonos de a uno con su arma.

Theo cierra su mano derecha en la mía. Accedo a su gesto con fuerza y por un instante alcanzo a olvidar todos nuestros infortunios, nuestras fortuitas diferencias.

«Te amo», le digo para mis adentros. «Espero que nunca olvides eso».

—¡Conque aquí estaban! —se carcajea la rubia—. ¡¿Cuál de estas cuatro perras asustadas piensa morir primero?!

La sangre se me hiela nuevamente, en el instante en que una nueva voz llega a oídos de todos como un eco lejano:

—Tú.

—¿Qué mierda? —se queja Kylie y se da la vuelta encontrándose con un golpe que la impacta en el rostro de lleno, arrojándola al suelo.

Contemplo al muchacho que se adelanta algunos pasos. Lleva unas pesadas botas oscuras, jeans negros apretados y chaqueta de cuero con tachas.

Tiene en sus manos un rifle y rodea a la chica en el piso, quien parece estar mareada pero ha dejado caer el arma. El chico pateo ese instrumento mortal a un lado y rodea con sus botas los costados de la rubia, que también ha perdido su máscara en el momento de impactar con el suelo.

En efecto, *es ella*.

Sin embargo lo que no deja de sorprenderme es el chico que está encima, apuntando a la frente de la chica con el cañón de su rifle.

—Jacob... —murmura Theo.

Estamos los tres (excepto Charlie) tan estupefactos como muertos del horror.

Es él... Es Tachas, quien al escuchar su nombre dirige una mirada en nuestra dirección y nos guiña un ojo. Tiene el cabello negro más largo que antes, desaliñado y le cae hacia un costado.

—Un gusto, bellezas.

A continuación vuelve a la rubia para sentenciar:

—Te metiste con mi familia, perra.

Y dispara.

## Parte 2

# #MUERTEENLABADHOUSE

## 23

### JACOB

¿Así que me extrañaste? Pero, por favor, ni que fuese taaan importante...

Oh, es verdad.

Soy importante.

Supongo que ya conoces eso de que las personas que aparentan ser sumamente egocéntricas en realidad son tan pobres de autoestima que necesitan estar reafirmando quiénes son en voz alta y siempre tener el ingenuo oído de alguien que los escuche.

Bueno, es mi caso pero... no puedes decírselo a nadie.

Que sea nuestro pequeño secreto.

Rechazado de madre, entregado a un orfanato, negado por un padre, excluido por parejas que nunca quisieron adoptar al niño raro. Pero aun así me gusta ponerle buena cara.

Son desgracias, desgracias humanas, ya sabes. Esa clase de eventos desafortunados que te hacen odiar la vida, odiar a los niños malcriados y a los adultos que dicen entender a chicos como yo.

Pero no saben una mierda de nada.

Estar un poco apartado de la realidad me ha hecho ver las cosas con otros ojos. Aportar una mirada diferente.

Ahora sé, por ejemplo, que desaparecer puede ser asombroso porque estás en boca de todos pero lo malo es que eso no es más que algo que puedes suponer.

¿Por qué suponer? Obviamente, no estás ahí.

A excepción de mis intentos de regresar a modo de fantasma merodeando el cementerio tras El Muelle.



Regreso por las noches.

Por las mañanas.

Por las tardes.

Me lo paso escondido entre árboles de cazadores furtivos, de parejitas ebrias, de la mirada de la Bad Boys, de la mirada de los gloriosos.

«Tienes que estar aquí, no salgas por nada, ¿entendido?», decretó mi padre alguna vez y, Dios santo, qué imbecilidad es esta... «Sí, pa, oooobvio que me la pasaré metido en esta casita de mala muerte que tienes en los túneles de la city».

Mi respuesta no fue cosa que lo haya convencido, creo que nadie se convencería de semejante ironía, pero aun así lo dejó pasar.

Veamos, ¿qué había en este espantoso agujero de *muggle* donde me tocaba vivir?

Una tele, una cama, una heladerita, una mesa y una caja de cartón con algunos de mis libros favoritos. ¿Cómo lo supo? Bueno, veamos. *La biblia* y *El Quijote* no son mis favoritos.

Por supuesto, él no tiene idea de cuáles son mis gustos, mis preferencias.

Toda su puta familia es solo su linda esposa de tetas de goma y su hijito rubio de ojazos azules que no tiene idea del mundo.

Me pregunto si a alguno de ellos los encerraría bajo tierra quién sabe durante cuánto tiempo. ¿Por qué simplemente no me eliminó del mapa al enterarse de lo que hice?

Tengo mi teoría, pero antes debo aclarar que las cosas fueron de este modo:

Cuando decidimos liberar al glorioso (¿Armand? ¿El poli que torturaban en la celda de la Bad House?), dejamos nuestros celulares pero alguien dio aviso de esto. Una mala decisión, o buena, según quien lo mire.

Capturaron a Theo y persiguieron a Tracy, pero mi padre me culpó a mí. Y por supuesto que era mejor creerle a un ex jefe que a algún metiche que dio un dato falso que luego retiró.

¿Cuál es la necesidad de un padre de delatar a su hijo bastardo para ser perseguido y asesinado? Y aun peor, ¿qué necesidad hay de esconderlo en su propia morada, en los túneles?

Cuando él me encontró merodeando, recientemente se había enterado de que los jefes nos estaban buscando.

Me interceptó al salir de la casa, me tomó del cuello de la chaqueta y me llevó contra un árbol.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —preguntó con los ojos inyectados en sangre.

—Oh... Me iba a hacer una pajita, pero me invitaron a una fiesta. ¿Cuál es el problema?

—No te pases de listo conmigo, mocoso, ¿qué mierda has hecho? ¿Piensas matarte y matarnos a todos?

—Oye... me arrugas la ropa —declaro lo evidente señalando que me está tirando de la chaqueta más de lo debido. ¿Pero qué le pasa?

Él suspiró y decidió soltarme.

—¿Cuál es el plan? —me preguntó.

—Ir a una fiesta en lo de una amiga y darle besitos a un amigo...

—Ya, ya. ¡Habla en serio, por Dios! —antes de que le dé un paro cardíaco o un golpe de presión, decido que es hora de decir la verdad:

—Bueno, está bien... Quizá falté a las normas de la casa.

—¿Por qué? Ya sé lo que hiciste.

—Y para qué preguntas.

—Quiero saber cuál es el maldito plan que hicieron.

—¿«Hicieron»? Oye, no metas a otros en esto...

—Theo y tu amiga están metidos, no es necesario que lo ocultes. Dime, Jacob, cuál es el maldito plan.

—Ammm —me encojo de hombros—. Quizá deshacernos de los malos.

—¡¿Qué?!

—Ya sabes, destruir Bad Boys y esas cosas. Todo casual.

Los Túneles que conectan todo Iconic Valley tienen una de sus salidas en el Bosque y esta solo la conoce el donador de esperma que me dio la vida. Porque obviamente también le dio la vida a este túnel.

Sí, con sus propias manitas cavó hasta arriba en un pasillo inhabitado desde hace tiempo (en caso de que las emergencias lo solicitasen). Sin ayuda, para evitar depender de un bocón indebido.

El punto es que entramos por este sitio y cuando ya me resignaba a tener una bala en el cuello dentro de un par de minutos, me confesó algo interesante:

—Te estoy protegiendo.

—No. Me vas a entregar... Por cierto, ¿qué hacemos entrando desde atrás? Ya lo sé, te encanta el misterio.

—Nadie nos va a encontrar y nadie va a entregarte.

—Oh...

—Te voy a resguardar.

Cuando llegamos a la caja de zapatos donde he vivido los últimos meses, me dio las instrucciones de que debía estar encerrado en este sitio como muerto en un ataúd hasta que él lograra calmar las cosas.

Pero era y soy consciente de que nunca se iban a calmar los asuntos.

Estaba convencido de que las cosas empeorarían y no me equivocaba. Lo que iba a necesitar era saber el momento exacto para salir de este sitio y aparecer como una chica pop detrás de una cortina de humo. Ya me imaginaba gritando a viva voz: «¡Buenas noches, Iconic Show!»... aunque no fue del todo posible.

—¿Vendrás a verme? —le pregunté esperando tener algo de contacto con él afuera.

—No creo que eso pueda ser posible...

—¿Y cuánto tiempo me quedaré aquí?

—El tiempo que sea necesario...

—¿Y cuándo dejará de ser «necesario»?

—Deja de preguntar, ¿quieres? Tienes que confiar en mí.

Claro, confiar en ti. No sería la primera vez que me abandonas.

—Ejem... —se volvió—. ¿Dónde está Theodore?

—¿Y para qué quieres saber? —su mirada asesina me hizo ceder con una risita despreocupada—. Ya, ya. En la fiesta de su novia.

—¿«Su novia»?

—Ajam. Tiene Theotitis.

Acto seguido dio un resoplido y, antes de marcharse, lo detuve hasta quedar a medio metro de él.

—¿Al menos me darás un abrazo, pa? Digo, quizá no volvamos a vernos en mucho tiempo y tendré que estar tras esta enorme puerta de metal meses enteros.

—Tienes los suficientes recursos como para vivir durante dos años.

—¿Dos años? ¿Y no le darás un abrazo a tu hijo?

Puso los ojos en blanco y sin mediar más palabra me dio un abrazo fuerte. Tanto que casi me deja sin aire.

—Ya, ya —le dije con unas palmaditas, también tratando de apartarme. Demasiado contacto familiar debería ser ilegal.

—Re... recuerda —me dijo con la voz quebrada, incluso tenía lágrimas en los ojos... ¡JAJAJA!—, que todo lo que hago es para protegerte —

declaró con un hilo de voz.

Dio media vuelta y se fue, cerrando las puertas con sus debidos códigos.

Lo divertido está en que pude sacarle su celular en ese abrazo que despertó una pizca de interés.

De este modo encontré en el aparatejo todos los códigos necesarios para burlar su extrema seguridad.

Lo peor es que jamás regresó ni para buscar su teléfono.

Por supuesto que no volvería a arriesgar su pellejo por mí.

El punto contrapuesto es que nadie podría verme pero yo realmente necesitaba salir.

Decidí de pronto que podría vivir sin entrar en contacto con Theo o con Tracy o con ninguno de los chicos en la Bad House. Pero de quien realmente no podría vivir apartado era de... Carl.

Así fue que tomé la decisión de visitar regularmente el cementerio. Tendría que venir. En algún momento tendría que venir.

La desesperación, su falta, el encierro, la invisibilidad, la soledad, la angustia... me fueron desbordando.

Carl era mi única esperanza.

«Tendrá que volver», buscaba convencerme a mí mismo.

Y cada vez que los arbustos se movían, me llenaba de unas tortuosas esperanzas, que se esfumaban al ver que se trataba de un animal o de algún borracho.

Lo extrañaba al punto de convencerme que jamás desistiría de ir a buscarlo. Pero mi conciencia tenía un dato interesante para mí...

No era que solo Theo tuviera Theotitis sino que su peligrosísima enfermedad del amor era ¡una cosa contagiosa!

Tarde me di cuenta de que tenía Jacobtitis y me alegraba de eso. Nunca me había pasado antes.

No me rehusaría a perder a mi Cacarl así de fácil.

No, señor.

## Catorce días atrás...

Mis talones golpean la maciza lápida de piedra donde estoy sentado.

El aire helado del cementerio me llega en una corriente gélida que se me mete en los huesos y me deja petrificado.

«Hey».

Esa voz se me ha clavado en la sesera y es imposible sacarla ahora de ahí.

¿Estaré alucinando? ¿Finalmente me habré vuelto loco? Lo sabía, juro que sabía que algo así iba a terminar sucediendo...

—¿Carl?

Mi horror es tal que no me animo siquiera a terminar de darme la vuelta. De pronto el sujeto se mueve: unas botas negras de cuero y unos pantalones negros con tachas y cadenas son lo primero que aparece en mi campo visual.

Es él.

No lo puedes seguir negando, es él.

—Tú... —murmuro con un hilo de voz—. Tú no eres real...

Sus grandes ojos negros se encuentran con los míos. Son sus facciones delicadas, su piel pálida, su barba incipiente, sus dientes separados, su sonrisa suspicaz y cargada de picardía, su cabello desordenado...

—¡Bu!

Parpadeo.

Se acerca más.

Es él, demonios, es él...

Pero ¿por qué he olvidado cómo se hace para mover el cuerpo? ¿Acaso tampoco recuerdo cómo respirar?

—¿Jacob...? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—Él mismo en persona. Cuando quieras te firmo un autógrafo en tus paliditas nalgas.

—¡Jacob!

De golpe salto a él y lo abrazo con tanta fuerza que solo procuro inundarme de su olor a cigarrillos armados y colonia fresca.

—¿Qué... diablos es... esto?

Mi gesto de estupefacción ya me hace pensar que realmente estoy alucinando. Nada de este mundo parece ser real. Él mismo se aparece en persona y ya es mucho que la parte de atrás de El Muelle tenga una entrada secreta al núcleo de la ciudad. Definitivamente es ¡enorme!

—Me voy —giro encontrándome con la luz mortecina de estos lúgubres túneles—. Mañana despertaré y todo habrá sido un gran sueño... Un hermoso... gran sueño.

Tachas me rodea con sus brazos deteniéndome en seco y me obliga a volver mi mirada a la suya.

—No —murmura negando con la cabeza—. No te vayas. ¿En verdad prefieres que esto sea un sueño y que yo desaparezca al despertar?

—Nada de esto tiene lógica. ¿Cómo esperas que crea que este mundo ha existido desde siempre y nunca lo su...?

—Créelo. Esta es mi realidad. Y es parte de tu mundo, como el mío lo es para ti.

—¿Qué?

—Me corrijo: tú eres mi mundo entero. No podía seguirme escondiendo de ti...

Creo que una parte de mí se derrite lentamente en chocolate fundido hasta que no queda nada del Carl de siempre.

De pronto un ruido nos altera. Prestamos atención y distinguimos que se trata de unos pasos que llegan desde algún corredor no muy lejano.

—Shhh —me indica Tachas—. Guarda silencio. Sígueme.

Bien...

Me toma de una mano y el corazón descarga martilleos intensos en mi interior. ¿Cómo es posible que después de tanto tiempo este maravilloso chico siga produciéndome estas sensaciones?

Seguimos entre corredores cada vez más laberínticos y él abre puertas con un extraño manajo de llaves. Finalmente me anuncia que el objetivo está detrás de una enorme puerta de metal.

—Aquí está mi mansión.

—Tienes que estar bromeando.

No puedo terminar de creerle si se refiere a que se ha pasado todo este tiempo viviendo a metros bajo tierra detrás de puertas cerradas a cal y canto.

Esta última entrada (o salida) se abre con un código que Tachas inserta y se destraba el enorme montón de metal macizo, descubriendo así una

pequeña habitación que consta de una cama, una silla, una mesa, una caja con libros, todo bajo una amarilla iluminación tenue. Detrás de todo esto se puede divisar la entrada a un diminuto baño con una cocina de las mismas proporciones.

—¿Estuviste encerrado todo este tiempo tú... solo? —inquiero.

Y es tarde.

La última palabra ha dicho más de lo que tenía intenciones de decir...

—Sí, querido. Yo solito. Te he sido lo suficientemente fiel.

—«¿Suficientemente?».

—Algo así... Ahora —giro y me asusto al encontrármelo demasiado cerca. Él me empuja a la cama, obligándome a caer en ella de espaldas y lo observo con un deseo bastante inoportuno— quiero demostrarte mi castidad durante este tiempo. El encierro ha sido fatal.

Tachas se quita la chaqueta y la arroja al suelo.

—Debe ser el amor —prosigue—. Ahora quítate la ropa, que empieza el show privado...

## 25

### CARL

El enorme césped que se alza frente a mis ojos es un paraíso prometedor. Puedo ver en el horizonte una adorable casa de campo de madera, techo a dos aguas y maceteros en las ventanas.

La calidez de este sitio me regocija el alma.

Fuera de la casa se divisa un árbol grande con un columpio hecho de un neumático y soga; siempre quise tener uno de estos de chico, aunque mamá decía horrorizada «¡Te vas a matar con elementos así, son peligrosos!» y solo me quedaba mi padre, quien respondía: «No molestes, algún día vas a crecer y esas estupideces se te pasarán».

Ahora he crecido y sigo observando ese simple neumático con los mismos ojos plagados de cariño.

Me acerco a él. Mis pies se deslizan en el césped esponjoso, el cielo azul se extiende sobre mi cabeza con enorme magnificencia y parece extenderse

en un infinito de ensueño. ¿Acaso este paraíso no tiene un final?

Sigo caminando hasta que el grito de un niño a mis espaldas me detiene:

—¡Hey!

Ese llamado.

Ese llamado ¿podría ser considerado una palabra en sí mismo? No lo sé, pero desde mi perspectiva sí lo es y tiene un enorme significado.

«¡Hey!».

El punto... El punto es que quien lo ha emitido esta vez es la voz de un niño.

¿Qué hace un chico en este sitio? ¿Se habrá perdido? ¿Qué sucede?

Acto seguido doy media vuelta y me encuentro con un niño que debe tener unos cuatro años. Tiene el cabello negro y ondulado, sus mejillas son rosadas y resaltan en una piel demasiado pálida. Sus ojos son color café (o eso es lo que creo ver desde la distancia que nos separa).

—¡Espérame, papá!

¿Qué...?

¿Acaso este... pequeño me acaba de llamar a mí «papá»?

Doy la vuelta para ver si no hay nadie más cerca o a mis espaldas, sin embargo soy el único que está frente a este niño.

¿Qué le ocurre?

Me planto finalmente para esperarlo.

El hombrecito intenta correr con cierta torpeza propia de los niños de su edad; va vestido con un pantalón de vestir y una diminuta camisa color azul.

A continuación escucho la risita de otro niño.

Mis ojos se abren como grandes platos al encontrarme que viene corriendo detrás, intentando alcanzar al primero. Este chico nuevo tiene rulitos castaños, tan pálido como el primero aunque su vestimenta es una camisa negra con el dibujo de una calavera con una corona y pantalones holgados.

—¡Papá! —grita también.

Ay, mier...

El más formal es el primero en alcanzarme. Me agacho y lo recibo con los brazos abiertos. Este me abraza y rodea mis hombros con insistencia, para sostenerme con fuerza.

Una vez que lo recojo en brazos, me rodea el cuello y esconde su rostro en la curva de mi hombro.



Anonadado, distingo que el pequeño con apariencia más rebelde llega a mí mientras otra figura se recorta detrás.

Es un adulto con pantalones negros ajustados y camisa blanca, desprendida en sus botones de arriba.

—¡Lo siento! —dice—. ¡Te extrañaban!

Es Jacob.

—Papi no me deja meterme al barro —dice el que tiene más pinta de rebelde, quejándose de Tachas.

En realidad, su «papi» equivale a Jacob.

Entonces «papá» igual a Carl, o sea... yo.

Se sigue acercando y una vez que estamos los cuatro, declara:

—En verdad, te *extrañábamos*.

Sonríe.

Sus dientes separados son tan angelicales como siempre.

Aunque algo cae lentamente desde arriba y se posa en mi nariz.

El niño que llevo en brazos me lo quita y muestra: es una pluma.

Me hace picar pero, de pronto, cae otra que me produce la misma sensación incómoda.

Me sigue quitando las plumas hasta que no soporto más la picazón y estornudo, haciendo que todo este mundo se desvanezca y despierte en una cama de incómodos resortes.

—Creo que tu madre va a enloquecer.

Abro los ojos y me encuentro con la mirada de Tachas.

Es él.

El de siempre.

Santo cielo...

—Mi suegra debe haber puesto el grito en el cielo —añade quitando la pluma de mi nariz.

Tachas está al otro lado de la cama, sin camisa o bien... desnudo. Es lo que puedo dilucidar bajo las sábanas en la habitación donde vive.

—¿Qué... qué hora es? —pregunto exaltado.

Quito las sábanas y distingo que estoy en sus mismas condiciones: desnudo, solo con unos calzoncillos sueltos, estampados con runas de mi saga favorita.

—Tarde —declara—. Más de medianoche.

—¡Ay no!

¡Es cierto! ¡Van a matarme!

Salto de la cama como un resorte y busco mi ropa, que ha quedado desparramada por el suelo y la mesita.

—¿Por qué dejaste que me durmiera? —le pregunto.

—De nada, cariño. También ha sido un gusto para mí reencontrarnos.

Me detengo mientras subo el cierre de mi pantalón. Lo observo. Se deja caer sobre la cama con las manos cruzadas bajo la cabeza y su torso al descubierto, al igual que su pierna izquierda, que sobresale de la sábana mostrando también un lado de su cadera.

—No es eso lo que quería decir... —me excuso—. Solo que no me fui de casa en condiciones óptimas.

—Al menos tienes una casa.

—Tú también.

—Esto es un agujero de mala muerte —declara mirándome. Y en sus ojos no hay odio sino una declaración de lo evidente.

—Disculpa —murmuro—. Me refería a que vivo en una residencia ahora. Solo estoy de visita en la ciudad y tengo el auto estacionado a orillas de El Muelle.

—Esta noche no habrá fiesta. Dudo que lo vomiten.

Me acerco finalmente a él, al borde de la cama. Tachas se reincorpora y apoya su frente en la mía.

—Prométeme que vas a volver —me pide.

—Lo haré. Si no fuera que acabo de confirmar que no eres solo un sueño, no estaría aquí ahora.

—El lazo que nos une es lo más real que he conocido en mi vida...

—Y más allá también.

Después de todo, él está en mis sueños y en la realidad material (lo cual no es poco).

«Tú eres mi mundo entero».

—¿Por qué me buscaste? —le pregunto.

Él se aparta y se muerde el labio inferior. Acto seguido reposa un dulce beso sobre los míos y respiro hondo para disfrutar de su aroma tan varonil, juvenil, para tener mi dosis especial de Jacob, que anhelé todo este tiempo.

—Ya te dije que no podía estar separado de ti —declara—. Pero... todo este tiempo de encierro también me ha hecho pensar en algo más.

Levanto una ceja.

—¿Sí? —pregunto. Generalmente me asusta cuando usa ese tono.

—Qué va. Tengo en mente cierto plan...

—¿Arriesgado? —digamos que la adrenalina es algo que no lo asusta precisamente. Siempre quiere más.

—Algo así. Quiero vivir en paz, Carl. ¿Cuál es la necesidad de tener que escondernos?

—Que... somos dos varones —digo lo inevitable—, y la gente se alteraría si nos viese...

—Me la suda toda la gente. Si te digo que no me quiero esconder, es de estos bandos de mierda que nunca me han dejado vivir tranquilo. *Necesito* hacer mi vida en paz contigo y nada más. ¿Entiendes?

—Supongo que... que te sigo.

—Quiero destruir la Bad Boys, Carl. Y necesito tu apoyo. Hay que matar a los jefes.

## 26

### CARL

Sus fundamentos son interesantes.

Jacob piensa que, del mismo modo que se mataba a los vampiros (los de antes, por supuesto) en las leyendas, con una estaca directo al corazón, se destruía ese mal para siempre. Pero si se terminaba con el padre de ese vampiro, era factible que todos los demás murieran.

Así es que, si se asesina a los jefes de Bad Boys, eso podría debilitar a sus defensores y todos estarán liberados de ese tortuoso mundo que los obliga a servir a un clan ideológico y poco dignificante.

Aún su voz está en mi cabeza mientras me explica que el único gran obstáculo sería burlar la seguridad de los túneles, algo que su padre ya ha logrado puesto que en el pasado fue uno de estos «pilares de la ley» y con lo cual Tachas se puede beneficiar. Después de todo, está viviendo en un sector de este escondite cubierto a cal y canto por un sistema de seguridad bastante confiable: el olvido. Los túneles tienen sectores ciegos, que datan de siglos atrás y ya nadie recuerda.

Pero ¿qué precio deberá pagar por lograr este objetivo? ¿Quién se beneficiará realmente y qué efectos colaterales podría causar?

—No quiero que te ensucies las manos por nadie —le declaré.

—En varias ocasiones me las ensucié contigo y mira que, si tengo que hacértelo otra vez, no me molesta.

—Me refiero a que no quiero que seas un asesino, Jacob. Esto es serio.

Por una vez, sus bromas no tuvieron el efecto cautivante que siempre ejercieron en mí.

Por una vez, realmente me exaspera la idea de que su nombre y su vida estén en peligro. Porque recién lo encuentro y me niego de modo rotundo a perderlo en un intento por estar juntos. Si el precio a pagar por nuestra relación es su vida misma, ningún esfuerzo habrá tenido sentido...

—¿Quién dijo que seré un asesino? —remató logrando sorprenderme—. Quizá parezco un idiota pero no soy de los que dejan algún cabo librado al azar.

—Entonces... ¿cuál es tu plan?

Kylie y Stefano. Así que así se llaman las dos personas que configuran el horizonte de Jacob, el objetivo que sostiene ahora.

Lo que sé de ellos no me calma en absoluto, pero prefiero eso a que Tachas termine siendo un padre poco ejemplar. Porque, vamos... mi sueño de hoy no ha sido precisamente algo muy alejado de la realidad. Formar una familia con él es algo que deseo con fervor y por primera vez se acerca la posibilidad real de concretarlo. Y lo peor es que debo convencerme de que... intentar su «maravilloso plan» es lo más cercano a conseguir esa linda casa de campo con esos pequeños niños que son el agua y el aceite pero, a la vez, son dos hermanitos de ensueño que solo están vivos en un lugar: en mi cabeza. En mi deseo. En lo que quiero para mi futuro. En una realidad probable que *no puedo dejar escapar*.

Llego a casa cerca de las dos de la madrugada y la luz de la cocina está encendida. Creo que están levantados... Santo cielo.

Una vez que estaciono el auto en el garaje abierto, me bajo lentamente como un espía que se mete por la puerta trasera a espiar a la esposa infiel de un sujeto millonario.

Escucho ruidos en el interior de la casa al tiempo que meto la llave en la cerradura y pienso que, para cumplir los grandes objetivos de mi vida,

todavía queda rebatir un obstáculo muy importante: mis padres.

Parece muy sencillo, pero no es así. Antes me tentaba la idea de que podría irme, independizarme con la universidad y esta pesadilla de tener encima su pesada vigilancia se habría terminado, pero con el tiempo me he dado cuenta de que no es así.

Los necesito.

Volver a ellos es importante.

Necesito su aprobación, su contención, volver a tener esa familia que antes me servía como importante refugio a los problemas que el afuera depara.

¿Por qué a cualquier persona esto se le presenta sin problemas? ¿Por qué tengo que soportar esta pesadilla? Y es que la familia siempre será nuestra cruz a cargar.

Cuando por fin abro, una sombra se recorta desde la cocina. La sala está a oscuras pero hay alguien allí.

Trago saliva e intento pasar lentamente desapercibido, sin embargo no me sirve, ya que las tablas del suelo crujen en cuanto atravieso el umbral.

—¿Carl?

¡Demonios!

Mamá se aparece desde la entrada con una taza en las manos. Cierro finalmente y le paso llave.

—Sí... Ya... Llegué, pero me iré mañana a primera hora.

—Oh...

Ella está envuelta en su bata de paño, su pelo está hecho un desastre y los ojos ensombrecidos me demuestran que me ha estado esperando.

El olor a café inunda el ambiente.

—¿El lunes regresas a la universidad? —me pregunta.

—Sí. ¿Papá duerme?

—Eso creo. Se encerró en su estudio luego del almuerzo y no ha salido de ahí en todo el día.

—Vaya. Qué pena por él.

Ella se encoge de hombros y me perfilo para ir hasta las escaleras en busca de mis cosas, pero me detengo tras encarar el primer escalón.

Vamos, ella está aquí para que hablemos, me ha estado esperando, al menos lo intenta.

—Ejem... —me vuelvo a ella aclarándome la garganta—. ¿No te molestó que sacase el auto?

—A mí no. Quizá me preocupó que te fueras.

—Lo siento —murmuro.

—Descuida. Lo he estado pensando y creo que alejarte de nosotros te hace sentir mejor.

—Mamá, no es eso... —clavo mi mirada en la alfombra de las escaleras y ella se acerca. Estoy un poco más alto que ella, afirmado de la barandilla, pero siento su presencia tan fuerte que es como si fuera infinitamente más pequeño.

—¿Y cómo es eso, entonces? Si le hago daño a mi único hijo es porque soy una mala madre.

—No eres tú, mamá. No es eso.

—Lo siento, Carl. Siento tanto no poder...

«¿Aceptarlo? ¿Aceptarme? ¿A qué te refieres con eso?».

Oh, vamos... ¿se supone que si empieza a llorar debo contenerla? No solo es doloroso sino ¡vergonzoso!

—¿Acaso tú te sientes bien si me aparto? ¿A ti y a papá los pone mejor cuando estoy lejos? —me tengo que armar de valor para poder enfrentarla. Es que nunca hemos tenido una conversación así, quizá la distancia realmente se presente como algo que nos esté salvando.

—Al menos cuando estabas en casa podíamos hablar. Es cierto que hubo gritos, pero al menos hubo algo. Durante el tiempo en que estás en la universidad, la vida es monótona, es como regresar a tiempos viejos con tu padre, pero con la diferencia de que ya estamos cansados. Quizás sea la edad pero tengo cuarenta, no ochenta años. Lo único que hago, además de trabajar, es leer novelas en mi cuarto porque ya ni siquiera te tengo... a ti para poder hablar —la voz se le corta y debo hacer un esfuerzo monumental para contener las lágrimas que amenazan con cierto ardor en mis párpados.

—Desde que te casaste no volviste a tener amigas. Yo creo que deberías hacerlo... Apenas trabajas algunas horas dando clases un par de veces por semana. Tienes un título guardado que podrías ejercer en una empresa o en un trabajo mejor, en lugar de pasarte horas aquí encerrada. Eso no le hace bien a nadie.

—A tu padre no le gusta que...

—A papá no le gusta nada de ti. Ni de mí ni de nadie. Él quiere decidir qué hacer con tu vida, qué hacer con la mía, pero lo más interesante es que no sabe qué mierda hacer con la suya.

Mi palabrota queda flotando en el aire, pero no hay más para hacer.

Está dicho.

Al igual que *está él* al final de la escalera... escuchándonos.

27

CARL

### **En la actualidad**

Y así es que tuve que huir de casa de mis padres.

Las últimas dos semanas las he pasado rebotando de la universidad a los Túneles y de los Túneles a clases y a mi residencia. En más de una ocasión tuve la intención de que Tachas me acompañase, pero debimos renunciar a eso ya que las probabilidades de que lo encuentren ponen en riesgo nuestras vidas.

Otro punto al cual tuve que renunciar es a recibir dinero de mi padre todos los meses. Últimamente me las he tenido que arreglar con los ingresos de la beca y la comida que provee el buffet universitario.

Este fin de semana lo he pasado en lo de Jacob, comiendo sus reservas de comida enlatada y agua. ¿Cómo es posible que haya vivido tanto tiempo a base de esto? Aún recuerdo cuando me imploró que le trajera una hamburguesa y su expresión de «carnivorismo orgásmico» a la que se refirió luego del primer bocado.

Me gustaría poder pasar con él todos los días, ir al cine y comer palomitas, pero nada de eso será posible, por el momento. Cada vez estoy más convencido de que su plan de matar a los jefes será fructífero aunque el modo, en verdad... no termina de convencerme. O bien, hay puntos en blanco que aún desconozco.

En este instante estamos listos para encontrarnos con Tracy.

Tenemos que comentarle cuáles son los planes, aliarnos a ella y a Theo (si es que no han roto o uno haya decapitado al otro) para proceder con lo nuestro. La decisión de ir contra Bad Boys también podría proveerles beneficios a ellos.

—¿Y bien? —me pregunta Jacob tras acomodarse la chaqueta por enésima vez. Está de pie a mi lado, se lo ve ansioso, expectante y terriblemente encantador—. ¿Contestó?

Por mi parte, estoy recostado en la cama con la cabeza apoyada en el respaldo y la computadora portátil en mi pecho, mirando una serie que descargué.

—Nada —le digo volviendo la mirada a la pantalla del celular.

—¿Tú celular tiene señal aquí abajo?

—La que no da señales es Tracy. Quizás haya pasado por casa de su madre y decidió quedarse con ella un momento.

—¡Te dije que le advirtieras que viniera directo al cementerio!

Lo miro alzando una ceja y alcanza para reprenderlo.

—Lo siento —suspira—. Es que no deja de intrigarme lo que pueda estar sucediendo. ¿Hace cuánto te dijo que venían en camino?

—Hummm, poco más de cuatro horas.

—Tiempo suficiente para cruzar el maldito extremo de todo el Estado y visitar a su mamita. Discúlpame, Carl, por las palabrotas pero me tiene muy preocupado.

—¿Qué cosa?

Es obvio que algo no anda bien y no lo dice.

—Explícate, Jacob. ¿Qué estás ocultando?

Dos semanas atrás encontraron a la prófuga Kylie Moore. Desde Bad Boys pensaban que la tenían controlada, al igual que a Stefano Guilty, pero nunca estuvieron más equivocados. Nunca se separaron, siempre estuvieron juntos y nadie se percató.

Evidentemente, fue un error haber conferido autoridad de jefe a Stefano, aun considerando su largo historial como rata de laboratorio.

Luego de ponerse en evidencia tras el incendio en la cabaña del Muelle, escaparon pero no llegaron muy lejos, ya que los encontraron rondando el bosque y los encerraron en prisiones de los Túneles.

Tachas dice haber escuchado y estado siguiendo cada uno de los pasos de estos chicos.

—Pero no duraron mucho —confiesa—, la rubia está más loca que un Alien drogado y lo arriesgó todo para matar al montón de mierdas de este sitio, con tal de buscar a su amorcito herido y así escapar.

—¿Stefano herido? ¿Se quemó en la cabaña?



—No. Lograron encontrarlos, ya que ella lo llevaba a cuestas, mientras se desangraba por una bala que le metieron en el abdomen.

—¿Quién...?!

—Tengo mis teorías, pero preferiría corroborarlas luego. El punto es que estuve totalmente de acuerdo con el punto de vista que tuvo la rubia de asesinar a los jefes para poder rajarse de esta pocilga y hacer su vida como se debe.

—Ya veo que, si estás así, es porque no lo logró.

—Estás en lo cierto. Incluso estuvieron a punto de que les cortasen la cabeza a ambos luego de que los acorralaran en un punto ciego del túnel.

—¿Cuál? —pregunto riendo por la ineptitud con la que se terminaron encerrando ese par de dementes—. El único punto ciego que conozco da con esta parte de los túneles que solo tú y tu padre conocen... No entiendo cómo lograron escapar. Y si los acorralaron ya deben haber descubierto este lugar.

Jacob esboza una media sonrisa que me deja paralizado.

Ay, no...

—Tú... —murmuro con un hilo de voz—. Tú... los ayudaste a... escapar.

Jacob busca mis manos, pero retrocedo de modo instintivo.

—Tenía que hacerlo.

—¡No! ¡No tenías! ¡Esa zorra quiso matar a Tracy!

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡Entonces ella y Theo quemaron la casa! No me digas que Santa Smith le metió una bala en el hígado a ese psicópata...

—¡No me hace gracia, Jacob! ¡Ahora andan sueltos! ¡Y... por tu culpa!

—Tranquilízate, por favor. Déjame que te explique.

—¿De qué lado estás? ¿Por qué haces esto? No pienso estar de parte tuya si piensas asesinar a medio Iconic y además ayudar a los que buscan matar a nuestros propios amigos. ¡Tu hermano se juega la cabeza en esto!

—¿«Hermano»? Vaya, veo que ya te enteraste y no tuviste la decencia de decirlo.

—No tuve la oportunidad. Además, tú tampoco lo hiciste con toda claridad.

—Eso no importa. Carl... —vuelve a buscar mis manos hasta que finalmente da con el objetivo y procuro mirarlo a los ojos con tal de convencerme a mí mismo de que debo confiar en él—. Vamos, sé que quieres creer en mí...

—¿Tengo otra opción?

Se encoge de hombros.

—Explícate —le pido—. Y no... No me decepciones.

—Con esa parejita de dementes tenemos *algo en común* que no podemos ignorar.

—¿Qué cosa?

—Un enemigo.

—Definitivamente has enloquecido... Dime, ¿qué ocurrió con los guardias? ¿Los...?

—¿Maté? Nah, eso es para novatos. Y andar cortando cuellos no es lo mío —quedo en silencio a la espera de una respuesta que resulte realmente convincente—. Verás... durante este tiempo he estado regresando a hurtadillas a la Bad House para buscar unos juguetes que tenía escondidos.

—¿Entonces...?

Tachas se aparta y se mete bajo la cama. Acto seguido sale arrastrando una pesada caja, que levanta y arroja a orillas del colchón. Se sacude la ropa antes de insertar un código en dicho baúl y, una vez que la traba cede, levanta la tapa.

Me acerco y encuentro un terrorífico arsenal: hay un revólver, un rifle, frascos que parecen ser bombas lacrimógenas y otras de las que sencillamente desconozco su función.

—Ya sabes —me dice—. Por precaución.

Lo miro con mis ojos desorbitados.

A continuación saca el rifle y verlo con semejante elemento no hace más que provocarme inseguridad.

—Nuestra amiga nos necesita —decreta.

—No, Jacob. ¿Adónde vas? Ella a esta hora debe estar desayunando con su madre, no hagas locuras.

—Solo déjame buscarla, ¿sí? Además, no estoy hablando solo de Tracy.

—¿Theo entonces?

—No te olvides de nuestra Kylie. Estoy seguro de que no ha olvidado mi rostro. Pero no tiene que cruzarse con Tracy hasta escuchar mis condiciones.

—Iré contigo —me levanto de la cama de un salto.

—Ni loco. Solo será una pacífica expedición a la Bad House por cortesía.

—No me lo puedes negar.

Tachas acerca mi rostro al suyo con una mano y me habla muy cerca:  
—Amorcito mío, no es por ser malo pero ¿alguna vez has disparado un arma?

—No...

—¿Y sabes pelear?

—Ehh... No...

—¿Y defenderte?

—Yo...

—En verdad lo digo. Quédate. Traeré a una linda rubiecita para la cena. O dos, quién te dice. Espero me tengas algo rico para la cena.

Acto seguido, deja reposar un beso casto en mis labios y se marcha.

Una vez que está afuera, me precipito a cerrar la puerta con seguro y me dejo caer al suelo pidiendo al cielo que nada suceda.

Pero no puedo... No puedo dejarlo ir... Es demasiado peligroso.

Si realmente ocurre lo que él sostiene, no es seguro para nadie que haga esto.

Intentando no darle demasiadas vueltas, me pongo de pie, busco el pesado revólver que yace en el baúl y me largo del túnel tras el rastro de Jacob. No puedo perderlo otra vez.

## 28

### JACOB

Debo tener una especie de radar o algo parecido para identificar dónde está el peligro. O bien el peligro me llama a mí.

Lo bueno de esto es que hace las cosas un poco más divertidas. Vamos, he estado demasiado aburrido todo este tiempo, necesito algo de acción sanguinaria para mi rutinaria vida de andar entre escondites.

Colgarme de la parte trasera de un camión tras salir del cementerio y llegar hasta la ciudad fue algo no muy sencillo pero valió la pena, ya que me arrojé a unas cuantas cuadras de este barrio de mala muerte; me eché a correr un par de cuadras con el rifle colgado al hombro, hasta dar

finalmente con una linda fiesta en la Bad House que parece haberse salido de las manos.

Hay gritos de horror, gente que intenta escapar corriendo y humo desde una de las ventanas. Además, todos los sujetos fuera de sí divagan drogados y eufóricos, a risotadas en medio de la euforia.

El punto es que... ¿nuevamente fuego? ¿*Really?* Vaya si estos pirómanos siempre la cagan del mismo modo.

Mi viejo escondite para entrar a la casa es un árbol que linda con un extremo de la misma y escalarlo con cuchillos clavados en el tronco me permite subir. Llego hasta la única ventana de la casa sin rejas (la de mi vieja habitación) e intento entrar. Aunque descubro que el seguro está puesto.

Casi entre malabares para no caer del maldito árbol, debo hacer estallar el cañón del rifle contra el vidrio. Me encargo de quitar al máximo todos los vidrios que puedo y me arrojo de un salto.

Caigo rodando en la alfombra de la habitación y, en el envión, mi chaqueta se ha rasgado en la manga. Mierda, no es que tenga tanta ropa últimamente...

Me la intento acomodar lo mejor que puedo, al igual que el rifle en mi hombro. Entonces, escucho desde afuera un grito que articula ciertas palabras. Vaya milagro.

—¡ABRAN LA MALDITA PUERTA, SABANDIJAS!

Distingo que se trata de alguien que se encuentra usando un desfigurador de voz. ¿A quién han venido a buscar?

Hay tantas personas en mi lista de suposiciones.

Desde el momento en que entré a mi viejo cuarto, logré distinguir que ahora todo se encuentra limpio (y la ventana con seguro). Acto seguido intento abrir la puerta, pero tiene llave. Mierda, ¿acaso pensaban poner mi habitación a disposición de alguien más que quisiera llegar? Desgraciados, debe haber sido Cedric o Neo. Nunca me cayeron en gracia esos dos.

Debo darle un disparo a la cerradura para volar el picaporte y destrabar la puerta. Entonces, percibo otro grito que proviene desde otro pasillo en el primer piso:

—¡AHÍ ESTÁS, ZORRA!

¡Ouuu, pero qué ternura! ¡Tanto que me emocionan estos reencuentros! Quisiera derretirme como una frutilla bañada en chocolate, pero no tengo tiempo para tonterías.

Creo que una «zorra» necesita que la ayuden.

Cuando salgo del pasillo de mi habitación, llego a la barandilla que da con la sala en la planta baja y veo un cadáver en llamas. Desgraciadamente, es un sujeto al que alcanzo a reconocer: es un Delta al que vi en algunas ocasiones. ¿John? ¿Joshua? Da igual, llegó a la fiesta equivocada en el día equivocado. Solo esperemos que los Delta no se enojen por la pérdida de su amiguito.

El estallido de unas tablas llama mi atención y distingo desde la habitación de Audrey que alguien se trepa desde la parte superior de la puerta hecha pedazos y se mete. Pero qué manera más sofisticada de entrar al cuarto de una dama.

Me acerco y no me sorprende escuchar el palabrerío de algunos conocidos: Tracy, Theo y Audrey.

Doy otros pasos en dirección a los perseguidos e intento meterme haciendo el menor ruido posible. La atmósfera viciada en el interior y el mueble tapando el ingreso me obligan a hacerlo del modo más silencioso posible si no quiero que un demente me vuele la cabeza.

Al momento en que atravieso la pared del costado, me encuentro con una divertida escena: es la rubiecita desquiciada de Kylie quien tiene acorralados a cuatro conejitos heridos: Tracy, Theo, Audrey y Charlie.

Esta chica en verdad es admirable. Primero contra los jefes y ahora contra este clan de gatitos asustados.

—¡Con que aquí estaban! —les grita—. ¡¿Cuál de estas perras asustadas piensa morir primero?!

Su ternura es palpable, hasta me entenece y, si no fuera porque se está metiendo con los chicos equivocados, hasta la ayudaría a volarles los sesos.

Acto seguido, avanzo dos pasos más y empuño el extremo opuesto al cañón del rifle.

—Tú —dictamino desafiante.

La rubia se da vuelta y le doy un golpe en la cabeza que la arroja al suelo. Maldita desagradecida, ya te perdoné la vida una vez.

Estoy concentrado en debatir conmigo mismo si mandar al tacho todos mis planes o qué demonios hacer con esta loca, sin embargo caigo en la cuenta de que tengo un público expectante que me mira como quien se encuentra frente a frente con un fantasma. Y vamos, uno se encuentra fantasmas por todas partes, nada más casual que eso.

—Un gusto, bellezas —me presento.

Luego vuelvo a la loca apuntando con mi rifle en su dirección.

—Te metiste con mi familia, perra —decreto.

Y mi dedo presiona el gatillo.

Al parecer, la loca ya se da por muerta, sin embargo el disparo da en las tablas del suelo a escasos centímetros de su cabeza.

El fogonazo solo logra asustarla y distingo que tiembla como un niño aterrado.

—¿No entiendes que te tienes que comportar con los míos, eh?

Presiono mis tobillos contra sus costillas y ella grita.

—¡POR FAVOR, DÉJAME IR! —me suplica.

Una ceja le sangra producto del golpe que le di antes. Si debería ganar un premio al cazador de brujas más experto en nuestra época.

—¿Estás loca? —le grito—. Ya te dejé ir una vez para que regreses con tus amigos e intentes matar a los míos. ¿Estás muy enferma, eh? ¡Nuestros enemigos no son ellos!

—¿Qué? —pregunta.

Miro en dirección a los chicos. Están todos entre la decisión de irse por una portezuela en el armario de Audrey o quedarse a ver cómo le vuelo los sesos.

Luego observo que una gigante metralleta está a un lado de la cama. Es la de ella, que dejó caer cuando la derribé.

—Lindo juguete, eh —murmuro. Acto seguido me vuelvo a Theo—: Átenla. Se la van a llevar.

—¡¿QUÉ?! —grita Audrey—. ¡Estás loco! Yo me largo.

—Espera —la detiene Charlie interponiéndose entre el armario y ella—. ¿Cuál se supone que es el plan? ¿Por qué demonios deberíamos confiar en ti? ¿Cómo sabemos que no estás de su parte?

—Char, está bien —ahora es Tracy quien habla—. Podemos confiar en Jacob.

—¡¿«CHAR»?! —aúlla Theo. Al parecer no le gustan los diminutivos cargados de cariño entre la chica y el friendzoneado.

—Gracias, preciosa —murmuro y señalo la metralleta.

—Esto será mío —añade Theo y se va donde el arma de la rubia. En ese momento percibo el modo en que ella se intenta mover, pero clavo más mis zapatos en sus costillas.

—¡Quédate quieta! —le exijo presionando el cañón del rifle contra su frente, lo que la inmoviliza.

—No me mates —suplica—. Stef no está bien. Él me necesita. La perra le disparó y ahora se está recuperando, pero necesita que lo cuide y... y solo... puedo hacerlo.

—Voy a matarla —se mete Theo, pero lo detengo con solo una mirada asesina.

—Le disparó porque el idiota se lo buscó. Ahora te voy a contar una historia bastante breve: todos nosotros estamos matándonos entre sí porque les conviene a unos malditos que se hacen llamar los jefes y aquí todos los conocemos. Nos quieren muertos a cada uno de los que estamos presentes y nosotros los queremos muertos a ellos. ¿En verdad les concederemos el gusto de destruirnos entre nosotros, como ellos quieren?

—Oh, vamos... —se queja Audrey—. Hazte a un lado —le dice a Charlie, pero este la sostiene por los hombros.

—Sola no llegarás muy lejos.

—Hay otros dos desquiciados allá afuera, no pienso quedarme para ver cómo nos vuelan la cabeza.

—¿Dos? —pregunto y me vuelvo a la rubia—. ¿Stefano está aquí? ¡¿Me mentiste?! ¡¿Quién más viene con uste...?!

—¡NO! —grita ella y me percató de que mi dedo en el gatillo podría matarla en cualquier momento.

—¡Explícate! —le grita Audrey.

—¡Stefano no está aquí! ¡Ya les dije que necesita... necesita que regrese! ¡No podrá sobrevivir solo!

—¡¿Entonces quién te acompaña?! —le grito.

—Rebecca... Rebecca Turner y Derek...

Todos se vuelven a Audrey, no obstante me quedo consternado por el segundo nombre que acaba de mencionar.

—¿Qué? —pregunta la peliverde—. No me miren a mí, esa enferma se descarrió antes de haber nacido.

—¿Derek? —le pregunto—. ¿Derek Prince?

—Sí...

Algo estalla contra la puerta, asustando a todos dentro de la habitación.  
¡Mierda!

—¡¿Y qué demonios hace Derek Prince contigo?! —reacciono—.  
¡LLÉVENSELA!

## JACOB

¿En qué momento aprendieron a atar a una loca este montón de sociópatas?

Quizá es por la adrenalina del momento, pero lo cierto es que se apuran en apresar a Kylie y ella responde como cachorro mansito (sabe que esto es lo que le conviene si quiere seguir viva). Además, sabe que conmigo está protegida, podría haberla dejado morir antes, sin embargo no lo hice.

Tienen que admitirlo: soy algo así como un ángel o un santo sin aureola. Cuando me beatifiquen quisiera un tridente en mi imagen ya que me leí toda la saga de Percy Jackson y, bueno, ya saben que su protagonista no es para nada despreciable.

Volviendo a mi realidad fáctica, descubro que los chicos se están por marchar, aunque antes se aparece Tracy y se precipita de golpe con un abrazo colgada de mis hombros.

—¡No termino de creerlo! —asegura y hunde su rostro en la curva de mi hombro.

La aparto.

No es que no me gusten los abrazos o que sea Mr. Hielo sino que estamos con un loco asesino que busca incansablemente a estos cinco perros indefensos que escapan ahora mismo por un agujero en la pared.

—Sí, sí. Yo tampoco —digo con cierta ironía—. Pero ahora mismo deberían irse antes de que la loca se desate. No tardaré en alcanzarlos.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Es peligroso que te quedes.

—No puedo. Nuestro honorable invitado de allá afuera ha traído un lindo lanzallamas a modo de presente y estoy seguro de que le será grato encontrarme.

—¿Por qué?

—Hay un asunto pendiente. Vete, contigo no creo que sea muy sereno.

—¡Tracy! —el llamado proviene de Theo en el interior del agujero en la pared.

—¿Adónde conduce eso? —me pregunta.

—Yo qué sé, la peliverde es quien diseñó o encontró ese bonito escape. Debo admitir que en muchas ocasiones subestimé su nivel de inteligencia.



—Veo que todos se las han ingeniado con su propio modo de escapar de esta casa —asegura—. Cuídate mucho.

Acto seguido, me besa en la mejilla y se mete en el armario.

Procuro cerrar su puerta antes de que los delate la demora que mi amiga ha tenido por hacer preguntas de más.

Finalmente me escondo bajo la cama con el rifle apuntando directo a la puerta... Vamos, no quisiera que mi viejo amigo ahora desquiciado me sorprenda perforándome la frente con una bala.

La puerta termina de ser destruida hasta que el mueble es empujado un poco y los pasos de alguien hacen crujir el suelo. Me preocupa ahora que la abertura haga entrar cierta densidad de humo que proviene desde... santísima mierda.

No es mucho lo que distingo pero el loco que acaba de entrar es una versión de Mickey Mouse con una bonita arma en sus manos: causante del fuego en la Bad House. ¿Dónde quedó el ratoncito agradable y dulce? Oh, aguarda. Los ratones no son ni agradables ni dulces.

—¿Dónde demonios están?! —exclama.

Se dirige a la ventana y la abre. Me valgo de que está dándome la espalda para salir de mi escondite y lentamente me pongo de pie con el cañón del rifle apuntando a su cabezota de Disney.

—Hola, Prince.

El sujeto se queda helado y lentamente se gira. De pronto me encuentro con dos ojos enojados, caricaturescos pero a su vez lúgubres.

Debo admitir que tienen su gracia, tengo que conseguirme un disfraz de esos para Halloween. También con el desfigurador de voz, por supuesto.

—¿Tú? —pregunta—. Lindo juguete —añade en relación al arma que sostengo.

Mi huésped se quita la cabezota de cotillón junto con el aparatito que le cambia la voz a un tono robotizado y de extraña articulación. En algún momento de mi vida también usé uno de esos; los distribuye Bad Boys.

—Gracias. Un gusto volver a verte, Derek Love.

Él sonrío.

Su cabello ondulado y rojizo queda al descubierto junto con su pálida piel y sus ojos negro azabache. Su sonrisa se dibuja cargada de malicia... Tal como siempre sucedió.

Muestra sus dientes de un blanco envidiable.

—¿Me has extrañado, Tachitas? —me pregunta el muy hijo de perra.

—Por supuesto, bebé.  
El sarcasmo arde en mi tono de voz.  
—Tira tu juguete al suelo —le exijo—. No me tiembla demasiado el pulso si tengo que enterrarte una bala en la cabeza.  
—¿Por qué me tratas así? Antes eras muy diferente.  
Un disparo resuena en toda la casa. Ha sido mío, pasando a escasos centímetros de la cabeza del muchacho.  
Derek mira el hueco en la ventana y luego en mi dirección.  
—¡Que la tires! —insisto.  
Finalmente la deja caer y se coloca las manos enguantadas tras la cabeza.  
—De acuerdo, bien —cede—. Pero prométeme que luego nos iremos de fiesta por el memorable PinkAngelus.  
—Vaya, veo que conservas en tu memoria de rata vieja esos momentos.  
—Cómo olvidarlos, el PinkAngelus tiene un sitio muy particular en mi corazoncito de rata vieja.  
—Era un motel de mala muerte.  
—¡Insensible! —exclama con un tono demasiado despreciable para mi gusto.  
—Supongo que te llevaste a otro par de idiotas luego de...  
Me detengo.  
Él alza una ceja.  
—¿«De...»? —me desafía.  
Los recuerdos se cruzan por mi cabeza como una ráfaga cargada de odio.  
—De mí —completo.  
—Oh, gracias por admitirlo. Pero mientras estaba contigo, también desfilaron otros por ese motel y por el Kizz y por el Aquaxxx y el Lov...  
—¡Basta! —farfullo.  
—Okaaaaaaay, ¡tú empezaste!  
—¡¿Derek?!  
Esta vez el grito proviene desde afuera y es una chica que también usa un desfigurador en la voz.  
—¿Rebecca Turner? —le pregunto sin quitarme a su hermanita Audrey de la cabeza. ¿Realmente estas dos se han distanciado o la peliverde me engañó? Solo espero que no los conduzca al lugar equivocado...  
—Ella misma.  
—Mierda —lo pienso durante un momento hasta que termino por convencerme de que la chica no nos sirve—. Salgamos de este lugar de

mierda.

—¿Derek?! —insiste la chica que lo busca desde afuera—. ¡La casa se está quemando! ¡¿Dónde estás?!

—¿Y adónde demonios quieres que vayamos? —me consulta él—. ¿Saltaremos por la ventana? Oh, cierto: no eres Superman.

—Tú y yo tenemos exactamente el mismo objetivo. Así que te conviene que no te equivoques de enemigo.

—No, genio. Lo siento, pero tú y yo nunca estuvimos en el mismo bando.

—Lo estamos. *Ellos* mataron a tu madre.

Su gesto se petrifica rectificando mi posición. Lo tengo justo donde lo necesito y prosigo:

—¡Es hora de que paguen lo que hicieron! ¡¿Estás conmigo o no?!

## 30

### CARL

Una vez que llego a la Bad House, mi corazón se acelera como mil demonios. Se quema. Arde. Se consume hasta ser solo cenizas.

¿...Mi corazón? ¡No! ¡La casa! ¿Qué ha sucedido acá? ¿Otra vez... Kylie?

Debo entrar.

Debo encontrar a Jacob antes de que...

—¡¡¡Caaaarl!!!

El grito ligeramente familiar proviene desde el otro lado de la calle.

La entrada al vecindario es por un parque en apariencia abandonado. Apenas hay casas alrededor. En general, este sitio suele verse deshabitado, no obstante hay un único ruido que acompaña desde lejos el llamado de un instante atrás: el ruido lejano de sirenas diversas que, concluyo, provienen de ambulancias y otros móviles del servicio de emergencias.

—¿Tracy?! —pregunto en dirección a un grupo de chicos que se acerca e intento divisar si de ellos vienen los gritos.

¿Y si no lo son? ¿Y si se trata de un montón de matones que pueden haber prendido fuego la casa y ahora solo soy una víctima que ha caído en el momento menos indicado?

Empiezo a plantearme la idea de salir huyendo cuando, en efecto, mi visión tras las anteojos se ajusta lo suficiente como para encontrarme con que ¡es ella! ¡Tracy Smith! Y viene con Charlie, Theo, Audrey... ¡TACHAS!

Y dos personas más.

Me adentro en el viejo parque tras el rastro de mi grupo de *amigos* y tanto Theo como Charlie señalan sus autos estacionados en la puerta de la casa.

Entonces, ¿qué hacen allí?

Acto seguido corren en mi dirección. Al ver a Tachas, quien apunta con su rifle a un lindo pelirrojo (¿o es castaño?), caigo en la cuenta de que las cosas no van tan bien. Sobre todo al divisar que Theo apunta a su vez a Kylie, quien está atada con las manos en su espalda, amarrada con una sábana.

—¡Qué... rayos! —digo.

—¡Qué rayos haces tú aquí! —replica Tachas mientras nos vamos acercando.

—Lo... Lo siento —murmuro.

Claramente Tachas está enojado.

—¡Te dije que te quedaras!

Audrey le coloca una mano en el hombro y se adelanta. Theo le pasa las llaves de su auto a la peliverde.

—Lamento interferir en su discusión premarital —enuncia—, pero es hora de largarnos de este sitio.

—Un momento... ¿Y Rebecca? —pregunta Kylie.

¿Qué carajos está sucediendo aquí?

—Aún metida en el hueco —responde el pelirrojo—. En algún momento va a poder salir, descuida.

—¿Ella está bien? —insiste Audrey arrojando una mirada asesina a nuestro invitado—. Les cortaré la cabeza a todos si le sucede algo.

—Creí que no te agradaba —responde Tachas.

—Pero es mi hermana.

—No le sucederá nada que no se haya buscado —sentencia—, pero te aseguro que estará de maravilla; a lo sumo tendrá quemaduras menores y se

extraviará en un túnel que te escupe desde el primer piso de una casa a las afueras de una ciudad muerta. Ahora, larguémonos de esta hoguera antes de que la poli nos encuentre y tengamos problemas mayores.

Me pregunto cómo es que salen airoso de situaciones tan límites como esta.

Finalmente suelto un suspiro y miro a Tachas en gesto suplicante de que me perdone, pero ¡no podía dejarlo ir sin más! Le prometí que no lo haría, que no me iría, que lo iba a esperar pero... No lo sé, es tan difícil la situación.

Y ni siquiera pude disparar el arma.

—Tachas... —insisto.

Él me ignora.

Esto solo puede significar una cosa... Problemas.

## 21 de octubre

La facultad es un asco.

No puedo concentrarme en los últimos exámenes, realmente me cuesta dormir, la residencia ya no me parece tan linda como antes, estoy preocupado el 99% del día. Y lo peor es que a Jacob aún no se le pasa el enojo.

## 23 de octubre

Mañana volveré a Iconic.

Tachas ha estado comunicado con un celular que le robó a su padre tiempo atrás, pero no he sabido nada de él. Lo último que me avisó fue que Theo consiguió que los chicos se pudieran esconder en el viejo estadio.

Hay sectores cuyas instalaciones podridas siguen en pie, pero esto solo lo sé porque Tracy me lo contó por mensajes de Whatsapp.

Ojalá Tachas quisiera saber de mí.

## 24 de octubre

«Dereck Rice + Bad Boys».

Googlear.

«Derek Talbot, Derek Phill, PRINCE, Diesel Rice...».  
«Quizás quiso decir DEREK PRINCE, BAD BOYS».

Aceptar.

Espero mientras el brillo de mi computadora portátil hace arder mis párpados agotados. Tengo que saber con quién ha estado Tachas todos estos días. Necesito saber por qué no ha contestado mis mensajes.

¿Realmente está enojado conmigo o hay algo más?

«Resultados de búsqueda:

- *Derek Prince, el único sobreviviente del ataque en Iconic Valley.*
- *El asesinato múltiple de los Moore vincula a Prince Derek...*
- *Bad Boys, Investigadores de la clandestinidad (...) Derek Prince estaría implicado en la muerte del beisbolista Patrick Moore».*

**Ca:** TRACY, ¿ESTÁS AHÍ? √√

**Ca:** ¡¡¡TRACY!!! √√

**Tr:** Es muy temprano, Carl. Disculpa pero anoche me quedé despierta hasta tarde. √√

**Ca:** ¿Estudiando? √√

**Tr:** Yo... Al principio sí. ¿Qué sucede? √√

**Ca:** Tienes que apartar a Tachas del chico Prince. √√

**Tr:** ¿Estás bien, Carl? Yo creo que si te pone celoso, deberías... √√

**Ca:** ¡¡¡Lo digo en serio!!! Es mucho más grave que unos simples celos. √√

**Tr:** Deberías confiar más en él. ¿¿Qué podría ser tan urgente?? √√

**Ca:** Ocurre que Kylie, Stefano y Derek son parte del MISMO GRUPO DE ASESINOS.

¡¡APÁRTALO DE ELLOS CUANTO ANTES!! √√

## 31

### JACOB

#### 10 de noviembre

Es cierto que al lugar lo hemos tomado, pero prefiero decir que se trata de un préstamo muy considerado.

Sé que no se trata de un hotel cinco estrellas ni mucho menos, pero es lo que pudimos conseguir...

El viejo estadio abandonado de Iconic Team: ese es el mejor lugar que encontramos para poder alojarnos. Por suerte, algunas instalaciones siguen funcionando, tal como el agua y solo en algunos sectores, la electricidad.

No se trata del lugar más idóneo del mundo pero, comparado con todos los hermosos hogares por los cuales han pasado estos agradables huéspedes, es algo cercano a un paraíso. Incluso mejor que los asquerosos orfanatos por los que desfilé toda mi infancia y parte de mi adolescencia.

—Después de todo, me voy acostumbrando —asegura Derek.

Es de noche.

Estamos en los vestuarios. El olor a moho se intensifica con el frío. Este último es un elemento bastante malo, considerando que en un mes y medio comenzarán las nevadas.

—Yo estoy helada —le responde Audrey mientras reposa las manos en una estufa eléctrica que Theo trajo de la casa de su padre.

—Theo prometió que conseguirá más de esos —le aseguro mientras dispongo más latas con comida sobre una mesa arruinada.

—Prefiero calentar mi cuerpo con estas, ¡son asombrosas! —decreta el pelirrojo respecto a la bolsa de boxeo que cuelga desde el techo. Está arruinada, se nota que tiene sus años, pero al menos sigue cumpliendo su función.

—Perderé el año académico —se queja Audrey.

La miro y suelto una carcajada.

—¡Como si eso alguna vez te hubiese importado!

—Una tiene sus proyectos, sabes —me arroja una lata de sopa de pollo vacía, que me golpea el brazo y cae al suelo.

—Recuérdame cómo es que todos terminamos formando parte del mismo equipo —murmura Derek, que le sigue dando puñetazos a su bolsa.

—Unos tipos de mierda que se hacen llamar jefes y viven bajo tierra como cadáveres son nuestro objetivo compartido —le respondo.

—En verdad se trata de cadáveres vivientes —masculla Audrey.

—Lo sean o no, queremos verlos convertidos en eso sin la parte de «vivientes» —respondo.

Derek da un nuevo puñetazo y suelta entre dientes:

—Pero antes tienen que sufrir. ¡Estoy listo para las bombas!

—Calma, campeón.

Nuevo golpe.

—¡Hay que hacerlos padecer hasta su último suspiro! —señala.

—Me conformo con borrarlos del mapa —añade Audrey, impasible—. Son insoportables. Necesito vivir tranquila. Por cierto, ¿quién está a cargo

de la Cocina?

La Cocina es un sector del estadio que escondemos a cal y canto. Ahí es donde precisamente buscamos diseñar explosivos para entrar en Los Túneles, dispersarlos de modo estratégico y salir desapercibidos. De momento, algunas pruebas piloto nos han salido mal, pero debo admitir que Derek tiene talento para estas cosas; cuando lo conocí fue una de sus cualidades que me acercó a él.

Nunca imaginé que los instintos criminales de este sociópata servirían algún día en favor de la mismísima humanidad.

—No han sido muchas las ocasiones en que hemos compartido opinión —señalo mientras devoro el interior de una lata de postre de vainilla—. Pero esta vez debo admitir que los soportaremos durante un tiempo limitado.

—¿Un tiempo limitado? —inquiérese la chica.

—Tic tac, querida. Esos tipos tienen las horas contadas.

—Mientras la historia no resulte al revés...

—Déjenme arrancarles los ojos con una cuchara, por favor —suplica Derek.

Me encojo de hombros.

—Una vez que tengamos la pelea ganada, por supuesto. Por cierto... ¿qué saben de la rubia? —añado mirando en dirección a la enfermería, o bien esa habitación contigua al vestuario que alguna vez ofició de enfermería.

—Ahí está. Pegada a su amorcito —señala Derek, que sigue obstinado con su horrible juguete nuevo. Okay, no taaaan nuevo pero sí es horrible ese saco de box.

—¿Está atada? —se mete Audrey.

—Por supuesto que está atada. Me alié a ella porque está tan loca como todos los enfermos mentales del mundo entero. Es divertida. Pero no confío en ella.

—Nadie confía en ella —señalo.

—Nadie confía en nadie —tercia Audrey. Y no puedo negarlo.

—Mientras estemos todos del mismo lado, mejor confiar en nosotros mismos —respondo—. No tenemos a nadie más.

—Tú tienes a tu marido —dice Audrey.

—Cieerto —señala el pelirrojo—. Ese remilgadito tiene lo suyo. Quizá su carita de bueno es tu fetiche, ¿no?



Le arrojo una mirada capaz de cortar el aire como cuchillo, pero cada vez puedo contenerme mejor ante sus provocaciones.

Tengo sentimientos encontrados respecto a él. Por una parte, con el pasar de los días mi enojo ha ido cediendo lugar a la añoranza; por otra parte, Derek ha dejado en claro que, de tener la mínima oportunidad de meterse con Carl, lo hará; por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es tratar de mantenerlos bien apartados.

—Cállate —sentencio y me pongo de pie en busca de un poco de carne cocida enlatada. Con una cuchara en la mano, me pongo de pie y me dirijo hasta nuestra «enfermería».

Allí hay una cama, una silla y un mostrador con un botiquín de primeros auxilios. En la cama yace Stefano, atado de pies y manos, durmiendo con una enorme venda alrededor del abdomen. En la silla está la rubia, que no ha podido quitar los ojos de su enamorado desde el primer momento en que trajimos al herido desde la pocilga donde lo tenía escondido.

Es una suerte haber encontrado el suero. Aún me pregunto cómo es que Theo consigue estas cosas con tanta facilidad.

Según Tracy, las roba de la Escuela de Medicina en la IVU. Espero que el chico se reciba pronto, así nos ayuda con estos asuntos... Un semestre académico cursado no permite demasiado.

Necesitamos ayuda de otras personas, pero tengo miedo de que puedan quedar metidos en esto.

—Buenas —le digo a la rubia. Parece estar dormitando pero sé que no es así, desde que la tenemos en este sitio, estoy seguro de que se la pasa con un ojo abierto y el otro cerrado—. ¿Tienes hambre?

—Y... yo... s... sí, gra... gracia... gracias —tartamudea.

Los problemas neurológicos que tiene son asombrosos. Aún no puedo creer las atrocidades que desde Bad Boys hicieron con ella la última vez que los encerraron. Definitivamente, algo perdió más allá de la cordura.

Siento algo de pena por ella.

Me ubico a su lado y le paso comida con una cuchara. Ella abre la boca pero finalmente decido hacer una estupidez aún mayor.

—Espera, creo que... Es hora de hacer algo.

—¿Q... qué? —pregunta.

Demonios, que deje de hablar. Me rompe la cabeza que haga eso.

Desato solo una de sus manos y le sostengo la lata. Ella me mira con un enorme gesto de sorpresa.

—Deja de tartamudear. Sé que cuando pierdes la chaveta puedes ser un poco más coherente.

—¿Eh?

—No digo que ahora mismo te vuelvas loca sino que intentes mejorar. Puedes hacerlo, aunque seguramente sea irreversible todo lo que te hicieron —a continuación, miro a Stefano, que permanece en estado de coma—.

¿Cómo sigue?

—Ho... hoy... movió... una... mano.

—Es genial —o no—. Creo que no pasará demasiado tiempo hasta que reaccione. ¿Qué crees que lo haya dormido?

Ella levanta la cuchara y, mientras mastica carne, murmura:

—Re... recibió... mu... muchas des... descargas e... léctricas.

Sigue comiendo. Creo que en cualquier momento me enterrará la cuchara en un ojo, pero prefiero mostrar confianza hacia ella.

O mejor dicho, hacia nuestro odio compartido.

«Todos tenemos el mismo objetivo» me repito y se lo recuerdo todo el tiempo a los demás.

—Sabes que en ningún lugar estarás más protegida que con nosotros, ¿verdad?

Ella me mira y agradece sin dejar de masticar.

Una vez que termina de comer, le pregunto si quiere agua. Afirmo sacudiendo la cabeza y añade un «Por favor» articulado cada vez mejor.

—Creo que es cuestión de que entres en confianza —señalo—. Antes no eras una chica mala.

—Ante...s y... yo... te... tenía u... una fa... familia.

Sonrío.

—Pues, ahora nosotros somos tu familia. Y mientras no te alejes, estarás protegida. Tú y Stefano. ¿Confías en mí?

Ella agacha la cabeza y musita un simple sí.

—Hey —insisto—. Entonces ¿cuál es tu problema?

«Ahora somos tu familia» le dije.

*Oh, claro. Ella mató a su familia. Bravo por ti, genio Tachas.*

—No... confío en... mí —asevera.

Trago saliva y una sacudida a mi izquierda nos sobresalta a los dos.

Miramos en dirección al aparato junto a la cama de Stefano, que ha empezado a bramar; de pronto siento mi corazón martillar como mil demonios dentro de mi pecho.

Se trata de *él*.

De su vida.

Está convulsionando.

Y Theo ya nos advirtió que, si Stefano convulsionaba, moriría.

## 32

### JACOB

—¡¡NO!!

—¡Sostenla!

—¡¡STEF!!

—¡Que la sujetes, demonios!

Su cuerpo con tinta a cada centímetro se mueve en la cama dando grandes sacudidas, retorciéndose, y lo único que me queda por hacer, tanto a mí como a Derek, es sostenerlo para que no se desgarre un hombro por llevar los brazos atados.

Kylie está igual en la silla, aunque acaba de enloquecer (un poco más que todos nosotros). Audrey la sujeta pero la rubia parece no querer dar a torcer su tozuda postura de «¡No toquen a mi novio, él es inocente, un ángel caído del cielo» y bla bla bla.

Hasta que caigo en la cuenta de que antes le liberé un brazo confiando en que comería como una persona civilizada.

—¡Zorra maldita!

El alarido viene de Audrey.

La rubia ha tomado a nuestra compañera por los pelos.

Derek termina encargándose de sostener a Stefano y miro a la rubia. No quisiera tener que girarle la cara de un nuevo golpe ya que parece fascinarle que la maltraten, por lo tanto ese método no funciona.

Me planto al lado de Stefano y saco una navaja de mi bolsillo trasero. Sostengo el cuerpo convulsivo por el cuello, acercando el filo de la cuchilla a su piel: esto detiene a la rubia, que se queda mirándome con los ojos desorbitados.

—Te prometí que aquí estarían a salvo —señalo—, pero tú también tienes que colaborar.

De a poco va soltando a la peliverde, que aprovecha esto y se aparta de golpe. Sé que quiere darse la vuelta y arrancarle los sesos de la cabeza, pero no estaría colaborando en caso de hacerlo.

—Así es —convengo—. Nadie aquí tiene la culpa de que Stefano esté así...

—Ya está pasando —alerta Derek. Vuelvo mi mano al cuello del muchacho y en efecto está regresando con pulso acorde; solo espero que finalmente no se le termine de dormir el pulso por completo—. De a poco, va pasando.

—¿Ves? —regreso a la rubia—. Solo tienes que colaborar. Somos todos parte del mismo equipo, no podemos atacarnos entre nosotros.

—Pero... él... —empieza sin ton ni son.

—Él está enfermo y hacemos todo lo posible por curarlo. Tienes que colaborar, si no, no tiene sentido nada de lo que podamos hacer. ¿Se te olvidó acaso lo que hablamos recién?

—No...

Audrey me mira con cara de «¿Por qué diablos le seguimos perdonando la vida a esta psicópata?», sin embargo decido no corresponder.

—Perfecto. ¿Te das cuenta? —señalo a su chico—. No es tan complicado cuando todos nos podemos entender y prestar nuestra colaboración.

Kylie se deja caer en la silla como un peso muerto.

Derek deja de sostener al muchacho.

—Por seguridad —prosigo—, ahora tendremos que atarte. Espero que lo comprendas.

No obtengo respuesta.

Le señalo al pelirrojo que haga la tarea. Por mi parte sigo con la navaja amenazando a su noviecito. Por supuesto que no la voy a enterrar (a menos que sea necesario...).

El amargo olor a café que tiene la compresora cuando la ponemos a moler granos es lo más delicioso que he tenido oportunidad de percibir en los últimos días.

No es que uno se acostumbre al olor a moho y abandono de este sitio, pero hemos hecho todo lo posible con tal de restaurarlo. No es cuestión de

quedarnos aquí de tiempo completo sino hasta que las bombas estén listas; algunas apenas van por su fase de prueba (que es necesaria, no queremos tirar abajo todo Iconic desde sus raíces, solo darle una sacudida a su superficie).

Theo es quien adquirió la cafetera, ayudándonos enormemente a los que tenemos que quedarnos por la noche en situación de guardia.

No es que quedarnos sin dormir tantas horas sea de nuestro agrado, sin embargo tenemos que estar alertas ante un ataque desde afuera o desde adentro.

Ahora mismo es más de medianoche y me sigo preguntando cuándo será el momento indicado para proseguir con el plan señalado... Pensaba que habíamos hecho progresos importantes con la loca; no obstante, los sucesos de hoy demuestran cuán equivocado estaba.

—¿Muy agotado, bebé?

No es necesario darme vuelta para saber quién acaba de entrar a mi *seudooficina*, o bien «ex cambiador».

—Puedes irte a dormir, Derek —le digo—. Hoy prefiero estar a cargo de la guardia.

Tengo la computadora de Carl sobre mis rodillas, sentado en una banqueta de hierro. Preferiría mil veces ver porno a tener que escuchar los intentos de seducción de este imbécil hijo de la promiscuidad.

—No tengo sueño —señala.

Toma asiento a mi lado, pero no quito mi mirada de la pantalla mientras doy tragos a mi café caliente.

—No es mi problema, no estoy aquí para velar por tus pesadillas, mundano ingenuo.

—Estás convertido en todo un chico malo, eh —me codea.

—Vas a hacer que vuelque mi café y eso no te lo perdonaré por nada del mundo.

Él suelta una carcajada.

La luz tenue del lugar alcanza a iluminar la mitad de su rostro. Sus colmillos resaltan en medio de la mortecina claridad.

—Nunca me contaste cómo es que conociste al friki —insiste.

—Te cortaré la garganta con esta maldita taza si no te largas ahora.

—¡Okay, okay! ¡No haré ruido, como digas!

—Si te traje aquí es porque nos sirves, si no ya te hubiese echado hace rato.

—La pasaba mejor viviendo en hoteles de mala muerte que en esta pocilga abandonada. Al menos en esos lugares la calefacción funciona mejor.

—No es mi problema.

—Entonces me largo.

—Pues vete.

Él resopla.

Acto seguido toma el maleducado atrevimiento de cerrarle la tapa a la computadora hasta casi atraparme los dedos, sin embargo logro quitarlos con prisa.

—¡IMBÉCIL!

—¿Podemos hablar un momento? —sigue con su jodida insistencia.

Y me debato si debería tirarle el café a la cara o bien escuchar qué tiene para decir.

—De qué quieres hablar —lo corto en seco.

—Hay algo que nunca alcanzamos a aclarar... Y lo encuentro motivo suficiente para tener que detenernos un momento y conversarlo como personas civilizadas.

—La última vez que te vi antes de que prendieras fuego la Bad House fue en un motel y estabas con otro.

—Pero no digas que fuimos egoístas.

—Me ofreciste un trío, maldito hijo de puta. ¿Por qué no te largas de una vez? Realmente ya no me interesa que sigas aquí. Y si quieres llevarte a la loca otra vez, estás en tu derecho.

—Me encontraste con su hermano.

—¿Qué?

—El idiota con el que me encontraste en el motel era hermano de Kylie. Estaba drogado. Ella lo... drogó.

—¿Y cómo demonios es que la conoces a ella y a su familia? Te recuerdo que la loca los mató a todos.

Él asiente sacudiendo la cabeza.

—Lo sé —prosigue—. Y era sobre eso que quería hablar.

Me aparto de él para mirarlo de frente. Sigue sentado y yo de pie.

—Tienes un minuto para contarme todo lo que puedas.

—No necesito tanto... Solo quiero que sepas que mi madre no es el único motivo que me tiene aferrado a este sitio.

—¿Entonces?

—Tachas... ¿Alguna vez has asesinado a alguien?

Oh, tiene que ser una broma.

—Tomaré tu silencio como un no —continúa—. Yo sí. Conocí a Kylie por su hermano mayor. Y fue el peor de mis errores haberme acercado a ese beisbolista de armario.

—¿A qué te refieres?

—Sé cómo trabajan los jefes porque me capturaron a mí también. Tienen prácticas escabrosas. Por suerte, conmigo solo lo hicieron una vez, pero en ella y Stefano... Creo que deberías escucharlos un poco más. Están tan manipulados que a veces me confundo si hablan por sí mismos o son máquinas asesinas que repiten las palabras de otros.

—Ninguno de los dos puede coordinar dos palabras por vez, ¿qué diablos te ocurre?

—Entonces deberías escucharme a mí.

Trago saliva y él continúa:

—Jacob, estuve a punto de matarte a ti. Eras el objetivo de ellos. Me acosté con el hermano de Kylie, lo drogué y le clavé un cuchillo en las costillas.

Retrocedo.

Él se pone también de pie y sigo dando pasos hacia atrás.

—Es cierto que tuve mi pasado, pero esa noche necesitaba alejarte. En cierto modo, te protegí.

—Eres un maldito mentiroso, Derek Prince. Tú nunca matarías a nadie.

—No al menos por *motu proprio* pero ya me ensucié las manos una vez y con eso maldije mi alma para siempre. Estás en tu derecho de creerme o no, pero mientras estuve en esos jodidos túneles tu padre también estuvo ahí.

Es como si una corriente de aire gélido me atravesara el pecho y me erizara los vellos de la nuca... ¿Me está tomando el pelo? Quisiera creer que sí. Lamentablemente una parte de mí sabe que debo creer la sarta de barbaridades que me está confesando.

—Sé que les rinde culto a esos cobardes —declaro—. No... No traes ninguna novedad para mí.

—No, Jacob. No lo entiendes.

—¿Y por qué no te apareciste antes para decírmelo?

—Te recuerdo que no querías verme. Lo intenté pero no me escuchaste. Ahora has regresado y fuiste tú quien me propuso venir a este sitio.

Mi silencio y falta de argumentos no provocan más que darle la razón. Derek continúa:

—¿Por qué piensas que te ha mantenido escondido luego de que conspiraste contra Bad Boys?

—¡Él me inculpó a mí! —estallo y me acerco más a él con los ojos arrojando chispas. Me le arrojo encima y lo tomo por el cuello de la camisa; quiero ver su cabeza estallando contra una pared—. ¡Él no me protegió, me tuvo escondido toda su vida! ¡Desde el puto momento en que nací! ¡Él solo protegió a su preferido, a Theo, quien siempre lo fue, siempre se quedó con él! ¡No necesité ir en contra de este maldito clan con tal de *llamar su atención!*

—Yo nunca dije que lo hubieras hecho para «llamar su atención».

—Voy a matarte.

—No lo harás.

—¿Me pones a prueba?

—Tachas, cálmate. ¿No ves a qué me refiero? Tú dices que tu padre rinde culto a Bad Boys, no obstante quisiste ir en su contra y él te podría haber dado la espalda. Al esconderte, te protegió.

—No fue la primera vez que me ocultó.

—Entonces no fue la primera vez que te quiso proteger.

El silencio sepulcral que sigue a continuación logra atar cabos en mi cabeza; por más que quisiera creer en lo que me dice, ¿de qué me tendría que haber escondido? ¿Por qué mi madre desapareció en lugar de reclamarme?

—¿De dónde crees que Theo consigue toda la ayuda que nos provee para que podamos sobrevivir? —me pregunta.

—Gasta su dinero —reconozco.

—¿Y el estadio? ¿Y tu bonita cafetera? ¿Y las refacciones para la Cocina? ¿No te has puesto a pensar en que quizá tu padre los está ayudando?

—¡Ja! Eso sería imposible.

—¿Por qué? Intentaste destruir su bando, podría haberte matado y no lo hizo. Estuve en Los Túneles escuchando y traté de recordar cada movimiento en falso de todas las personas que pasaron alguna vez por ahí. De cada palabra que se dijo.

—Lo avergüenzo y punto. Theo es el heterosexual aquí.



—¡No, imbécil! ¡Tu padre ya está destruyendo Bad Boys! Confía en que harás tu parte mientras te ayuda desde afuera, no vives del aire...

—¡DEJA DE MENTIR!

—¡NO TE EQUIVOQUES DE BANDO!

—¡ESTOY EN MI MALDITO Y PROPIO BANDO!

—¡TU PADRE ESTÁ CON NOSOTROS, NO EN NUESTRA CONTRA!

## 33

### JACOB

Hago un repaso mental para tratar de entender qué demonios está sucediendo, y es como si mi cabeza fuese a explotar.

¿Debería tragarme las palabras de Derek? ¿Realmente las cosas fueron como dice?

Mi cabeza busca coordinar todo lo que me soltó y llego a los siguientes puntos:

1. Cuando estábamos juntos, en cierto momento se presentaron en mí las sospechas de que me podría estar siendo infiel, así que empecé a revisarle el celular; entonces descubrí cierta cita pactada en el PinkAngelus.

2. Lo encontré con un idiota drogado, quien resultó ser nada menos que el hermano de la rubia loca; nunca me olvidaré del muchacho fornido y de cabello claro que estaba en la cama sin camisa ni pantalones, solo con un boxer.

3. Esa misma noche, Derek lo mató.

4. Se supone que por órdenes de los jefes, debía buscarme y asesinarme a mí, sin embargo les hizo una jugarreta matando al rubio, con la ayuda de Kylie. Aún recuerdo las noticias del día anterior: el crimen de los Moore y los Guilty. Siete personas muertas. Uno de ellos, el famoso beisbolista Patrick Moore quien, a diferencia de los otros, fue hallado en El Muelle.

5. Hubo un detalle que llamó la atención de los peritos, una huella dejada por el o los asesinos, inscrita en la frente de cada uno de los cadáveres: siete triángulos invertidos sangrantes.

6. A su vez, también recuerdo la imagen de mi padre buscándome en la Bad House con una desesperación que se lo llevaban los fantasmas. ¿Acaso él sabía que los jefes iban a matarme? ¿Él sabía que yo podría haber aparecido esa misma noche en las noticias?

7. Kylie mató a su familia.

8. Stefano a la suya.

9. Pero no estaban solos.

10. Había más personas en la lista negra de esa noche.

11. Cada vez que mi padre me escondió fue para protegerme.

12. Nadie sabe que él es mi padre, por ende, tampoco que Theo es mi hermano. De a poco, tanta mierda empieza a tener su lógica...

13. Apenas Tracy, Carl y él mismo se enteraron hace poco de mis lazos consanguíneos. A veces tengo la sospecha de que Audrey también se ha dado cuenta, pero no dice nada.

14. Amenazaron a la madre de Derek. Quizá ¿fue ese el motivo por el que hizo lo que hizo?

15. Aun así la mataron.

16. A los Moore también.

17. Necesito dormir cinco vidas y un día.

18. *Mi vida es una mierda.*

19. ¿Quién está detrás de tan macabro plan? ¿Quién está cargando en sus espaldas con almas inocentes? ¿Me seguirá buscando?

20. ¿Qué planes tendrán para mí? Ok, basta con ver a Stefano y Kylie para hacerme una idea de esto...

34

CARL

## 12 de noviembre

Cuando Jacob se deja caer en la cama, se toma la cabeza como si en cualquier momento se le fuese a partir.

Volvimos a vernos tras un tiempo distanciados. Me explicó que ese tal Derek Prince es un ex y el dato no me tuvo precisamente tranquilo, así que empecé a viajar seguido a Iconic, a veces incluso jueves y viernes, además del clásico fin de semana que antes veníamos sosteniendo.

En este momento se lo ve tan agotado que quisiera poder hacer más de lo que mis capacidades pueden dar. A veces me odio a mí mismo y culpo a mis padres por haberme hecho crecer bajo la idea de «niño rico». Resulta que ni defensa propia sé, apenas una vez he sentido la tremenda angustia de encañonar un revólver y nunca le he dado siquiera un puñetazo a nadie.

No que lo recuerde.

—Yo... —murmuro sentado al borde de la cama— estuve pensando que quizá debería dejar la universidad por este semestre y retomar el próximo.

Él se mantiene en silencio y acto seguido vuelve a mí.

—Estas bromeando, ¿verdad? —replica.

—Para nada. Te veo cansado, quisiera ayudarte en algo. ¿Por qué no quieres que vaya también al estadio?

—Ni pienses que voy a exponerte.

La caja de zapatos donde estamos escondidos, en medio de los túneles, no es precisamente el lugar más seguro del mundo.

Tenemos al enemigo en casa, para ser exactos.

—¿Exponerme a qué? —contraataco—. Realmente siento que hay algo en ese sitio que no quieres que vea.

—Oh, demonios —suspira y toma asiento. Sus manos rodean mi cintura hasta encontrarse con mis codos afirmados en mis muslos.

—¿Te pone celoso la presencia del otro idiota?

Me encojo de hombros. Él sigue su camino hasta encontrar mis manos y las acaricia. Puedo sentir el calor de su respiración en mi cuello y de su aliento a tabaco cuando habla.

—No creo que sea eso... —me escudo.

—Mmm, yo creo que sí.

Me doy vuelta para encontrármelo de frente.

—Derek ha matado a John, un hijo de los jefes —murmura—. Lo buscan, lo quieren ejecutar cuanto antes. No quiero que estés aquí cuando eso vaya a suceder.

Tampoco me saca del terrible agobio saber que lo van a matar. No es eso lo que deseaba.

—Me siento un inútil.

—Hey —reposa su mano en mi mejilla—. No digas eso. La situación es mucho más peligrosa de lo que nos gustaría a todos.

—Es que en verdad te veo muy agotado. ¿No hay nada que pueda hacer para compensarte?

Tachas esboza una risita cargada de malicia.

—Claro que sí —conviene.

Se incorpora a mi lado en la cama y me empuja hacia atrás.

—Recuéstate —ordena.

Caigo de espaldas reposando mi cabeza en la almohada. Él cruza las piernas alrededor de mi cintura y se quita la camisa. Me quedo maravillado observando su torso desnudo, los abdominales marcados, el vello escaso en su ombligo y en su pecho.

—Tienes mucho para ofrecerme —sentencia con la voz ronca. Afirma sus codos alrededor de mi cuello y con sus labios rozando los míos añade —: Eres mi presente y mi futuro. Y soy una persona que cuida su porvenir.

—Jacob...

—Déjame cuidarte. Déjame que te proteja. Si te pierdo, ya no tendré nada por lo cual vivir.

De pronto atraigo su boca a la mía, degustando su maravilloso sabor y enloqueciendo al acariciar los músculos de su espalda.

Mis labios acarician su barba, que hace una semana al menos no afeita pero aun así se percibe dulce y sensual. Al mismo tiempo, presiona su cintura contra la mía haciendo que el calor arda en mí y descontrolando mi cuerpo entero.

Tachas se aparta para quitarme la camisa y la arroja a una silla. Luego, vuelve para besarme y sentir su rostro contra mi piel lampiña. Las caricias al comienzo me generan un poco de cosquillas, a las que me acostumbro pero, a su vez, quiero más.

No es fácil rechazar un cuerpo como el suyo. No es fácil rechazar a una persona como él...

—Oh... —murmuro y le tiro del cabello mientras sus besos bajan hasta mi cuello y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Carl —susurra y el calor de su aliento suelta chispas en mi interior, que terminan por estallar cuando él prosigue—: te amo... Mataría por ti. Daría mi vida de ser necesario.

Sé que el rubor enciende mis mejillas hasta hacerme enrojecer; aún recuerdo cuando me llevó al cementerio y se burló de lo fácil que es

ponerme rojo como salsa de tomate.

Tachas vuelve a mi rostro.

Quedo perdido en sus ojos, en el atractivo de sus labios entreabiertos y sus dientes separados.

Mi respuesta es un caluroso beso y mordiscos cuando atraigo su boca a la mía mientras se desabrocha el cinturón.

Ojalá este momento no terminase jamás. Ojalá nada nos pueda volver a separar. Pero sé que eso es imposible, así que prefiero disfrutar de él... *ahora*. Prefiero que nuestro «para siempre» sea hoy. Y nada más.

## 35

*El lobo destruyó a su ángel.*

*Ambos sabían que eso iba a ocurrir. El mundo entero se los advirtió. Y ninguno decidió escuchar.*

*Cuando tomaron la iniciativa de encontrarse, el lobo le juró su protección a la criatura indefensa que yacía en su cueva, a oscuras, a escondidas de un mundo exterior peligroso para ambos.*

*Su naturaleza parecía incompatible. Su majestuosidad parecía el único elemento en común. Pero encontraron algo más... Un deseo imparable, un lazo que los unía sin poderlo evitar. De este modo, la mujer halda salió de su escondite y, con el lobo como su guardián, emprendieron un viaje para aislarse del mundo.*

*En el camino encontraron amigos, otras criaturas que les prometieron su alianza y su fidelidad. Parecían seres de amistad imperecedera, cuya grata compañía era también una promesa de protegerse los unos a los otros en mutua confidencialidad. Pero en ese camino por escapar hacia la felicidad, el lobo y el ángel encontraron también a sus enemigos; demonios que se presentaron con rostro de pureza y en entrega absoluta, no más que un disfraz de lo que podía acontecer.*

*Cuando los instintos del lobo pedían a gritos devorarse al ángel, este luchó hasta vencer cualquier amenaza.*

*Ahora que ambos formaban un equipo, se creían invencibles... y nunca pudieron haberse equivocado tanto.*

*Aceptaron demonios. Aceptaron bestias. Que descargaron toda su furia contra los buenos. Acorralaron al ángel, capturaron al lobo y dejaron escapar a los que decían ser «amigos», un criterio tan débil...*

*Los fieles murieron. Los traidores huyeron.*

*El lobo que juró protección ahora se encontraba con su ángel desgarrado en dolor, bajo el poder de demonios irascibles.*

*Salvarlo sería una labor inconcebible.*

*Por un instante, la idea de que el ángel hubiese permanecido en su cueva y morir de soledad y de hambre, parecía una opción mucho más lógica que el padecimiento que ahora les tocaba a ambos.*

*Un ángel siente clemencia de sus enemigos. Llora si un demonio cae.*

*Entrega su vida a los más desprotegidos.*

*Sin ser consciente de que el mundo está plagado de traidores capaces de descargar, con toda la brutalidad posible, el mayor de los dolores.*

*Hasta la muerte como idea se presenta más digna cuando una pregunta ronda tu cabeza a punto de explotar... ¿Quién va a salvarte ahora?*

Theo sabía que esto iba a suceder. Tracy nunca se imaginó las consecuencias... y de pronto, un lobo aulló desde el bosque.

## 36

### TRACY

Theo me envuelve el rostro en sus manos.

Su tacto, su firmeza, su piel roza mis labios, mis dientes. Mordisqueo y pruebo el salado sabor de su piel.

Me fascina.

Atrae mis labios a los suyos y atrapo su labio inferior con mis dientes.

Saboreo su mentón con barba de unos pocos días y la acaricio con mis dedos, mientras él vuelve sus manos a mi cintura. Me lleva contra la pared de la habitación y dibuja círculos de besos hasta la piel suave de mi cuello, donde percibo primero un cosquilleo ligero, que deja lugar a una sensación

eléctrica que estalla en mi abdomen y se propaga a cada centímetro de mi cuerpo.

Theo me levanta el vestido color azul marino y me acaricia las caderas hasta llegar al borde de mis bragas, a las que ignora hasta cerrar todo su tacto contra mis glúteos, al tiempo que sigue con sus besos, explorando mi clavícula.

Lo tomo por el pelo y tiro de él; Theo mira mi rostro y murmura:

—Así que... haciendo ejercicio, ¿eh?

—Deja de espiarme, perverso.

—Es que me encanta verte sudar.

—Eso es tan enferm...

—Shhh, ahora te vas a mojar pero de otra forma.

Theo vuelve sus manos hasta la parte del cierre en la espalda de mi vestido y lo abre, dejándolo caer. Quedo expuesta casi completamente desnuda de no ser...

—Tal como lo suponía —dice con su voz ronca—, no llevas sostén.

Cierro mis manos sobre mis pechos.

—Ese vestido no es para llevar puesto un sostén —le señalo.

Él cierra sus manos en mis muñecas y las coloca a mi costado. A continuación se agacha, incorporándose de rodillas delante de mí. Mientras baja, percibo las caricias de su barba recorriendo mi cuello, mi pecho, el abdomen, hasta llegar finalmente a mi entrepierna, donde se detiene en un diminuto moño de seda que se cierra sobre el encaje rosa en la parte superior de mi pubis.

Él lo muerde y mis manos rasguñan la pared tras de mí.

Estamos en su habitación de la residencia. Espero que los estudiantes de las habitaciones contiguas no presenten quejas por esto.

Verlo vestido con una camisa blanca, pantalón negro y zapatos es muy caliente, sobre todo cuando lleva el cabello desordenado y barba, y está posicionado justo delante de mi pubis.

Él muerde el borde superior de mis bragas, justo en el pequeño moño, aunque, antes de bajarlo, se pone en marcha *mi plan*.

Está justo donde quería.

De pronto lo tomo por la frente y lo empujo hacia atrás.

—Eso no —le digo riendo con picardía.

Él me observa sorprendido desde abajo, con los labios entreabiertos como si le hubiesen sacado un dulce de la boca.

—¿Por qué no? —pregunta.

Y trago saliva.

Estoy un poco... cansada de esto. Hoy no lo quiero de esta manera.

—Ya sabes lo que quiero —sentencio.

La piel de Theo se pone roja.

A continuación se levanta, incorporándose frente a mí, mirándome como quien se encuentra con el diablo.

—¿Me estás... hablando... en serio? —se contiene. Quiere estallar de la ira. Solo lo miro mordiéndome el labio inferior, sé que está terriblemente enojado. Los músculos de su mandíbula se marcan, casi puedo escucharle rechinar los dientes.

—Sé que ya hemos hablado sobre esto —admito—, pero las probabilidades de sobrevivir y casarnos no son las mejores.

No cuando planeas con un grupo de amigos tirar abajo el mundo que se alza bajo todo Iconic Valley.

—Trac... Tracy —masculla—. Estoy... terriblemente... ¡caliente! ¡NO PUEDES HACERME ESTO!

—Oh, sí que puedo, mírame —lo desafío. También estoy que ardo, pero eso es precisamente lo que me llena de valentía para soltarle mi opinión al respecto.

En el silencio y en sus ojos noto la confusión, aunque el enorme bulto en su cintura me dice otra cosa...

—Bien... —murmura por fin—. Mierda... bien —traga saliva.

Una sensación extraña se despliega en mi pecho, es una mezcla de miedo y excitación.

—¿Seguro que estás lista? —me pregunta—. ¿Segura que quieres?

—¿Estar lista? Llevas más de un año masturbándome y haciéndome probar los placeres que implica el sexo oral. Cada ocasión que estoy contigo es única pero el tiempo se nos agota...

Y tengo razón.

Hoy más que nunca.

Theo se dirige hasta la mesita de luz y busca las llaves de su auto, que dejó cuando llegamos de cenar.

—Nos vamos —asevera y recoge el vestido, ayudándome a ponérmelo otra vez.

*¿Qué ocurre?*

—Pero, Theo —murmuro—, ¿qué no íbamos a...?



Él termina de cerrar el cierre en mi espalda y me mira a los ojos fijamente.

—Si voy a hacerte el amor esta noche, será a mi manera.

Trago saliva. Sus palabras hacen estallar un calor interminable en mi cuerpo entero.

Y si Theodore Landon hace algo a «su manera» se refiere a «no en la simple habitación de una simple residencia, en una simple universidad».

Asiento con un movimiento de cabeza, entregándole mi mano...

Salimos, bajamos las escaleras y en el trayecto me señala:

—Tengo una condición —no podía ser de otra manera, viniendo de él.

—Puedes soltarla —yo tampoco es que me vaya a acobardar fácilmente.

No todas las noches tienes la oportunidad de escapar de tu residencia universitaria de la mano de un sexy chico lleno de músculos y tatuajes que promete que va a hacerte el amor.

—Oh, no te la diré ahora mismo. Será mañana por la mañana.

—¡Es injusto!

Antes de meternos al auto, él se queda esperando al otro lado, mirándome fijamente y me pregunto si se evidencia mucho en su aspecto desordenado que vamos a... ¿un motel? No tengo idea. Lo cierto es que ya he aceptado casarme con él, quiero estar al lado de este hombre que me observa con sus ojos grises, quiero ser suya sin importar las consecuencias.

Si casarme con diecinueve años es el límite que estoy dispuesta a romper por él, no creo que tenga algo más grande para proponer.

*Oh, cariño, no lo desafíes.*

¿Y tú, estabas ahí?

*Siempre contigo.*

—Estoy de acuerdo —le contesto desafiante.

Después de todo, con Theo ya lo habré intentado todo.

*¡¿QUÉ DICES?! ¡¿«TODO»!! ¡Es Theo Landon, por favor! Él nunca, JAMÁS dejará de sorprenderte...*

Quisiera no escuchar la vocecita de mi conciencia pero esta vez, más que nunca, debo aceptar que está en lo cierto. Y me asusta.

Me asusta lo que a Theo se le pueda ocurrir. Pero quiero más de él. Mucho más... y esta noche es la gran oportunidad.

## TRACY

El trayecto dura más de media hora, a tal punto que empiezo a dormir en el asiento del acompañante.

Apenas pierdo un poco la noción del tiempo, un sueño difuso amenaza con aparecer, en el que una niña se columpia riendo a carcajadas sonoras mientras otro niño la empuja y ella le pide que la empuje más alto.

Ambos ríen.

Y el sonido se desvanece junto con una caricia de Theodore en mi mejilla.

—Llegamos a destino, princesa durmiente.

Miro alrededor y me encuentro con que hemos llegado a la nada misma. Frente al auto diviso un lago enorme, no se percibe una sola persona alrededor. El agua resplandece bajo las luces de las estrellas y la luna en un cielo despejado. Es el paraíso mismo, de no ser porque estamos en noviembre y en esta época hace frío. Sin embargo no han comenzado las nevadas.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—Llevas cuatro meses viviendo en esta ciudad ¿y no conoces el Flawless Lake?

—Ehh... no —admito.

Él sonrío.

—Perfecto. Ser el primero es siempre un honor.

Ríe con picardía y sale del auto. A continuación busco mi chaqueta en el asiento trasero, que siempre llevo en el auto por precaución (y repelezorras en caso de que alguna quiera meterse).

Cuando me la coloco, salgo para encontrarme a Theo, que está de pie a orillas del lago, con la camisa salida del pantalón negro, despeinado y encendiendo un cigarro.

Agradezco a Dios que exista una figura como la suya, agradezco por el cielo despejado y la ausencia de contaminación lumínica en este sitio paradisíaco.

—Sigues fumando —señalo mientras me acerco.

Él exhala humo, que se pierde en el aire.

—He tenido una vida de muchos vicios —me cuenta—, y este es el único del que jamás me he podido desprender del todo.

Eso es cierto.

No me molesta que no pueda dejar algo así después de otros antecedentes; hasta hace un par de años atrás, me hubiese repugnado besar a un chico que sepa a tabaco, no obstante el sabor no es para nada despreciable. Menos aún si la boca es de Theo.

—Ya es demasiado grande el esfuerzo que intentas —murmuro.

—Eso creo —murmura y vuelve a mí. El cuello desprendido de su camisa hace que un ojo del lobo en el tatuaje también me encuentre—. ¿Cómo demonios haces para ser tan perfecta?

La mano de Theo se cierra en la mía para conducirnos a ambos hasta el auto.

Es ahora. Lo vamos a hacer, santo cielo, vamos a hacerlo y aún no termino de creerlo.

Las Tracys de mi interior se tiran de los pelos entre ellas ante la emoción, pero yo no logro distinguir ni qué es lo que siento en este instante... Además de un cosquilleo enorme en la entrepierna.

Un montón de pensamientos se me cruzan por la cabeza cuando la preciada voz de mi conciencia se encarga de resolverlo:

*Este es un lugar público, ¿y si alguien nos encuentra?*

¿Realmente piensas que Theo es un perverso exhibicionista que te expondría frente a cualquier metiche? No lo creo, este sitio es evidente que lo tiene visto desde hace tiempo.

*Pero hace frío. ¿No será incómodo en el auto con la puerta cerrada?*

Cállate y disfruta.

*¿Dolerá?*

¿En verdad lo preguntas?

—Aquí —señala Theo el asiento de atrás. Trago saliva. Quiero esto, lo quiero más que a nada en el mundo ahora mismo, pero ¿a qué precio?

Él abre el auto y me señala sentarme al borde. Con los pies fuera del automóvil, se hace un lugar entre mis piernas hasta dejarse caer sobre mí, ambos recostados sobre el asiento. Se sostiene con un brazo apoyado en la manija del asiento del conductor, que reclina contra el volante.

No me besa pero está tan cerca que puedo percibir de modo placentero las cosquillas que me producen los vellos de su escasa pero marcada barba.

También percibo el olor a menta, a tabaco; esta noche me embriagaré de él.

—¿Segura que lo deseas? —pregunta.

No tiene que dar marcha atrás, no ahora.

—Claro... sí —lo digo casi en una súplica, con las palabras atropelladas en mi boca.

—Tracy, una vez que empiece no me podrás parar.

Trago saliva y sus palabras son gasolina para el incendio que se desata sin piedad en mi interior. Termino por llevar mis manos hasta su nuca y lo atraigo hasta mi boca. Su barba raspa mis labios, su lengua se encuentra con la mía, exploro todo su sabor, me fascino con cada centímetro de él.

Durante un instante abro los ojos para percibir las estrellas desde la ventanilla a sus espaldas y en verdad el frío de la noche no se compara en absoluto con la temperatura de su cuerpo. Es fuego. Fuego vivo.

Nunca lo he deseado más que en este instante.

Quiero cerrar mis piernas a su alrededor, pero no las puedo abrir más ya que el vestido no me lo permite, lo que parece percibir casi en un mensaje mental porque sus manos no demoran en buscar el cierre de mi vestido en la espalda y me arqueo contra él para dejar que lo quite. Durante un momento, nos tenemos que apartar para que lo termine de sacar, momento del que me valgo para desprenderle la sensual camisa que transparenta varios de sus tatuajes.

Extasiada de él, se la arranco como una fiera ávida. Lo primero que encuentro es el lobo, que se acerca a mí y ahora, desnuda, me pego a Theo disfrutando la sensación casi dinamita de sentir la piel de su firme torso apoyada en mis senos; los vellos de sus pectorales rozando contra la suavidad de mis pechos.

Haberme invitado a cenar comida afrodisíaca antes de venir a este sitio fue su mejor elección. Más si consideramos que antes, por las tardes, empecé a hacer ejercicio, lo que me ha dado la ventaja de sentirme más segura con mi propio cuerpo...

—Hey —murmuro apartándolo con un dedo sobre la nuez de Adán en su cuello.

Logro que Theo se incline unos centímetros hasta encontrarme con la tinta del lobo enfurecido en su cuello, que sigue recorriendo su pecho. Me inclino hasta él y beso su clavícula, el sabor salado de su piel impacta contra mi lengua y es exquisito. Sé que esto lo calienta aún más, ya que

percibo el modo en que su respiración se agita y su miembro viril se endurece, presionado contra mi abdomen.

Lo sigo besando y encuentro su pezón. Lo muerdo, disfruto de sentir cómo goza, al tiempo que mis manos buscan su cinturón y lo desabrocho.

—Oh, nena... —suspira.

Me ayuda a quitarle el pantalón y lo arroja a uno de los asientos de adelante. Sigo mi trabajo besando sus firmes músculos, hasta lograr que él suba un poco más y encuentro el tatuaje del árbol agrietado. Se mueve al ritmo de su respiración. Lo mordisqueo, lo disfruto; la sensación es infernal.

A continuación, bajo la mirada para encontrarme con la única prenda que ahora lleva puesta a excepción de los zapatos y los calcetines. Su ropa interior parece ser de color blanco y se destaca en la tenue luz natural.

Theo desciende antes de que encuentre mi objetivo bajo la suave tela de su prenda y vuelve sus labios a los míos, solo para morderlos con suavidad, dejándome ávida de más.

Sigue bajando dibujando tiernos círculos en mi cuello. Le tironeo el cabello mientras él me besa en la curva de mi hombro, al tiempo que con una de sus manos explora bajo el único diminuto retazo de tela que llevo encima: mis bragas.

—Quítate eso —jadea en mi oído.

Intento realmente sacarme la prenda, no obstante Theo tironea de más y las destroza. Sin culpa aparente, me muerde el lóbulo de la oreja hasta hacerme gimotear; gritito que intento reprimir.

—Nadie te va a escuchar —jadea y explora con sus dedos firmes bajo mi pubis—. Puedes gritar todo lo que deseas.

Me muerdo el labio inferior y me concentro en sus dedos, que me acarician la entrepierna. Encuentran el camino que conduce a Theodore hasta la zona más sensible, la indicada para lograr que suelte un gimoteo cargado de placer.

Atrapa mi clítoris con dos dedos, presiona un poco y la sensación se disipa dentro de mí. Le tironeo aún más el pelo y él me sigue mordiendo hasta llegar a mis pechos.

En el instante en que encuentra mi pezón derecho, me penetra con uno de sus dedos. La sensación al principio es como una ligera molestia, pero no es la primera vez que lo hace; el placer no demora en llegar, haciendo de esto una delicia que aumenta cuando muerde mis pechos.

—Eres... asombrosa... —percibo que apenas mascula contra mi piel mientras se abre camino en mi entrepierna con otro dedo más. Pocas veces lo ha hecho, así que esta vez la molestia es un poco mayor pero me gusta.

Es una tortura, pero de esas que no puedes parar de pedir.

Dejo escapar otro pequeño grito cargado de placer y conmoción, lo cual parece encenderlo aún más, ya que con su mano libre se baja el bóxer y empieza a masturbarse, estimulando su ya duro sexo, que se presiona contra mi muslo derecho.

Él vuelve hasta mi boca y se detiene ahí para decirme:

—Estás húmeda... Estás húmeda, deliciosa, y eres toda para mí.

La tensión en mi interior crece y él sigue acariciándome hasta que lo hace: introduce un tercer dedo.

Al comienzo es con suavidad, pero duele.

Presiono mis mandíbulas tragándome un grito. Cierro mis manos contra su espalda y presiono mi boca contra su hombro, embriagándome de su olor para que duela menos.

Lo logro a medias, ya que Theo se sigue introduciendo y, si bien la sensación incómoda va mermando, no desaparece del todo; es terriblemente extraña esta locura, pero me gusta.

A continuación, de a poco sale y deja reposar un ligero beso en mi cuello.

—Estás lista, hermosa —sentencia.

Levanta una pequeña tapa detrás de la palanca de cambios y encuentro aquí algunos paquetes y un tubito.

Son...

—Condomes —asegura.

Lo cual me tranquiliza pero, a la vez, me inquieta aún más.

—Ahora es el momento —señala mientras abre el pequeño paquetito con los dientes—. No te cierres, nena. Va a doler, pero estás lista.

«Una vez que empiece no me podrás parar».

—Hazlo —le pido, asintiendo con mi cabeza.

Él emite una risita ronca como una bestia a punto de devorar a su presa.

Theo incorpora las rodillas a mis costados, dejando la derecha contra el suelo, al medio de la parte trasera del auto. Inclino mi cabeza hacia arriba y me encuentro con su enorme miembro endurecido, magnífico... De pronto recuerdo que nunca me entró siquiera la mitad en la boca.

¿Cómo sería tenerlo...?

—¿Sabes cómo poner uno? —pregunta.

Y tragándome el orgullo, reconozco que no sé cómo se hace.

—No te preocupes —señala mientras presto atención: con su dedo índice y pulgar presiona la punta y el resto lo desenrolla en el miembro—. Luego dejaré que lo hagas.

Lo entiendo. «Precaución».

A continuación, Theo se incorpora delante de mí y vuelve su boca a mi cuello, donde siento su barba nuevamente rozarme. ¿Cómo pude pensar en algún momento que el auto podía ser un sitio incómodo? Su experiencia no me tranquiliza, pero debo admitir que me hace sentir segura.

Con su brazo izquierdo se apoya contra el respaldo y con el otro me sostiene un muslo. Cierro mis piernas en su cintura y su miembro con el condón roza mi entrepierna.

Entonces...

... cierro los ojos.

## 38

### TRACY

«Aléjate de mí. Yo puedo herirte más que nadie».

Theo entra y rasguño su espalda. Le muerdo el hombro y no importa cuánto daño le haga, me duele; la sensación al momento en que entra es incómoda, me hace sentir extraña. ¿Esto es eso tan famoso a lo que llaman SEXO? Como si fuera sublime, como si fuera especial.

Está entrando y la única idea que me viene a la cabeza es que está haciendo algo malo conmigo, con mi cuerpo. Pero lo extraño es que aun así quiero que lo siga haciendo. Lentamente, su cintura va haciendo el bendito movimiento que le permite entrar y salir de mi cuerpo.

El tubito que antes sacó resultó ser un lubricante y no importa que haya usado diez litros, sigue doliendo. Pero mientras más lo hace y más lo intenta, menos duele. De pronto, percibo que emite una pequeña risita de suficiencia.

—Está adentro —señala.

Y lo percibo casi como un insulto. ¿O sea que recién acaba de entrar?  
Pero si lleva doliendo como...

—¡¡Ahhh!! —grito, pero muerdo su hombro para callarme. Está adentro.  
Es verdad.

Lo siento, duro entre mis piernas, moviéndose hacia adelante y hacia atrás; parece ser que mis sentidos están a punto de colapsar pero él sigue, él sigue, y me empieza a fascinar.

El dolor no se quita pero, a la vez, lo deseo con todo mi ser. Soy suya. Este momento enlaza lo que nunca antes había sido capaz de sentir por nadie.

Un hito que destaca un antes y un después para ambos.

—The... Theo —gimoteo y él gime contra la curva de mi hombro mientras entra y sale sin parar—. ¡¡Ahhhh!!

—Es... increíble —masculla y continúa.

Me dejo caer a la deriva mientras lo hace, mientras lo siento, mientras me toca y me hace llegar a las estrellas.

—Theo —insisto—. Te amo...

—Oh, nena —vuelve a decir al tiempo que sigue mordisqueando. Pero esta vez lo hace más rápido, es más duro aún.

—No... No puedo más —señalo. Quiero dejarme ir, necesito hacerlo.

Él vuelve a mi oído y su cálido aliento impacta con sus palabras:

—Acaba para mí, santo cielo, hazlo.

Finalmente me dejo ir, me desvanezco entre sus brazos, bajo la enorme masa de músculos de su cuerpo. Me desvanezco y él también lo hace, mientras la velocidad de sus movimientos disminuye.

—Te amo... —declara contra mí oído y me toma por sorpresa—. Te amo, Tracy...

Ronronea pero mis sentidos me tienen tan aturdida que, cuando sale de mi interior, sigue con su cuerpo a mi lado, contra los asientos delanteros (de no ser por ellos, caería).

Theo cierra los ojos y se quita el preservativo. Lo hace un nudo y lo arroja fuera del auto. Luego habrá que tirar eso en su sitio.

Lo interesante es que este hombre tan perfecto, este Adonis musculoso acaba de confesarme su amor, me ha hecho suya y ahora se recuesta a mi lado al punto de dejarse atrapar por el mundo de sus sueños.

Mientras, lo observo presa del momento tan especial que nos rodea.



Lo miro con sus ojos cerrados dormitar y pienso en cuánto tiempo dura la felicidad.

Pienso en que el «para siempre» nos encuentra *en el momento que menos lo esperamos...*

## 39

TRACY

### 13 de noviembre

—Habrá que cambiar el tapizado del auto.

—¿Es un hecho?

—Sí.

—Oh... Lo siento.

—Descuida.

Theo sonrío mientras muerde una tostada. Estamos desayunando en un Starbucks cerca del campus. No es algo que hagamos con regularidad, pero un par de cafés con crema y tostadas con mermelada se prestaban para la ocasión.

Ahora estamos tomando el desayuno un poco más tarde que lo habitual, hoy es un permitido que estamos dispuestos a darnos, este día lo merece.

No es que vaya a salir con rollos de «genial, ¿cuándo nos casamos?» pero debo admitir que me tiene con cierto temor la propuesta que mencionó cuando regresamos anoche de cenar...

—¿Y bien? —Inquiero mientras unto mermelada en una tostada—. ¿Cuál era tu contraoferta?

—Es. En presente. No pienses que la he olvidado.

—Ajam —muerdo un trozo de pan. No tengo miedo a lo que pueda venir, puede decir y proponer lo que quiera, creo haberlo superado todo.

—Quiero que vivamos juntos.

—¡¿QUÉ?!

El trozo de pan se me cae de la boca pero apenas lo registro.

No puedo creer que no solo he manchado con sangre el bonito tapizado del auto de Theodore sino que le saldrá una fortuna cambiarlo y ahora, como si fuese poco, me pide que vivamos juntos. Creo que, si este chico aún no ha enloquecido, es porque definitivamente está en vías de hacerlo.

Mi duda ahora es ¿qué viene luego de esto?

Convinimos antes que, si salimos sanos y salvos del ataque a Los Túneles, la boda sería un hecho, lo que implica un miedo aún mayor: mi madre.

¿Cómo tomará la noticia de que su inocente y única hija, que se fue de la ciudad para estudiar Literatura, se va a casar con diecinueve años? ¿De qué manera la convenceré de que lo hago por amor y no por estar embarazada?

Fue su caso y su mayor temor respecto a mí.

Por otra parte, está mi relación con Theo. ¿En verdad quiere casarse aún? ¿Sigue en pie la idea del matrimonio en su cabecita de chico malo? ¿Lo seguiré excitando como antes luego de haberme quitado oficialmente la etiqueta de virgen? ¿Podré volver a tener relaciones con él?

Lo deseo pero, en verdad, no sé si pueda volver a hacerlo. Duele, ensucias, los cuidados con el cuerpo deben ser mayores, con la regla, alternar el deseo con el estudio, con los planes a futuro, con cada detalle.

*Quieres volver a hacerlo.*

Sí, pero habrá que esperar para la próxima, querida voz de mi conciencia.

*¿Por qué esperar?*

No soy así de fácil como crees. El sexo es para los débiles. He sobrevivido diecinueve años de mi vida sin eso, podré soportarlo un tiempo más...

## **14 de noviembre**

En su motocicleta.

## **15 de noviembre**

En su habitación, contra el armario.

**6.59 p.m.**

En mi habitación.

## **16 de noviembre**

**3.00 a.m.**

Este chico es INSACIABLE.

**6.00 a.m.**

—Theo... despierta.

—No...

—Tienes que ir a clases. No puedes llegar tarde otra vez.

—Busca los condones y dame ánimos para salir de la cama, amor mío.

## **17 de noviembre**

Contra el auto... otra vez.

**14 de noviembre**

Siempre que la llevo al cine se pone más cariñosa. Sobre todo, después de ver esos romances melodramáticos que a cualquier persona normal le harían dar arcadas, sin embargo ella se la pasa suspirando y regresa con una sonrisa de oreja a oreja.

Esta noche salimos en la motocicleta porque mi auto se ha jodido con un tornillo clavado en un neumático y no me di cuenta a tiempo. Solo espero que, con este frío, Tracy no se pesque un resfriado.

Al llegar al campus de la IVU, entro por la calle del perímetro hasta dar con el estacionamiento techado en el subsuelo. Es solo para estudiantes que puedan pagarlo y si mi padre tuviera que costear un palacio de oro con tal de mantenerme estudiando lejos, lo haría sin pensarlo.

Después de todo, tiene sus beneficios.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras vamos calle abajo.

—¡Sí! —grita efusiva por encima del ronroneo de la motocicleta.

Al entrar al estacionamiento percibo que hay algunos autos, reconozco el de Rick y la camioneta rosa de Rebecca Turner. Esta chica pudo escapar del incendio ocasionado por ella misma y algunos de sus amigos desquiciados. Volvió al campus y en los pasillos ni se ha animado a cruzar la mirada conmigo; está muerta de miedo tras la desaparición de su amiguito Derek y su hermana peliverde.

Que en verdad no están «desaparecidos» precisamente... Solo participando de un plan casi suicida liderado por Tachas, por el que únicamente deben meter un montón de bombas en los Túneles de Iconic y salir vivos en el intento.

—Fin del viaje, Trais —le suelto. Hace tiempo que no la llamaba de ese modo.

Ella se quita el casco y yo hago lo mismo con el mío. Le compré uno para que la poli no nos detenga en cualquier sitio por culpa de una negligencia mía.

—Estuvo lindo. Gracias —señala sonriéndome y me guardo las llaves de la moto en el bolsillo de mi chaqueta de cuero marrón. Sí, «marrón», al igual que mis zapatos deportivos. Digamos que estoy en el intento de salir un poco del negro.

—Todo lo que hago tiene su precio —levanto una ceja y me cruzo de brazos.

Me inclino en el costado del asiento de la motocicleta hasta quedar sentado en ella, mirando desafiante a mi chica.

—Yo... salí sin dinero —me dice con gesto herido—. Te puedo pasar luego el...

—No me interesa tu dinero.

Y algo cambia en su expresión, como un *clic* de magia que la hace recordar quién soy. Si me reconociera, captaría que lo último que quiero de ella son los pocos pesos que le depositan en su beca universitaria para sobrevivir.

—¿Entonces? —pregunta levantando ambas cejas e intentando un gesto de picardía, que no hace más que resaltar su inocente semblante.

—Te quiero a ti, nena.

Ella sonrío como un niño que realiza una picardía y la tomo por la cintura.

Sentado en el lateral del asiento de mi Ducati 1299, la atraigo hacia mí y pego mis labios a los suyos. Acaricio su espalda por encima de la chaqueta rosa que lleva puesta (¿esta chica conoce otro color?) y busco por debajo hasta encontrarme con su blusa. También lleva unos *jeans* ajustados, lo cual me sorprende, desde que empezó a hacer ejercicio la encuentro más confiada con sus curvas. Y es su actitud lo que la vuelve más atractiva para mí, no sus dietas.

Tracy acaricia mi cabello negro ondulado (que ha crecido más de la cuenta) al tiempo que jugueteo con su labio inferior.

—Eres increíblemente deliciosa.

Y suelta una sonrisa inocente que me enciende aún más.

—Tú eres increíblemente peligroso —contesta acariciando el borde del cuello en V de mi camisa blanca. Es abierto a tal punto que permite ver mi clavícula y donde empiezan los pectorales.

Sello sus labios con un nuevo beso, al cual responde. Exploro la suavidad de su boca, el aliento dulce, su lengua exquisita y la extraña sensación de un poco de labial que lleva puesto.

Mis manos siguen buscando por debajo de su abrigo hasta que hallo en la parte delantera su cierre y lo bajo. Ella me detiene justo al final.

—Alguien podría llegar y vernos —se excusa.

—Es un peligro que me atrae aún más.

Y termino por arrancarle la chaqueta, que cae al suelo pero a ninguno de los dos nos importa.

Estamos al final de un estacionamiento oscuro, en el subsuelo de un edificio.

Tracy inclina el cuello hacia atrás y voy hacia él. Beso la base de su garganta percibiendo su respiración entrecortada. Sigo disfrutando y explorando con mis manos los bordes inferiores de su blusa.

Ella me tira aún más el pelo, atrayéndome a su cuerpo.

Termino por quitarle la camisa y la dejo colgando del manubrio de la moto. De pronto, vuelvo a ella y la encuentro con un sostén negro con encaje, lo cual me asombra. Se ve fabulosa.

—Una buena adquisición —digo con la voz ronca mientras rozo con mis dientes su clavícula, hasta dar con el bretel.

—¿Te... te gusta? —intenta articular al tiempo que una peligrosa explosión de mariposas se libera en su interior.

—Sí. Luego te regalaré otros.

Sigo recorriendo con mis dientes el encaje en la taza derecha de su sostén. Termino por morder la fina tela hasta empezar a romperla. Al comienzo, parece alterarse pero luego se deja llevar por el momento caliente. No miento si digo que luego le regalaré mil de estos y aun mejores, aunque debo admitir que tiene su atractivo el poder romperlos solo con los dientes.

Sigo mi tarea hasta que encuentro sus pezones de color claro, que apenas se ven bajo la mortecina oscuridad que nos envuelve, pero me los sé de memoria.

Exploro hasta el punto que deseo y percibo el modo en que su interior se retuerce mientras muerdo con suavidad el pezón al descubierto.

Tracy afirma sus manos en mis bíceps por encima de la chaqueta. La estoy desnudando y de momento no he necesitado quitarme una sola prenda... hasta que llegue su hora.

Su pecho sube y baja pidiendo clemencia, mientras tironeo de su pezón y lo lamo. Mi sexo presiona cada vez más bajo la incómoda tela del bóxer.

Opto por seguir con mis manos hasta su pantalón y lo desabotono. Bajo el cierre y me encuentro con la fina tela de sus bragas, que acaricio logrando que se retuerza sobre mí. De momento sigue siendo tan sensible que, sumado el peligro de la exposición, la vuelve aún más irresistible.

—Theo —gimotea en mi oído.

Vuelvo a ella y le pregunto al oído:

—¿Qué deseas?

Sigo jugueteando en su entrepierna.

—Yo... Yo... —se muerde el labio y presiono esa zona que la vuelve tan débil—. Hazlo... Hazlo, por favor.

—Eres música en mi cuerpo, nena. Me encantas.

Soltarle esa frase de *Rosas para Jude* la pone aún más caliente. De momento ni piensa que soy yo quien ha escrito la novela.

Muerdo el lóbulo de su oreja mientras mis dedos entran por debajo de sus bragas y la penetro con suavidad. Jugueteo un poco con su infernal clítoris, logrando que se retuerza, y empieza a humedecerse.

Con mi mano libre busco en el bolsillo interno de mi chaqueta y saco un frasquito de lubricante. No es que tenga una colección de estos pero esta vez traje uno en especial que la hará dilatar más rápido (solo espero que la etiqueta no mienta o le dolerá un poco más porque no tenemos demasiado tiempo esta vez).

Me aparto un poco y ella me quita la chaqueta y la deja caer también al suelo.

—¿Qué es eso? —me pregunta mientras humedezco con el gel dos de mis dedos.

—Magia para ti.

Ella se muerde el labio y cierra los ojos para dejarse llevar por el placer.

Una vez que ambos estamos desnudos sobre el amplio asiento de la motocicleta, cruzo una de mis piernas hacia el otro lado y ella se sienta delante de mí, buscando apoyo contra el manubrio, aunque termina optando por cerrar sus manos alrededor de mi cuello.

—Hazlo, Theo —me ruega mientras mi pene erecto presiona contra su piel.

—Suplica —le ordeno.

—Yo... Yo... Quiero que me hagas el amor. Te lo suplico.

Suelto una lúgubre sonrisa y observo en dirección a la entrada. No hay nadie, ni lo habrá.

Levanto un poco a Tracy con mis manos, y ella intenta colaborar pero no es necesario. A continuación busco con mi pene el punto justo donde entrar y, al tiempo que lo hago, ella suelta un gimoteo impregnado de euforia.

—¿Duele? —le pregunto. Espero que el gel lubricante haya colaborado.

—Un... poco —admite.

—Se pasará, amor. Relájate.

Después de todo, ella buscó esto. Y ya le advertí que una vez que comience, no me podrá parar. La bestia no renuncia a su ángel si lo puede pervertir.

Empujo con suavidad hacia adentro y afuera, logrando dilatarla un poco más; en cierto instante salgo y me ayudo con dos dedos. Podría entrar incluso el dedo angular, cuando ella suelta contra mi oído:

—¡¡Ay, Theo!!

Clava sus uñas en mi espalda y río como el ronroneo de un puma en mitad del bosque más oscuro.

—Estás lista, nena. Voy a entrar.

Tracy muerde mi hombro mientras empujo mi pene y la penetro con dureza hasta el fondo.

## 41

### TRACY

#### **2 de diciembre**

La noche que hicimos el amor en la motocicleta, Theo estuvo a punto de eyacular sin considerar un pequeño inconveniente.

Olvidó colocarse un preservativo.

En ningún momento me percaté de esto. Es el primer chico con quien tengo relaciones sexuales y, si bien al comienzo tienes presente todo el



tiempo el uso del profiláctico, luego es algo que das por seguro que tu pareja utiliza.

No obstante, ese momento fue de peligro, de riesgo, de amor, de exposición y, frente a todo, de prescindir del tiempo. Podíamos hacerlo pero con la premisa de terminar antes de que alguien pudiera llegar al estacionamiento y atraparnos en tales condiciones.

Cuando se dio cuenta de que no podía contenerlo más, sus ojos se abrieron como platos, a tal punto que brillaron como los de un animal en la oscuridad. Me apartó de su cuerpo y dio un salto de la motocicleta. Afirmé mi espalda al manubrio para no caer en ese instante. Me sentí degradada...

Theo eyaculó en el suelo y luego me miró enfurecido.

—¿Qué mierda fue eso?! —me gritó.

—Yo... —apenas me encontraba en mis cinco sentidos para caer en la realidad, en la gravedad de la situación—. No sé qué...

—¡No me digas que no lo sabes! —Theo buscó su bóxer y pantalones mientras yo intentaba hacer lo mismo con mi ropa, con la que me cubrí los senos.

Nunca lo había visto así. Me culpó a mí por no recordarle usar condón.

—¡Pero qué mierda pasa por tu cabeza, Tracy!

Me sentí tan mal que solo me puse la ropa y me enfundé dentro de mi chaqueta, mientras él seguía en el lugar dando gritos y alaridos.

—Descuida —le dije antes de irme, mientras las lágrimas caían pero sin llanto. Probar su sabor salado fue lo que me anunció su presencia—. No busco quedar embarazada de un sujeto como tú.

Las palabras resonaron en mi mente como ternura y como cuchillas.

Le di la espalda y caminé hasta la entrada, mientras él me seguía sin camisa, dando gritos:

—¿«Embarazada»?! ¡Qué manera de joderte el futuro es esa, por Dios! ¡¿Es eso lo que te quieres hacer, eh?! ¡¿Eso es lo que me quieres hacer a mí?!

—¡Basta! —le pedí, pero él siguió con las reprimendas cual padre abusivo al que sacan de sus cabales.

Realmente apenas discernía lo que decía, no obstante, quedé helada cuando soltó:

—Pensé que eras inteligente, sin embargo resultaste una desesp...

Y se detuvo.

Se detuvo al igual que todo a nuestro alrededor.

Incluso creo que mi corazón dejó de latir durante unos instantes. Olvidé respirar y volví lentamente mi mirada a él. Esta es la parte en que me pide perdón, me suplica que olvide sus hirientes palabras, sin embargo no dijo nada, no se inmutó. Tampoco tuvo el coraje de terminar la frase.

—Sabes —musité—, le harías un bien a la humanidad si no dejas descendencia. Das pena. Busca ayuda, Theodore. Yo no puedo ayudarte...

A continuación, me dejó ir calle arriba por el frío camino que conduce desde el subsuelo de su residencia hasta la mía.

Lo último que percibí fue el instante en que sus rodillas cayeron al suelo, al duro asfalto y se quedó atónito mientras lo fui perdiendo de vista.

Abro los ojos y no recuerdo qué día es hoy. Desperté antes de que suene mi celular a causa de las gotas de lluvia que golpean la ventana de mi habitación en la residencia.

Solo giro en la cama y me encuentro con el cuerpo macizo de un chico hermoso, bronceado, despeinado y me siento la persona más vulnerable a su lado.

Cuando regresé a mi habitación, cerré la puerta y me apoyé sobre ella, dejándome caer y llorando con desesperación, agradecida por la ausencia de Phoebe.

Mi pecho dolía. Era una sensación que pocas veces tuve, no obstante ya empezaba a acostumbrarme. Y esa es la peor parte.

Saber que estamos destinados a esto. Saber que nunca podremos coincidir. Saber que al final... no somos almas gemelas ni hay amor posible entre nosotros.

Dicen que hay una persona en el mundo para cada quien, que no estamos creados para morir solos, que nuestra existencia no tiene sentido en la soledad; solo se debe encontrar a la persona indicada para compartir el resto de tus días.

Solo me pregunto qué tan terrible sería caer en un error, dar un paso en falso con Theo. ¿Y si estoy equivocada y él no es ese plan para mi vida? Creía que era mi pequeño infinito, sin embargo nunca estuve tan alejada de la verdad. Y lo que es peor, hay una historia que me precede. La de mi madre. Temo con desesperación repetir lo que a ella le sucedió.

Con la diferencia de que yo no me iría. No me daría a la fuga condenando a un posible hijo de conocer a su padre.

Pero también con el distintivo rasgo de que Theo no tendría interés tampoco por reconocer a un pequeño como suyo. Él no tiene mis expectativas. Él no desea lo que yo. Entonces, ¿para qué casarse e ir a vivir juntos e iniciar una vida como pareja que busca su final feliz por siempre si no es capaz siquiera de recordar ponerse un maldito condón?

Entre él y yo ya no hay solución posible.

Me levanto de la cama y, en compañía del agradable sonido de la lluvia, busco mis zapatillas y mi pijama, y salgo así vestida hacia el salón de duchas para mujeres. Por un instante recuerdo los viejos tiempos y creo que podré encontrarme con Stefano aquí para provocarme, sin embargo eso ya no es parte de la realidad. Ya no.

Abro el grifo y me mojo las manos.

Estoy sola, deben ser las cinco de la madrugada y, por lo general, soy la única que prefiere estos horarios para iniciar su día.

Me mojo la cara y miro mi reflejo. Miro la demacrada imagen que me devuelve el espejo al tiempo que pienso en el peligroso chico que duerme en mi cama y me pregunto...

... qué demonios estoy haciendo.

Lloré tanto esa noche que no soy consciente de si me desmayé o me quedé dormida en los pies de mi cama, en posición fetal, a la espera de que tanto dolor, tanta desgracia surtiera efecto y fuera el decisivo momento en que todo se termina de una vez.

Mi madre está enferma. Debería estar con ella ahora mismo.

No veo la hora de que termine con mis exámenes e ir con ella para acompañarla y conocer en persona lo que está padeciendo con ese maldito diagnóstico. Me necesita y no estoy para ella.

Tengo que dejar de una vez las complicaciones de una relación enferma que no tiene rumbo viable.

*Esa noche, el lobo lastimó a su ángel y este escapó. Huyó en la penumbra en busca de un refugio. La bestia, al herir a la criatura celestial, quedó destruida por completo.*

*Pero no lo pueden evitar, esa es su naturaleza: en él, la de destruir y en la de ella, la de ser destruida. No obstante, bastó al lobo seguir las huellas para hallar el escondite donde velar la noche entera, hasta que no pudo soportarlo más: entró decidido a terminar lo que había empezado.*

*El magnetismo que los une es tan poderoso como insano.*

42

TRACY

Theo entró a mi habitación, me suplicó perdón, lloró a mi lado de rodillas en la cama y lo escuché.

Me contó su historia, su niñez, sus abandonos, sus enigmas, el destino de un clan que lo tiene atrapado y del que no puede liberarse.

Me contó de sus miedos. Y el que los encabeza es el amor, es aferrarse sentimentalmente a algo o a alguien a quien deberá proteger, y me dice que soy quien prioriza en su lista. Soy el punto clave, la primera amenaza a considerar cuando buscan hacerle daño; esto ya sucedió y ahora no está dispuesto a que la historia se repita.

Me contó también que desea no tener hijos y es una decisión propia. En cuanto pueda operarse para esto, lo hará sin dudarlo. Al día de hoy sigue habiendo mujeres que mueren durante el parto, sigue habiendo padres que aman a sus esposas y a los chicos que tienen con ellas, al día de hoy siguen existiendo personas horribles y un Dios que amenaza con quitarte lo que más amas.

Esa noche hablamos hasta tarde y terminamos haciendo el amor con profilácticos cerca de las tres de la madrugada, hecho que se repitió unas horas más tarde, no sin antes acordar que vería a un ginecólogo para ser medicada. Es hora de que empiece a tomar anticonceptivos y no para que me crezca el cabello.

No sabemos cuánto nos queda juntos, tampoco cuánto tiempo nos quede por vivir. Lo cierto es que intentaremos que nuestros días sean lo más cercano posible a la felicidad.

Y si el costo es una discusión que nos haga llorar y desgarrarnos de dolor con tal de llegar a un acuerdo fortuito, creo que no existe una segunda opción.

Pero también hubo dos decisiones paralelas. O tres.

En primer lugar, pasaríamos Navidad y Año Nuevo en Iconic. No fue fácil convencerlo, pero Margot y Roxan necesitan de sus hijos, volver a tener a sus bebés en casa.

En segundo lugar, veríamos departamentos y casas que alquilar para iniciar una nueva vida juntos. Dice estar trabajando y ganar muy bien, pero que de momento no me puede especificar en qué (y esto me da un poco de miedo, aunque a veces es preferible la ignorancia).

Y por último, nos... casaríamos luego del ataque a los Túneles en caso de salir ilesos. Él está obstinado con que no participe de ese hecho, pero no pienso dejarlo solo en eso; tampoco pienso abandonar a Tachas ni a Carl ni a Charlie (quien aún no entiendo cómo encaja aquí), y bueno, tampoco a Audrey. Ya le salvó la vida a Theo dos veces y a mí en una ocasión. Es una zorra, pero de las buenas; de todas formas debemos tener cuidado con ella, al igual que con su hermana, la linda de «Becca» Turner.

El otro punto que tampoco termina de cerrarme es que Derek, el ex novio de Tachas, esté conviviendo con él en el estadio abandonado. Confío en mi amigo, pero no en el pelirrojo. Además, están con Kylie y Stefano.

Según me cuenta Carl, la rubia ha bajado un poco los humos debido a que su amado se encuentra mal por la bala que le metí la noche que me quiso matar. De momento, no es bueno que ninguno de los dos me vea. Me siento culpable con él ya que soy consciente de que nuestros verdaderos enemigos son los jefes, quienes han hecho ya demasiado daño en la cabeza de ambos.

No los odio, los comprendo; hago silencio y dejo que las cosas caigan por su propio peso. Tarde o temprano, pagamos con el cuerpo nuestras decisiones: para bien o para mal.

### **3 de diciembre**

Theo me conduce en auto hasta la casa de mi madre. Quiero verla, apenas he tenido noticias de ella y de su prometido en las últimas horas. Lo último que supe es que se casarían el día anterior a Nochebuena, pero eso fue hace ya una semana.

—¿Tu madre es de esas que escapan cuando les preguntan si aceptan al novio? —me pregunta *mi* novio, que dirige una media sonrisa en mi dirección mientras habla.

—No lo sé, no la he visto casarse demasiadas veces. Oh, aguarda, creo que es la primera —le respondo con sarcasmo.

—Eres muy graciosa. Lo digo porque ya ha postergado demasiado la fecha.

Intento reír hasta que caigo en la cuenta de que la muerte se presenta como un hecho que asusta enormemente, lo cual puede ser motivo suficiente para no casarse.

—Lo siento —dice Theo, quien se percata de lo que ha quedado implícito.

—Descuida... Este tiempo me ha servido para reflexionar bastante sobre todo lo que sucede.

En el camino vemos que hay un control policial de portaequipaje. Cuando llegamos hasta el punto, mi chico arroja algunos insultos por lo bajo hasta que se resigna y recibe al oficial, quien le pide que abra el baúl.

—Pero no puedo —dice Theo tras bajar la ventanilla—. Llevo un muerto ahí, huele feo.

Me llevo las manos a la boca a la espera de que el oficial (que no se inmuta) decida bajarlo por la fuerza.

Le golpeo un muslo.

—Bien, bien —cede Theo. Abre la puerta y baja.

Mientras lo observo por el espejo retrovisor, una luz se enciende bajo el asiento. Es su celular. Me acerco y veo que se trata de una llamada de Tachas. Opto por decirle a Theo, pero ya ha molestado al agente de policía, así que mejor no. Además, Jacob es una persona de mi confianza. ¿Qué habría de malo en atenderlo?

Tomo su celular.

—¡Tachas! —digo con alegría.

No obstante, su respiración agitada al otro lado me advierte que las cosas no van bien.

—Tra... Tracy. ¿Está Theo por ahí? —me pregunta.

—¿Cómo has estado?

—Bien pero... ¿puedes pasarme con Theodore?

—¿Va todo bien?

Se percibe mucho ruido detrás, algunos gritos que puedo discernir no sin dificultad: unos mandoneos de Audrey y un alarido enfurecido de Kylie.

—¿Tachas? —repito ante su silencio—. Vamos de camino a Iconic, por favor no cuelgues, dime qué está...

—¿Tracy?

Theo se aparece abriendo la puerta de conductor. Me ve con su celular y, por lo general, estas cosas lo hacen estallar de furia, no obstante ahora solo saca el aparato de mis manos y se fija en el remitente.

—Jacob, habla Theo —mi amigo le responde, parece muy conciso aunque no distingo nada con claridad—. Demonios... Sí, descuida... Sí, sí, estamos a menos de una hora del estadio. No te preocupes, dejaré a Tracy con su madre e iré.

—¡No! —me meto—. ¡Quiero ir!

Theo levanta una mano en indicación de que no me meta. ¿¿¿Ya empezamos???

Una vez que cuelga, deja el aparato y me quedo hecha una furia a su lado.

—¡¿Por qué hiciste eso?! ¡¿Qué sucede con Kylie?!

—No ahora, Tracy...

—¡Theo, por favor!

Pasan unos segundos mientras conduce, cada vez a mayor velocidad y compruebo que mi cinturón esté lo suficientemente ajustado.

—Se trata de Stefano. La herida se ha infectado, las convulsiones no paran y hace una hora tuvo un preinfarto, según lo que me cuentan. Necesita asistencia médica y... y creo que... mierda.

Lo que calla es motivo suficiente como para comprender que el chico se está muriendo. En tal caso, Kylie se ocuparía de hacernos arder a todos, sobre todo a mí, por ser la principal culpable. De pronto comprendo por qué tanto él como Tachas tratan de no meterme en eso.

—Ese hijo de puta intentó matarte —prosigue—. Por mí, que se pudra. Pero lo necesitamos, al igual que a la rubia. Conocen Los Túneles mejor que nadie, él mismo fue parte de los jefes y resultó un experimento fallido; de repente parece que todo se empieza a venir abajo.

—¿Y no hay nada que puedas hacer?

Ni él ni ninguno de nosotros.

Su silencio lo comprueba y, tras devanarme los sesos, llego a una conclusión:

—Theo, yo... conozco a alguien que nos puede ayudar. Déjame ser parte de esto, por favor.

## TRACY

En el instante en que la puerta se abre, mi vida se despedaza.

Mi corazón se encoge al encontrarme con mamá al otro lado. Pareciera que ha transcurrido una eternidad desde la última vez que estuve aquí, y no solo unas pocas semanas.

—Cielo —murmura—. No... no te esperaba.

Su cabello está muy corto, casi rapado. Está delgada y hay dos medialunas amoratadas bajo sus ojos, que hacen de sus pómulos un montón de huesos afilados y saltones.

—¿Estás bien? —me pregunta, al tiempo que abre la puerta para dejarme pasar y esboza una sonrisa fingida.

Ella nunca fue una persona muy entusiasta, lo cual forjó en mí una manera de ser muy sentimental. En lugar de entrar, me arrojo a sus brazos y lloro contra su hombro. Percibo su característico perfume y miles de preguntas se atropellan en mi garganta: quién le hizo esto, cómo no la pudieron proteger antes, qué puedo hacer para compensarla, para alegrarla, qué necesita para volver a ser la persona de antes.

Me impacta el tacto de sus omóplatos por encima de sus hombros. Definitivamente, su delgadez repentina es monstruosa.

Mis lágrimas humedecen su ropa y me aparto.

*¡Estúpida, tenías que disimular!*, recuerda mi conciencia y debo darle la razón. Mi objetivo no es hacerla sentir aún peor.

Un sentimiento horrible de impotencia invade mi interior cerrándose en mi pecho y mi garganta.

—¿Cómo lo supiste? —me pregunta en tono glacial.

Aunque la aparición de Richard desde el interior de la casa responde a su incógnita: gracias a él.

La última vez que vine, Roxan era muy maternal, algo impropio de ella. Ahora resulta una persona sin tapujos, sin nada que ocultar, al igual que lo venía siendo desde tiempo atrás. O, en verdad, como la madre inmadura que siempre fue. Quizá su imposibilidad para mostrar lo que siente es lo que la enfermó; tan poco saludable resulta tragarse lo que uno siente.



Cuando el dolor es compartido, se sufre menos. Y ella jamás lo aprendió.

Estamos todos en un lindo juego de living nuevo. Richard y yo estamos sentados en un sillón de tres cuerpos, mientras ella nos observa desde uno más pequeño frente a nosotros, ubicándonos con su semblante en el banco de los acusados.

—Lo siento —dice Richard.

—No te disculpes, tarde o temprano se iba a saber —mamá se lleva una huesuda mano a su rostro.

—Es tu hija, no se lo podías seguir ocultando.

—¿Cáncer de qué? —suelto la pregunta que venía conteniendo hace tiempo. La palabra se queda suspendida en los oídos de los tres, provocando silencio y aturdimiento. De ser Theo, hace rato hubiese ido al eje de la cuestión, pero él ya no está aquí, sino con su madre, donde debe programar las vacaciones de Navidad. Paris se pondrá muy feliz de volver a verlo.

—De útero —responde ella sin más—. Se ofrecieron a sacarme los órganos que me hacen mujer pero me negué.

—¿Qué?! —bramo. Si le dan una solución posible al asunto, ¿por qué no tomar la difícil decisión de continuar con su vida? ¡Es una egoísta y lo seguiré siendo siempre!

Richard reposa una mano en mi hombro en un gesto de calidez.

—Calma, cielo —me pide.

—Era tarde —prosigue mamá con la mirada fija en la ventana, incapaz de mirarme a los ojos. Los suyos brillan por una capa de lágrimas que intenta contener sin mucho éxito—. La enfermedad hizo metástasis en mis pulmones. Pensaron que era neumonía, lo estuve tratando como tal, hasta que un cambio de médico dio con el diagnóstico adecuado.

—¡Hay que demandarlos!

Me pregunto cuánto serviría seguir colocándome en la piel de una defensora nata de la justicia que, por supuesto, no soy.

—¿Para qué? —pregunta—. La enfermedad ya está en tratamiento y se irá cuando tenga que hacerlo.

Me sorprende escucharla hablar de cáncer como algo externo y pasajero. Como un insecto que pica, se va y no hará más que dejar una impoluta roncha en la piel.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —le suelto otra de las preguntas, aunque me cuesta procesar toda la información que deja a mi disposición.

—Estás estudiando. No quería que algo así te distrajera. Tienes que seguir tu camino sin cometer los errores que yo... —entonces vuelve su mirada a la mía sin poder contener más las lágrimas, que empiezan a deslizarse desde las comisuras de sus ojos—. Perdona, cielo... Perdona por haberte traído al mundo en el momento menos oportuno —se arrima al borde del sillón y llega a mis manos, que cierra en las suyas, percibiendo los tiritones y sacudidas impregnadas de desesperación—. Perdona por todas las dificultades que pasamos, por haber dedicado una atención insuficiente a tu crecimiento. Me esforcé mucho por sacarnos a las dos adelante. Hice todo lo que pude por protegerte y ahora creo que estás construyendo una vida acorde a lo que te mereces. Y quiero que sepas que, aunque me cueste mucho expresarlo, siempre, siempre estaré orgullosa de tus logros.

A medida que habla, sus palabras se van apagando y la tos se hace presente irrumpiendo en su garganta, como quien está a punto de dejar de respirar. Richard se pone de pie de inmediato y va hacia ella.

—Amor, amor —dice con nerviosismo—. Por favor, respira. ¡Tracy! —me llama, pero estoy demasiado atónita. A mamá le falta el aire—. ¡Tracy, ve por el respirador a la cocina!

Apenas caigo en la cuenta de lo que sucede, me espabilo e intento seguir las palabras de Richard. Llego mareada hasta la cocina en busca de lo señalado por quien pronto será mi padrastro. Solo he visto en películas un respirador pero no me cuesta diferenciar la pequeña mochila con tubitos sobre la mesa.

Una vez que lo tengo en mis manos, quedo estupefacta, entro en un estado de automatismo hasta volver a la sala y dárselo a Richard, quien auxilia a su prometida y, de pronto, entiendo el motivo por el cual mamá viene postergando hace tanto tiempo la boda.

Puede ser que la enfermedad se la hayan detectado demasiado tarde, pero no lo suficiente como para que ella dé lugar al hombre que la cuida de plantearse dos veces si es realmente eso lo que quiere para su vida. Ella ha estado dando lugar a que tome una nueva decisión, a no condenarse a seguir a su lado, sin embargo él nunca dudó y aquí sigue, brindándole su amor y su calidez. Porque, como dice una antigua frase, «si no hay amor, que no haya nada».

La muerte parece ser algo que afecta a los otros, los de afuera. Parece ser que este tipo de cosas solo les suceden a los demás, sin embargo uno nunca

está a salvo.

No te puedes proteger de lo que ya está escrito. Pero sí puedes cambiar el modo de vivirlo.

Una vez que Richard deja a mi madre descansar en su habitación, caigo en la cuenta de por qué cambiaron el juego de living. El sofá grande se puede hacer cama, lo que está previsto para cuando mamá ya no pueda subir escaleras. Y no me resulta extraño que ella haya decidido optar por algo así en lugar de una cama preparada para su situación.

A continuación, me dirijo hasta la cocina en un intento de ser útil y preparar algo para el almuerzo, sin embargo mi celular se precipita en el bolsillo trasero de mi pantalón y comprendo que los problemas siguen, aunque quien aparece en mi pantalla podría significar una solución.

—Tracy —dice la voz del hombre al otro lado—. Recibí tu mensaje. ¿Qué ocurre?

Miro en dirección a las escaleras. Richard todavía no ha bajado.

Entonces, sigo caminando hasta la puerta mosquitera en la cocina, que da salida al patio de casa, donde puedo hablar más tranquila.

—Gracias por llamar. Necesito... necesito su ayuda. Además, creo que es algo que le servirá a usted también.

—Te escucho. Ya te dije antes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Nuevamente se lo agradezco —lo dudo, hasta que le suelto la verdad —: Su equipo puede ayudarnos a terminar con Bad Boys, profesor Evans.

—No me llames profesor mientras no estemos en un contexto de clase, por favor.

—Lo siento... Ocurre que Stefano Guilty está muy grave y necesito que lo auxilie. No puede contar con auxilio hospitalario, pero es quien podría servirnos para llevar a cabo el plan.

La apertura de Evans es muy cálida, lo cual me sorprende. Nunca un profesor fue tan bueno conmigo como lo es él. Creo que el hecho de pertenecer ambos al mismo bando nos hace aún más cercanos, lo cual termina de congeniar con su objetivo, que es el de todo Glorious: terminar con el bando enemigo.

## THEO

Luego de ver a mamá con su remilgada familia, vuelvo en auto hasta el viejo estadio de Iconic comiendo un chocolate, regalo de Paris, y escuchando radio. Me informo del tiempo, de la caída de la bolsa, la economía y asuntos que no me interesan en absoluto. Ahora es tiempo de enfocarse en otras cosas, luego volveré a lo de mamá para seguir debatiendo sobre el clima o qué cenaremos la noche de Navidad.

Cuando entro al viejo estacionamiento de piedras del estadio, avanzo hacia la vieja zona VIP cuyo portón hace tiempo fue destruido por pandilleros o parejitas que buscaban hacer de este sitio un motel público. También es el lugar donde transcurren unas encantadoras historias de terror, que no resultan más que leyendas urbanas para asustar a los niños.

Prosigo y la luz se va filtrando hasta dar con el ingreso al estadio donde solían meter móviles de emergencia. El campo de césped amarillento y seco en un cincuenta por ciento (el otro cincuenta es un montón de pasto que me llega hasta debajo de las rodillas) se extiende frente a mis narices con la inconfundible figura de un auto que reconozco de inmediato. Es un Volkswagen negro de vidrios polarizados.

—Mierda —farfullo y busco mi revólver bajo el asiento. Detengo mi auto al costado de una tribuna y subo mirando a todas partes en un intento de prevenir que algún viejo amigo quiera interceptarme.

Entonces mi celular vibra mientras me sigo acercando al auto intruso.  
«Nos descubrieron».

Esas dos palabras vienen de Tachas y logran que mi corazón se acelere al máximo.

Avanzo agachado en dirección al auto hasta el punto en que los vidrios pueden transparentarse un poco y me encuentro con que no hay nadie ahí. Abro la puerta del copiloto en busca de la llave y no está. Si quieren escapar, lo harán sin problema.

Solo encuentro un llavero colgando del espejo retrovisor con un triángulo invertido y el contorno de un puma rugiendo en su interior.

—Demonios, no puede ser cierto...

Este es el auto de Neo Walk.

¡¡ALGUIEN NOS HA DELATADO!!

45

TRACY

Mamá ya está bien. O mejor dicho... no tan mal. Pero es cierto que podría estar peor.

Un médico de emergencias se encuentra dando su auxilio no sin la presencia de Richard; tiene suerte de tenerlo, pronto se convertirá en su marido y, si decide cancelar la boda, me encargaré de que se retracte. No se ha apartado de ella ni antes ni después de la enfermedad, lo cual muestra su lealtad; cualquier otro hombre ya se hubiera alejado de ella, o bien, no sería tan atento.

Cualquier otro hubiera hecho lo mismo que su propia hija: abandonarla.

Quizá tenga mis propios problemas, infinitamente menores a lo que a ella se le presenta. ¿Cuánto tiempo la estuvo pasando mal? ¿Por qué esperó tanto para hacerse un chequeo médico? Tampoco yo soy muy devota de los hospitales, recién la semana próxima debo volver para mi cita con la doctora Greene, quien me recetará anticonceptivos. Lo extraño es que mamá prefirió no ir durante una buena cantidad de días, semanas, que lo estuvo pasando terrible.

Enfrascada en su trabajo, no pensó en su salud. Es lo más probable. Pero aun así, su poca conexión con lo que siente hizo de ella una madre en estado de automatismo andante.

Tengo pensado quedarme hasta el lunes próximo pero, si su estado de salud empeora, alargaré la estadía. Pondré en riesgo mis exámenes finales pero no me importa. La conozco y sé que insistiría en que debo estar al día en lo académico; el amor y la preocupación por el otro no entran en sus prioridades.

Aun así no termino de comprender cómo es que no he sacado su forma de ser. He sido criada bajo su tutela, llevo su sangre, su apellido y aun así somos como el agua y el aceite.

Me pregunto qué tan distinto hubiera sido si ella jamás hubiese escapado de Iconic. O si mi padre se hubiese interesado en buscarme...

Después del almuerzo, entro en mi habitación presa de la preocupación. Theo no me ha atendido el teléfono. Está bien que su madre lo ama, que Paris moría por verlo y que el mundo es un lugar mejor si uno vuelve a sus raíces, pero no hay motivo suficiente para apagar el bendito celular.

Decido subir a mi cuarto y meterme en la cama. Me cubro con mi frazada de gatitos estampados y, por un instante, siento que el tiempo da un giro sorprendente. Al pasado: otra vez estoy metida en mi cuarto, enojada con mi madre y con Theo, alerta al chat o las llamadas en la eterna espera de que este hombre me dé una señal de vida. Otra vez estoy con el corazón en la boca sin poder sacar de mis pensamientos que quizá él me mintió, se fue a la Bad House o en busca de cualquier zorra.

Voy hacia la ventana y observo la de Charlie, en la casa de al lado. Ojalá se apareciese de nuevo para saludarme o verlo boxear mientras me derrito lentamente. Faltó a su última pelea, en la que cobraría un dineral para nada despreciable.

Tampoco está Neo para acosarme, ni los libros en mi biblioteca, ni mis apuntes de estudios sobre el escritorio de color verde manzana, al igual que la silla. Todo se ve tan vacío. Es como si nada hubiese cambiado, pero basta con haber vivido aquí como para saber cuán equivocada estaba al principio: esta ya no es mi vida, no es mi casa. No soy más que una visita aquí.

De pronto mi celular vibra y me espabilo de repente. Corro hasta la cama, desde donde proviene la luz brillante de la pantalla, y rezo por dentro para obtener la respuesta que busco.

## 46

### THEO

Estás de un lado o estás del otro. Sin puntos medios ni vueltas al asunto: o tomas una posición o estás muerto. Porque, al tomar un territorio en el

juego, te ubica en tu lugar y además ubica al otro. Los términos medios son para los mediocres o los indecisos, que al final resultan lo mismo.

Si perteneces a Bad Boys, el símbolo que te identifica es un tatuaje con el triángulo hacia abajo, que señala al Infierno, que señala también la Tierra, de donde somos y adonde vamos. Pero también te enseña el camino donde se esconden todos los secretos: bajo nuestros pies, en una extensa red de túneles.

Sin embargo, el triángulo invertido no es lo único que importa, y tienes la opción también de elegir el animal que, a tu parecer, te representa. En mi caso, decidí un lobo. A posteriori también lo dibujé dentro del triángulo en mi antebrazo.

Un animal rugiendo, hambriento, con las fauces abiertas y dispuesto a atacar. Su contorno grabado en tinta negra contra mi piel.

Hoy más que nunca, ese tatuaje arde.

Tengo que demostrar que todo por lo que he tenido que pasar, los hechos horribles a los que sobreviví, valieron la pena. Y quizá alguna vez estuve solo en esto, pero ya no.

El auto de Neo está metido en el estadio (abandonado, al igual que otro puñado de edificios en Iconic Valley). Yo creía que él era mi amigo pero me equivocaba. Creía que todos en esa casa lo eran, pero mi idea de amistad estaba tan retorcida como lo que se imagina cada uno de esos dementes.

Mis verdaderos amigos se encuentran en los pasillos del edificio. Y no los puedo abandonar.

Audrey, Tachas, quizá Carl mismo esté ahí metido, Rebecca, la más reciente en el equipo. Charlie, tan jodido como un grano en la espalda, y Derek, quien no me cae muy en gracia pero hasta ahora no merece mi odio ya que está de nuestro lado. Bueno, además... la rubia loca y Stefano.

Sus cabezas están en juego.

La parte delantera del coche de Neo Walk mira directo a la entrada de lo que alguna vez fueron los vestuarios. Doy un largo suspiro y con el revólver en la mano me sumerjo en los oscuros pasillos. La «cocina» de explosivos se encuentra un poco escondida. Si llego antes que la gente de la Bad House, quizá haya esperanzas de que todo salga bien. Lo que tiene posibilidades casi nulas.

Una gota de sudor frío me recorre la espalda mientras continúo el camino. Paso la vieja oficina de los entrenadores y encuentro las escaleras

del subsuelo; están escondidas por una vieja alfombra, idea de Tachas para prevenir situaciones como esta.

De pronto, mientras reubico la alfombra por encima del hueco en las escaleras, mi celular empieza a vibrar y me apresuro a sacarlo antes de que suene. Ahora no, mierda.

Por suerte, se me ocurre ver el remitente en la pantalla y me encuentro con el nombre de mi hermano reciente.

—Jacob —mascullo al contestar—. ¿Dónde están?

—Theo, ¿vienes con ellos?

—¡ESE INFAME NOS ENTREGÓ!

Reconozco el grito. Es Kylie.

—¡Yo sabía que no teníamos que confiar en él! —esta vez es Becca Turner quien le da alas a la rubia.

—¡Shhhh, cierren el pico! —Tachas vuelve a mí—. Estamos en la habitación de Stefano. Reconocí a Dominic y a Neo andando en los pasillos. Sus voces pasaron muy cerca de la escalera, creo que van a registrar todo el estadio.

—Voy a matarlos.

—No, imbécil. Tienes que sacarlos de aquí.

—¿Quién los trajo? ¿Qué buscan?

—Oh, aguarda, creo que el gran experimento de Bad Boys se encuentra bajo tierra, al igual que la rubiecita que mató al hijo único de Malcom, uno de los jefes.

—Sí... sí... —su sarcasmo no me gusta en absoluto pero tampoco me quedan demasiadas opciones, de ser otra ocasión juro que los hubiera dejado para que se defendieran ellos solitos—. Veré qué puedo hacer.

—Gracias, hermano.

—Sí, sí. No empieces.

Guardo el celular en el bolsillo del jean mientras subo otra vez las escaleras.

En cuanto corro la alfombra, me encuentro con el cañón de un arma en la frente.

—No te muevas, hijo de perra.



## THEO

—Theodore Landon, ¿eres tú?

Neo quita el revólver y tengo la sensación de que las bolas se me atoraron en la garganta.

—Ne... Neo... ¡Neo!

Me siento un impostor muy malo, horrible.

Sigo subiendo como si nada estuviese sucediendo hasta ponerme de pie. Viene en compañía. El imbécil me estrecha en un fuerte abrazo y me veo obligado a apartarlo. Tiene olor a licor, como siempre.

—¡Tanto tiempo sin vernos, hermano!

Santo cielo, tengo demasiados hermanos últimamente...

—¿Y tú qué haces aquí?

La voz proviene de una chica. De pronto diviso entre la escasa luz que se filtra el cabello castaño y los pómulos afilados de una delgada chica que se adelanta desde atrás de Neo Walk.

—¿Charleston?

—Soy Charlotte, imbécil —parece ser que muerde cada palabra.

—Oh, claro, claro. ¿Tú no eras amiga de Tracy Smith?

—¿Y tú no eras su novio? Dinos ahora qué mierda estás haciendo aquí.

—Oh, oh, recuerda que traigo un revólver en mi mano. Te recomendaría que me guardes respeto.

Ella se adelanta sacando pecho y me empuja, pero me quedo firme como una roca en modo desafiante.

—Oblígame, Landon.

—Por favor, ¿qué haces tú con ellos? ¿No que eras una remilgada Glorious? Tengo el número de una psicóloga por si te interesa.

—El que necesita ayuda eres tú. Me acabas de amenazar con un revólver y ya has asesinado a un hombre antes. No me extrañaría que fueses tan cobarde de atacarme a mí.

Presiono la quijada hasta que me duelen las articulaciones de la mandíbula.

—Creo que ha sido suficiente provocación —acota Neo y la toma por los hombros hasta obligarla a retroceder—. Viene conmigo, ahora pertenece a nuestro bando.

—Vinimos porque llegó un comunicado de los jefes —escucho a Amanda desde mi derecha y me vuelvo hacia ella—. Alguien delató que en este sitio se esconden Kylie Moore y Stefano Guilty. También que Tachas podría estar con ellos. Nos enviaron a vigilar el lugar.

—Pues... pues... yo vine por el mismo motivo —pienso en algo que me saque del agua pronto—. Sí, el mismo. Mi padre me ha advertido que esto es una trampa. ¿Piensan que se entregarían así como así? ¡Vamos, si hasta le prendieron fuego a nuestra casa y han asesinado a dos hombres! Además de a toda su familia, claro. Mi padre me avisó que vendrían a ver la zona, pero esto no es más que un engaño. Aquí no hay nada.

—¿Y tú qué sabes? —pregunta Lottie.

—Su padre fue uno de los jefes —le explica Amanda—. Ahora ese tipo es su mano derecha. Mejor que le hagamos caso, antes de que aparezca la rubia y nos vuele la cabeza a todos.

De pronto escuchamos un ruido, como si alguien hubiese tirado algo contra el suelo.

—Viene de ahí —señala Lottie y el vello de mi nuca se eriza. Está señalando las escaleras.

—Son ellos. Mejor larguémonos —tercia Dominic.

—No, no. Deberíamos bajar a ver —insiste Lottie.

—A ti te matarán primero por ser una traidora —la acuso.

—¿Cómo me llamaste?

De pronto un grito nos ensordece a todos. Viene desde la entrada a las tribunas.

—¡¡Aaaaaayyyy!! ¡Yo me largo de este sitio! ¡Es asqueroso!

Summer, la mejor amiga de Amanda, aparece corriendo. Tiene el pelo rubio tan despeinado como solo lo lleva cuando está ebria, además sacude las manos como si se las hubiese ensuciado con excrementos.

—¡Está lleno de cucarachas! —sigue con su teatro—. ¡Hasta vi una rata!

—Vieron —se mete Cedric, quien le da una palmada a Neo en el hombro—. No es nada. Mejor larguémonos de aquí y dejemos de perder el tiempo.

—Ellos tienen razón, cariño —le dice Neo a Lottie.

¿Cariño?

—No deja de parecerme extraño, pero prefiero salvar mi pellejo antes de que aparezca una loca para rebanarme el cuello —declara Amanda y sale.

Los demás la siguen.

Lottie se opone un momento hasta que no tiene más opción y cede. Neo la lleva medio a los empujones, pero la chica se suelta en el camino.

—Mierda —doy un largo suspiro y me apresuro a ir con ellos pero dejando algunos pasos de diferencia. Creo que durante todo este rato me olvidé de respirar.

—Tachas —le digo al teléfono. Tengo un millón de llamadas y mensajes de Tracy que ignoré hasta el momento—. Ya se fueron. Y creo que no volverán en algún tiempo, pero este lugar se ha vuelto peligroso. Deben terminar con las bombas cuanto antes y sacar a todos de aquí.

Luego de colgar, respondo a Tracy y me meto en el campo de juego donde mi auto está estacionado.

Neo y los demás se marchan en su auto mientras los ojos acusadores de Charleston me miran cargados de odio.

¿Qué demonios le sucede a esta chica?

## 48

### TRACY

Theo me habla pero no explica nada. Solo que recién llega a casa de su madre y se siente algo exhausto.

—Cuando te pase a buscar por casa de tu madre, hablaremos mejor, ¿sí?

—Pero ¿dónde has estado todo este tiempo?

—Tracy...

—No me has dicho tampoco por qué no contestabas.

—Lo sé, pero es largo de contar. ¿Acaso no confías en mí?

Y... digamos que un poco no y un poco sí.

—Mira, en dos horas paso a buscarte y vamos al estadio. Esta noche podría ser la última allí, así que disfruta de tu familia —declara, lo cual no hace más que exasperarme—. Te quiero, adiós.

—Te quiero —mi voz se va apagando, y cuelga.

Arrojo el celular a un costado de mi cama y me dejo caer en ella. Luego me tapo el rostro con la almohada y ahogo un grito.

Creo que mi cabeza va a explotar.

Por la tarde, me siento a la mesa de la cocina con mis cuadernos para adelantar un poco de estudio en compañía de un té, cuando escucho pasos lentos desde la escalera.

—¿Mamá?

Ella se aparece en bata y me sonrío.

—Creo que tengo cien años más, cielo —toma asiento.

—Tuviste una descompensación, es normal que te sientas así. ¿Quieres té?

—Por favor. Con mucho azúcar. Hay pastelitos en la alacena si quieres.

—No, gracias.

—¿No? —me mira frunciendo el entrecejo—. Son de frutas y tienen crema.

—Paso.

—Como a ti te gustan —levanta una ceja.

—Estoy haciendo dieta y ejercicio hace tiempo. He bajado siete kilos los últimos dos meses.

Ella se cruza de brazos y me mira con gesto de victoria.

—Vaya, cielo. Me parece asombroso —comenta en tono decidido—. Debes estudiar, ser una buena líder y tener una buena figura.

Espero a que suelte una carcajada y diga ¡estoy bromeando, no es cierto! Pero nada de eso sucede.

Ella es así, lo olvidaba. Ni siquiera su enfermedad ha sido capaz de ablandarle el corazón.

Mamá busca los pastelitos y una taza. Le sirvo té y añado:

—Siendo sincera, últimamente estoy durmiendo demasiado y tengo tanta hambre que un pastelito no creo que haga daño; así que pensándolo mejor podría comer uno.

—Estás en época de exámenes finales, ¿verdad? No creo que dormir mucho sea bueno para tus notas.

—Ya lo sé, mamá. Debo sostener la beca.

Esa beca que me mantiene alejada de ti y de esta casa.

—Me gusta que pienses así. Aunque, si tienes atracones de comida, posiblemente sea por el estrés. Come apio.

De pronto el sabor del pastelito me sabe asqueroso.

Quiero llorar. Llorar y vomitar. Y seguir llorando.

—Lo siento, pero el apio es bueno...

—Quizá... —mi garganta se cierra.

—¿Entonces cuál es el problema?

—No se trata del apio, mamá —debo sostener mi voz, a punto de quebrarse. Mis ojos se empiezan a nublar por las lágrimas—. ¿Es que no lo entiendes? No se trata del apio ni de la comida ni de mis notas ni de un pastelito de mierda.

Lo arrojo nuevamente al plato y ella se sorprende de la palabra que he soltado, de lo que he hecho y de cómo me atrevo a contestarle.

—Es que tú nunca vas a entender que soy una persona más —le digo desde lo más honesto de mi ser.

—Para una madre, su hijo siempre es único, no uno del montón —bebe su té sin inmutarse—. Si te digo que hacer ejercicio te hará ver mejor, que será más saludable es por...

—Definitivamente tienes el corazón de hielo.

—... es porque pienso en ti y me preocupas. Si estabas gorda antes y no te lo decía era porque cuidaba tu autoestima.

—¡Menudo trabajo el que haces, eh!

Me pongo de pie de golpe en la mesa y ella me observa. Sus ojos se ven cansados, sus mejillas hundidas, al igual que su cuello y la clavícula.

—No me levantes la voz. Que no se te olvide que esta sigue siendo mi casa y nada de lo que digo o hago es para tu mal. Pensé que eras una persona adulta, que habías madurado pero no cabe duda de que aún no he terminado de educarte. Solo quiero que seas la mejor persona del mundo y si para eso debo hacerte ver que sigues pasada de peso...

—¿Qué?

—Yo... quiero decir que quizá el apio...

—Creí que habías cambiado —le digo con mi voz quebrada—. Creí que al fin ibas a ablandar tu corazón de piedra pero estaba tan equivocada. Te tengo una noticia, mamá: no quiero ser perfecta. No quiero parecerme a ti. ¡No quiero que me «sigas educando»! Ahora entiendo por qué papá no quiso volver contigo, no lo merecías.

La evado y salgo corriendo de la cocina. Ella se pone de pie y grita a mis espaldas mientras subo corriendo las escaleras a grandes zancadas:

—¡Tracy! ¡Tracy, regresa! ¡Tú nunca conociste a tu padre! ¡No sabes lo que dices!

—Hey.

Richard me cruza en la escalera y reposa sus manos en mis hombros en un gesto de calidez.

—Permiso —le digo.

—¿Qué ocurre?

—No quiero hablar. Ahora no, por favor.

Lo evado finalmente y me meto en mi cuarto en busca de mis cosas. Esta vez no hemos sobrevivido ni a un día de convivencia.

Me pregunto cómo es que Richard, con toda su paz, decidió seguir al lado de mi madre. Sé que ella es muy diferente con él a como lo es conmigo pero se trata de la misma persona. ¿Por qué tiene que torturarme de esa manera? No existe un hijo que sea perfecto. No puedo cumplir con sus expectativas.

Por suerte no he tenido tiempo de desempacar todas mis cosas. Mientras las guardo, le hablo a Theo llorando.

—¿Qué ocurrió? Aún falta media hora para que te busque y...

—Theo, ven. Llévame contigo por favor. No quiero seguir aquí.

—¿Tu madre otra vez?

Mi silencio le da la razón.

—En un minuto estoy ahí.

## 49

### TRACY

Llevo la valija a ruidosos golpes por la escalera. Mientras bajo, siento una vena latir en mi cuello como cuando ando cargada de bronca; esta vez además me sobrepasa la humillación.

Mi madre aparece al final esperándome para seguir con su tortura. Por suerte Richard se encuentra también y eso me da esperanzas de que pueda controlarla.

—No te vayas —me pide ella—. No sabes si al regresar yo seguiré aquí. Me seco las lágrimas con el puño de mi camisa.

—Es lo mejor, mamá. No podemos seguir compartiendo el mismo techo tú y yo.

—Entonces me dejarás. Otra vez.

Richard se interpone mirándome:

—Lo que ella quiere decir es que quisiera compartir más tiempo contigo.

—No, mamá.

—Es él, ¿verdad? —se mete ella—. El criminal lleno de tatuajes ese que te ha llenado la cabeza en mi contra. Lo sigues viendo, estoy segura de que jamás te apartaste de él. ¡Ahora todo se explica!

La enfrento con mis ojos echando chispas:

—No vuelvas a llamarlo criminal. Él es una persona mucho más noble de lo que tú podrás ser en toda tu vida.

—¡¿Qué les parece si cambiamos de tema?! ¿Vendrás a la boda? — Richard mete el cuerpo entre ambas y me ayuda a llevar la valija a la puerta.

Ambas lo ignoramos.

—Siempre serás mi hija.

—Lamentablemente.

—Eres muy cruel, ¿lo sabes?

—No entiendo con qué cara me dices eso —le digo tratando de mantener un tono glacial—. Fuiste cruel conmigo desde que nací, escapando de Iconic y ocultándome todo un mundo que se escondía a mis espaldas.

Me arremango y le muestro el tatuaje del triángulo hacia arriba. Ella abre tanto los ojos que le cuesta creerlo.

—¿Ya ves? Tú y yo jamás estaremos del mismo lado.

Tomo mi valija y salgo de la casa mientras mamá cae en los brazos de Richard de un síncope por la sorpresa y Theo me espera afuera, con la puerta del auto abierta.

## 50

### TRACY

Antes de llegar al estadio, Evans se comunica conmigo para que pueda conducirlo hasta el punto donde se encuentra Stefano. Nos encontramos en la entrada y aquí caigo en la cuenta de que no viene solo sino con una chica en el asiento del copiloto y Trevor en el de atrás.

Bajamos con Theo para ir al encuentro de ellos.

—Tracy, gracias por haberte comunicado con nosotros —asegura Evans—. Hemos llegado tan rápido como nos fue posible.

Su cabello rubio está desordenado y una incipiente barba marrón le sombrea el rostro. Viste una camisa color azul hielo que le combina con el color de los ojos y resalta sus pectorales firmes al igual que sus bíceps. Este profesor intimida a cualquiera.

—No es que no me entusiasme la idea de verlos —se mete Theo rodeando mis hombros con uno de sus brazos—, pero deberíamos entrar antes de que se nos muera nuestra pieza de oro.

Evans asiente y la chica con quien llegó da un paso. Le sonrío a Trevor (el exasperante «clon» del profesor; más cercano a una imitación barata de él) a modo de saludo.

La chica tiene el cabello enrulado y castaño oscuro, y los ojos color marrón. No parece tener más de treinta años pero debe ser otra de esas doctoras *fitness*, a juzgar por su buen físico, que se distingue debajo de su mameluco abierto y un busto demasiado llamativo.

Theo se queda embobado.

—Chicos, les presento a May. Es doctora, trabaja en el servicio de enfermería de la IVU y atiende todas las emergencias.

—Especialista en desintoxicar estudiantes alcoholizados o drogados los lunes por la mañana —le guiña un ojo a Theo.

—¿Qué haces? —le suelto.

—¿Sí? —responde con su voz cantarina—. Tú debes ser Tracy, ¿verdad?

—Sí.

—Elijah me ha hablado muy bien de ti. Al parecer, tus notas son asombrosas y estás llevando a cabo un proyecto de investigación muy interesante en la IIMD.

—O llevaba... —se mete Trevor.

—Estoy seguro de que Tracy volverá en cuanto las cosas se calmen y podrá seguir contando con los recursos que Glorious ofrece en la Facultad de Letras de la Universidad de Iconic Valley —responde el señor Evans o «Elijah», aunque quisiera cortarles la lengua a los tres.

De pronto un auto pasa a toda velocidad a nuestro lado levantando una polvareda y entrando al estadio. Theo se altera pero a continuación llega otro más y otro, hasta que son cuatro coches de visita.

¿Qué está sucediendo aquí?



Theo se exaspera, sin embargo La Doctora Tetas le pone una mano en el hombro y le dice:

—Calma. Son nuestros amigos. Han venido a ayudar.

—¿Nuestros? —pregunta él, al tiempo que me hierve la sangre mientras hacen contacto.

—Sí —le contesta ella. Cada segundo que mantiene su mano en el hombro de Theo se vuelve interminable—. Ante todo, son tus amigos, Tracy.

No es necesario que lo aclare para darme cuenta de que todo Glorious se encuentra allí.

## 51

### TRACY

La fogata está lista. De pronto el estadio ha dejado de ser lúgubre y solitario para verse como un divertido compartimento de personas que trabajan en equipo, yendo a todas partes con malvaviscos y salchichas clavados en ramitas o palos de cocina.

Llevaba tiempo sin ver a estos chicos. Newt, el amigo de Charlie de cabello azul, aros expansores y una argolla en la nariz, tuvo la idea de pasar la última noche en este lugar con una reunión «amigable». No pueden pasar más tiempo aquí así que algunos amigos de Evans se están encargando de continuar con las bombas. Parece paradójico estar preparando una matanza de este porte bajo un clima tan ameno.

Trevor se encuentra con Derek y las hermanitas Turner probando detonadores en el otro extremo del estadio. Cada vez parecen controlarlo mejor, al menos ya no temo que vayan a tirar abajo media edificación.

Brandon ha destrozado una tribuna a hachazos y trae los trozos de madera a la fogata para que se sostenga encendida toda la noche; el chico sigue siendo una masa enorme de músculos, su piel tostada demuestra un bronceado perfecto y el pelo lo lleva rapado por completo. El tatuaje de un cocodrilo trepando su brazo izquierdo llama mi atención; se ve a la

perfección debajo de su camisa abierta a cuadros rojos con las mangas rasgadas.

—¡Smith! ¡¿Todo en orden?! —me dice con un manojito de tablas en su hombro y me levanta el pulgar con su mano libre.

—¡Sí, en orden! —le digo y con torpeza correspondo a su gesto del pulgar hacia arriba.

Él me dedica una sonrisa y sigue su camino con las tablas para la fogata.

—Se te cae la baba, querida.

Riley pasa y me dice esto al oído. Lleva paquetes con malvaviscos y salchichas al fuego. La pelirroja lleva el cabello recogido en una colita, su piel también es bronceada, aunque ni el color de su pelo ni su tez son naturales. Mientras sigue caminando, me dedica una sonrisa por encima de su hombro y, si no fuese la novia de Zach desde hace más de un año, sospecharía que intenta coquetear conmigo.

Una vez que vuelvo hasta los viejos cambiadores, me cruzo a Tachas, que parece algo agitado pero alegre.

—Debo admitir que tus amigos son asombrosos —señala—. Todos un montón de gloriosos remilgados que aman ayudar y comparten nuestro objetivo de borrar del mapa a ese montón de asesinos.

Se pasa la mano por el cabello, tiene la frente sudada. Realmente ha estado trabajando duro.

—No me hace sentir bien que me recuerdes que vamos a matar a todo un grupo de personas —le señalo. Después de todo, no entiendo qué nos diferenciaría.

—No son personas, Tracy. ¡Son monstruos! Hacen cosas horribles y es hora de ponerle fin a su jueguito —pues esa es la diferencia.

—¿Estás seguro de que se terminará?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, Tachas... Solo que... A veces pienso que quizá Bad Boys no se termina en Iconic. ¿Y si continúan esparcidos por el mundo? ¿Y si no terminamos realmente con ellos luego de que detonen todas las bombas? Pondríamos todas nuestras vidas en peligro para nada.

—Son el grupo más poderoso —señala él—. Si hay algunos fuera del país o el continente, solo se trataría de desertores. Nada de lo que nos podamos preocupar.

—¿Desertores? ¿Y si no lo son? ¿Si regresan algún día y...?

—¡Jacob!

Los dos nos damos vuelta hacia donde provino el grito.

A mi espalda, Carl acaba de entrar a los vestuarios y llega corriendo hasta su novio. A Tachas se le dibuja una enorme sonrisa en el rostro, que le ilumina todo el semblante.

—Lo siento, luego hablamos —me dice y va corriendo hacia su chico. Lo envuelve en sus brazos y hasta lo levanta mientras lo besa.

Opto por no molestarlos. Sonriendo, me dirijo hasta la habitación de Stefano, donde mi gesto decae al ver a la doctora y otro grupo intentando salvarlo. Theo también está ahí, me ve al borde de la puerta y sale de la habitación en mi auxilio.

—Hey —murmura—. ¿Estás bien?

Asiento.

—Estás sudando —le digo—. Y es una noche fría.

—El clima está asombroso para ser diciembre pero si sudo es por la ansiedad —declara y cierra la puerta a sus espaldas.

—¿Se salvará? —murmuro luego de una tensa pausa.

—May dice que la infección está controlada y que saldrá del coma pronto.

—¿Ah, sí? —pregunto sorprendida—. Ha estado todo este tiempo en coma y de repente ¿pueden ustedes predecir cuándo despertará así como así?

Theo mira a todas partes y me lleva hacia un rincón en los pasillos donde no hay nadie.

—Tracy, tengo que contarte algo.

Oh, no. Aquí vamos de nuevo.

—¿Ahora qué? —pregunto.

—Es que... El coma ha sido inducido. Lo he... lo he tenido sedado.

Abro los ojos como platos. ¡O sea que ha tenido a Kylie sufriendo todo este tiempo para nada! ¡Entonces ha tenido en un sueño profundo al chico por su antojo!

—Aguarda —me coloca una mano en la boca antes de que sea capaz de soltar el grito de mi vida—. Escúchame, el coma farmacológico fue con intención doble: por un lado, tener controlada a la rubia y, por el otro, cuidarnos de que esos dos no se potencien. Apenas hubieran tenido una oportunidad para irse, lo hubiesen hecho sin más, ¿no crees?

Niego con la cabeza, todavía incrédula.

—De ser por mí, ninguno de ellos tendría que estar vivo ahora, pero los necesitamos. Si se escapaban, irían por ti y te necesito conmigo. No puedo perderte.

—Theo, ellos ya no están alterados.

—Lo sé, amor. Pero no podíamos correr riesgos.

—Bien, bien —me calmo y coloco los brazos en jarra—. Entonces... volverá en sí. Porque mañana será el día en que empiece el juego de los prostitutas quemados, ¿verdad?

—¿De qué?

Suelto la palabra sin medir lo que digo.

—Es que... —me explico— Phoebe me contó que en la universidad hay un grupo de chicas que juegan con los mujeriegos que usan a las mujeres a su antojo. Les dan un poco de su merecido, los enamoran, les sacan todo lo que pueden y luego los dejan destrozados. Haremos algo parecido, ¿no? También los llaman Boy Toys.

—Mmm, interesante conclusión —sonríe—. Entonces, ¿somos unos prostitutas?

—Nosotros no, ellos —río—. Después de todo, se trata de un grupo de sujetos que utilizan a gente inocente para su beneficio y luego los desechan como basura sin más. En esta ocasión, vendríamos para darles un poco de su merecido. De todas formas, podríamos ser algo así como «El escuadrón de los Boy Toys».

—Vaya, el feminismo ha hecho estragos en la actualidad.

—Hey, eso no es feminista.

—Sí que lo es.

—No lo es.

Se escuchan voces desde la habitación. Algunas risas y vitoreos, seguidos de la voz efusiva de Kylie.

—Oh, creo que es hora de que vuelva —señala Theodore.

—Está bien, ve. Iré a ayudar a los gloriosos con lo que necesitan para la fogata, aunque no me dejan hacer nada.

—Remilgados y serviciales, sí cómo no —señala con cierta ironía para luego cambiar el tono—: Te quiero.

Sonríó mientras Theo reposa un beso cálido en mi frente y luego se da vuelta en dirección a la habitación, aunque a mitad de camino se detiene y me mira.

—Tú... Tú no serás de esas chicas que hacen eso y buscas hacerme sufrir a mí, ¿no?

Suelto una carcajada y levanto una ceja acercándome un poco.

—Quizás —me cruzo de brazos.

Theo ríe y antes de entrar agrega:

—Por eso me gustas tanto, nena.

## 52

### TRACY

—¡Hey, Zach!

Vuelvo al campo decepcionada de que Glory y Mike no me hayan dejado colaborar con nada. Intenté incluso solo juntar los vasos y la bebida en las hieleras, sin embargo también se interpusieron en eso.

Encuentro al Glorious sentado al lado del fuego con un escalpelo y un grueso libro de tapas duras. Sus ojos marrones brillan tras el fuego, al igual que su piel pálida. No es muy fornido como sus amigos, aunque esto no le quita belleza a sus facciones delicadas.

—¿Qué haces destrozando ese bonito tomo? —le pregunto mientras me acerco. Me siento a su lado, cruzada de piernas, y advierto que las páginas están siendo puntuadas por el escalpelo. Ah, claro, no es un *libro* precisamente.

—Es mi diario —sonríe y vuelve a su tarea mientras me explica—: Estoy haciendo mención a esta velada para que quede grabada en mis memorias. Creo que estamos teniendo una noche para recordar, ¿no te parece?

—Ni que lo digas —asimilo—. Aunque me gustaría ser de mayor utilidad. Están haciendo todo, no me dejan tocar un plato siquiera y eso me exaspera.

—Aprovecha eso. Mañana tendremos un día y una noche agotadores... Y cierra la boca de golpe.

Los ojos de Zach se clavan a mi lado y giro la cabeza al punto opuesto, para encontrarme con unos enormes ojazos azules y el rostro demacrado de

una chica.

Sus dientes se descubren en su sonrisa, como si hubiesen sido afilados.

—¿Cómo estás, zorra?

Kylie tamborilea sus dedos en el aire.

## THEO

Despertó y ahora mismo se encuentra comiendo. No se alteró porque está demasiado agotado para eso. Ver a Stefano y saber que estuvo a punto de matar a Tracy solo unos meses atrás no hace más que llenarme de odio, de repugnancia, pero es algo contra lo cual debo pelear. No puedo mandar todo por la borda, lo necesitamos y yo... necesito una ducha urgente.

Voy hasta el baño de los vestuarios pero está abarrotado de gente probando explosivos.

—¡Hola! —sacude su mano en el aire una chica a quien apenas reconozco como Ophelia. Es de tercero, en la Facultad de Ingeniería de la IVU, y forma parte del equipo de Evans pero, a juzgar por su altura y delgadez, parece de trece años.

Le dedico una media sonrisa sin mucho entusiasmo y me marcho. No sabe cuánta alegría me da tener este sitio lleno de gloriosos...

Me dirijo hasta las duchas de los vestuarios opuestos. Sé que alguna vez las usaron, pero han sido muy pocas veces. De camino busco una toalla en la oficina donde Tachas guarda todo lo necesario para la subsistencia y me marcho.

Una vez que entro en los pasillos oscuros y dejo atrás a la gente, diviso una fina línea de luz como si el sol entrase por una rendija. Oh, claro, es de noche.

Entonces caigo en la cuenta de que hay alguien metido ahí dentro.

Me llevo una mano al revólver en mi cintura (que me acompaña fielmente desde hace unos días) y me acerco hasta el borde. Escucho ruidos, que no tardo en identificar. Son gemidos y gritos y... Ay, mierda.

Abro un poco la puerta para encontrarme con dos personas que pensaban estar solos en este extremo del estadio, pero se equivocaban. Me cruzo con la despreciable espalda de un sujeto desnudo que tiene contra la pared a una chica delgada, que rodea su cintura con sus piernas y le muerde el cuello.

La mata de cabello verde me sorprende y dejo caer el revólver al suelo.

Ellos me observan sorprendidos y quedo atónito.  
—¡Mierda! —farfulla la chica. ¿Acaso no debería estar probando los explosivos ahora mismo en lugar de probar otra clase de...?  
Parece que se incomoda un poco, pero él no la suelta.  
Jamás me sacaré esta imagen de la cabeza.  
Jamás podré borrar el olor, los gemidos, los cuerpos de Charlie y Audrey... JUNTOS. DESNUDOS. ¡TENIENDO SEXO EN LAS JODIDAS DUCHAS!

## 53

### THEO

—¡Theo!  
No, no, no.  
—¡Theodore Landon, ven aquí, ahora!  
Ni un cuerno. ¡Ni un cuerno!  
—¡Detente ahí, Theodore, o les diré a todos que mataste a uno de ellos!  
Las palabras se clavan en mi cabeza hasta dejarme petrificado. Vuelvo la mirada a la zorra que se acerca a mi espalda. ¿Por qué me molesta? ¿Por qué con él? ¿CON ÉL?  
—¿Qué fue lo que... dijiste? —mascullo.  
—Lo siento, pero no quería decir eso.  
Audrey se acerca a grandes zancadas, mientras se pone el vestido corto nuevamente.  
—Sabes que nunca lo haría —añade—. Déjame que te explique.  
Charlie se aparece detrás, solo con unos jeans y el torso desnudo. Trae la camisa bajo el brazo.  
—¡No juzgo que quieran coger con quien quieran hacerlo! —les suelto y me sorprendo a mí mismo por lo que dije—. Solo que... ¿EN SERIO AHORA? ¿EN SERIO USTEDES DOS? Dios santo, ¡yo que creía que tenías mejor gusto, Audrey!  
—¡¡Hey!! —me enfrenta Charlie echando chispas por los ojos y lo fulmino con mi mirada—. Mide tus palabras. Somos adultos y no

necesitamos tu autorización para tener sexo donde queramos hacerlo.

—No los estoy juzgando, demonios. Simplemente no puedo creerlo. ¡No puedo!

—Char —Audrey mira al remilgado—. Vete. Yo soluciono esto.

El chico asiente y le da un beso a la chica antes de irse.

—Por favor —digo asqueado—. ¡Y ponte algo de ropa!

Charlie corre en la dirección contraria mientras me muestra el dedo medio.

—No puedo creer que te comportes así —me reta Audrey—. Pensaba que eras mucho más maduro, pero no cambias.

—¡POR QUÉ DEMONIOS TENÍAN QUE HACERLO AHORA! —estallo—. ¡Está el jodido estadio lleno! ¡Podría haber sido yo o cualquiera!

—¡ESTE ES EL JODIDO FIN DEL MUNDO, THEODORE!

—No, no lo es.

—Sí. ¿Qué no lo ves? Mañana podrían asesinarnos a todos. Podría ser la última vez que nos veamos las caras.

—No porque nos maten será el fin del mundo, qué pensamiento tan arrogante tienes.

—Será el fin de *nuestro* mundo y es suficiente para tener que hacer y decir todo lo que no he podido durante este tiempo.

—¿Ah, sí? —le suelto cargado de sarcasmo—. A ver, dime todo lo que tengas para decir, entonces. Veo que ya te sacaste las ganas con ese idiota. ¿Desde cuándo vienen acostándose, eh?

—Estás celoso.

—No lo estoy.

—Sí que lo estás.

—¡No! Solo... impactado. ¿Sabes lo asqueroso que es ver a ese tipo horrible en pelotas? ¡Y contigo! No digo que no seas sexy solo que estabas ¡con él, nada menos!

—Yo no lo encuentro horrible.

—Oh, bien. Aquí vamos. Dime que es mejor que yo, dilo.

—No. Es el fin del mundo y prefiero ser sincera: él coge como los dioses.

—¡GRACIAS!

¡En verdad me llena de ánimos, está haciendo un trabajo estupendo con mi autoestima!



—Pero —continúa—, tú siempre has sido el mejor. Nadie me ha cogido como tú, jamás.

Mis mejillas son invadidas por un calor que no me permite reparar en qué es lo que siento ahora mismo. Solo calor. Mucho, mucho calor.

—¿Tienes algo más que quieras confesar? —trato de evadir el tema.

—Que te amé, te amo y nunca dejaré de amarte. Fuiste mi primer amor. Y no hay amor más verdadero que el primero.

Cierro los ojos con fuerza y me concentro en respirar profundo.

—No puedo decir lo mismo —mascullo al abrirlos y sé que le parte el corazón, aunque intenta parecer fuerte. Ha pasado por situaciones mucho peores que una decepción amorosa.

—No quiero que lo hagas porque ya sé que Tracy es tu predilecta, ¿no? Mi silencio le da la razón.

—Bien —prosigue—. Pero ya que es hora de verdades, es hora de que suelte la bomba.

—¿La bomba? Creo que no tengo ganas de escuchar lo que tengas para decir, seguramente buscarás problemas o...

—Theo —ella me sujeta del brazo para volverme—. Mañana nos podrían dar un tiro en la sien o podríamos explotar en un millón de pedacitos y yo jamás podré cerciorarme de una pregunta que me carcome la cabeza desde hace tiempo. Solo... solo déjame asegurarme de si lo sabías o no.

La miro con desconfianza. Está despechada, acaba de insistir con su amor, la he atrapado con otro. ¡La situación es tan jodidamente confusa!

Me llevo una mano al tronco de la nariz y la presiono mientras me debato entre si en verdad quiero escuchar o no lo que tiene para decir.

«Es el fin del mundo y prefiero ser sincera».

—Bien, suéltalo —cedo sin más.

—Se trata de Santa Smith y mi Char.

—¿Tú qué?

—Charlie y Tracy. ¿Sabías que se besaron justo luego de que le propusieras matrimonio?

## TRACY

—No voy a hacerte daño.

De manera instintiva me acerco más a Zach para alejarme de la loca. Su cuello y sus hombros dan sacudidas como si un problemita neurológico no le permitiese quedarse quieta.

—He venido para contarte que Stefano está bien. Recuperado.

Mi respiración vuelve un poco a la normalidad, aunque no lo suficiente.

—Si a él le ocurría algo por tu culpa, te mataría, pero quiero que sepas que no es personal —declara—. Ya no. En su momento, los experimentos de los jefes hicieron de nosotros unas máquinas con una misión: terminar con todas las personitas que están aquí... ¡Podría asesinarte ahora mismo! —suelta una carcajada que no me viene en gracia en absoluto. Percibo a Zach tan petrificado como yo—. Qué antipáticos. Me refiero a que ustedes me ayudaron y a Stef. Él no quería matarte en verdad, ¿lo sabes?

—Él —murmuro haciendo un esfuerzo enorme para que no me tiemble la voz—... él no quiso hacerlo. Fueron ellos. Sé que ahora podrá entenderlo mejor.

—Está en eso —responde. Su mandíbula se exaspera y hay ocasiones en que apenas diviso lo que dice—. Me encargaré de que sepa protegernos. Sé quién es nuestra enemiga.

—¿Enemiga? —pregunto—. Enemigos, querrás decir. Sí, lo sé. Los jefes, a ellos hay que matar.

—¡Eres tan graciosa! —la rubia suelta una carcajada.

¿A qué se refiere con eso de «nuestra enemiga»?

—¡Tracy!

Levanto la mirada y me encuentro por detrás del fuego de la fogata a Charlie, que se acerca con una manta en brazos y su chaqueta de jean a medio colocar.

—¿Estás bien?! —me pregunta mientras camina en mi dirección.

Hago copia del gesto que Brandon me hizo momentos atrás y levanto mi mano con el dedo pulgar para indicarle un fingido «¡Todo OK!».

Entonces... las cosas suceden demasiado rápido.

La gente parece alterarse cuando un sujeto se aparece corriendo desde el interior de los vestuarios hacia el campo.

El tipo toma del hombro derecho a Charlie y lo derriba de un puñetazo, que impacta con fuerza en su rostro.

—¡¡THEO!! —le grito y me incorporo de pie en un instante—. ¡¡THEO, SUÉLTALO!!

Todos corren en su dirección para separarlos, entonces mi chico saca un arma y colca el cañón en la frente de Charlie.

Está fuera de sí.

Todos se apartan de golpe y voy hacia ellos dejando las carcajadas enloquecidas de Kylie, cargadas de malicia, a mis espaldas.

## 55

### TRACY

—La besaste —dice y cada palabra le duele en la voz.

—¿Qué? —aúlla Charlie cargado de miedo hasta la médula—. ¡No *solo* la besé, espero que eso haya quedado claro!

—¡ERES UN...! —grita marcando con fuerza el revólver en la cabeza de Charlie.

¿De qué están hablando?

Aunque referirse al «beso» me deja helada. Se enteró.

—¡ESTE ES EL JODIDO FIN DEL MUNDO! —grita Theo totalmente sacado de sus cabales—. ¡ES HORA DE HACER Y DECIR LO QUE QUERAMOS!

Audrey llega corriendo también.

—¡NO SEAS IDIOTA, THEODORE! —lo reprende.

Él hace oídos sordos y continúa con su discursito apocalíptico:

—DESPUÉS DE TODO, MAÑANA ESTAREMOS MUERTOS. ¡NO HACE DIFERENCIA QUE TE MATE AHORA!

—¡Baja el arma, Theo! —le grito.

—Tracy, tú no te metas...

—Oh, entonces ya sé a qué te refieres —masculla Charlie.

—¡No te lo dije para que te pongas así, imbécil! —suelta Audrey—. ¡Solo quería ser sincera contigo!

Le arrojé una mirada asesina. ¿Qué necesidad tiene de ser sincera conmigo?

—Tracy, lo siento —murmura Theo y me mira. Quitó el seguro a su arma.

—No lo hagas. Te arrepentirás luego —sentencio y las lágrimas salen disparadas de mis ojos.

—Lo sé. Lo sé... —murmura y caigo en la cuenta de que también está llorando.

Se presiona tanto las mandíbulas al morder con fuerza que parece herírse las.

—Pero no tengo otra alternativa —sentencia.

Entonces, el estruendo nos ensordece a todos.

## 56

### TRACY

—Aaay, este chico, necesita disciplina.

Tachas se quita una gota de sudor mientras mira la abolladura que quedó en la asadera con la que golpeó a Theodore.

Por un momento imaginé que el ruido había sido un fogonazo.

—¿Está vivo? —pregunta Carl acercándose a su cuñado.

—Ha estado mejor. Sobrevivirá —sentencia May, que se aproxima también y lo examina mientras Charlie se pone de pie, muerto de miedo; me sorprende ver que abraza a Audrey.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunta. Ella parece no ser capaz de mirarlo a los ojos.

—Tenía... tenía que hacerlo, no me preguntes por qué —se la ve arrepentida—. Pero no pensé que reaccionaría de ese modo.

—Vamos a ponerle hielo y a darle un calmante para que no duela al despertar. Trevor, ayúdame —Evans se acerca y los tres del IIMD se encargan de auxiliar a Theodore, que poco a poco parece volver en sí pero como si estuviese drogado al ciento por ciento.

Voy tras ellos, dejando la mirada dolida de Charlie, quien tiene a Audrey entre sus brazos pero la suelta a medida que le sostengo la mirada. Estoy echando chispas de la furia al comprenderlo todo: él le contó a la peliverde sobre el beso y esta le contó a Theo.

¿Desde cuándo son tan amigos los tres?

—Tracy, lo siento —murmura Charlie.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire.

No le respondo.

Espero que mi indiferencia lo haga sufrir más de lo que su boca ha ocasionado.

Por hablar de más, se jugó la vida y le costó un golpazo a Theodore, sumando una crisis de nervios. Charlie y Audrey juegan con él pero no saben por lo que ha pasado. No estuvieron en la clínica cuando tuvo que controlarse a sí mismo para no matarse. No estuvieron cuando cayó en su adicción a la cocaína. Tampoco cuando tuvo que matar a un tipo para salvar a su madre y a su hermanita. Nadie estuvo cuando Theo, siendo un pequeño, debió consolar a su madre mientras veía a su hermano desangrarse.

Él no iba a hacerlo; lo vi en su mirada. En su desesperación.

Theo no iba a matar a Charlie. El disparo iba dirigido a mí.

## 57

### THEO

Cuando mis ojos se abren por fin, la escasa luz ayuda a que mi cabeza no explote de dolor.

Tracy está a mi lado y no se la ve de buen humor.

—La... la he cagado... —murmuro.

—Sí —conviene ella—. Pero yo también. Tú no querías dispararle a él... ese disparo en verdad...

Siento su mano presionando la mía. Mi cabeza, mi cabeza, mi ojo, mi rostro, mi frente. Creo que se me va partiendo de a poco.

—Lo siento —me dice—. Perdona por no haberte dicho antes, sé que estuve mal, Theo. No quería que te enterases de esa forma, por... ella. Pero quiero que comprendas que no fui yo quien lo besó, sino él a mí.

—Lo sé —admito—. Sé que no harías algo así. Por eso, no vuelvas a pensar que te haría daño... así... nunca...

Opto por cerrar la boca.

Ella se muerde el labio y deja reposar un beso pequeño en los míos.

—¿Duele? —me pregunta.

—Un poco —asimilo—. Pero con más de esos, estaré bien pronto.

Ella ríe y su voz es todo lo que necesito para estar mejor. Mejor y con un ojo morado, por supuesto.

—¿Fue Tachas? —le pregunto.

—Sí —acepta y ríe—. ¿Lo viste venir?

—No —entonces recuerdo muchas ocasiones en la Bad House, viejos tiempos en los que las cosas se salían de quicio más seguido y mi tolerancia era mucho menor—. Pero es una vieja costumbre el hecho de que él me ponga un freno cuando estoy un poco... loquito. Ahora, si no te molesta, preferiría ducharme sin encuentros indeseados.

Ambos reímos y esta vez soy yo quien busca sus labios para reposar un nuevo beso.

Solo le ruego a Dios que no sea el último.

Quiero más de ella.

Quiero más de ella para siempre.

## 58

### TRACY

La tensión va disminuyendo hasta que las cosas parecen calmarse lo suficiente como para que todos podamos compartir una comida en paz alrededor de la fogata.

Theo y yo estamos refugiados bajo una cobija abrigada, y yo con el plus de sus brazos mientras como una salchicha asada. Él está quemando un malvavisco con trozos de verduras.

La persona que más cerca está de mí es Riley, quien se abriga a su vez con los brazos de su novio Zach, el chico del tatuaje de la serpiente. Al lado de ellos se encuentra Charlie con Audrey, Becca Turner junto a Brandon (desde el primer momento se han estado buscando), Mike, Newt y Glory, la Doctora Tetas (alias May) con Elijah Evans, Ophelia y Trevor, hasta dar la vuelta con los que están a la izquierda de Theo: Tachas abrazando a Carl. Kylie se encuentra acompañando a Stefano, disfrutando de sus primeras palabras en semanas y dándole de comer dentro del estadio, así que no podemos contar con su grata presencia.

Todos bajo la luz de un cielo estrellado y despejado de nubes.

—¿En verdad crees que pueda ser el fin del mundo para nosotros? —le pregunta Rebecca a mi chico.

En otra situación, apuesto a que me habría puesto celosa, pero no es la ocasión.

—En parte —le responde Theo mientras termina de masticar y tragar—. Si antes de arriesgarnos ya damos la batalla por perdida, es el maldito fin del mundo para nosotros. Si las bombas detonan mal y tiramos abajo toda la ciudad, es el maldito fin del mundo para los habitantes de Iconic Valley.

—No comprendo —interviene Evans—. ¿Acaso ya lo están dando por perdido? Este no es el fin del mundo: es el comienzo de una guerra.

—Wow —suspira Newt y le da un mordiscón a lo que tiene en un atizador. Nunca antes había visto que alguien comiera en uno de esos—. Hasta se me puso la piel crespita con eso.

—Creo que has fumado demasiada marihuana —tercia Mike.

—Aunque intenten hacerse los fuertes, estamos todos cagados —acota Audrey, cuya voz vuelve a molestarme como en los viejos tiempos. Todavía no puedo creer que casi echa todo por la borda por un ataque malicioso de sinceridad, tan propio de ella.

—Es posible —le contesta Evans—. Pero el miedo es nuestra señal de alarma de que algo grande se viene. Está bien temerle a lo que está por suceder pero, si dejas que el miedo te paralice, es cuando ya puedes dar la pelea por perdida. Yo creo estar rodeado de un montón de chicos valientes que han apostado hasta las últimas consecuencias, que van a seguir creciendo y lucharán por lo que creen, ¿no es así?

—Ammm, coincido con el profe —Rebecca se muerde el labio y lo mira.

—Jacob —se dirige a mi amigo—: tengo que destacar que has hecho un trabajo muy meritorio al elaborar un plan tan sofisticado como este, y al tener a raya a todos, pero ha sido una estupidez enorme arriesgar la vida de tus amigos con la presencia de Kylie Moore y Stefano Guilty.

—Yo creo que usted está hablando sin fundamentos —salta Carl en defensa de su novio, como si lo hubiesen insultado a él mismo. Es más, nunca lo había visto así a mi amigo—. Jacob sabía muy bien lo que hacía: con Stefano grave, los únicos que podían auxiliarlos eran ellos o los jefes, sin embargo estos últimos ya han sido demasiado atroces. No volverán a creer en ellos. Quieren destruirlos, como nosotros, y por ese motivo pudo convencer a Kylie de colaborar en el plan.

—Mmm, se oye bonito pero no podemos restarle importancia a que la vida de todos ha estado en peligro.

—Kylie y Stefano, lejos de Bad Boys, se han recompuesto considerablemente —esta vez soy yo quien no soporta las acusaciones del profesor—. Hasta la rubia se me ha acercado hoy para hablar; logramos sostener una charla en la que pude conocerla tal como es y no como la loca que todos creen. Está un poco... afectada —recuerdo sus temblores y sus risas inmotivadas—, pero se encuentra mucho mejor que antes.

—¿Te refieres a que es «feliz»? —se mete Rebecca.

—No sé si feliz, pero sí honesta y tranquila.

—El daño que le hicieron a su cerebro es irreparable —repone Evans y le doy la razón en ese punto.

—Puede que eso sea cierto. Que haya dicho algunas cosas que para mí no tienen sentido o reído de manera extraña, no quiere decir que querrá asesinarnos de un momento para el otro. No mientras sostengamos nuestra palabra.

—¿Sin sentido...? —me pregunta el profesor—. ¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo —pienso en que quizá estoy hablando demás—, mencionó que nuestros enemigos no son los jefes sino que tenemos «una enemiga».

De pronto el profesor Evans retrocede y abre grandes los ojos, como si hubiese visto un fantasma. A continuación, intenta recomponerse y cruza una mirada de complicidad con May.

¿Qué se traen estos dos?

—Yo creo que me voy a dormir —se levanta Doctora Tetas Seductora Sin Límite De Edad.



—Hay colchonetas en el subsuelo —le señala Derek.  
—Prefiero dormir en el auto, pero te lo agradezco —se acomoda su chaqueta y se va.  
—También iré a dormir a mi auto —acota Evans y Trevor se levanta a su vez.  
—Yo pediré una colchoneta, ¿sí? —lo mira a Jacob.  
Este se pone de pie y accede:  
—Claro. ¿Alguien más dormirá en colchonetas? No iré dos veces al subsuelo.  
Entonces empiezan a levantar las manos, mientras Theo acerca su boca a mi oído y me dice:  
—¿Viste eso?  
—Sí —le contesto también por lo bajo—. Trevor es una imitación barata de Evans, no me sorprende que haga todo lo que el profesor quiera hacer.  
—No, Tracy. No me refería a eso. Sino a la mirada que intercambiaron Elijah y May.  
—Oh, sí, eso también lo noté —declaro sorprendida—. Justo cuando mencioné lo de la «enemiga».  
—Creo que deberíamos ir a hablar con un amigo que recién regresa de un sueño profundo.  
—Theo...  
—Descuida. Stefano no va a matarte, pero algo me huele mal aquí y es nuestra última carta por jugar.

## 59

### TRACY

A medida que nos acercamos a la habitación improvisada de Stefano, puedo escuchar su risa y la de Kylie desde adentro. La puerta yace entreabierta y al encontrarme con la escena de ella a su lado, dándole de comer con un tenedor y un plato de comida, siento que estoy sumamente mal ubicada.

—No puedo hacerlo —retrocedo, abandonando cualquier atisbo de coraje. Theo me sostiene por los codos sin dejarme escapar.

—Has hecho cosas peores. Y juro que no va a hacerte daño, estoy yo aquí. ¿Sí?

Lo miro a sus ojos color gris perla. Me derrite, logra dominarme y cualquiera podría sentirse empujada a actuar teniendo semejante chico delante. Pero más allá de todo, es Theo, particularmente *él* y ninguna otra persona en el mundo logra los efectos que tiene en mí.

—¿Será lo correcto?

—Sí —conviene.

Él toma la delantera. Con una mano abre la puerta y con la otra sostiene mi muñeca.

Las risas se detienen y ambos se quedan mirándome, no obstante Stefano parece impasible, inexpresivo, solo me evalúa. Se lo ve más delgado que la última vez que estuve con él pero no menos sexy, su quijada está cubierta por una barba de pocos días que no le sienta mal, aunque obstruye un poco el tatuaje de su cuello. Al parecer, Kylie se ha estado encargando de mantenerlo limpio y cuidado.

—Hola —saludo con timidez aunque ninguno dice una sola palabra.

—¿Cómo has estado? —habla Theo en dirección a Stefano—. Desde tu... despertar.

El chico se encoge de hombros.

—He estado peor —su voz se oye ronca—. Pero debo admitir que tampoco recuerdo haberme sentido mejor.

Comparte una mirada de complicidad con su chica.

—Creo que esas son buenas noticias —Theo mantiene la calma, hasta parece que quisiera ser su amigo cuando en verdad se muere por clavar sus dedos en la garganta de Stefano hasta dejarlo sin aire por haber puesto nuestras vidas en peligro meses atrás.

—¿Tienen insomnio? —pregunta Kylie—. ¿Quieren un cuentito de buenas noches?

—Los de terror son mi especialidad —conviene Stefano guiñándome un ojo y me provoca escalofríos, lo que me trae pésimos recuerdos.

El aire se corta con cuchillo, así que Theo decide ser quien prueba el filo:

—Iré al grano: estamos aquí porque hay algo que nos atañe y tiene que ver con ustedes dos.

—Pero, en particular —intento suavizar sus palabras—, con algo que tú me dijiste, Kylie.

—Pensé que todo aquí se trataba de nosotros dos —aporta Stefano—. Dime, Theodore, ¿por qué simplemente no me has matado? Todos aquí tenían sus motivos para dejarme vivir pero ¿tú? Vamos, podrías matarme ahora mismo si gustas, después de todo no tienes que disfrazar tu ira: se huele el hedor a odio que destilas en cada exhalación.

Y me juego a que no está muy errado... Pero solo está probando la paciencia de mi novio.

—Quizá no estés tan equivocado —musita él cayendo en la trampa de Guilty, pero le presiono un brazo a Theo y lo obligo a retroceder.

—Nadie va a hacerte nada, Stefano, porque tú simplemente no eres nuestro enemigo ni nosotros los tuyos —mi voz tiembla al notar los ojos negros de él, fijos en mí.

—Ahhhhhh —suelta Kylie y luego rompe en risotadas—. ¡¿Así que de eso se trataba?! ¡Yo sabía que ibas a caer! Para tu información, hubo alguien que te ganó de mano. Ya hubo alguien que me estuvo interrogando hace rato.

Theo frunce el entrecejo.

—Kylie, tú me dijiste que el enemigo que todos aquí tenemos en común no son los jefes sino una enem...

—Aguarda —Theo levanta una mano en gesto de que me detenga—. Déjala continuar. ¿Dices que alguien te estuvo interrogando? ¿Tachas?

—Puaj, no. ¡El rubio de cuarenta! El muchacho de los dientes separados me trata mejor de lo que merezco, hasta que me di cuenta de que en verdad soy una pieza fundamental en su plan para conducirlos a *ella*, ¿no es así? —nuestra incapacidad para negarle tal proposición se convierte en la afirmación que necesita para corroborar su hipótesis—. Me decepcioné un poco al darme cuenta, pero ya se me va a pasar. Suelo ser así.

Termina la frase con una sacudida típica de una persona con Parkinson; definitivamente, es una chica con problemas.

—¿«Ella»? —repite Theo y caigo en la cuenta de que las palabras que recorta del discurso de la rubia no son al azar.

—¡Sí! Pero el chico de los dientes separados no sabe que *ella* es *mujer*. ¡Pobrecito! Con un líder mal informado, el equipo entero irá en busca del objetivo equivocado.

—Kylie —Theo intenta mantener la calma—, ¿a quién te refieres cuando hablas de «ella»?

La rubia nos mira en silencio. Nos tiene comiendo de su mano a la espera de que suelte lo que se empieza a figurar en mi cabeza.

## JACOB

—¿Jacob? ¡Jacob!

De regreso tras acompañar a Carl a su auto a buscar la cama inflable en mi viejo agujero de hobbit en los túneles, me encuentro con el «profe hot» de la IVU en un pasillo de los vestuarios, en el interior del estadio.

—¿Sí? —lo miro con el entrecejo fruncido y me detengo. No confío en este tipo, será porque es Glorious o porque se dice que intentaba seducir alumnas, o por las miradas que intercambia con la doctora de tetas grandes.

—¿Tienes un minuto? Quisiera hablar contigo sobre algo.

Miro mi muñeca como si tuviese un reloj invisible y, tras bajar la mano, le dedico una sonrisa sin la menor gracia.

—Tic, tac. El tiempo está corriendo —imito a un presentador de carreras.

—Oh, comprendo que te pongas sarcástico conmigo. Solo quería... disculparme por lo sucedido hoy. Realmente no estaba del todo informado y lo he estado pensando mucho: en verdad hiciste un gran trabajo. Creo que te he subestimado; verás, no suelo encontrar chicos con tu coraje y tu alma de líder.

Levanto una ceja.

—Profesor... —lo observo—, ¿usted está tratando de seducirme?

Evans suelta una carcajada.

—No, no, no. Por favor, no me malinterpretes. Creo que me he pasado de cumplidos, culpa a mi educación algo exagerada —se sonroja tanto que podría freír un huevo en sus mejillas—. En primer lugar, solo necesitaba disculparme; en segundo lugar, coordinar las entradas a Los Túneles y, en tercero —saca un sobre doblado al medio de un bolsillo de su pantalón de vestir color caqui—, entregarte esto.

Aún con desconfianza lo tomo.

—¿Dinero? —pregunto tratando de adivinar lo que pueda haber dentro.

—No, no. Ábrelo pero luego tienes que guardarlo. A partir de mañana será lo más valioso que puedas tener en tu vida.

—¿Lo más valioso? ¡Ja! No hay nada más valioso en mi vida que mi Cacarl, no pierda su tiempo.

Le entrego el sobre de regreso, pero él me mira con confusión: una parte no ha entendido lo que he dicho pero la otra sigue intentando convencerme de que me sume al extraño plan que sea que tenga. ¿Así que quiere coordinar las entradas conmigo? Eso lo tengo decidido y no se discute. El ingreso al agujero de hobbit solo yo lo conozco y mis amigos más cercanos, los únicos en quienes confío. El resto tendrá que esperar a último momento si quieren formar parte del Plan B (no porque haya un plan A sino porque la B es de BOMBA).

—Ábrelo, por favor —insiste—. Tienes que conocer a la persona que está ahí. Ella...

—¿«Ella»? —su seriedad se convierte en mi víctima perfecta—. ¿Me está queriendo decir que... vende marihuana?

Se exaspera y me quita el sobre de las manos. Finalmente rompe el borde, saca una fotografía en blanco y negro y me la entrega. Tiene el rostro de una mujer en primer plano.

—Si me va a contar que las *selfies* ya existían en el siglo XX, sepa usted que eso ya lo sabía.

—Tachas. Ella es Beth. Beth Folleth. Es la *enemiga* que buscas.

## 61

### TRACY

—¡SÓLO TIENES QUE DECIRNOS QUIÉN MIER...! ¡HEY!

Detengo a Theo clavando mis uñas en su brazo derecho, logrando así mi objetivo de hacerlo callar.

—En realidad solo queremos saber eso y te dejaremos en paz. ¿Su nombre al menos? ¿Su ocupación? —cada vez me pongo más nerviosa; a Kylie se la ve más y más divertida, pero a Stefano se lo ve realmente disgustado por el tono que Theo ha utilizado con su chica.

—Ammm —se hace rulitos en el cabello—, ¿vale la pena que les hablemos de ella? —mira a su enamorado, quien se encoge de hombros.

—Sí, sí que vale la pena, ahora habla —le ordena Theo.

—Qué más, yo ni siquiera la conozco en persona, así que no puedo contarles mucho. Solo sé alguno de sus escondites, rumores y cosas que mi pequeño tatuadito, amor de mi corta vida, me ha comentado.

La rubia besa a Stefano y, sentada en la silla a su lado, deja el plato y el tenedor en el suelo para, a continuación, simular que duerme en el pecho musculoso del muchacho.

Mi mirada y la de mi novio se dirigen al chico.

—En verdad, no está dormida — Stefano murmura lo obvio—. Solo que desde pequeña le gustaba simular que sí mientras su padre la llevaba a la cama.

—Su padre, a quien luego... —detengo a Theo con un codazo.

—Stefano, Kylie dice que tenemos una enemiga en común y no son en realidad los jefes. También dice que tú la conoces. Por favor, tienes que decirnos todo lo que sabes. Además, ¿por qué Evans la ha estado interrogando? Supongo que él es «el rubio de cuarenta» a quien ha mencionado hace un momento.

—No lo sé, ese sujeto nunca me cayó en gracia y nunca lo hará. Quizá podrían preguntárselo luego, cuando mi chica despierte.

Le acaricia el cabello y ella emite una risita.

—Ahí no, que me haces cosquillas —le dice Kylie con los ojos cerrados y luego vuelve a imitar a una persona durmiendo.

—Lo siento, Ky. Bueno —vuelve a mí y a Theo—, ya empiezan a agotarme, así que les explicaré lo obvio: los jefes no son «los jefes». Esos tipos no resultan más que una pantalla. Yo fui una pantalla.

—En realidad eras un experimento de Bad Boys —me animo a decir—. Te castigaron, al igual que a Kylie, pero en lugar de matarlos decidieron experimentar cruelmente con ustedes, con sus cabezas.

—Un montón de médicos más enfermos que nosotros —musita Stefano—. Pero semejante grupo no puede ser comandado por varias personas a la vez. Ni dos, ni tres, sino por una. Siempre que se trata de algo grande, está comandado por una sola cabeza, que toma las decisiones y el resto solo es su circo maravilloso.

Theo saca finalmente la conclusión que esperaba, y creo que yo también, así que lo suelto en voz baja:

—No existen «los jefes». La verdadera líder es una mujer. Hay que matarla a ella —declaro iluminada.

Stefano esboza una risita maliciosa y luego murmura con voz ronca:

—Beth Folleth. La perra más despiadada que jamás podrán conocer.

## 62

### TRACY

—No me contesta.

—Intenta de nuevo.

—Ya probé once veces. Ese remilgado de mierda parece que desconecta el celular mientras duerme para no molestar a su jodida esposa.

Theo guarda el celular en el bolsillo y luego se toma la cabeza como si en cualquier momento le fuese a explotar en mil pedazos. Después de que Stefano nos dijese el nombre de la jefa de Bad Boys, nos metimos en una de las oficinas deshabitadas del estadio, que seguramente tiempo atrás debe haber sido sede de tratos deshonestos a los entrenadores de ciertos equipos, a fin de poder hablar con tranquilidad.

Aún no lo puedo creer. ¿Quién iba a pensar alguna vez que semejante clan como Bad Boys sería comandado nada menos que por UNA MUJER? Hasta me hace sentir orgullosa, de no ser porque el chico declara que es una perra despiadada y se esconde en lo más profundo de Los Túneles.

Al parecer, en las profundidades de Iconic se esconde una monstruosa construcción de por lo menos tres pisos hacia abajo. Por suerte, este dato Kylie se lo reveló a Tachas al momento de cocinarse las bombas, pero no le dijo lo de Beth simplemente porque «él nunca se lo preguntó». Creo que a ninguno jamás se nos hubiera pasado por la cabeza preguntar si una mujer estaba moviendo los hilos de acero en el equipo más cruel que ha habido en la historia.

—No, mierda, no —Theo sigue intentando comunicarse con su padre para saber si hay noticias de Beth, pero al parecer no le contesta—. Tenemos que ir hasta su casa, qué estoy diciendo, *tengo* que ir. Tú deberías quedarte aquí y comunicarme en caso de que sepas algo nuevo.



—¿Irte? De ninguna manera —lo detengo—. El ataque no será sino hasta mañana por la noche. Van a ser las cuatro de la madrugada y tú necesitas dormir. Tienes que descansar y no pienso dejarte muchas alternativas al respecto. Tu padre es una persona que se levanta temprano y, si no es así, debería serlo porque trabaja a diario, así que lo que ahora te conviene a ti y a todos es que dejemos las cosas como están y le envíes un mensaje para que se contacte con nosotros en cuanto abra los ojos al despertar. ¿De acuerdo?

Lo intento empujar de un brazo pero se opone.

—Aguarda —me observa con las pupilas inyectadas—. No podemos descansar sin antes asegurarnos de algo.

—¿Qué?

—Hay que decírselo a Tachas.

Llegamos tarde.

Durante un instante hubiera jurado que la rubia o Stefano nos estaban mintiendo e intentaban otro de sus jueguitos con nosotros pero de inmediato caí en la cuenta de que todo iba en serio, ya que encontramos a Tachas bajando un colchón inflable del auto de Carl.

—Ya lo sabía —nos dice—. Me acabo de enterar hace unos quince minutos.

—¿Y no pensabas decírnoslo? —lo interrumpe Theo.

—Necesitaba tiempo para terminar de creerlo. El *profe hot* de tu universidad me contó acerca de esa mujer y ha tratado de sacarme información sobre ella, pero no sabía nada al respecto. Mala suerte la suya.

Entra al estadio con el colchón inflable y con Carl y Theo vamos tras él. No hay nadie dentro, ya todos están durmiendo.

Jacob saca un papel del bolsillo de su chaqueta y me lo entrega. Está doblado al medio pero lo desdoble para mirarlo con detenimiento. Es una foto.

—Es ella —declara—. Les presento a Beth Folleth.

Se trata de una foto en sepia pero arruinada por el tiempo, y ahora tiene un tono casi en escala de grises. Se trata de una mujer con rodete tirante, cabello negro y sin un solo pelo cayéndole en el rostro. Su mirada es penetrante y observa al horizonte sin levantar la mandíbula, al contrario, es como si tuviese un león frente a sí y se lo quisiese comer. Sus ojos son color

café (es lo que distingo en la foto), penetrantes, y sus labios finos sin inmutar. Sin gestos. Sin nada.

Se la ve tan, tan...

—Fría —musita Jacob—. Es la foto más fría que le han podido tomar a nadie en su vida. Definitivamente no la favorece.

—La conozco —Theo frunce el entrecejo y se devana los sesos intentando ubicarla.

—¿Quién es? —inquire Carl.

—Yo, no... —Theo piensa y piensa y piensa—. No creo saber con precisión de quién se trata, pero juro que por lo menos una vez en mi vida la he visto.

—¿En Los Túneles? —le pregunto.

—No lo sé, pero dudo que se haya presentado ahí. Demonios, mi cabeza es una porquería.

—No te culpes —le acaricio la espalda—. Si tuviéramos que recordar a todas las personas que hemos visto al menos una vez en nuestras vidas, ya estaríamos hechos un lío de verdad.

—Locos como la rubia —murmura Tachas.

—¡Eso! —reacciona Theo. Entramos a la oficina de Jacob, donde este tira el colchón inflable—. Kylie dice que Evans la interrogó hoy por la tarde; además, ¿cómo es que él tenía la foto? ¿Qué quería de ella y qué le dijo ella que a nosotros no?

Tachas levanta las manos obligando a Theo a callarse.

—Demasiadas preguntas para una sola noche a las cuatro de la madrugada. ¿Se piensan quedar o se van? En este colchón solo caben dos personas para dormir cómodamente, a menos que ustedes estén aquí para hacer una orgía —lo mira a Theo con pena—. Lo siento, hermanito, pero no me gusta el incesto.

Theo da un resoplido y sale de la habitación/oficina.

Voy tras él y cierro la puerta a mis espaldas para dejar que Carl y Jacob descansen.

Es difícil pero, a veces, hasta el más terco merece ser frustrado.

Y si hubiera una medalla por ser el más terco entre los tercos, Theo ganaría el primer lugar sin duda alguna.

Resultó difícil convencerlo, pero finalmente cedió. Estamos en los asientos de su auto reclinados hacia atrás, tapados con una de las frazadas que los chicos trajeron (debo admitir que no tengo idea de quiénes). Lo observo de costado, se ha estado quejando desde que llegamos pero en cuestión de pocos minutos se quedó dormido. Pobrecito, tenía ya su linda cabeza quemada de tanto pensar.

Me quedo acariciándole la mejilla y viéndolo descansar hasta que el sueño me gana y caigo sumida en la oscuridad.

—¡Tracy!

—¿Mamá?

Es ella.

Es su boda.

Cuando abro los ojos me encuentro en medio de una multitud que se dispone alrededor de una pasarela en el claro de un bosque, donde todos aguardan a que ella se case. Reconozco a los abuelos, a la señora Walk, a un hombre a su lado quien supongo debe ser su marido, a Charlie, a toda la preparatoria de Iconic Valley, incluso a alumnos como Haley o Jay, del Club de Lectura, a quienes mamá jamás ha conocido, al menos hasta lo que soy capaz de recordar.

Richard la espera frente al altar. Todos la esperan. La esperamos. Pero parezco ser la única que la escucho. Está gritando.

—¡Tracy!

Está desesperada. Necesita ayuda. Necesita de *mi* ayuda.

Toco el hombro de la señora Walk, a mi lado, y le pregunto:

—¿Usted también la oye?

Ella me mira molesta y se limpia el hombro que le he tocado.

—No te entrometas, niña. Ya viene *ella*.

—¡¡¡Tracy!!!

Cada vez la oigo más desesperada. No hay tiempo que perder, necesita mi ayuda, algo le está pasando y soy la única capaz de percibirlo.

—Ella —musito y salgo caminando fuera del claro en el bosque—. «Ya viene ella» —sigo repitiendo mientras me meto en las profundidades de la densa masa de árboles—. ¡¿Mamá?! ¡¿Mamá, estás aquí?!

—¡TRACY! —vuelve a gritar. En efecto, la oigo con mayor precisión y apresuro mi paso buscándola desesperadamente—. ¡AQUÍ ESTOY!

—¡¿Dónde?! ¡MAMÁ!

De pronto me encuentro con una raíz sobresaliendo del lodo, que me sujeta un tobillo y caigo al suelo de narices.

—¡Ay! —me quejo metiendo las manos en el barro para poder levantarme, aunque me acabo de cortar con algo. Me miro las palmas: mi piel está empapada de lodo y sangre.

—¡Tracy! —la vuelvo a escuchar demasiado cerca.

—¡Mamá! ¿Dónde estás? ¡No puedo verte! —le digo sin levantarme del suelo, atrapada por la raíz del árbol, que se alza desde la mala hierba.

—Aquí estoy, Tracy.

Entonces levanto la mirada al frente. Entre los árboles, una figura se recorta, y esta vez el matiz de voz que he escuchado no es el de mi madre sino el de otra persona completamente desconocida.

—¿Mamá? —pregunto.

—No. Lamento decirte que no soy tu madre —la mujer sigue avanzando—. Pero te he estado esperando todos estos años.

Finalmente la luz la ilumina.

Es Beth Folleth.

Despierto exaltada en el auto.

Mi corazón va a mil y mi frente suda horrorosamente. Miro a Theo, quien duerme a mi lado; esta vez la de la pesadilla he sido yo. Miro hacia afuera y descubro que sigue siendo de noche, pero una luz similar al sol me ilumina la cara desde la ventana opuesta.

Miro por encima de Theo y me encuentro con la entrada a los vestuarios del estadio.

Hay calor.

Hay luz.

El estadio entero se está prendiendo fuego.

—Theo —lo golpeo en una rodilla—. Theo, despierta.

—Un ratito más —se queja, colocándose de lado.

—¡Theo! ¡El estadio se prende fuego, despierta!

Lo sacudo hasta que abre los ojos de golpe y se sienta. Le señalo por la ventanilla para que mire directo hacia afuera, donde el fuego invade la entrada.

—¡SANTÍSIMA MIERDA! —exclama completamente absorto y abre la puerta del coche. Hago lo mismo de mi lado y voy tras él.

De camino nos encontramos con Trevor, quien mira estúpidamente la entrada. El humo se alza hasta perderse en el cielo oscuro; no tengo idea de qué hora es, pero sigue siendo de noche y en parte se debe a que en invierno las lunas son más largas.

—¡¿Qué ha sucedido?! —le pregunta Theo al chico que mira lo que está pasando y luego nos mira con el semblante atormentado, iluminado por las intensas llamaradas.

—¡No lo sé! Desperté al escuchar unos ruidos y una vez que salí me encontré con que todo se empezaba a prender fuego.

Theo lo toma del cuello de su camisa con violencia.

—Dime qué mierda hiciste, ¡tú estabas adentro!

—¡Te digo que no hice nada! —le contesta y lo encuentro tan confuso que hasta le creo.

—¡Tienes dos segundos para decirme qué mierda está pasando! ¡¿Por qué tú escapaste y los demás no?!

—¡¡Te digo que no lo sé!!

Entonces escuchamos un estallido a nuestra derecha. Es el comienzo de las tribunas de madera, que acaba de ser despedazado. Aparecen unas manos que luego se convierten en brazos que tratan de romper los trozos astillados.

—¡Derek! —grito apenas se ve al pelirrojo salir desde la tribuna y corro hacia él. Theo tira a Trevor al suelo y va conmigo.

Él sale corriendo un poco mareado, junto con un par de personas más tras su paso: Audrey y Charlie.

Los tres tosen y están llenos de tierra, de carbón.

—¡Esa... esa mierda! —se queja Audrey entre toses.

—¿Dónde están los demás? —les pregunto.

—¡¿Qué pasó ahí adentro?! —insiste Theo acercándose a la abertura.

Esperamos un momento hasta que Charlie se recompone y, mientras explica, caigo en la cuenta de que está en bóxers y Audrey tiene puesta su camisa; esta le queda demasiado larga, por debajo de los muslos para ser exacta. ¿Qué ha ocurrido con ellos dos?

—La bomba —farfulla—. Una de las bombas fue...

—Ha explotado —continúa Audrey—. Una de las bombas explotó pero ¡estoy segura de que no ha sido un accidente!

—¿Qué? —Theo mira a Derek en busca de una explicación. Este corresponde:

—Tampoco creo que haya sido una casualidad. Eso estaba muy bien calculado, muy bien hecho como para que se descontrole. Para reprogramar alguna de las bombas era necesario cambiar los números manualmente. Su sistema operativo no responde de otro modo.

—¡Chicos!

Evans aparece corriendo.

—Y ha estallado demasiado cerca de la entrada al estadio —continúa Audrey cada vez en voz más baja, mientras Elijah se acerca a nosotros—. Casualmente la cocina estaba en el otro extremo.

—¡Chicos, me alegra haberlos encontrado!

A Evans se lo ve agitado pero nada sucio en comparación con los recién llegados, entonces recuerdo que fue uno de los que durmió en su auto.

—Mi coche estaba cerca y fui de los primeros en escuchar el estallido —aclara.

—Profesor —le digo—, nos alegra que esté bien. ¿El fuego alcanzó su auto?

—Logré moverlo a tiempo —nos cuenta y siente el peso de las miradas de todos cargadas de sospecha—. ¿Han podido sacar a los demás de ahí dentro?

A continuación, Trevor llega corriendo y apenas ve a Evans lo abraza como un niño a su padre.

Evans lo aparta.

—A mí también me alegra que estés bien —le dice cargado de falsedad, pero la calidez retorna cuando se dirige nuevamente a mis amigos y a mí—: Tenemos que buscar las bombas y atacar ahora. ¡No tenemos más tiempo!

—¡¿QUÉ DIABLOS DICE?! —estalla Audrey—. ¡ESAS BOMBAS IBAN A DETONAR MAÑANA! ¡Y NO PODEMOS ENTRAR AHÍ!

—Hay que sacarlas por dos motivos fundamentales —explica Evans—: el fuego va a alcanzar la cocina entera y el estadio completo volará en pedazos junto con nuestros cuerpos.

—¿Y cómo es que aún no ha alcanzado a las otras bombas en la cocina? —pregunta Audrey.

Muy buen punto.

—No lo sé. Quizá, si entramos para descubrirlo, podamos...

—No me iré sin mis amigos —declaro.

—Son mi familia y no me iré sin ellos —se suma Theo con una honestidad que me sorprende—. Que se jodan las bombas.

Se mete a las tribunas por el boquete abierto.

—¡Theo! —grito y salgo corriendo tras él.

—¡No demoren! ¡Los bomberos ya están en camino!

¿Los bomberos? ¿Acaso él los ha llamado?

Dejo atrás su advertencia a sabiendas de que ese es el segundo motivo por el cual tenemos que sacar las bombas e irnos de inmediato.

Pero no dejaré a Carl ni a Tachas.

Theo tenía razón: ellos también son mi familia. La única que me queda.

Y no estoy dispuesta a perderlos.

## 65

### JACOB

Despierto tosiendo, con picor en la garganta y ardor en los ojos.

Encuentro a Carl durmiendo en mis brazos, atravesado por el frío despiadado de diciembre.

—Hey —lo muevo—. Despierta. ¿Hueles eso?

Él parece molestarse pero finalmente abre los ojos a medias.

—¿Qué se está cocinando?

Entonces miro el borde de la puerta y descubro la fina cortina de humo negro que entra.

—¡El estadio! —le contesto a Carl y ambos nos ponemos de pie en lo que dura un rayo. Busco mi ropa y me visto entre tropiezos. Él hace lo

mismo aunque no tan rápido.

Abro la puerta y la humareda me impacta sin piedad, obligándome a toser.

—¡Qué mierda! —grito entre toses y con los ojos lagrimeando—. ¡Carl, tenemos que salir de aquí!

—¡Tachas! ¡Apenas puedo ver algo!

Lo busco hasta divisarlo con dificultad y lo tomo de una muñeca, arrastrándolo afuera de la habitación.

Mi primera decisión es ver de dónde proviene el fuego. Solo soy capaz de distinguir que algunas astillas vuelan mientras las tablas del viejo estadio caen. Ha reventado una de las bombas.

—¡Tachas, la cocin...! —empieza, pero la tos lo detiene.

—¡No hables! —le señalo. Mientras menos chances haya de inhalar esta basura, más chances tendremos de salir ilesos.

Ambos cubrimos nuestras narices con las camisas que tenemos puestas.

Entonces, dejo de ir en dirección a la cocina para detenerme a ver donde me señala: la cocina. El fuego no viene de allí; por el contrario, es una de las zonas más limpias.

¿Entonces de dónde?

Lo cierto es que el humo cede hasta dejarnos ver un halo de luz entre la oscuridad del lugar, al igual que la puerta abierta.

Hay alguien ahí dentro.

Suelto a Carl y me dirijo cargado de desconfianza hasta ese punto: abro la puerta de la cocina y me encuentro con alguien que yace guardando las bombas en una valija enorme.

—¿Doctora? —la palabra escapa de mi boca y ella se vuelve.

Los ojos de May se encuentran con los míos. Se está robando las bombas y lleva una linterna entre los dientes.



En cuanto nos metemos por los pasillos que conducen a los vestuarios, me llevo la blusa a mi boca para taparme, al igual que Theo.

A los primeros que encontramos ahí es a Riley y Zach. El humo ya me empieza a generar ardor en los ojos y a sacarme lágrimas.

—¿Hay alguna salida?! —dice el Glorious.

Theo les señala las tribunas.

—¿Y qué hacen entrando?! ¡Tienen que salir de aquí! —nos suelta la chica.

—¡Salgan de aquí ustedes! ¡Buscaremos al resto! —les digo.

Zach empuja a su novia de la mano y salen.

Seguimos corriendo en el interior hasta llegar a la habitación de Stefano y Kylie.

Una vez en el lugar, los encontramos abrazados y durmiendo en la cama. El mundo se termina allá afuera, pero ellos duermen. Theo se queda mirándolos un momento y algo me dice que está pensando en dejarlos morir aquí dentro, pero me adelanto a él y sacudo a la rubia.

—¡Ky! —le digo asombrada de mí misma de llamarla por el diminutivo de su nombre—. ¡Despierten! ¡El estadio se está incendiando!

La rubia da un salto, pero Stefano despierta un poco más confundido.

—¡Espero que hayas ahorrado las fuerzas suficientes como para salir corriendo de aquí! —le dice Theo a Stefano mientras le quita el suero al que está conectado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿A quién hay que matar? —pregunta el chico con el tatuaje en flor de su cuello.

—Explotó una bomba. No sabemos cómo ni quién, pero ha sido provocado —les cuento y me llevo una mano a la boca.

—¡VOY A MATAR A QUIEN HIZO ESTO! —grita Kylie.

Theo la sujeta de uno de sus flacuchos brazos.

—Tú no vas a matar a nadie —le dice—. Al menos hasta que sepamos quién fue, entonces te ayudaré a matarlo también. Ahora salgan de aquí.

Stefano camina con mucha dificultad y Kylie lo ayuda. Theo les muestra el camino que los conducirá hasta las tribunas y se marchan.

—¡Quedan Brandon, Glory, Ophelia, Tachas y Carl! —digo.

Pero hacia adelante el humo es más y más espeso. Además, las columnas parecen desintegrarse con mayor facilidad, lo que me deja muerta de miedo.

—¡Junta todo el oxígeno que puedas antes de atravesar eso! —me advierte Theo.

—¡No hay oxígeno! —le comunico lo obvio—. ¡Se termina con rapidez!  
—¡Bienvenida al desafío!  
Y tomados de la mano, entramos a la oscuridad más mortífera.

## 67

### TRACY

Ya sobreviví a dos horribles incendios en mi vida, así que ¿esto hace alguna diferencia?

No. No la hace. O mejor dicho, quiero creer que no.

Trato de convencerme a mí misma de que no corremos peligro, pero es casi... imposible.

Mientras corremos, trato de respirar lo menos posible. Es como estar bajo el agua pero en su contrapunto: el fuego. Algo tan vital y corriente como respirar se convierte en un desafío, y este decide si estás en el lado de la vida o en el de la muerte. La sensación de asfixia angustia pero aún queda tiempo por vivir.

El sudor me empapa la frente y las manos pero no pienso apartarme de Theo, aun si nuestras vidas dependieran de ello.

En un momento lo veo a través de una cortina de humo, señalándome algo: la entrada. Era cierto, desde ahí proviene el fuego; no desde la cocina, como cabría suponer si una bomba hubiera provocado todo el caos.

No queda duda: la maldita explosión ha sido intencional ¡y desde un punto en el que nadie pueda escapar! Al menos, no con facilidad.

Han intentado asesinarlos desde adentro.

Seguimos corriendo en la dirección opuesta en busca de la oficina/habitación de Tachas. Mi pecho se infla de bronca y eso me da más fuerzas para continuar. Amor y odio en un mismo motivo pero con dos causantes completamente distintos.

Avanzamos y en el camino me encuentro con una puerta abierta y una luz que se mueve. No titila sino que, en efecto, hay sombras deslizándose entre el brillo que resplandece en su interior; también me sorprende que no

haya fuego ahí. El humo se aleja de esta parte pero no significa que sea menos letal.

—¡La cocin...! —el tono de voz de Theo se pierde en un arranque de tos violenta al momento que intenta hablar.

—¡¡Theo!!

De pronto me paralizó y caigo en la cuenta de lo que ha dicho y dónde estamos: frente a la cocina de las bombas. Tenemos que buscarlas; al menos eso indicó Evans.

Theo toma mi mano y salimos corriendo en su dirección. Además, la puerta abierta y la luz nos indican que hay alguien allí; quizás a eso se debe que Tachas y Carl demoren en salir: deben estar buscando los explosivos.

Sin embargo, al acercarnos a la habitación, mi corazón se desboca al ver lo que tengo delante.

## 68

### JACOB

Deja caer su linterna.

—Evans me espera afuera. Ya tendría que haber salido hace rato y ustedes no hacen más que retrasar mi tarea.

May logra decir esto de corrido ya que en este punto la humareda es menor. ¿Y esta mujer qué clase de persona es?

—¡Yo sabía que no teníamos que confiar en ti!

Avanza un paso y me muestra su antebrazo derecho.

—¡Soy Glorious! ¡¿Qué esperabas?! ¡El verdadero triángulo no es invertido, idiotas!

Da otro paso.

—Me importa una mierda el triángulo, ¿por qué haces esto? Si odias a Bad Boys tanto como nosotros, deberías estar ayudando en lugar de levantar todo este alboroto innecesario. ¡Matarás a alguien! ¡Matarás a alguno de los tuyos!

Otro paso. Y otro.

—¡No avances más! —insiste. Ya está a menos de un metro de mí.

—¿Te crees que me importa que pueda matar a alguno de los tuyos?! En ese caso, sería lo mejor que suceda. Si el que muere es de los míos, no será más que una muerte justificada por el deber y La Gloria.

—¿Morirá como un glorioso?

—¡Morirá y punto!

De pronto suelta la valija con las bombas.

—¡NO! —grito y me arrojo a ellas antes de que caigan.

Entonces, toma a Carl por los hombros, por sorpresa. Lo rodea y coloca una navaja contra su garganta.

Es como si la atmósfera entera se detuviera a mi alrededor y ya nada existiese o valiera la pena. Mi vida entera se convierte en nada al encontrarme con esto. Ver sus ojos, su gesto petrificado de miedo, las lágrimas cayendo desde las comisuras y empapando sus mejillas sonrosadas...

—Jacob... —apenas logra articular la palabra.

—Oh, no, estás loca si piensas en hacerle daño a él —la amenazo con la sangre hirviendo en mis venas.

—No, Tachas —murmura Carl.

—Tu noviecito tiene razón, marica —suelta May y mi sangre se vuelve veneno en mi interior—. Harás lo que te digo si eres inteligente. ¿O prefieres verlo morir ahora mismo?

—No te... No te equivoques —musito.

—Dame la valija —ordena.

—Te la daré pero tú suelta a Carl primero.

—Que me des la puta valija —masculla entre dientes al tiempo que veo una gota de sangre donde yace el filo del cortaplumas. El cuello de Carl. El cuello de Carl está sangrando.

—Bien, bien —trato de mantener la calma—. Te daré la... valija pero al menos dime... ¿por qué hacen esto? ¿Por qué Glorious hace esto si nuestro objetivo es el mismo?

Ella suelta una carcajada.

—¿No es obvio? —explica—. ¡Solo puede haber UN líder! Y ese es el punto que tú no comprendes. Si todos juntos destruimos Bad Boys, sería un gran error ya que los logros compartidos se olvidan, se mueren. Piensa en los grandes éxitos, en los líderes de la música, de la literatura, del cine. Todas son historias que arrastran al menos un muerto. ¡Son sacrificios humanos necesarios para una buena causa!

—¿Qué?! ¡¡Estás loca!! Digo... que te puedes quedar con todo el mérito que gustes. Ve y mátalos —dejo la valija con cuidado en el suelo. No querría que explote y valgamos mierda todos juntos—. Ve y mátalos. Haz lo que quieras, no me importa. ¿Sabes, más aún? ¡No nos importa que quieras matar a nadie! ¡Conviértete en una líder como bien dices, a nosotros no nos interesa quién cumpla el objetivo! Que solo se cumpla y punto, no necesitamos otra cosa más que vivir tranquilos, en paz.

—¡Pero si hasta casi me haces llorar con tu discurso, maricón!

De pronto la luz de la linterna se mueve y una nueva figura se recorta en la habitación, a espaldas de May.

—¿A quién diablos acabas de llamar maricón, estúpida?!

La doctora se da vuelta para encontrarse con un golpazo seguido de un ¡*crack!* que la noquea de frente, y cae de costado.

—¡Aaay! —aúlla Tracy.

El puño le duele mientras lo sacude en el aire.

Theo también entra en la habitación.

—Creo que te lo rompiste —le dice Theo mientras la mira.

Entonces miro a Carl a los ojos y luego la navaja en el suelo.

El filo está manchado con sangre.

El cuerpo de Carl también cae y con él... mi vida entera.

## 69

### TRACY

Mis sentidos se anulan de inmediato.

La navaja cae provocando un pequeño repiqueteo contra el suelo, y resuena en mi cabeza aun por encima de las llamas, del fuego, de los gritos. El sonido se clava en mi cabeza como si su filo pudiera traspasar el espacio.

Quedo totalmente aturdida.

El ruido de la navaja en el suelo también se oye en mi cabeza con la sonora risa de Carl. Se oye con toda su inocencia, con su paz, con su calidez, con su amor.

Pero esa imagen suya de rulos engominados, de mejillas rosadas, de hoyuelos... se mancha de sangre. Se ensucia con el líquido rojizo que brota de su cuello; no es mucha pero sí lo suficiente como para saber que ha caído sin vida.

—¡¡¡CARL!!! —grito desgañitada y creo que ni siquiera escucho mi propia voz. Es como si fuese incapaz de percibir nada en absoluto.

Solo a él.

A él y nada más.

—Carl, ¿eres gay?

*Sé que la frase volvía a escucharse como una pregunta acusadora.*

*Esta vez no iba dirigida en tono de pregunta, pero me tenía tan sorprendida esto que no podía dejar de preguntarlo o decirlo en modo estúpido, como si fuese el fin del mundo.*

*El año pasado, cuando se lo pregunté, fue un caos. Sin embargo, en enero de este año ya nos encontrábamos terminando nuestro último semestre escolar y decidimos vernos en cierta ocasión ya que necesitaba un verdadero amigo en quien confiar. Lottie había dejado de formar parte de mi lista de personas predilectas y me encontraba en medio de una montaña rusa de emociones por los problemas con Theo.*

—Por favor, deja de decir esa palabra —me pidió.

*Estábamos en su casa, en su habitación, comiendo pasteles y viendo series en Netflix, hasta que le di al botón de pausa y nos pusimos a hablar.*

—¿Por qué te molesta? —seguía yo con mis preguntas—. Bueno, entiendo que no quieras dar explicaciones... Digo, no es que debas dar explicaciones, a menos que prefieras darlas.

*Su mirada glacial fue suficiente para dejarme en claro que no estaba yendo muy bien.*

—Bien, no más preguntas de mi parte —prometí y volví a reproducir el capítulo, sin embargo algunos minutos más tarde, durante los cuales no pude prestar atención más que a un tipo arrancándole el corazón a otro, Carl le dio pausa nuevamente.

—¿Es muy obvio? —me preguntó.

—¿Qué cosa?

Oh, vamos, para colmo te hacías la que no entendías.

—Ya sabes, lo que dijiste antes.

—¿Tu homosexualidad?

—¡TRACY!

—¡QUÉ!

—¡NO LO DIGAS... así!

*Me llené la boca con refresco mientras le pedía perdón a gritos por mi torpeza.*

*¡Santo cielo! Solo tenías que responderle y no hacérsela más difícil.*

*Lo sé, querida voz de mi conciencia, pero apuesto a que no te sería tan fácil si tú hubieses estado en mi lugar para ese momento.*

*—Verás —empecé tratando de medir mis palabras sin que parecieran atacar su lado más sensible—: Te gustan los chicos y no las chicas. El punto es que los chicos tienen entre las piernas una herramienta grande que...*

—¡TRACY!

*¡OHhh, GENIAL, LO HACES DE MARAVILLA! Además, tampoco haces bien generalizando, ya que al único muchacho que viste con su herramienta hasta el momento es a Theodore Landon.*

*—¡Lo siento, lo siento, lo siento!*

*Vamos, es que realmente mi boca es aún peor de lo que creía.*

*—¡No me estás ayudando! —me dijo Carl tan rojo que parecía a punto de explotar como un tomate exprimido con los puños.*

*—¡Perdona! Déjame empezar de nuevo, ¿sí? No tienes que sentirte mal, en verdad, si a ti te gusta que te...*

*—¿... que me?*

*—¡Pero no tienes que preocuparte, eh! Es más, ¡a mí también me gusta que me...!*

*Me llevé las manos a la boca antes de terminar de arruinar todo.*

*Solo tenías que hacer un maldito esfuerzo.*

*—Te parece un chiste todo esto, ¿verdad? —me preguntó ahogado en su propia angustia.*

*—¡¿Qué?! ¡No! Tampoco digo que sea un tema con el cual debas preocuparte, solo son cosas que ocurren, y ni tú ni yo ni nadie puede impedirlo ni proponérselo. Ocurre y ya; como una persona nace hombre y otra nace mujer, tú naciste así y punto, ¿qué explicaciones tendrías que darle a tu orientación sexual? El amor es así: él nos elige a nosotros. No tenemos opción cuando se trata de amar.*

*—Wao —suspiró. Y yo también tuve que inhalar profundo porque creo que durante un largo rato me olvidé de respirar.*

Yo sabía que podías hacerlo mejor.

Gracias.

—¿Por qué te preocupa si es demasiado evidente? —le pregunté—. Si sirve para tu tranquilidad, no lo es. Eso es lo que me dejó tan sorprendida en cuanto lo mencionaste o, mejor dicho, en cuanto logré descifrarlo. Me fuiste dejando las pistas de a poco hasta que ¡pum! Até cabos. Mi cabeza a veces funciona, ¿sabes?

Él soltó una risita que me hizo reír también y el clima se fue suavizando.

—No es tan fácil como parece... —suspiró—. Solo que tus palabras se oyen más lindas de lo que en verdad es. Cuesta muchísimo y más aún cuando se trata de un padre estúpido, que tiene un retrógrado cerebro incapaz de entenderlo.

Empezaba a notar por dónde venía el asunto.

—¿Él lo sabe? —pregunté.

—Lo sospecha, estoy seguro. Y creo que mi madre lo ha constatado pero no dice nada por temor. Las madres lo saben todo aunque a veces prefieran callar.

—¿Tú quieres que ellos lo sepan?

—Si fuesen personas capaces de aceptarlo y de entenderlo sería un enorme peso que me quitaría de los hombros, pero es terrible.

—Carl, no entiendo cómo puedes vivir cargando con ese tremendo silencio.

—Silencio, mentiras —él se cubrió la cara con ambas manos y por un instante pensé que empezaría a llorar, pero creo que ese es un punto que a ambos nos diferencia: yo soy la que llora por todo, no él. Cuando se quitó las manos, descubrí nuevamente su rostro enrojecido pero esta vez más por tristeza que por vergüenza y, la verdad, ya no sé qué es peor—. Ocultar cosas no es todo, sino tener que mentirle a mi padre ya que piensa que tú eres mi...

—¡¿Qué?!

—Olvídalo. Solo síguele la corriente a cualquier cosa que te diga, ¿me harías ese favor? Solo mientras eso no pueda traerte problemas.

—Claro —creo estar entendiendo—. Pero sabes, hay algo que no deja de indignarme en todo esto. Mejor dicho, dos cosas: la actitud de tus padres y que no me lo hayas contado tú mismo antes, en lugar de ir dejando pequeñas pistas a cuentagotas.

—Lo siento.



—¿Alguien más lo sabe?

—Eres la... segunda.

Lo miré asombrada.

—No porque se lo haya dicho yo a otra persona —se excusó de inmediato—, sino porque lo sabe y a veces me siento perseguido ante su actitud.

—¿De quién se trata? ¡Es un imbécil!

—No lo sé... Ocurre que es un chico y también es...

No resultó necesario que termine la frase para comprenderlo.

—¿Me dirás su nombre? —le pregunté.

—No por ahora —declaró sin más—. Aunque conste que eres la primera a quien se lo cuento con tanta honestidad.

—Bien —suspiré mirándolo con toda la calidez de que fui capaz—. Creo que eso compensa mi segundo punto de indignación.

Y compartir un nuevo momento de risas fue lo que selló una amistad segura como nunca antes tuvimos ni él ni yo.

En efecto, el padre de Carl pensaba que en mis visitas su hijo y yo hacíamos chanchadas en su cuarto, cuando en verdad llorábamos con melodramas online en su computadora, o comíamos pasteles hasta reventar.

Quien nunca se lo terminó de creer fue su madre, cuya actitud de sumisión siempre me resultó demasiado incómoda; ella jamás se creyó el cuento de que Carl era heterosexual y me miraba con sospecha.

De todas formas, tampoco me encaró, ni a su hijo, para averiguarlo, y su cobardía me hacía sentir aún mayor bronca que mis sentimientos hacia el señor Villard, cuyas actitudes machistas siempre me resultaron despreciables; en especial el juego de lencería erótica que me regaló para mi cumpleaños o la manera repugnante en que me miraba el trasero cuando subía las escaleras.

En una de esas ocasiones me di la vuelta a mitad de camino y le dije mientras estaba de pie mirándome con ojos de mandril:

—Disculpe...

—¿Sí, querida?

Su «querida» me resultó aún más repugnante.

—Si una moto negra se detiene en la puerta, debe ser un amigo que viene a buscarme.

*Enfaticé la palabra «amigo» para generar sospecha en él, pero aun así no funcionó para cortarle el hilo de baba.*

*—Entendido —respondió—. ¿Algo más, querida?*

*—Ejem... Sí —me acomodé el pelo tras un hombro—. Si me buscan en una camioneta rosa y enorme, podrían ser mis padres.*

*—¿Tu madre vendrá?*

*—Oh, no, para nada. ¿Ya le comenté que tengo dos papás?*

*Sé que fui un poco exagerada, pero logré mi cometido.*

*Su mandíbula se desencajó y fue el Turn down for what perfecto para darme la vuelta y seguir mi camino.*

*En tu cara, idiota.*

*Lo bueno de esto fue que a la semana siguiente resultó ser su madre quien me recibió en la puerta y el punto de intercambio solo fue un «hola» cargado de timidez e incomodidad.*

*Mi Carl, mi Carl... el amor no se escoge, pero la familia tampoco ¡y es una pena!*

Theo sale corriendo en dirección a Carl logrando despabilarme.

«No es tan fácil como parece».

Sé que no lo es. Y ahora más que nunca.

—Carl, amor —Tachas va hacia su chico en un santiamén y lo toma en brazos. May aprovecha la distracción mientras sale de la habitación cubriéndose la nariz rota a duras penas.

Theo mira la herida y la abre, pero me niego a mirar. Carl respira con enorme dificultad y siento que me faltan las fuerzas para enfrentarme a la situación. No quiero verlo así, no quiero.

—¡Mierda! —grita Theo y sus palabras me hieren. No quiero saberlo, por favor que no lo diga, no quiero saberlo...

—No... No es... —empieza él—. No es un corte profundo.

¿Qué?

Mi corazón se desboca y me vuelvo a ellos.

—Ha sido apenas un poco más que un rasguño —declara mi novio intentando abrir la herida para evaluar su «profundidad»—. Lo que no entiendo es por qué se ha desmayado.

Tachas sonrío con un especial brillo en sus ojos, sin soltar a su chico.

—Amor mío... Es que le tiene fobia a la sangre.

Mi entorno vuelve a surgir tras la declaración.

Miro a Carl y tengo ganas de golpearlo yo misma por el susto horrible que me provocó.

—¡Idiota! —le grito y vuelvo a él para envolverlo en mis brazos y arrancarlo de Tachas. Percibo su respiración y el ritmo de su corazón, lo cual me hace sentir viva de nuevo—. ¡No vuelvas a hacerme esto! —le grito, al tiempo que me saltan las lágrimas.

El alma me regresa lentamente al cuerpo; es todo lo que necesito para volver a concentrarme en que efectivamente me duele el puño como mil demonios y siento los huesitos moverse bajo la piel de los nudillos.

¡Maldita sea, May y su dura nariz!

—Salgamos de aquí antes de que esto se venga abajo —nos ordena Theo.

Tachas toma a Carl en brazos y con una mano le cubre la herida en el cuello.

—Tracy, busca la valija —señala Tachas y encuentro lo que me dice.

La abro hasta ver que ahí están los explosivos. Son como pequeños dispositivos (y algunos más grandes), muy diferentes a las granadas que veo en las películas de acción.

—Ten cuidado con eso —me suplica—. Podrías volar todo el estadio si les das un golpe fuerte.

Theo encuentra la navaja de May en el suelo y la recoge.

—Yo iré adelante —señala—. Todos detrás de mí.

—¿Qué diablos le pasa a esa loca?

El grito de Theo se vuelve audible apenas caigo en la cuenta de que hemos pasado lo peor y el humo empieza a cesar a medida que nos encontramos más cerca del boquete.

—Juro que, si algo le hubiera sucedido a Carl, la buscaría mientras tenga vida y no la dejaría en paz —señalé, cediendo a que la Tracy Malvada se apodere de mí y esta vez creo que la Tracy Sensible haría una tregua, tratándose del bien de mi mejor amigo.

—¡Yo sabía que no teníamos que confiar en ningún Glorious! —grita y me siento un poco discriminada.

—No todos *esta... mos* metidos en la misma bolsa.

—¡Nos tendrás que explicar cada detalle si es que entiendes una mierda de qué les pasa a esos dos!

Su tono me hace acordar a los viejos tiempos, pero lo ignoro solo de momento ya que la situación nos tiene alterados a todos por igual. A continuación, Tachas se acerca a mis espaldas:

—Pierde cuidado que, si algo le hubiese sucedido a mi Cacarl, esa zorra no estaría viva.

Y le creo.

Las caras de Audrey, Charlie y Derek se recortan por los bordes del boquete entre la lluvia de cenizas y la cortina de humo.

—¡Ahí vienen! —escucho la voz cargada de una alegría inesperada por parte de la peliverde y vitoreos llenos de alegría de los demás.

Ellos son mis amigos.

Solo en ellos podemos confiar y en nadie más.

Lo que no me dejará dormir en mucho tiempo es que tengo una pizca de culpa en todo lo que ha sucedido esta horrible noche. Y lo terrible (para nada alentador) es que aún nos queda lo peor: entrar a Los Túneles.

Ese es el punto que me cierra el pecho en un horroroso nudo de angustia, al caer en la cuenta de que no volveremos todos. El peligro es inminente y nos podría condenar... para siempre.

## 70

### TRACY

—¿Dónde está Evans?!

—¡Fue a buscar un tanque de oxígeno a su auto! —explica Trevor. Tiene el rostro cargado de pavor.

—¡A ti hay que matarte! —Theo salta sobre él y le asienta un puñetazo, aunque Tachas lo detiene con un grito:

—¡ÉL NO ES EL PROBLEMA! ¡QUE ALGUIEN VAYA A BUSCAR A EVANS!

Brandon y Zach, que lograron escapar, asienten a la orden de Jacob y salen corriendo en busca del auto.

Audrey se acerca a los chicos y pregunta:

—¿Qué le pasó?!

Están hablando de Carl.

—¡Lo degollaron! —grita Rebecca.

—Es solo un rasguño —les digo acercándome a ellas—. Ya ni siquiera sangra.

—¿Quién se lo hizo? —pregunta Derek dando un paso adelante—. Se supone que por naturaleza todos odiamos al actual de nuestros ex, pero este chico me caía bien.

—¡No hables de él en pasado! —le dice Tachas—. Está bien. Solo se desmayó. Respira normal y su pulso es normal.

—¿Perdió mucha sangre? —insiste Rebecca. Lo que tiene de linda lo lleva de estúpida.

—Tiene fobia a la sangre, ya despertará —anuncia Tachas.

Entonces aparecen Brandon y Zach. También distingo que Glory y Mike lograron salir.

—¡SE FUE Y NOS HA DEJADO!

—El imbécil escapó —musita Jacob, al tiempo que desde lejos se perciben las sirenas del camión de bomberos—. Seguramente se fue con May.

—¿Pero por dónde salió May? —pregunto.

—Se puede hacer un boquete desde cualquier lado de las tribunas —explica Derek—, seguramente ellos ya tenían las suyas listas para irse lo más rápido posible.

Me llama la atención que Audrey y Rebecca discuten a un costado; la peliverde la toma de un brazo en un intento por rete-nerla.

—Ejem... —Brandon se aclara la garganta mientras se cruza los brazos tras el cuello a fin de que se le marquen los músculos y los tatuajes (¿saben los chicos que lo lindo se vuelve estúpido cuando hacen eso?)—. Había precisamente uno igual que esos, cerca de la entrada al estadio.

Señala el hueco en las maderas.

—Tenemos que ir tras ellos —Tachas se pone de pie con Carl en sus brazos y este empieza a despertar—. Tenemos que llegar antes.

Audrey examina la valija. Aquí reparo en que Rebecca ya no está; se ha escapado en busca de alejarse de nosotros después de haberla refugiado, pero dudo que pueda llegar lejos.

—Bien hecho, Smith, se te olvidó lo más importante.

—¿Qué cosa? —pregunto—. Yo solo traje conmigo lo que Tachas me indicó.

—¡Falta el detonador! ¡¿Con qué haremos estallar las bombas en orden?! Oh... aguarda —sigue buscando—. Mierda, ¡también nos falta el explosivo más potente de todos! ¡Tanto voltaje tirado a la basura!

Derek se toma el pelo y cae al suelo.

—Fueron a Los Túneles —declara Tachas—. Audrey, ese explosivo que falta, ¿es suficiente para tirar abajo los pisos más profundos de Los Túneles?

—No todo, pero una tercera parte seguro.

—Entonces ya tenemos adónde ir.

Carl termina de recomponerse y pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Tachas lo reincorpora de pie y le da un beso en la frente:

—Nada de qué preocuparse, amorcito. Por cierto, pesas demasiado, ya empezaba a sentir calambres.

Los autos se ponen en marcha y, mientras nuestro alrededor se convierte en un verdadero caos, pregunto:

—Un momento... ¿no nos falta nadie?

Y nadie se detiene a escucharme.

Solo necesito hacer un mínimo esfuerzo para que la respuesta llegue a mi cabeza:

Ophelia.

## 71

### TRACY

—¡Recuérdame por qué Los Túneles! —dice Theo y conduce a toda velocidad por la Avenida Central.

Mi celular está en altavoz mientras lo acompaño en el asiento contiguo con mi mano buena.

Tachas va conduciendo el auto de Carl y nos sigue. Su novio también tiene el celular en las manos con el aparato en altavoz:

—No podemos dejar que ellos estén a cargo de destruir Bad Boys — declara Carl y un auto se cruza en nuestro camino a grandes bocinazos—.

Las revoluciones no existen, hermanito.

—¡Sin códigos, por favor! —pido.

—No es ningún código. Para que una revolución se genere, es necesario un cambio y no precisamente en la sociedad sino un cambio de líder: un líder por otro. Y para que este otro derribe al primero es necesario que sea mucho más feroz.

—¿Estás hablando de Evans? —le pregunto.

—Sí. Y de Beth Folleth. Quieren matarla.

Antes de preguntar qué rayos hay de malo en eso, Theo me arrebató la respuesta:

—Y si la matan, querrán apoderarse de todo el poder desde Glorious. El anhelo de ellos por controlar la información, por hacerse del poder no es por una buena causa, al contrario. Son mucho más letales que nosotros y, por si no lo han notado, son mucho más despiadados que los nuestros.

—¡Intentaron matarnos a todos! —dice Carl.

—Así es, pero su plan falló. No podemos dejar que tomen Bad Boys. Ellos tendrán el detonador, pero nosotros el resto de las bombas. Podemos hacer esto. Podemos hacerlo.

Theo me mira a los ojos y solo un instante nos basta para comprenderlo todo: sin amor, sin sacrificios, no hay salvación.

De pronto, el cementerio y El Muelle se ven a lo lejos. Mi corazón se desboca y Theo toma mi mano mientras con la otra mantiene enderezado el volante.

—Estamos juntos en esto.

Le sonrío y en mi rostro se dibuja una temblorosa sonrisa.

—Sí... —declaro con decisión—. Juntos.

## AUDREY

El auto de Charlie no es mejor que el de Theo. Tampoco sus bíceps ni sus tatuajes.

Lo que nos unió fue el rechazo: de Tracy hacia él y de Theo hacia mí. La casualidad de haber coincidido en una fiesta nos llevó a intercambiar algunas palabras. Primero sin muy buenas migas, aunque luego nos fuimos entendiendo mejor gracias a que el alcohol nos hizo hablar el mismo idioma y terminamos cogiendo en su auto.

No es la primera vez que tengo relaciones sexuales con un chico en su auto después de una fiesta, después de muchísimo alcohol o hierba. La diferencia es que esta vez no necesité drogarme para poder abrir las piernas ni estaba verdaderamente ebria; en efecto, reconocí a cada minuto que se trataba de él. A veces prefería estar tan ida en estupefacientes que lograba alucinar con Theo, o creía que el tipo que tenía encima realmente podía quererme o hacerme sentir amada de alguna manera. Y nada de eso sucedía.

Hasta el momento, solo había sentido por Theo algo de cariño, y se fue esfumando con el tiempo.

No fue sino hasta esa noche que viví con Charlie de nuevo la sensación de que alguien se interesaba por mí...

*Una vez que lo hicimos, me acomodé el vestido y fumé un cigarro en el asiento del acompañante, exhalando el humo por la ventanilla.*

*—¿Sentiste algo? —le pregunté.*

*—¿Qué? —me pregunta algo ahogado con el humo de su porro. No esperaba mi pregunta.*

*—Que sí... sentiste algo al... olvídalo.*

*—Creo que me gustó, sí —se encoge de hombros—. Bueno, si a eso te refieres.*

*—No suelo hacer esto —una imperiosa necesidad de honestidad surge en mí—. Bueno, lo de tener sexo con otros chicos en modo un poco casual y eso, quizás alguna vez lo hice —¿alguna?—, pero esta vez me sentí cuidada por ti, ¿entiendes? Antes lo he hecho y son tipos para los cuales no vales nada, eres basura y punto, nada peor que eso.*

*Su gesto de horror se intensifica mientras me explayo, lo que termina por obligarme a cerrar el pico.*

*—No deberías dejar que te traten así —contestó por fin—, vamos, yo creo que vales mucho más que lo que estos imbéciles te han hecho sentir.*

*—¿Tú crees?*

*—Claro que lo creo. ¿El idiota de Landon entra en esa categoría, verdad?*

*—No, no... Justo él...*

*—Entonces no busques estar con gente que no te quiere, Andrey.*

*—Audrey.*

*—Audrey... Sí, Audrey —la luz de su celular resplandece en el suelo del auto, mira quién lo llama y cuelga—. Mira, ya debería volver a casa. Hace*



*tiempo tuve un accidente en auto y les da un poco de desconfianza a mis padres que ande hasta altas horas. ¿Qué te parece si te invito una copa mañana?*

*—¿Lo dices en serio?*

*—¡Claro que lo digo en serio!*

*—Vaya...*

*—¿Qué sucede? ¿Por qué te asombras?*

*—Es que... Nunca me habían invitado a una segunda cita luego de...*

*Mierda, en verdad no me lo termino de creer. Gracias.*

*—No me agradezcas. Yo te agradezco a ti, mejor dicho.*

*Su respuesta me resultó graciosa y creo que conviene repetir que no estaba drogada.*

*—Hey, cuéntame el chiste —convino.*

*—Ocurre que no entiendo qué podrías agradecerme tú. No he hecho nada bueno por ti.*

*—Me has permitido ver una parte de tu persona que muy pocos conocen. Te muestras como una chica ruda a la que no le importa nada y sé que en verdad eres muy blanda en el interior.*

*Me encogí de hombros intentando parecer indiferente, pero logró conmoverme al agregar:*

*—Y frágil. Audrey, tú eres una persona tan frágil que ataca siempre por miedo a romperse.*

*—Hey.*

*Charlie me despabila mientras conduce por la Avenida Central a gran velocidad.*

*—¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Llegamos?*

*—Quiero saber si llegaste a la Tierra. ¿Te sientes bien?*

*—Algo así —reconozco. No es ilógico ponerme a recordar viejos tiempos mientras todas nuestras vidas penden de un hilo.*

*—Has pasado por situaciones mucho peores que esta —me recuerda—. Creo que luego figurará dentro de tu gran cuaderno de hazañas.*

*Me dedica una sonrisa y me duele.*

*No es el semblante angelical y a la vez demoníaco de Theo.*

*No es él y nunca lo será... Me pregunto si algún día aprenderé a quererlo.*

*—Gracias —le digo.*

Busca mi mano sobre una de mis rodillas y la estrecha. Percibo su calor y mi pecho se infla de calidez, de amor.

A continuación, opto por llevarme su mano a mis labios y lo beso sobre sus nudillos con cicatrices.

*—Nos juzgan a los malos sin siquiera conocernos.*

*La invitación de Charlie a tomar unas copas terminó siendo una visita al muelle para fumar hierba mientras nos deleitamos con el sonido del agua y el olor a humedad silvestre.*

*—Tú eres de los malos —murmuró con su voz ronca—. Y yo acabo de tener la oportunidad de conocerte, ¿eso significa que puedo juzgarte?*

*—Claro que sí. Siempre que desees volver a tu amada camita caliente con un testículo menos.*

*—Si te pones así...*

*Le dediqué una sonrisa con cierta incomodidad.*

*—Solo... bromeaba —me siento obligada a agregar.*

*Él también sonrió.*

*Y fue suficiente para saber que ambos manejábamos el mismo código. Te das cuenta de que tienes un amigo una vez que ambos comparten el mismo nivel de sarcasmo.*

*—Entonces —murmuro y ambos nos ponemos incómodos al caer en la cuenta de que nos quedamos como estúpidos mirándonos—, te gusta Landon y él no quiere nada contigo.*

*—Tampoco es que nada...*

*—Considérate afortunada. Yo ni siquiera pude más que besar a Tracy. ¿Qué se siente pertenecer al club de los marginados?*

*—Se siente como estar fumando hierba con el tipo con el que me acosté hace dos noches y nunca pensé en tener una segunda cita.*

*Él soltó una carcajada.*

*—Ni la fiesta ni esta ocasión pueden ser consideradas citas —me contestó y durante un segundo mis ilusiones se hicieron pedazos, hasta que añadió—: Salgamos a cenar este fin de semana y ahí tendrás una fantástica cita. ¿Qué te parece?*

*Lo miré con cierta extrañeza, en busca de cubrir una felicidad muy poco frecuente en mí.*

*—Conste que, si tú invitas, tú pagas —le dije. Nunca fui de esas personas que creen conveniente que el hombre deba pagarnos todo a las*

*mujeres, como si fuésemos seres inferiores o minusválidas por nuestra condición de chicas. Sin embargo, esto creo que va más allá y es una prueba.*

*Todo el tiempo no he hecho más que ponerlo a prueba para saber si me siento querida por él. Para saber si él es capaz de cuidarme.*

*—Por supuesto que yo pago —contestó.*

*Hice un silencio de unos pocos segundos, en que mi cabeza se inundó de preguntas que debí despejar optando solo por una de ellas:*

*—¿Qué quieres, Charlie?*

*Él se mostró sorprendido. Quizá no solo porque le hubiera preguntado eso y no la vio venir, sino porque quizás él tampoco se lo había preguntado antes.*

*Inhaló profundo el humor del cigarrillo y lo arrojó luego por la nariz.*

*—Quiero estar tranquilo —dijo por fin—, y contigo me siento así.*

*—¿Aun cuando soy del mismo bando que tu hermano? Sé que lo odias. Bah: que se odian, y el sentimiento es mutuo.*

*—Aun así, Audrey. Contigo puedo ser yo mismo: sin bandos, sin preocupaciones, sin pensar en...*

*—En Tracy —debí completar y nunca me sentí tan mal volviendo a mencionar el nombre de esa mosca muerta.*

*—Sí...*

*—Soy algo así como tu plan B. Pero no te pongas mal, que también eres el mío.*

*—¿Ya ves? Me la recordaste. Y no quería eso.*

*—Entonces, no hablemos de lo que nos hace mal y concentrémonos en nosotros.*

*De este modo, lo último que escuché de su parte fue un «tienes razón» y se abalanzó sobre mí con un beso que me dejó sin aliento y me tomó completamente desprevenida.*

*Fue un beso distinto. De esos que deseas, que llenan un vacío en tu interior; un beso que te roban y quedas de piedra.*

*No sabía que podía hacerme sentir así y ya era hora de empezar a convencerme de que negarlo era estúpido: me empezaba a enamorar de Charlie.*

*Sin que las ideas asaltaran demasiado mi interior, sin pensarlo mucho, le permití el beso sin que fuera necesario ir al auto para tener sexo. Solo fue un beso.*

*Luego dejó descansar su cabeza en mi hombro y me quedé absorta mientras su gesto de cariño me conmovía por completo. No sabía cómo demonios corresponder.*

*Solo hubo silencio, hasta que me llevó a casa, él se fue a la suya y me vi tentada de escribirle.*

*Le agradecí por una noche asombrosa y pedí que me avisara en cuanto se fuera a dormir. Me sentí estúpida, nunca había hecho algo así, pero quería sus buenas noches.*

*Él me respondió que también la había pasado bien. Nada más. Luego de unos minutos, me avisó que ya estaba acostado y me envió una foto de su magnífico torso tatuado y musculoso sobresaliendo entre sábanas blancas.*

*Me deseó buenas noches y le envié un enorme corazón.*

*De esos que nunca usas en el chat o que ni siquiera sabías que existían.*

## 72

### TRACY

Jacob detiene el auto frente a una de las tumbas del cementerio. Theo hace lo mismo y los cuatro bajamos; detrás nos secundan los demás chicos.

—Conozco un ingreso del que pocos estamos al tanto —declara mi amigo, sin problemas de ser quien ahora tome la delantera—; vamos a entrar solo un par de nosotros. El resto necesito que funcionen de campana, ¿estamos? ¿Todos tienen sus teléfonos con carga?

—Disculpa, no tengo nada en contra de ti ni de la democracia pero ¿desde cuándo hicimos de esto una dictadura en la que tú nos diriges? —se mete Derek.

—Desde el momento en que elegiste sobrevivir —le contesto—. Además, se conoce ese laberinto bajo tierra mejor que cualquiera de los que estamos aquí ahora.

—Bueno, si es así... —parece ceder.

No le gusta mucho mi respuesta, pero Tachas prosigue:

—Audrey, Charlie y Derek. Ustedes vienen con nosotros. ¿Existe alguna otra forma de detonar las bombas?

—Manualmente —dice el pelirrojo—. Solo tendríamos un minuto de ventaja hasta que explote, siempre que no las activen antes desde el detonador digital.

—No te preocupes, para eso nos moveremos con facilidad. El punto es que no sé por dónde van a entrar ellos.

—Eso sería de ayuda —pienso un momento—. ¿Quizá por la puerta? También hay una entrada desde la preparatoria de Iconic.

Todos las miradas se dirigen a mí.

—Eres una genio, Tracy Smith —murmura Audrey.

Palabras que nunca me hubiese esperado de ella: es el fin del mundo, tal como se anunciaba.

Brandon, Mike y Zach han ido hasta la preparatoria para hacer su rol de campana. Tratarán de meterse en la escuela y así dar con Los Túneles para avisar sobre cualquier movimiento que observen. Glory y Riley, por su parte, estarán escondidas cerca de la entrada del cementerio para pasarnos el dato de quién entra o sale. Charlie, Audrey y Derek nos escoltarán y estarán a cargo de activar las bombas en lugares estratégicos. Kylie y Stefano vienen con nosotros.

—Nosotros vamos por acá —declara Jacob y corre hasta fundirse con la arboleda del bosque.

Pero me quedo paralizada.

«Ya viene ella».

«Aquí estoy, Tracy».

«Te he estado esperando todos estos años».

—Hey —Theo me despabila—. ¿Ocurre algo?

Lo miro. Me siento un poco aturdida, es como si mi pesadilla se volviese a presentar, pero esta vez en la realidad.

—Ocurre de todo —esbozo una sonrisa forzada y señalo nuestro alrededor—. Ocurre que estoy... un poco asustada, un poco con coraje.

—¿Crees que será mejor que vuelvas a tu casa? No quiero perderte de vista, pero tampoco exponerte.

—Nada de eso, vamos con ellos antes de que los perdamos —señalo en dirección a Tachas y Carl.

—¡No se queden atrás! —señala Jacob.

Y nos dirigimos tras su rastro. De camino, se me ocurre consultarle cierta idea a Theo:

—¿Piensas que este sea realmente el final?

Parece sorprenderse con lo que le digo, sin embargo termina por digerirlo y da su respuesta:

—Debo admitir que, lamentablemente, coincido con algo que dijo Evans: no podemos dar la batalla por perdida. Esto es el comienzo de una guerra. Y ahí tienes tu respuesta.

—Créeme que a mí también me hizo pensar eso. Y... ¿crees en Dios? Él me mira aún más sorprendido.

—¿A qué viene eso? ¿Tienes preguntas sobre la inmortalidad o la infinitud de nuestras almas? ¿Dónde puedan ir si...? —a medida que habla mi gesto va decayendo de un modo muy poco esperanzador—. Oh, lo siento.

—Descuida, yo también me estoy haciendo esa idea, aunque luchemos contra eso. ¿Por qué será que la muerte siempre parece tentadora pero, cuando está cerca, queremos aferrarnos a la vida?

—Será que somos unos tremendos idiotas, a los que siempre les gusta hacerla más difícil de lo que ya es.

—¡Hey! No lo digas así... Además, quisiera corregir algo que mencionaste antes.

—No puedes evitar tu costado sabiondo —se jacta.

—La inmortalidad y el infinito no son lo mismo —prosigo sin darle mucha importancia a su sarcasmo.

Él me mira riendo.

—¿Entonces cómo es?

Ya sé que seguramente está pensando: «A ver, chica sabelotodo, dime algo sobre esos libros que te tragas».

—Ocurre que aquello que es inmortal tuvo un inicio, pero no tiene fin. En cambio, lo infinito no tiene inicio ni fin. Es simplemente...

—... infinito.

—Exacto.

Ambos sonreímos y luego viene el silencio. Él se queda pensando en algo y no emite más palabras.

En mi mente ronda la pregunta de qué recordó o en qué le hizo pensar nuestra conversación acerca de la finitud y la mortalidad.

Lo tomo de la mano y él la presiona sin mirarme a los ojos.

Seguimos nuestro camino en mitad de una fría noche para ver si un poco de calidez podría desafiar las proezas climáticas de diciembre.

—Infinito —murmura muy bajo, pero lo suficiente para que logre escucharlo.

Ojalá pudiera saber lo que pasa por la cabeza de este chico...

## 73

### TRACY

—Bien, tripulación. Llegamos a destino.

Tachas pone una voz fingidamente mandona y se coloca una mano sobre la frente, como soldado, haciéndome reír.

Estamos en una pequeña habitación estilo monoambiente, que cuenta con todo lo necesario para subsistir. Es como si fuese el lugar perfecto para esconder a una persona en el sótano de tu casa: sin ventanas, con escasa luz artificial y comida enlatada. O bien donde un estudiante universitario viviría en sus primeras tentativas por independizarse.

—Esta es mi hermosa casa —declara Tachas—. Donde vengo a llorar por las mañanas.

—No le crean —Carl va hasta el refri y saca unas latas—. Aquí es donde estuvo viviendo el tiempo que permaneció desaparecido.

—¿Qué? Es inhumano vivir en un agujero como este —dice Theo claramente indignado.

—Es una casita chiquita pero es bonita. Es acogedora —el sarcasmo de Tachas es tan particular que no sé si habla en serio.

—Lo sé —interviene ahora Carl, quien nos pasa una lata a cada uno—. ¿Brindamos? Lo siento, pero aquí Jacob solo tiene cervezas; las gaseosas de naranja ya me las bebí yo.

—Descuida —le recibo y el frío impacta en mi tacto—. La ocasión amerita una cerveza.

Finalmente, todos perforamos nuestras latas. A Stefano se lo ve muy agotado, en pijama, y aún me pregunto cómo es que Kylie le tenía preparada ropa para el momento en que tuviera que salir huyendo del estadio.

—Nuestro querido papá me acogió en este hotel cinco estrellas —dice Tachas mirando a Theo.

—Así que esa es la parte completa de la historia.

—Ajá.

—Por la victoria —Tachas levanta su lata.

Todos nos quedamos mirándolo en silencio.

—¿Qué? —añade—. Yo creo que la ocasión es merecedora de un brindis. Podría ser el últ...

—Por la familia —Theo levanta la suya, interrumpiendo la última palabra de su hermano.

—Por el sacrificio —lo sigue Kylie.

—Por los idiotas a los que nos gusta hacer estas pruebas suicidas —Audrey también se suma.

—Por nuestra redención —ahora Stefano.

—Por el perdón —Charlie.

—Por el final y el descanso de nuestros muertos —la mía.

—Por el... oigan, me dejaron la parte difícil —se queja Carl riendo—. Ya brindaron por todo lo que yo había pensado.

—Que salga del corazón, amorcito —le dice Tachas y le deja un beso en la mejilla. La herida en su cuello hace un rato que no sangra pero lo ha dejado manchado como si se hubiera cortado mientras se afeitaba.

—Bien, bien, entonces brindo por el amor —suelta con decisión—. Sin importar las diferencias.

Y brindamos. El ruido de nuestras risas parece ser un desafío al maldito fin del mundo. Como si reír fuera lo único que nos quedara. Un último consuelo. Una caricia a nuestros espíritus, que ya no temen, que ya lo han arriesgado todo, y que pese a tantas experiencias cercanas con la muerte podemos reír y llorar mientras el corazón nos acompañe.

Ellos siempre serán mi familia. Mi infinito. Mis chicos malos.



—Siempre nos dan la parte más aburrida.

—Yo creo que es la más arriesgada.

Charlie es un cobarde.

—Shhh, ¿pueden hacer silencio?

Y el pelirrojo me cae mal.

O creo que todo el mundo me cae mal.

—¿Pueden seguir caminando de una vez? —me quejo.

El plan consiste en ir activando primero las bombas menos letales y después las más potentes. Ya perdimos una de las mejores, por culpa de la doctora traidora, pero podremos arreglárnoslas con lo que hay. Debemos seguir hasta llegar al centro y así bajar, detonar la peor parte y luego salir por la puerta principal en menos de 59 segundos.

Nos deslizamos por uno de los pasillos con olor a moho, con Stefano al frente. El chico va primero porque conoce el lugar como si fuese su propia casa.

Es una pocilga de piedra con más aspecto de cloaca con ratas en los recovecos antes que el lugar donde se esconderían los mandamás de una legión empoderada hasta los dientes.

—Quédense quietos —nos ordena de pronto Stefano y mi corazón se acelera—. Viene alguien.

—¿Quién?

—Yo qué sé, parece ser un guardia.

—Me había ilusionado con que fuera la jefecita.

Tengo un regalito muy especial para ella.

Escuchamos los pasos que señaló antes Stef; en efecto, una sombra se acerca al ritmo del repiqueteo de unos zapatos sobre la piedra, que se escuchan cada vez con mayor claridad.

—Déjenmelo a mí —se adelanta Kylie.

Todos nos quedamos mirando lo que está por hacer y Stefano no la detiene; se considera el único autorizado para hacerlo.

Ahí va ella.

Lo espera detrás de la pared y, apenas el guardia se acerca lo suficiente, ella lo toma por un brazo hasta meterlo en nuestro pasillo. ¡Esta perra se volvió loca! (aún más).

El tipo lleva puesto un equipo militar, con chaleco antibalas, casco, linterna y una enorme metralleta colgada de su espalda. Me pongo en posición de defensa, aunque la rubia no le da tiempo a reaccionar, tampoco

a ninguno de nosotros... cuando coloca al tipo contra la pared a una velocidad increíble y con un talento que da miedo. Lo sostiene con su antebrazo, presionándole fuertemente el cuello; ella lo mira a los ojos, cargada de adrenalina.

De pronto saca un cortaplumas de su sostén y se lo clava al sujeto en el cuello, metiéndole el puño en la boca para que no se lo escuche gritar.

Un chorro de sangre se dispara, junto con la cuchilla al salir.

Nuestro anfitrión cae sin vida al suelo, como un saco de papas.

—Wao —digo asombrada. Hasta la aplaudiría—. ¡Eso fue asombroso!  
Kylie Moore en acción.

—Creí que no viviría para ver esto —murmura Derek—. Todas las leyendas eran ciertas, maldita sea.

—Bien hecho, nena —Stefano la besa en la frente.

La rubia mira en mi dirección y un poco me impacta ver su angelical rostro manchado con sangre.

A continuación, aparecen Tracy, Theo, Tachas y su novio Carl, desde nuestro costado. Llegan corriendo desde el final para ver lo que acaba de suceder.

—¿Viste algo? —pregunta Tachas a su chico.

—Intento... que no —está con los ojos tapados. Cierto... «fobia a la sangre». Cómo no.

—Lo mataste —dice Tracy en tono acusador y asombrada frente al cadáver, como si estuviese viendo a un fantasma.

—Es repugnante, lo sé —coloco una mano en su hombro, de la que se deshace, y vuelvo a la rubia—. No pensé que fueras tan buena en esto, tienes mis más sinceras felicitaciones.

—¡Están celebrando la muerte de un hombre, santo cielo! —Santa Smith se ve muy asombrada; ya empieza a irritarme.

—Tracy, el objetivo es matarlos a todos —le dice Theo mientras le quita la metralleta al cadáver—. Este tipo es solo uno menos.

—Oh, no, tú no matarás a nadie —le dice Tracy a su chico al ver que este comprueba si el arma va cargada.

—Es para defensa personal —explica Theo.

—Mejor —Stefano le pide el arma—, me la das a mí. Un muerto más en mi armario no significaría mucho problema.

El chico mira a su novia y luego a Stef. Duda un momento pero finalmente me adelanto a todos ellos dando un largo resoplido.

—Son tan dramáticos —me quejo y examino el cadáver hasta encontrar un cuchillo escondido en su bota. Lo saco y se lo paso a Theodore—: Esto sí es para defensa personal. Ahora dale al chico rudo su juguete.

Me hace caso, al tiempo que refunfuña.

—Gracias —responde Stefano mirando el arma con admiración—, después de todo, perdí mi arsenal en el estadio y en la cabaña de *mi tío*.

Le guiña un ojo a Tracy y la chica siente escalofríos.

Continuamos y Stefano señala el extremo del pasillo que nos conduce por la izquierda. Ahí doblamos hacia la derecha pero la masa de músculos nos detiene y señala en dirección a una puerta que se encuentra luego de un nuevo giro entre paredes.

Todos nos colocamos a los bordes y me acerco para descubrir a dos de los guardias en la puerta, dando risotadas en posición de «custodia».

—¿Qué hay ahí? —pregunta Tracy.

—Nunca había venido desde este punto a Los Túneles pero, si no me equivoco, es la entrada trasera a un enorme vestíbulo.

Luego mira a Kylie, quien empuña su cuchillo con firmeza. La rubia cuenta en voz baja:

—Uno, dos...

Y Stefano dispara: una bala a cada guardia, directo en el rostro. A uno le entra por un pómulos y al otro, por un ojo, atrapándolos desprevenidos y tirando sus cuerpos al suelo.

—¡Hiciste ruido! —le grito.

—Era el objetivo.

Sale corriendo hasta la puerta y Kylie va tras él. Los seguimos hasta que Derek, que trae la valija, saca uno de los detonadores y lo clava contra la puerta de madera. Antes, intento abrirla para evitar perder uno de los explosivos.

—Tiene seguro —asimilo.

—Era obvio.

El pelirrojo activa la bomba y esta empieza a hacer tic tac.

Theo se acerca para corroborar si algún guardia cerca ha escuchado los disparos.

—Se oyen pasos —nos dice.

—No te preocupes. Estas son de treinta segundos —le contesto. ¡Todos apártense de esa puerta!

Corremos lo más que podemos por el camino desde el que llegamos.

—¡Al suelo! —acota Tachas.

Y la bomba explota haciendo bramar los túneles, provocando que la tierra tiemble.

Unos trozos de concreto caen, pero nada serio. Por ahora.

—Y a eso llamo: una explosión controlada —Derek parece estar teniendo un orgasmo con estas cosas.

Yo tuve un tiempo en que era fanática de todo lo que es capaz de destruir, así que admito que me genera cierta atracción el desastre causado.

Stefano se acerca al pasillo destrozado, con la metralleta al frente. Se agacha posicionándose, listo para atacar; parece haber visto algo, lo que nos pone en guardia a todos, aunque un segundo después vuelve a incorporarse.

—¿Qué pasó? —le pregunta su chica.

—No lo sé... Aparecieron un montón de tipos uniformados, incluso reconocí a un doctor; parecían venir en esta dirección pero el cerebritito se fue por la mano contraria y todos corrieron tras él, como si algo más los hubiese convocado.

—¿Como si nosotros no fuésemos una amenaza? —pregunto.

—Exacto.

—Esto me da muy mala espina —asevero con desconfianza—. Tenemos que continuar y averiguarlo.

Así, nos metemos en la habitación que acabamos de hacer explotar.

Aparecen varios monitores, sillas vacías y cámaras de seguridad desarmadas.

—La sala de vigilancia —declara Stefano.

—¿No era que entraríamos al vestíbulo? —dice Theo de modo desafiante. Todos nos pegamos a las pantallas para tratar de tener una panorámica del lugar completo.

—Seguido de esto —le explica Stefano—, tiene que venir el vestíbulo. Quizá haya otro pasillo antes. Nunca tuve la necesidad de pasar para esta parte, quizá por eso falló mi mapa mental.

—¿Hay más salas de vigilancia? —pregunta Carl.

—Sí —esta vez es Kylie quien responde—. En cada piso hay una sala de estas; las he visto alguna vez.

—¡Miren eso! —grita Tracy y todos nos damos vuelta para ver la pantalla delante de ella: se trata de unos cuantos pasillos que conducen a una misma dirección, una escalera.

—Parecen hormigas —murmuro al ver que hombres vestidos con camisas y mamelucos blancos se meten por la escalera que desciende, como bichos en un hueco asqueroso.

Si fuesen guardianes de Los Túneles, no me sorprendería que su acción fuese para distraernos, sin embargo se trata de los cerebritos de este lugar; los que comandan las investigaciones y sus horribles modos de tortura.

—¡Aquí!

Tachas señala otra de las pantallas; es el vestíbulo del que hablaba Stefano. Hay un ejército de soldados con sus armas apuntando en una misma dirección.

—Detrás del vestíbulo hay una sala de té: ahí están las escaleras —declara Stefano.

—Pero nos esperan al otro lado cientos de guardianes ansiosos por matarnos —secunda Tracy.

—¿O sea que tendremos que superar a todos esos tipos? —pregunto un poco aturdida.

—Tenemos una bomba con la potencia suficiente como para volarles las cabezas a todos esos idiotas —Derek se mofa de sus queridos juguetes—. Será sencillo.

Eso espero.

A continuación, en la pantalla de Tachas puede observarse que se suman unos cuantos guardias más protegiendo a uno de los tipos con camisa blanca.

—Es el doctor Jeffrey —explica Stefano—, quien estaba hace un momento aquí.

Jamás oí mencionar su nombre, pero será un gusto hacerlo volar en pedacitos.

—¿Jeffrey? —Kylie se mete para ver la pantalla. Justo cuando todos los guardias se hacen a un lado, la puerta que escudan se abre y el tipo sale por allí—. ¡El jodido cobarde escapó!

De modo instintivo, nos movemos hasta la pantalla que revisa Tracy y ahí aparece el sujeto bajando las escaleras.

—Los están refugiando —explica Stefano refiriéndose a los doctores psicópatas—. Y los refugios son antibombas.

—Tendremos que activarlas desde adentro.

Esta solución salió de mi boca, lo que hace que todas las miradas se dirijan a mí.

—Quizá, pero ¿cómo?

—Stefano —Tracy se vuelve al grafiti musculoso andante—, ¿quién es el doctor Jeffrey?

—Ese tipo preparaba los métodos de tortura y supervisaba su aplicación.

—En realidad, uno de ellos —añade Kylie—. Y uno de los que quiero ver sufrir antes de que sea la hora de arrancarles la cabeza.

—Pero si hasta pensamos lo mismo —Stefano mira a su chica con deseo y cada vez me sorprenden más estos dos.

—Entonces —se mete Derek sacando un importante manojito de cables—, ¿reventamos este bebé?

—Sí, pero recuerden que no tendremos mucho tiempo entre el estallido y nuestra entrada triunfal a los tiros —explica Tachas.

Luego escuchamos a Carl a nuestras espaldas, que llega con un revólver.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunta Theo.

—Casi olvidaba que lo recuperé del estadio.

—¡Oh, mi bebé!

El chico toma el arma como quien recobra una parte de sí.

—Pero la chica no te deja matar a nadie, así que dame eso —le digo casi exigiéndole.

Theo finalmente mira a Tracy, que está cruzada de brazos.

—Bien, demonios, bien.

Y me lo pasa.

Se siente tan bien cuando las chicas tomamos la delantera.

A continuación, Derek clava el explosivo contra la puerta (que está sin seguro esta vez) y rogamos que eso cree una cortina de tierra espeluznante.

—Este será de un minuto —explica—. Y esperemos que alcance a nuestros agradables anfitriones de allá antes de que tengamos que entrar.

—No alcanzará a todos, pero sí a un par. Ese vestíbulo tiene al menos unos dieciocho metros cuadrados —le explico señalando la pantalla.

—Lo que sea, ayudará —me contesta.

Entonces salimos corriendo y empieza el tic tac.

Cincuenta y nueve.

—¡Por donde vinimos! —dice Tachas.

Cincuenta y ocho.

Todos corremos en esa dirección con el corazón a punto de salirse de nuestros pechos.

La mezcla de adrenalina y emoción es asombrosa.

—¡Por acá!

Cincuenta y uno.

Nos pegamos a una de las paredes más firmes con las armas más próximas (cuchillos, metralleta, revólver) preparadas para defendernos en caso de que sea necesario.

Entonces mi celular empieza a sonar en mi bolsillo.

—No sabía que tuviere señal aquí abajo —murmuro buscando el aparato y el tic tac se clava en mi sesera, al igual que el bramido de mi celular.

—Apaga eso —la voz proviene de Charlie—. No es momento de ponerte a contestar mensajitos.

—Antes de darme órdenes trata de ponerte ropa —le digo. Me pregunto qué habrán estado haciendo este tipo y Audrey antes de llegar.

—¡Treinta segundos! —anuncia Derek.

Ahora el celular de Charlie también suena.

—Fíjate si es alguno de los chicos —sugiere Tracy.

—Sí, Tracy, eso hago.

Es Brandon. Me ha enviado un mensaje de texto que seguramente debe haber enviado en copia a Charlie o a sus amigos de Glorious:

**¡LOS HEMOS ENCONTRADO! ¡HAY UN RASTRO DE SANGRE DESDE EL INGRESO DE LOS TÚNELES POR LA ESCUELA HASTA LAS CONEXIONES QUE LLEVAN AL BOSQUE!**

**¡ESTO ES ENORME Y MONSTRUOSO!**

¿Sigue sangrando? No entiendo cómo May aún no se desmaya.

—¡Oh, por Dios, los tenemos! —anuncia Tracy, que acaba de fisgonear mi celular desde un costado.

—¡Quince segundos!

—¡Cúbranse! —exige Tachas.

Guardo mi celular y rodeo a Tracy por los hombros.

Nos agachamos y el terremoto empieza.

—¡Cincoooo!

Mi celular vuelve a vibrar. Lo miro.

Brandon otra vez.

—¡Cuatrooo!

Abro su mensaje.

—¡TREEES!

THEO, HEMOS ENTRADO Y NO HAY NADIE EN LOS TÚNELES.  
PERDIMOS SU RASTRO Y NO HEMOS ENCONTRADO A NADIE.  
¡ESTE LADO ESTÁ VACÍO!

—¡DOOOS!

¿Vacío? Seguramente todos los guardias o la mayoría de ellos nos esperan desde el vestíbulo.

—¡UNOOO!

—Theo, te amo —me dice Tracy, temblando.

—Yo también.

Y la abrazo con fuerza en el momento en que el terremoto sacude todo con violencia.

## 76

### TRACY

Hay momentos en que tu vida no vale nada al lado de los que más amas. Entonces deseas que todo te pase a ti, que los demás no sufran, que puedas hacerlos feliz el tiempo que sea posible. Así es como me siento ahora.

La situación me pone muy emocional, pero lo contengo. Incluido el olor a pólvora que se me mete en la nariz y no hace buenas migas con el humo ya inhalado en el estadio. Solo espero que esto luego no traiga consecuencias graves.

—Theo, te amo —lo observo como si el mundo se fuese a detener.

—Yo también —me contesta con honestidad y, refugiada en sus brazos, siento que las paredes empiezan a vibrar. El suelo, mi cuerpo, el lugar entero.



Los pedazos de concreto y ladrillos vuelan en todas direcciones, pero la pared maciza donde estamos escudados apenas tiembla debido a la distancia. Hubiese salido disparada en pedacitos de haber colocado esa bomba aquí mismo.

Nos llegan los gritos de los tipos adentro, lo cual es la señal que Tachas estaba esperando:

—¡Vamos! —grita empujando a Stefano.

Este se levanta con la metralleta, cargado de emoción. Ríe como el psicópata que es, disparando con su arma mortal a todos los que tiene delante, a medida que corren, y Audrey lo secunda.

Salimos detrás y me invade un escalofrío cuando alcanzo a ver lo que está sucediendo: una nube de polvo se alza mientras los chicos sobrepasan los escombros y se meten en el vestíbulo, preparados para enfrentarse con el mayor de los peligros. Y se pone peor cuando, al caminar, me encuentro con algo horrible: pedazos de cuerpos, cadáveres completos en el suelo, gente inocente que ha muerto por nuestra culpa y esto me hace sentir horrible.

—Theo —lo sostengo de un brazo. Él ríe entusiasmado ante el escenario que nos circunda. El olor a carne cruda se me mete en la nariz hasta clavarse en mi pecho.

—¡Lo logramos! —aúlla con alegría.

—Theo, yo...

—¿Tracy?

Y vomito. Suelto todo hasta que mi estómago queda vacío. El humo, la sangre, la carne, la pólvora, el hedor asqueroso se han juntado en mi interior provocándome arcadas incontrolables.

—Santo cielo —Theo me toma el cabello mientras vomito—. Suéltalo todo, no es bueno que te lo guardes.

—No veas, no veas, no veas.

Esas palabras vienen de Tachas.

Una vez que me siento recuperada, levanto la cabeza y me encuentro con el chico, que conduce a su novio cubriéndole los ojos. Está aterrorizado o bien tan asqueado como yo, pero él por su pavor a la sangre. *No veas.*

—Oh, por favor, no pueden hacer eso —se queja Audrey.

—Pues mira cómo lo hacemos —le responde Tachas.

—No te... alejes —le pide Carl y se aferra aún más.

De pronto, escucho un ruido como si algo se moviera entre los escombros y observo en dicha dirección: debajo de mí.

—¡Tracy, sal de ahí!

La advertencia de Theo es seguida por un empujón suyo, que me hace caer sobre mi mano rota y ahogo un grito de mil demonios.

Aguardo un instante en busca de contener el dolor de mis huesitos destrozados, pero también siguiendo lo que se movía bajo mis pies hasta encontrar qué sucede.

—Mira... eso —digo un poco aturrida.

Desde la entrada, el suelo comienza a hundirse y todos empiezan a reír con euforia.

—¡ESO ES! —grita Derek—. ¡EL CAMINO MÁS RÁPIDO PARA BAJAR ES POR EL SUELO MISMO!

—Eres un maldito genio —asimila Tachas.

El agujero se hace más y más profundo.

—Todos, prepárense —advierde Jacob.

Stefano y Audrey levantan sus armas con las miras en dirección al agujero que empieza a abrirse.

—¿Qué hay debajo? —pregunto.

—Es el punto al que conducían las escaleras: el escondite de los cerebritos —me contesta Kylie.

—No deben faltar guardias allí —añade Stefano.

Y cuando el agujero deja de abrirse hasta llegar a la mitad del vestíbulo, algo hace ruido a nuestras espaldas.

—¿Qué fue...? —empiezo, pero enmudezco producto del susto.

Las cosas suceden tan rápido que apenas tengo tiempo de procesarlo.

Un tipo herido sale a gatas desde los escombros, levanta su brazo sangrando y apunta a Stefano.

—¡¡STEF!! —la voz de Kylie se oye tan fuerte que debe haberle raspado la garganta.

El sujeto dispara con su arma.

Kylie corre.

Pero no lo suficiente.

Apenas llega a quedar de frente a su chico, justo antes de que este alcance a darse la vuelta...

... y un chorro de sangre salpica sobre la rubia.

Me llevo una mano al rostro y todos nos quedamos gélidos.

El guardia herido que salió entre los escombros acaba de dispararle a Stefano, abriéndole un agujero en el pecho y arrojando su cuerpo encima de Kylie Moore.

77

KYLIE

### **Años atrás**

Tenía diecisiete años cuando nuestros padres se enteraron. Intentaron separarnos con un millón de normas, pero fue imposible: vivir uno lejos del otro era doloroso. Necesitaba verlo, necesitaba estar cerca de él...

Así que un día en que todos ya se habían dormido, me escapé. Coordiné con Stefano, mediante un celular que me prestó Jess, una de mis mejores amigas, y nos juntamos en la plaza de Iconic en horas de la madrugada.

Estuve esperando detrás de la estatua central durante unos minutos, a la intemperie de una fría noche hasta que, en un momento, percibí *el ruido* a lo lejos. Según mis padres, el destino era una desgracia y tendría que ir con muchísimo cuidado a partir de entonces porque, si nos encontraban, ya podíamos darnos por muertos.

La única alternativa que ellos veían era separarnos y tenernos bajo llave en nuestras habitaciones, hasta hacer algún trato con Glorious y Bad Boys. Nunca antes uno de cada clan había formado una pareja, sin embargo me pregunto cómo es que un grupo tan legendario tuvo jamás dos rebeldes que quisieran congeniar, o bien enamorarse.

Cada persona que pasaba esa noche por la plaza la sentía como una verdadera amenaza; si un vagabundo intentaba acercarse, no me molestaba en mostrar el cuchillo de cocina que cada tanto sacaba de mi chaqueta.

Sin embargo, en el instante en que el ruido del taxi y sus luces encendidas iluminaron mi rostro, me percaté de inmediato que sería él.

Me miró desde el asiento trasero, le pasó unos billetes al conductor y salió del automóvil con prisa. Corrió en mi dirección y me refugié en sus

brazos, fundiéndome en su perfume a vainilla y tabaco, que llevaba tiempo sin oler; lo extrañaba tanto que hasta me dolía.

—Stef —murmuré deshecha en el abrazo.

—Ky —hizo lo propio y me levantó, colgándome al mismo tiempo de sus hombros, cerrando mis manos tras su cuello.

El beso fue breve pero lo disfruté como nunca había disfrutado nada en mi vida. Este chico siempre fue tan imposible que ahora se me presentaba más atractivo aún, al menos para mí.

Sus labios saborearon los míos, con mi lengua acaricié la suya, sus dientes, sentí el sabor a tabaco en el paladar. Aún recuerdo cuando era una persona completamente diferente, sin tatuajes, sin fumar ni beber, sin músculos, sin ser... Sin ser Stefano.

—Ky, tenemos que irnos.

Sus ojos recorrieron los míos y por mucho que quisiera que las cosas fueran diferentes no lo lograríamos por las buenas.

Ni separados.

La idea de mis padres podría haber sido lo más sensato, sin embargo, nosotros teníamos elaborado otro plan: escapar juntos e irnos lejos. Tan lejos que nadie jamás nos podría encontrar.

—¿Traes tu pasaporte? —le pregunté.

—Sí.

—Genial, yo el mío.

—También tengo los pasajes de avión que compré por Internet y el permiso falsificado para poder viajar.

Le sonreí y él hizo lo propio. Pegué mi frente a la suya; nuestras narices y labios se rozaban. Mis ojos se humedecieron de lágrimas, los suyos también. Besé sus lágrimas, el sabor salado, el sabor del dolor. Me quitó las mías y el chofer del taxi nos despabiló con una seña de luces.

—Tenemos que irnos —declaró Stef.

—Vamos —asentí.

Me mordí el labio inferior y, luego de un nuevo beso, me tomó de la mano y salimos corriendo en dirección a la puerta trasera del auto.

Pero fue demasiado tarde.

En ese instante, un montón de Audis negros con vidrios polarizados llegaron a toda velocidad y nos acorralaron con sus luces de alta intensidad, hasta encandilarnos.

—Stef —musité—, Stef, ¿qué está ocurriendo?

Aunque lo pregunté, no valía la pena hacerlo, ya que era obvio.  
Nos habían atrapado.

A continuación, el chofer se bajó del taxi y nos dedicó una sonrisa llena de malicia.

—¿Así que intentaban escapar? —preguntó.

Nunca olvidaré esa repugnante voz.

De otro de los autos salió una mujer con chaqueta negra, lentes oscuros y el pelo recogido en un rodete tirante.

—Llévenselos —ordenó.

A continuación, un montón de hombres de traje salieron con armas enormes y nos separaron, golpearon y subieron a autos diferentes.

—¡STEF! —grité—. ¡¡STEF!!

—¡NO LA TOQUEN! —le dijo a uno de los sujetos que me estaba esposando las muñecas—. ¡KY, VOLVERÉ POR TI!

—¡STEF, POR FAVOR!

—¡¡KYLIEEE!!

Desde entonces, empezó el infierno. Pero no porque llegaron las torturas y el dolor interminable; no porque empezamos a dejar atrás a las personas normales que hasta ese momento habíamos sido sino...

... porque desde ese instante, para estar juntos, tendríamos que pelear.  
Pelear y sacrificarnos más que nunca.

## 78

### KYLIE

#### **En la actualidad**

—Stefano, mírame.

Sus ojos están a punto de cerrarse. Esto tiene que ser una pesadilla, estoy a punto de despertar, sé que despertaré ya que esto no es más que un sueño, maldita sea, ¡maldita sea!

No puede respirar; apenas se mueve en tortuosos temblores torpes. Es horrible; lo percibo cada vez más y más lejano.

—Stef, mírame, estoy aquí.

Finalmente logra fijar sus pupilas negras en las mías azules y mis lágrimas caen en la herida de su pecho, que sangra de manera horrorosa. Jamás detesté tanto una bala como la que él lleva enterrada en este preciso instante, y ojalá pudiera meter mis uñas y quitarla de allí, pero necesito mantener la cordura; hoy más que nunca.

Jamás deseé con tanto fervor estar en su lugar, que la bala me hubiera dado a mí y no a él. Poder llegar antes y quizá la historia hubiera sido diferente.

Salvarlo.

Necesité salvarlo y no pude.

Ahora va a morir.

—Ky... —musitó con gran dificultad y la sangre empezó a brotar desde los bordes de su boca—. Ky... te amo...

Sus palabras me destrozan el corazón en mil pedazos.

Mi vida entera se convierte en un infierno, en una máquina tortuosa viviente. Nunca jamás imaginé que habría peor tortura que la que nos obligaban a vivir desde este lugar, hasta que llegó la hora: el disparo que colocaría mi vida en el fuego mismo para ver todo mi mundo desmoronarse.

—También te amo, Stef, también te amo... —declaro con un hilo de voz.

Stefano deja caer el arma para levantar una mano y tocar mi rostro, aunque ya no le quedan fuerzas. Se está yendo. Stefano se está yendo.

—No —jadeo—. No, Stefano, por favor no te vayas. Aún no, te lo ruego. No te vayas.

Lo sacudo y sus ojos empiezan a cerrarse.

—Ky... —sigue jadeando—. Tengo... miedo...

—No, amor mío, no temas, no temas —lo sostengo, pero cada vez hay menos respuesta vital de su parte. Su pecho no se mueve. El poco aire que le queda es para decir sus últimas palabras:

—Ky... siempre... te llevaré con... migo... Te amo.

Mi boca queda abierta de la emoción y opto por besar sus labios manchados de sangre. Con su sangre. Con lo último que queda de su vida.

Y lloro contra sus labios.

Lloro contra su cuerpo, que ya no es él.

Lloro en compañía de lo que ya no es Stefano.

No está... Se ha ido... Y con él, todo lo que quedaba en mí como motivo para vivir.

¿Quién va a salvarme ahora, si él se ha ido para siempre?

79

TRACY

La rubia empieza a tiritar.

Parece que han vuelto sus sacudidas por un cerebro que falla enormemente, sin embargo logra incorporarse dejando el cuerpo de Stefano en el suelo. Está muerto. Aún no lo termino de creer.

Theo me envuelve en sus brazos, pero no logra hacerme reaccionar. Estoy atónita.

De pronto, todos tenemos miedo a lo que pueda suceder.

A continuación, miro en dirección al tipo que le disparó a Stefano. Mientras Kylie sostenía al chico, Charlie se encargó de ir hasta el guardia moribundo y patear lejos el arma. Audrey, por su parte, le desencajó la cabeza de un movimiento en seco.

Por otro lado, a lo que ahora tenemos miedo es a la reacción que la muerte de Stefano Guilty pueda desencadenar en Kylie Moore.

—Kylie —musita Theo tratando de mantener la calma—, lo... lo siento mucho... en verdad...

Ella levanta el rostro.

La rubia está manchada de sangre. Desde su boca hacia abajo. Con sangre de Stefano, del guardia, con sangre de todas las personas que ha asesinado a lo largo de su vida.

Está desquiciada.

Ahora más que nunca.

Y no tiene nada que perder.

—Te buscaré del otro lado —murmura ella, pero no es una respuesta a Theo, sino que tiene la vista clavada en el cadáver del guardia que mató al amor de su vida.

A continuación, saca la metralleta de Stefano, busca la de otro cadáver próximo y suelta un grito desgarrador.

—Theo... —lo presiono muerta de miedo y miro en dirección a Carl y Tachas, que también están aferrados en un abrazo.

—¡¡¡AAAAHHHHHHHHH!!!

Puedo percibir que la garganta de Kylie sufre mientras grita y vuelve corriendo hasta el agujero en el suelo, con ambas metralletas en sus brazos, y se deja caer por ese lugar.

Los seis restantes que estamos arriba nos miramos sin entender del todo qué demonios acaba de ocurrir.

—¿Qué fue eso? —pregunto.

—No lo sé, pero no me gusta nada —musita Carl tratando de evitar mirar los cadáveres.

—Yo creo todo lo contrario —responde Theo—. Me parece que nos allanará el camino y no se dejará matar así de fácil hasta que haya logrado su objetivo.

—Coincido contigo, aunque me pese —dice Charlie. Esta vez capto que se ha puesto el uniforme de uno de los guardianes cadavéricos: pantalón, chaqueta abierta y una de las metralletas en manos—. ¿Qué? No podía andar desnudo toda la noche o todo el día o la hora que sea.

—No me quejaría —musita Tachas y Carl lo codea.

—La van a matar —vuelvo al tema de Kylie—. ¿Qué hacemos con ella y con el cuerpo de Stefano?

Theo lo mira.

—Dejarlo aquí. Al igual que al de la rubia una vez que la atrapen, si es que lo logran. Aun así, tenemos que ir tras ella.

—Es cierto —conviene Audrey—. No descansará hasta que haya matado ella misma a cada uno de los jefes.

—Y a Beth —convengo.

—Y a May —añade Tachas—. Pero sobre todo... a Evans.



Hacerme una idea de lo horrible que sería mi vida si asesinasen a Theo es espeluznante.

Ahora mismo todas nuestras vidas penden de un hilo pero el hecho de tener a Kylie fuera de sus casillas nos deja una pequeña esperanza de que dirigirá toda su locura a vengar la muerte de su amado.

En cuanto pasamos junto al cuerpo sin vida de Stefano, ya no siento náuseas sino dolor. Punzadas y punzadas de dolor en mi pecho, en mi garganta, en mi estómago, en mi cabeza. Está sobre los escombros con la cabeza hacia arriba, tal como lo dejó la rubia. Sus manos van extendidas hacia los lados y del agujero en el pecho ha dejado de brotar sangre. No veo dónde ha quedado alojada la bala, pero vino desde abajo hacia arriba; debe haber quedado obstruyendo alguna arteria importante.

Sus tatuajes le dan un aire extraño. Será que nunca imaginé un muerto con tatuajes pero, más allá de eso, no deja de ser él, no deja de ser Stefano. Quizás en otro momento su muerte no me habría dolido tanto, pero ahora lo siento peor que nunca. Las lágrimas caen humedeciéndome el rostro, pero no hay llanto, es como si ni siquiera eso quedase. Ninguno de los restantes llora. Solo hay silencio.

Tras el rastro de Kylie, decidimos saltar desde el agujero. La caída es amortiguada por los escombros, que tienen por lo menos un metro y medio de alto, y a mayor profundidad los subsuelos van siendo más y más pequeños.

Luego de dejarme caer, pierdo un poco el equilibrio pero unos brazos firmes me sostienen desde atrás. Theo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento.

Me deja en el suelo hasta que recobro el equilibrio. Abajo ya está él, Tachas, Carl y yo. Detrás nos siguen Audrey y Charlie.

—Se han ido —murmura Carl mirando a todas partes. Al parecer esto fue algo así como un laboratorio, pero las conexiones y los aparatos eléctricos indican que quizá pudo haberse tratado de algo más que eso.

—Qué demonios —musita Audrey y nos volvemos a ella.

Está de pie frente a una silla arrinconada que tiene apoyabrazos con alambres de púas incluidos en el respaldo. Desde atrás salen unos cinturones con cerraduras y un montón de cables, palancas y botones propios de una era inquisitiva actualizada.

—A quienquiera que le gustase este trono era bastante masoquista —añade la peliverde acercándose demasiado a la silla, cuando Charlie la sujeta por un brazo y le advierte:

—No te acerques demasiado. Podría tener corriente.

—Claramente esto no era una clase de trono ni nada digno para un rey —menciona Tachas—. Hasta me jugaría que Stefano mismo fue sentado aquí, con todas estas palancas encendidas y la corriente quemándole las terminaciones nerviosas.

—Tienes razón —musita Theo—. Esto era una jodida silla eléctrica. Pero con algunos especiales agregados, claro. Me pregunto qué sentirán esos hijos de puta si los sentásemos a ellos aquí.

—Imagina el odio con el que cargan esos chicos —convengo—. O... cargaba... —me llevo las manos a la boca, apesadumbrada.

Theo me estrecha en sus brazos y la voz de Derek vuelve desde el otro lado de la habitación.

—¡¡WAAAAOOOOO!!

Nos giramos de inmediato hacia él. Está contra una de las paredes laterales, mirando asombrado una estantería con extraños objetos que cuelgan. De pronto empieza a sacarles la tierra y descubro unos elementos que solo conocía de las películas: ballestas.

—¡Mira esos bebés! —anuncia Audrey corriendo hacia allí. También voy donde están ellos mientras se cargan a la espalda unas relucientes flechas de acero y cargan las estructuras de sus armas.

—Me quedaré con una de estas —anuncia Derek—. ¿Alguien quiere la metralleta?

Pero resulta que todos van cargados, menos Carl y yo.

Entonces levanto mi mano derecha.

—¿TÚUUUUU? —me pregunta.

—Sí —camino hasta él—. No quiero sentirme una inútil.

—Vaya, pero si era la chica que hasta hace unos momentos no me dejaba llevar uno de estos —me provoca Theo acariciando el arma que lleva en las manos.

—Por defensa propia —murmuro y el pelirrojo me pasa la suya para luego cargar una de las ballestas.

El peso del metal me impacta; pensé que sería más liviano pero su forma resulta fácil de llevar. En las películas no son tan modernas; por lo general son de madera y arrojan trozos astillados para asesinar vampiros.

De pronto siento un poder enorme al colocar mi ojo detrás de una mira superior que sobresale.

—Wo, wo, no apuntes con eso —Audrey levanta sus manos y retrocede.

—¡Oh, lo siento! —me disculpo algo divertida.

—Chicos, no es por arruinarles la fiesta pero —se mete Charlie— deberíamos seguir. Hemos perdido de vista a la rubia y no quiero que resurja otro soldado entre trozos de cemento para volarnos la cabeza a otro de nosotros.

—Tiene razón —añade Audrey, saca otra de las ballestas y le arroja el revólver de Theo a Carl, quien lo atrapa con torpeza.

—¿Eh? —musita Jacob.

—Es peligroso no usar protección —Audrey le guiña un ojo y Carl se pone colorado.

—Bien, ¿nos vamos? —pregunto. Definitivamente me siento con una audacia diferente.

—Creo que la salida por la que optó Kylie fue esa —Tachas señala una puerta al extremo opuesto de las escaleras.

Son las mismas que vimos desde las cámaras, donde tiempo atrás estaban escondidos los doctores y profesionales a cargo de este maldito salón de experimentos de tortura. Ahora están siendo tapadas por los escombros que no dejan de caer. Me pregunto cómo haremos para salir de este sitio en caso de que las demás salidas se encuentren igual de obstruidas. Será como una cárcel.

—Chicos, el arsenal que quedó aquí no creo que haya sido por cortesía —les señalo mientras caminamos al umbral—. Debe haberles sobrado luego de que se equipasen hasta los dientes.

—No lo creo —señala Theo a mi lado—. Los científicos locos que suelen andar por estos «laboratorios» tienen el cerebro pero no la fuerza. Solo deben llevar chalecos antibalas, cascos y cosas así.

Entonces, las paredes empiezan a vibrar de nuevo. Esta vez las sacudidas son más extensas, más largas.

—¡Derek! —aúlla Tachas mientras nos metemos en un largo pasillo—. ¡¿Activaste otra de las bombas?!

El chico mira la valija, de la que se encarga ahora Carl.

—¡No! —le contesta su ex.

—¡¿ENTONCES QUÉ DEMONIOS ES ESO?! ¡¡TODOS AL SUELO!!  
¡¡CÚBRANSE!!

Y empieza un nuevo terremoto.

## 81

TRACY

En el momento en que el estruendo toma mayor intensidad, el suelo empieza a abrirse bajo mis pies y Theo, que está a mi lado, lo capta. Me dice algo pero no logro escucharlo.

Aún así, ninguno de nosotros queda al margen.

Mientras el estallido cesa, solo quedan vibraciones intensas en los muros, la piedra y el suelo.

Tachas se nos acerca e intento huir a las grietas del suelo; se desmorona todo lo que nos sostiene y ninguno tiene idea de cuánta profundidad hay o qué nos espera al otro lado de nuestros pies.

—¿Cuántos subsuelos dijo Stefano que había?! —pregunta Jacob y me siento tan mareada que es como si lo viera moverse a través de un caleidoscopio.

Es Theo quien da una respuesta que me deja helada:

—¡Este es el último!

Así es que las grietas se abren y caemos al vacío.

## 82

TRACY

El golpe en la cabeza me ha dejado mareada. Al abrir los ojos, ya ni siquiera siento la mano que tengo quebrada y mi espalda está hecha polvo, como si mil piedras se estuviesen clavando en ella.

Además de la polvareda que debo tener atorada en las vías respiratorias. Si antes me sentía mareada, ahora no se compara con cuán horrible es la

sensación. Mi cabeza está a punto de reventar, lo que no es nada comparado con lo que me duelen la espalda y mis huesos.

El punto es que esclarecerme no provoca más que hacerme pensar si ellos hicieron detonar la bomba dándonos un poco de nuestra propia medicina o si esto significa la aparición de May y Evans, que se robaron el detonador en el viejo estadio.

—¡Trac...!

La voz se pierde en mis sentidos. Un chillido atraviesa mis oídos dejándome absorta.

—¿Theo? —pregunto, aunque ni siquiera tengo la certeza de poder articular algo audible.

Intento divisar lo que tengo delante, pero el mundo no deja de moverse. Apenas hay luz, solo diviso algunas sombras que se mueven adelante y a los costados, como si hubiéramos descendido al mismo infierno.

—¡Tracy!

Sí, es él.

—¿Theo? —intento sentarme, pero los trozos de concreto me hacen retorcer del dolor. Peleando contra el terrible mareo, me pongo torpemente de pie—. ¡Theo! ¿Dónde...?

De pronto unas manos me toman por la cintura mientras las figuras que se alzan delante de mí empiezan a tomar forma y solo me encuentro con una multitud de rostros amorfos.

—¡Suéltame! —chillo.

Pero el sujeto me coloca un pañuelo en la nariz y un agrio olor a algo parecido a alcohol o mucho más fuerte me entra por las fosas nasales hasta clavarse en mi cabeza como un golpe directo a mi cerebro.

Las figuras que están delante formadas una al lado de la otra me observan con sus cabezas calvas y sus narices puntiagudas; algunos de ellos llevan máscaras de gas. Seguramente para prevenir si las bombas arrojan radiación.

Entonces la oscuridad vuelve a alzarse dentro de mi cabeza mientras pierdo mi capacidad de percepción a una velocidad vertiginosa.

¡No! ¡No puedo perder la conciencia... no ahora!

—¿Tachas? —murmuro al ver que mi amigo trata de defenderse mientras otros tipos lo sostienen desde las axilas y los pies, aunque es obstinado; no se deja capturar tan fácil...

De inmediato, un puñetazo vuela directo a sus costillas tomándome profundamente sorprendida.

¡¡NOO!!

Grito aunque la voz no me sale.

Las sombras se alzan.

Mi cabeza se sumerge.

El pañuelo me asfixia.

Y poco a poco, el mundo vuelve a desaparecer dejando nada en absoluto.

## 83

### TRACY

—¿Tienes una idea de lo que podría haber sucedido si tan solo...?!

¡TACHAS!

¡TACHAS, NO!

—Lo siento, pero nadie tenía conocimiento de...

¡NO GOLPEEN A TACHAS! ¡SUÉLTENLO! ¡QUE LO SUELTEN, MALDITA SEA! ¡TODOS USTEDES SON ESCORIA, SON MONSTRUOS!

—Tu ignorancia fue pagada con la vida de muchos...

¿Tachas? ¿Qué está sucediendo? ¿Dónde has ido? ¿Dónde están los demás? ¿Por qué ahora todo es pura oscuridad?

—Creo que está despertando.

No puedo despegar los ojos. Me siento tan dolorida que no me creo capaz siquiera de eso, hasta tratar de fijar la atención al escuchar me duele y hace que la cabeza me palpite como si mil tambores golpeasen dentro.

¿Qué ventajas o desventajas tendría si finalmente pudiera despertar? Creo que las segundas son mayores en comparación...

—Creo que se te fue la mano con el sedante.

¿Sedante? ¿Me han drogado?

Un recuerdo me asalta y lentamente siento que la lucidez va haciéndose lugar en mí.

Stefano. Le dispararon. Lo mataron.

Las explosiones.

Las bombas.

El suelo se desgrana.

Caemos.

Caemos todos y el dolor es demoledor.

Luego la aparición de las ratas de blanco que se llevaban a Tachas. Que nos observaban y se lo llevaban.

Los guardianes. Sus armas. Son muchos. Son demasiados. Todos volaron despedazados, no puede ser que sigan aquí.

Que nos hayan capturado.

—¿Tracy? Tracy, abre los ojos.

Vuelvo al aquí y ahora. Percibo que algo me presiona un hombro y me lleno de ira en cuanto recuerdo el momento en que me durmieron. Apenas llega a mi mente el motivo por el cual estamos donde quiera que estemos, el mundo toma un color diferente, impregnando de bronca cada rincón de mi vida.

También me preocupa si me dieron cloroformo o quizá pueda haber sido algo peor.

—Tracy, vamos.

—No despertará, Jeffrey. Se te fue la mano con el sedativo.

Hay un hombre y una mujer hablando. El primero es quien me intenta despertar, sin embargo lo último que percibo tras las palabras de la mujer es un gimoteo desesperado de alguien cuya voz reconozco de inmediato.

—Quédate quieto, Landon —dice la mujer—, tu chica aún no está muerta. No por ahora.

¿Landon?

¡Claro, es Theo! ¿Pero qué sucede? ¿Está atado? ¿Amordazado?

Busco la voz de mi conciencia con la esperanza de que me brinde sensatez, aunque me siento tan bloqueada que ni eso ayuda.

—Tracy Smith, ¡abre los malditos ojos ahora! —me ordena el sujeto que debe ser Jeffrey.

Y la imagen de Tachas siendo arrastrado, de Stefano muerto e imaginarme a Theo maniatado me da la energía suficiente como para abrir los ojos de golpe, llena de furia y asqueada al escuchar mi nombre en la boca de este hijo de perra.

«Ese tipo preparaba los métodos de tortura y supervisaba su aplicación». Stef...

—¡AJÁ! ¡YO SABÍA QUE ESTABAS DESPIERTA!

Entonces una luz blanca me encandila, al tiempo que la figura de uno de los tipos de uniforme blanco, calvo en gran parte, nariz puntiaguda y mandíbula demasiado salida, se aparece en mi campo visual con una sonrisa de oreja a oreja, mostrando sus dientes afilados y riendo en señal de victoria, contra las objeciones de la mujer. Pero yo no soy su victoria, maldita sea.

—¡HIJO DE...!

Me siento de golpe en la cama y mis manos se cierran con fuerza en su cuello. Quiero asfixiarlo. Quiero que se muera.

## 84

### TRACY

—Ya, ya, calma, no pasa nada chiquilla, no pasa nada.

La voz de dulzura extremadamente fingida del guardián de Bad Boys que intenta apartarme de Jeffrey no acompaña la presión que el sujeto ejerce en mis brazos.

Cuando trato de reincorporarme, caigo en la cuenta de que tengo la mano rota enyesada y solo he podido ahogarlo al otro con la que hasta el momento se está salvando. Creo que dolerá demasiado mañana... Si es que un mañana existe para mí.

—¡Les advertí que a ella también deberían haberla atado! —grita Jeffrey, pero la voz de la mujer lo manda a callar:

—No intentes darme órdenes a mí, Jeff.

El tipo trata de responderle pero luego opta por no hacerlo y le da un ataque de tos. Ojalá tuviera la fuerza de Theo para romper su delgado y frágil cuello.

¿Por qué me han enyesado? ¿Por qué a mí no me han atado? Hasta casi pareciera que intentan protegerme ¡ja! De no ser porque sé quiénes son todos estos miserables, creería que ellos son los buenos.

Sentada en la cama, dos tipos me tienen sujeta de las manos y otros dos me atan las piernas a los bordes de la cama, pero me siento demasiado



absorta ahora mismo como para defenderme. Miro a mi alrededor en busca de lo que quiero pero, en verdad, nada de lo que hay aquí dentro es de mi interés: solo el doctor loco y un montón de matones uniformados. ¿Y Theo? Lo escuché, juro que lo escuché, ¡¿dónde diablos se han llevado a Theodore?!

Las paredes están empapeladas de blanco, el suelo es de mármol del mismo color y, frente a mí, se encuentra un enorme espejo rectangular al que Jeffrey se dirigió un rato antes.

Escuché hablar de estos lugares antes; los llaman Cámara Gesell. Se supone que al otro lado del vidrio espejado se encuentra un montón de personas observando; ellos nos pueden escuchar pero nosotros a ellos solo cuando lo deseen y activen los micrófonos. Recién Beth tenía activado el suyo, cuando Theo gimió logrando que yo lo percibiera. Lo tienen del otro lado.

—¡¿Qué quieres?! —la reto mirando directamente al punto medio en el vidrio.

—Vaya, vaya, eres muy audaz —gracias a este nuevo dato percibo que la voz proviene desde un parlante situado en la esquina de la parte superior de la sala—. Te metes aquí, llegas hasta las profundidades de mi propia casa, pones unas cuantas bombas con tus amigos y hasta te preocupas por ellos. Además de que fingiste estar inconsciente para luego intentar ahogar a uno de mis hombres preferidos en este enorme cerebro subterráneo.

¿Cerebro subterráneo?

Creo que alguna vez Evans me habló de algo así. La Base de Datos. Se supone que es un centro de información, de todo lo que se necesita saber para sostener las cuerdas de un poderío escalofriante.

Al parecer ¿resultó una obviedad escondida bajo nuestros pies? En caso de que eso sea posible, es porque la ansiada Base de Datos está aquí. No solo eso, sino que es...

¡ES ELLA!

¡BETH FOLLETH ES LA BASE DE DATOS!

Por un momento me la imagino como una horrible computadora de alta tecnología, lo cual es estúpido. Ninguna máquina tiene la crueldad y el odio que una persona sí; una persona como ella y como cada uno de los que la ayudan a sostener una práctica monstruosa a espaldas del mundo entero.

Ella dirige Bad Boys, ella manipula la información que desea que se sepa y la que no, ella es quien ha matado a mis amigos, es quien nos ha

herido, es quien mató a mi padre, quien enloqueció a Kylie, quien asesinó a Austin, el hermano de Theo; ella es la culpable de sus pesadillas, de su dolor, de su infancia aterradora.

—Al parecer —continúa—, eran ciertos todos los rumores: tú eres la hija de Ethan, ¿verdad?

No le contesto. Solo miro el vidrio fijamente, como si mis pupilas pudiesen tener el poder de romperlo y arrojarme al otro extremo para luego asesinarla. Por algún motivo, ahora mismo no me importaría ensuciarme las manos si una lacra como ella es eliminada del mapa.

No me importaría en absoluto.

Atar cabos me hace sentir un odio repugnante, que va cediendo lugar al dolor tras ser consciente de que la culpable de tanto caos está personificada delante de mis ojos y no soy capaz siquiera de verla o de moverme. Y lo que es peor: puede que conozca más de mí que yo misma...

—Al parecer te comieron la lengua los ratones. ¿Y si mejor nos cuentas un poco acerca de tu vida? ¿O acerca de los motivos que te trajeron aquí o que te hicieron darle vuelta la cabeza a mis chicos de la Bad House? Fue algo muy, muy feo lo que has hecho y no estoy dispuesta a cambiar de posición.

A continuación, sucede algo que impacta en mi visión: el vidrio espejado va perdiendo su capacidad de reflejar, como un vidrio que se desempaña y observo atentamente...

Ahí está ella.

Es tal como la foto que nos mostró Tachas: una mujer delgada, de facciones afiladas, ojos color café, cabello tirante recogido en un rodete, labios finos marcando una media sonrisa.

—¿Y bien? —insiste mirando por encima de un hombro.

Va vestida con un atuendo negro ceñido, que le marca la cintura. El cuello está cubierto por un trozo de encaje. La tela cubre cada centímetro de su piel, dejando solo su rostro visible. Sus manos están cerradas tras de sí, lo cual también me hace preguntar si esconde algo o si es solo una pose que, combinada con su pecho en alto, utiliza para infundir temor en los demás.

A continuación, observo en la misma dirección que ella está mirando: a sus espaldas. Me está señalando que...

... tras ella están todos.

Seis grandes equis de madera. Seis monstruosas estructuras sostienen a mis amigos.

Derek, Audrey, Charlie, Carl, Tachas y Theo. Todos en ese orden, atados y maniatados, con los rostros cargados de dolor; algunos entregados ya, como Charlie, o furiosos, como Theo y Audrey.

A su vez, Beth está rodeada por otro par de doctores uniformados, tres guardianes, y en un lateral diviso incluso dos sillas: allí está Evans sentado con un tipo a su lado apuntándole con una de las ballestas. Lleva un corte al costado de una oreja, con sangre seca, que evidencia que lo han atrapado y derribado en seco; eso sí me hubiera resultado interesante ver. En total son cuatro guardias. Me pregunto qué habrá sucedido con May.

La mujer que me enfrenta se inclina hacia un micrófono tras el vidrio y ordena:

—Jeff y el resto: salgan de allí. No es necesario que continúen dentro.

De inmediato, todos responden a su voz monocorde y me sueltan. Al mismo tiempo, sigo atónita mirando a mis amigos del otro lado.

Apenas me dejan sola, me suelto de los pies, donde me han atado a la cama; al parecer, no fue una soga muy buena. Después de todo, el cuarto con sus queridos juguetes de tortura se encuentra ahora mismo tapado de escombros; seguro han perdido sus mejores municiones en esas cuatro paredes que ahora solo son trozos de concreto.

Ya libre (o en la medida que la palabra puede tener validez), corro hasta el vidrio y me agolpo justo donde da con el lugar donde yace Theo en su cruz.

Sus ojos están cubiertos de lágrimas, tiene rasguños en el rostro, un moretón en el pómulo y una cinta plateada que le cubre la boca, al igual que al resto de los chicos, sin dejarlo hablar.

De repente sus ojos grises vuelven a evidenciar el dolor de su niñez. Vuelve el muchacho herido, vulnerable y cargado de odio que conocí, y no el Theo dulce que decide darle una segunda oportunidad al amor, en el que se convirtió en los últimos meses.

El lobo no puede ser el ángel cuando las heridas siguen sangrando.

Sus ojos me duelen en el alma.

Theo...

## TRACY

Beth camina y sus tacos de aguja repiquetean en el bonito suelo de mármol reluciente.

Me sorprende ver que, adonde ella se dirige, no es a mí sino a Carl.

La mujer tiene un revólver en la mano derecha, que levanta y coloca en la sien de mi amigo. El corazón me sube a la garganta al verlo amenazado, en el mismo instante en que reconozco ese revólver: es de Theo. Me lo quitaron a mí. Nos han desarmado a todos.

—Carl... —dejo escapar su nombre en un jadeo sin aliento—. ¡CARL!  
¡NO LO TOQUES! ¡¡NO LE HAGAS NADA!!

—Empieza a hablar —ordena Beth. Su micrófono está activado—.  
Empieza a hablar o verás morir a tus amigos uno por uno.

## THEO

**Años atrás**

Correccional de menores de Iconic Valley.

Como si el nombre de «correccional» significase que pudieran corregir una mierda. Pero ¿qué clase de hierba fuman los políticos que les ponen nombres a sus instituciones? Quizá la misma que venden (o mandan a vender) y estúpidos como yo compramos a otros que no les pasan su «comisión».

Me atraparon con hierba en la calle y, de haber tenido dieciocho, me hubiesen enviado a una celda hasta que mi padre pagara la fianza.

Convengamos que una nueva mancha a mi vida en declive no haría un cambio radical. Desde la muerte de Austin, le quitaron la patria potestad a mi madre, pero el donador de esperma que puso la semilla para que yo naciera tampoco hizo mucho por intentar darme una buena crianza.

Sé que no soy un chico fácil; sé que nunca lo fui y posiblemente jamás lo sea... pero, si le das regalos caros a un chico complicado solo para ganarte su cariño, estás muy equivocado. Peor aún si hiciste de su infancia una verdadera y real mierda.

El patio de la «Correccional» es como un montón de cemento donde el sol calienta el suelo sin piedad y otros chicos intercambian cuchillos en las esquinas, mientras policías y psicólogos deambulan como adoptantes en una perrera, y eligen al animal más raro para llevarse, o nos observan como ratas de laboratorio contagiadas de rabia que sirven para experimentar sus reacciones en el encierro. Si la opción acertada es la última, tengo una noticia: que no se hagan muchas ilusiones. Cuando intentas «recuperar» a un chico segregándolo un tiempo, créeme que, cuando lo devuelvas a la calle, nada en él habrá cambiado. Al contrario: su mundo se convertirá en algo aun peor. Dicen que los que salen de aquí, muchas de sus familias se niegan a recibirlos nuevamente; vamos, es evidente que nadie se cree la parte de «correccional». Una vida entera no se corrige. No así.

En este sitio solo hay unos pocos árboles que circundan las oficinas y las habitaciones donde dormimos diez aunque solo caben tres. Convengamos que la falta de vegetación no sirve de ayuda al calor abrasador de agosto, pero ellos se jactan de que en este lugar hay «unos hermosos espacios verdes».

Camino mirando las caras de los tipos aquí presentes e imagino lo peligroso que sería una chica entre este montón de matones. El punto que diferencia una cárcel para menores de una de adultos es que a la de los primeros se la llama «correccional», ya que simulan tener la esperanza de recuperar a unos chicos. Lo que te hace irrecuperable es que tengas dieciocho años, y ya, ¡por supuesto! Como si la edad dijese algo en absoluto.

Entonces, veo a lo lejos que un grupo de matones se acerca a un chico delgado que tendrá quince, más o menos mi edad, quien parece estar cortando trozos de cuero con sus manos.

Los matones miden por lo menos medio metro más que él y lo empiezan a provocar. ¿Qué les pasa? ¿No pueden simplemente dejarlo en paz? Es uno

de los pocos aquí que no se mete con nadie y la vida en este sitio es tan aburrida que quizá hacer algo por esa mosca muerta me haga sentir un poco heroico y un poco divertido.

Como para matar el tiempo.

Así que camino en dirección a ellos. Lo extraño es que, mientras me muevo, a mitad del patio de concreto percibo el peso de una mirada desde alguno de mis costados. Y no me equivoco.

Quizá sea porque me he acostumbrado a andar toda la vida escapando de un lugar a otro, para poder conseguir un poco de hierba, alcohol o lo que sea, pero lo cierto es que la práctica me ha enseñado que, cuando alguien te mira, lo sientes aunque no sepas de dónde proviene esa presencia acusadora.

Me detengo a mitad del patio y encuentro a mi derecha, bajo uno de los árboles, a una mujer que tiene sus ojos clavados en mí.

¿Qué diablos le ocurre? Está vestida de negro con un atuendo de mangas largas y el cuello cubierto. Hay gente que frente a estos calores infernales prefiere vestirse lo más que puede, con tal de no quemarse o de que el sol pueda hacerle mal, pero yo no me partiría de calor usando mangas largas o cuello de encaje. Menos aún usar un rodete tan feo como ese. ¿Sabe que ese tipo de peinados se dejaron de usar al menos un siglo atrás? Y no es que la moda me interese, para nada, sino que esa tipa se parece a las que yacen en los libros de Historia.

Pienso que quizá es una de las directoras o esposa del rector en este sitio. Quienquiera que sea, ya me cae mal por sus estúpidos aires de grandeza con los que me mira, a mí y al chico que yace bajo los empujones del grupo de matones. Demonios, por un momento había olvidado adónde iba.

Sigo mi camino ignorando a la tipeja, hasta llegar al grupete de idiotas.

—Hey, hey, ya pueden dejar de molestar al chico —digo metiéndome entre ellos y el delgaducho, que está sentado en el suelo. Seguramente lo sentaron de un empujón.

—¿Perdona?

Uno de los matones me enfrenta. Tiene casi la misma altura que yo pero es un poco más regordete y tiene la cara atravesada por aros y cicatrices. ¿Acaso esta gente no sabe lo horrible que les queda tener la cara atravesada por esos trozos de metal? A algunos les queda bien, pero a muchos otros no. Me gusta sobre todo cuando las chicas tienen *piercings* lindos en el labio, los pezones o la nariz, no cuando este puerco que tengo delante se atraviesa

la ceja, la boca, la lengua, el rostro y las orejas por alambres baratos que le debe haber sacado a algún desgraciado en este centro de detención.

—Que no molestes al chico —sentencio sacando pecho y sin achicarme frente al puerco.

Este se vuelve a sus amigos dando risotadas.

—¡¿Escucharon?! ¡Este se piensa que no podemos hacer lo que queramos aquí! —luego se vuelve a mí—. Somos los malditos dueños de este lugar, tú no nos puedes decir lo que podemos hacer.

—¿Los dueños? —lo miro de arriba abajo. Va vestido con el uniforme de la institución: un horrible pijama color verde vómito, al igual que el de todos nosotros—. Yo diría que eres otro malnacido más de los que caímos en esta mierda.

Sus amigos dan risotadas y el chanchito me empuja con su pecho, pero no me muevo de mi lugar, lo cual solo lo hace rebotar.

—¡¿Te crees que puedes decirme lo que mis amigos o yo podemos hacer?! ¡Yo que tú sería más inteligente y...!

—¿Inteligente? —lo provoca el chico al que estaban matoneando—. Si lo fueras, buscarías un modo de salir de aquí y no regresar nunca.

Su tono cargado de sarcasmo envuelve una verdad que a todos nos llega y no hace más que hacerme reír.

Entonces, un amigo del puerco se adelanta hasta quedar de frente al chico en el suelo. Este último es flacucho, tiene cabello negro, ojos marrones y los dientes separados. Veo que intenta esconder bajo sus piernas los trozos de cuero y el montón de tachas. Creo que ha estado tratando de darle un toque «personal» a su pijama, lo cual confirmo al ver que realmente lo ha hecho en las mangas. Que cada quien se vista como quiera vestirse.

—No lo toques —le ordeno al que se adelantó—. Déjalo en paz.

—¿O qué? —me provoca haciendo que mi sangre golpee con fuerza las venas de mi cuello.

—¡Hey, qué está ocurriendo ahí!

Uno de los policías nos ve y llama la atención desde lejos. Estos idiotas, ya los he visto primero mofarse de las peleas y luego intervenir. No me extraña que recién ahora dé un grito.

—Mejor vámonos —dice otro de los matones y lo reconozco. Lo he visto hoy a la hora del almuerzo. Me ofreció sus verduras diciendo que no

le gustaban y le di el trozo de carne que tenía servido en mi plato—. Antes de que nos metamos en problemas.

Durante un momento nuestras miradas se cruzan y el silencio basta para agradecerlo. No quiere problemas. Por eso está metido en ese grupo, solo busca hacerse respetar. Me pregunto cómo es que se ganó la cicatriz que tiene atravesada de punta a punta en su cara.

—¡Sepárense! —ordena otro de los guardias desde más cerca.

—Y dale lo que le quitaste —miro al puerco, que tiene algo en sus manos. La voz no me tiembla ni un segundo.

—Dáselo y vamos. No nos sirven un montón de tachas —le dice el chico de la cicatriz a su «amigo».

Finalmente este arroja las tachas al suelo y se van arrojando miradas asesinas.

Ayudo al chico de dientes separados a levantarse, y empieza a contar las pulseras de cuero.

—Te meterás en problemas por mi culpa —dice.

—Estoy metido en problemas desde que fui concebido.

Él ríe.

—¿Tienes alguna clase de fetiche? —le digo al escudriñar las pulseras de cuero.

—Algo así —me da una con grandes tachas clavadas—. A ver, póntela y me masturbo mientras te observo.

Frunzo el entrecejo y me debato entre si debería partirle la nariz, que los otros no tocaron, o bien si sería mejor dejarlo así e irme sin más, pero finalmente el chico se parte de risa y extiende su mano libre:

—Soy Jacob —se presenta—. Y gracias por sacarme a esos alambres vivientes de encima.

Al parecer, él también ha notado que a los tipos no les queda nada bien los *piercings*.

—Theo —le digo aún dudando de él.

Pero, al estrecharle la mano, noto que tiene arremangado el pijama, evidenciando en su antebrazo el tatuaje de un triángulo invertido.



## THEO

### En la actualidad

Yo sabía que la reconocía de algún lado o que al menos una vez en mi vida la había visto.

Beth Folleth.

Si me la hubiesen mencionado en otras circunstancias me hubiese imaginado a una actriz porno, y no a una tipa a la que le gusta dar órdenes y dirigir a un montón de enfermos asesinos como ella.

Aunque he visto en cierta ocasión un video casero con esas características, pero no es el punto.

Cuando la vi en la foto no pude identificarla pero el tenerla ahora de frente me ha hecho recordar el día en que la vi por primera vez en la vieja correccional de Iconic; está mucho más vieja que en la foto que Evans le dio a Tachas, pero idéntica a la de aquella ocasión. Hay una diferencia de tiempo entre una imagen y la otra pero ¿qué demonios estaba haciendo ella en ese lugar?

Lo peor de todo es que no se lo puedo preguntar y son tantas las cosas que se me cruzan por la cabeza. Sobre todo al verla amenazando a Carl como si él le hubiese hecho algo.

Está bien, podría torturarla primero para hacerle alguna pregunta y luego torturarla sin piedad hasta que la borremos del mapa. Pero todos estos pensamientos son solo parte del millón que se me cruzan ahora mismo, cuando tantas vidas penden de un hilo demasiado fino.

No entiendo qué quiere de nosotros, mucho menos de Tracy, pero lo cierto es que esta mujer no nos dejará con vida a todos. No por las buenas, al menos.

—Empieza a hablar —le dice a Tracy; debe ser demasiado suicida como para darle órdenes delante de mí—. O verás morir a tus amigos uno por uno.

La ira hierve en mi interior pero estoy amarrado, amordazado, sin armas y con un agotamiento tremendo, que casi no recuerdo cuándo fue la última vez que pude descansar.

Miro a Tracy y durante un segundo se cruza conmigo, pero luego corre su mirada.

Ojalá pudiera ayudarla.

Ojalá pudiera estar en su lugar, hacer algo, inventar el maldito modo de sacarnos a todos los buenos de este agujero bajo tierra.

—Bien —cede dirigiéndose a Beth—. Te diré todo lo que necesites pero no les hagas nada a mis amigos. Te diré lo que necesitas, mátame si quieres pero a ellos no los toques, por favor.

«¿Mátame si quieres?». ¡¿TE VOLVISTE LOCA?!

Entonces la mujer quita su arma de Carl, que ya empieza a sudar la gota gorda.

—¿Qué? Yo no los voy a tocar.

E intercambia una mirada con uno de los guardianes a mi derecha. Este me da un puñetazo en las costillas, dejándome sin aliento.

—No seré yo quien los toque —reafirma Beth desafiante y camina hasta Tracy, colocándose frente a frente, estando separadas solo por el vidrio—. ¡No me ensuciaría las manos! Pero que te quede claro que quien pone las reglas soy yo. Si me vuelves a hablar en ese tono, les volaré la cabeza a todos ellos, incluyéndote a ti, pequeña zorra. ¿Me has entendido?

## 88

### TRACY

Sus gritos no logran intimidarme. Quizás en otra situación hubiera logrado hacerme temblar, pero ahora mismo no le tengo miedo. Que levante la voz no es una amenaza para mí; solo se jacta de estar al otro lado de un vidrio blindado.

Lo que debo admitir es que sí temo con todo mi ser perder a Theo... o a cualquiera de los chicos.

—Sí. Tracy Smith, la hija de Ethan, aunque no lleve su apellido —señalo respondiendo a las preguntas que anteriormente me hizo—. Pero si me lo hubieses preguntado tiempo atrás, no podría haber respondido quién era mi padre —ella parece sorprenderse—. Y tienes razón respecto al otro punto: ellos son mis amigos y las bombas, nuestras, pero la última que detonó no lo era, ni sabemos de dónde vino. Hasta creería que ustedes lo hicieron para

atraparnos, pero veo que no son ni la mitad de inteligentes de lo que esperaba.

A continuación mira a Evans, quien no está amordazado pero sí atado de pies y manos en la silla.

—No puedo creer esta novela familiar —Beth ríe—. ¿Te escondieron quién era tu padre o te negabas a saber de qué clase de personas venías?

Mi silencio le da la razón.

—Veo que ya empezamos a entendernos —añade harta de esperar respuesta por mi parte a sus provocaciones infantiles. Camina de un lado al otro, esta vez más tranquila—. Confieso que ahora entiendo por qué a este tipo lo encontramos aparte, metido nada menos que en mi despacho —mira con furia a Evans y luego se dirige a mí—. Él activó las bombas, ¿verdad?

—Supongo —le digo pensando en Kylie. ¿Adónde se fue? Que yo sepa no se llevó ninguna de las bombas, sino armas, pero no está aquí ahora. ¿Habrá escapado?

—¿Supones? —Beth levanta su brazo y apunta a Charlie—. Sí o no. No me gustan los puntos intermedios ni las respuestas ambiguas, Smith.

«Estás de un lado o del otro». La voz de Theo resuena en mi cabeza como en los viejos tiempos en que resultaba para mí tan atractivo como amenazante. Hoy todo es diferente.

—S... sí —respondo tratando de no evidenciar el miedo—. Sí, fue él. Venía con nosotros, pero nos traicionó e intentó matarnos, al igual que a ustedes, pero no lo consiguió.

—Wao —murmura Beth.

—Está mintiendo —reacciona Evans sorprendiéndonos—. Está mintiendo. Yo solo intenté escapar. ¡Nunca podría haber venido con ustedes! —se vuelve a la mujer—. Este montón de adolescentes jamás podría terminar con Bad Boys si es lo que querían. Yo solo... traté de protegerme y hacer lo correcto. Solo son unos pandilleros que buscan rebelarse o llamar la atención, no piensan bien. Si tuvieran dos dedos de frente no habrían hecho lo que hicieron, ni esta niña estaría mintiendo como lo hace ahora, ¡tratando de incriminarme!

Lo miro cargada de odio e indignación.

Beth lo mira y lleva su arma hasta su cuello, alejándolo por fin de mi amigo.

—Yo no te he autorizado a hablar, sabandija mugrosa —le dice—. Pero es interesante lo que cuentas. —A continuación se vuelve a mí—: ¿Tú que

tienes para agregar?

Tengo para agregar que este imbécil merece el infierno. ¡Ni él es capaz de creer lo que dice!

—Él quería matarte, pero no estaba solo —intento mantener la cordura —. Venía con una doctora de la IVU llamada May.

—¿May?

—Sí.

—¿May, la de Glorious? —al parecer, Beth la conoce.

—Ella misma... Pero le rompí la nariz y escapó. No he vuelto a saber de ella.

A continuación se vuelve a Evans.

—¿Dónde está esa mujer? —le pregunta.

Pero Evans sigue con sus mentiras:

—¡No tengo idea de quién están hablan...!

Y se silencia.

Se silencia por el sonido atronador de un disparo...

... un disparo que le da en el medio de la frente, ensuciando la pared a sus espaldas y al guardián que está a su lado.

El disparo provino del revólver que sostiene Beth, quien me mira sonriente. ¡Es una sádica! ¡Acaba de matar a Evans y ahora está riendo!

Lo disfruta. Nunca había visto a una mujer tan psicópata, ni siquiera en películas. Es una película de terror en vivo y en directo. Es un verdadero baño de sangre.

—Una pena la pérdida de ese hombre —declara Beth mirándome. Una gota de sangre ha saltado a la parte superior de su labio; lo relame dejándome helada—. Era un profe muy sexy... Pero yo sé cuándo una persona está mintiendo y tú vas a decirme la verdad, Tracy Smith. ¿No es así?

—Voy a... voy a decirte la verdad.

Trago saliva.

Después de todo, solo se trata de decirle lo que quiere escuchar. Al fin y al cabo, tiene sus ventajas el hecho de nunca haber aprendido a mentir. Es evidente que ni siquiera mamá se tragó jamás ninguna de mis excusas.

—Bien —Beth sonríe pero su gesto no expresa en absoluto amabilidad—. Podrías comenzar contándome un poco acerca de Theodore Landon. ¿Cómo lo conociste? Tengo entendido que les ordenaste a este y a otro par —da un ligero vistazo a Tachas— volverse en contra de nosotros y liberar a uno de nuestros prisioneros.

—¿Obligar, yo? —pregunto a modo retórico—. No, no, yo jamás obligué algo parecido.

—Pues esa información es la que tengo, aunque creo que ya aprendiste que no soy una persona que se caracterice por confiar en los demás.

—Yo solo intenté ser parte de la vida de Theo, de Tachas. Todos ellos son mis amigos, los amo, son la familia que yo elegí —*¡mierda, no puedes simplemente dejar de parecer tan débil!*—, jamás intentaría poner sus vidas en peligro ni nada que se le parezca.

—Me alegra escucharlo, pero es tarde. Si en verdad no querías poner sus vidas en peligro hubieses evitado que vinieran aquí.

Tiene razón, pero era un mal que debíamos enfrentar todos.

—Por suerte —prosigue—, todos esos inútiles ya no están. ¿Supongo que a ellos buscaban hacer explotar?

En realidad, a quienes buscábamos, hasta que Evans corroboró lo contrario, era a...

—¿Los jefes?

—¡Ja! De jefes solo llevaban el nombre. Esos eran solo un montón de inútiles a quienes se les daba un poco de poder para que viviesen bien y mandaran a algunos, nada más. No es a ellos a quienes necesito.

Me examina. Sus penetrantes ojos me dejan absorta y, a la vez, me intimidan demasiado.

—Se nos termina el tiempo, ya he perdido demasiado con todos estos inútiles y, después de todo, he podido confirmar lo que quería: eres una persona honesta, maleable pero con ideales precisos a los cuales puedes rendir una fidedigna labor. No necesito que ningún hombre me acompañe en esta tarea, yo puedo sola. Aunque a veces fue necesario delegar responsabilidades, no puedo poner en riesgo el grandioso equipo que me ha legado mi linaje.

De pronto me pregunto cuántas generaciones escondidas de Folleth han estado a cargo de semejante legión.

—Tracy Smith, mira hasta dónde has llegado. Tenías que ser simplemente una más luego de un historial de desertores como tu madre, Roxan Smith. Ya sabías que ella fue una de los nuestros, ¿verdad?

Asiento.

—Pues se fue. Como una traidora. No la necesitaba de nuestro lado. Y si no la maté fue solo porque se nos perdió de vista; vivió escapando, al igual que tu padre, pero a ese logramos seguirle el rastro, hasta que uno de nuestros más fieles chicos se encargó de él —mira a Theo—. Aunque quitaré lo de «fiel». Ahora mira dónde estás, idiota, ¡lo pudiste haber tenido todo!

Beth sigue caminando y aún no puedo creer la dirección en que está llevando la conversación.

Todo es solo para realizar un pedido.

Una propuesta.

—Tracy Smith —se vuelve a mí—. Te necesito de nuestro lado. Eres el señuelo perfecto y podrías convertirte en un gran ícono del poder si tan solo... Si tan solo te unes a mi equipo. Eres inteligente, audaz y sincera. A ti no podía dejarte morir con facilidad. Les he seguido el rastro a todos pero, sin duda, eres la elegida...

Sus ojos se clavan en los míos.

—Tracy, tú eres de los nuestros. Cruza esa puerta y ven de nuestro lado.

## 90

### TRACY

Es poder. Es manipulación. Es una sociedad secreta. Es lo que yo quiera, cuando yo lo quiera. Y es... salvarles la vida a ellos.

A mi novio, a mis amigos, a mi familia.

Pero, ¿realmente Beth me quiere de su lado? ¿Y si todo es una trampa? Miro lo que yace a mi alrededor y compruebo que no. En verdad esto es algo que venía planeando desde hace tiempo.

Me pregunto de qué modo logró observarnos... Los grandes líderes políticos utilizan títeres visibles para no ser blancos fáciles y mueven los hilos de las marionetas a su gusto. Ella es la cabeza detrás de todo esto, quien ha decidido este tiempo qué hacer, de qué modo, y aun así, sin tener que dar la cara. Ahora, yo misma puedo ser parte de su equipo.

Para que un líder caiga y suba otro, se necesita que el nuevo sea mucho más feroz que el anterior. Y yo creo que podría lograrlo si tan solo... respondiese con una afirmación a lo que me pide.

La miro y espera con enorme expectativa una respuesta. Así que voy adonde me ha señalado y alguien destraba la puerta. Descubro así que uno de sus guardias ha venido para acompañarme hasta la sala donde están mis amigos. Percibo el aire viciado del lugar y pasar junto a Theo me parte el corazón.

«Aguarda», le pido en pensamientos mientras me sostiene la mirada con sus dolidos ojos grises. «Aguarda, amor». «Yo te sacaré de aquí».

—Sí —musita Beth al tenerme delante, frente a frente—. Eso es, querida. Tú eres una Bad Girl. Siempre lo fuiste. Y ahora te puedes convertir en una dirigente, estando a mi altura.

A continuación se adelanta y queda a escasos centímetros de mí.

—Tuve que matarlos —declara—, tuve que matar a esos «jefes» que no sabían nada. Necesito a una persona como tú de mi lado, ¿comprendes?

Afirmo.

—Comprendo —mi voz no tiembla en absoluto.

—Solo... —me pasa el revólver y esto pone en alerta a cada uno de los que están en la cámara subterránea—, solo necesito que me demuestres esa valentía única.

Sostengo el frío revólver en mis manos. Creo saber cómo se dispara uno de estos... Stefano...

A continuación, Beth mira a mis amigos de uno en uno, se detiene en Carl y mi corazón se paraliza durante un segundo interminable.

—No —jadeo.

—Sí, querida.

Beth se acerca y todos los guardias levantan sus armas apuntándome como si fuese a dispararle a la mujer que me promete tanto poder, tantas oportunidades. Me apuntan como si fuese tan estúpida de dejar pasar el gran momento de mi vida, que jamás volverá a repetirse.

—Puedes salvarles la vida a ellos, pero sería en vano —continúa y mis ojos, llenos de lágrimas, me recuerdan el semblante destrozado de Audrey. Entiendo por qué ella está así: mataron a los jefes.

Mataron a su padre.

—Me prometiste que ellos se salvarían —le digo mascullando con fuerza las palabras.

—Ahora los puedes salvar y eso lo puedo jurar. Tracy Smith, mira lo que tienes aquí, un montón de inútiles, un montón de traidores que solo buscan hacerte daño, que no sirven a tu causa. Tú no naciste para estar con estas personas, ¡tú estás para algo mucho más grande!

Observo a Carl. A Tachas. A Derek. A Charlie. A Audrey. Y a... Theo. Para luego volver a Beth.

—Tienes que matar a uno —prosigue y empiezo a pensar cuál de todas sus vidas escogería salvar y cuál no—. Y yo solo te estoy dando la opción de ahorrarte trabajo al ayudarte a elegir quién menos podría servir a tu causa. A *nuestra* causa.

—Pero yo no...

—Shhhh, Tracy. No lo pienses. No lo pongas en palabras. Solo hazlo.

Coloca sus huesudas manos sobre las mías, que sostienen el arma, y se incorpora a mi lado apuntando directo a Carl.

Él me mira con ojos de perro herido, desesperado, suplicándome en pensamientos que no lo haga.

Pero es una vida.

Es una vida a cambio de la de los demás.

—P... por qué —murmuro—, por qué a él.

—¿No lo ves? —dice a mi oído—. Es el más débil, el más llorón, el más cobarde. No merece ir de nuestro lado. No merece siquiera vivir. ¿Ya te comenté qué asco me dan los indecisos, los que no tienen las agallas suficientes como para saber de qué lado están?

Me tiembla la mandíbula y el vello de la nuca se me eriza cuando acerca sus labios a mi oreja derecha, tanto que la roza mientras habla:

—A la cuenta de tres. Cuenta conmigo y no lo pienses más, solo presiona el gatillo y todo habrá sido historia pasada.

—Pero yo...

—Recuerda que tienes un montón de guardias apuntando directo a tu cabeza.

Trago saliva.



—Y luego serán las cabezas de todos ellos —continúa y mis brazos se tensan mientras quito el seguro del arma para que salga el disparo—. Eso es...

Todos me miran atónitos.

Carl intenta gritar por debajo de la mordaza, pero no lo logra.

—Uno...

Beth cuenta y mi corazón late con fuerza.

—Dos...

Es ahora o nunca. Es ahora o nunca. La oportunidad de salvar a Theo. Es su vida por la de Carl.

—Tres.

Tachas... espero que me perdone.

—¡¡HAZLO!!

## 91

### TRACY

El estruendo nos ensordece mientras todo a mi alrededor se anula en un montón de gritos y disparos.

Clavo mi codo en las costillas de Beth con todas mis fuerzas, corriendo la mira del revólver directo a un guardia y lo derribo de un tiro en el hombro.

Cuando caigo, le siguen el montón de disparos de los guardias que nos rodean a modo de estrella, pero estos no hacen más que atacarse entre ellos por una milésima de segundo de diferencia entre que caemos con Beth al suelo y que ellos presionan los gatillos.

—¡Idiota! —me grita mientras nos debatimos a muerte, forcejeando con el arma. Ella intenta sostener mis brazos para quitármela pero no lo logra.

A continuación, caigo en la cuenta de que el estruendo a nuestras espaldas ha sido otra bomba, pero de poca intensidad.

La puerta acaba de reventar.

Un montón de personas entran y luchan contra los guardias, mientras Beth y yo somos un manojo de puñetazos, rasguños y manotazos, para

resolver cuál de las dos se quedará con el revólver.

Percibo el ruido de cadenas y de cerraduras que se sueltan. Alguien me empuja desde atrás, separándome de Beth, y el cañón de un arma se agolpa en mi sien. Ella corre contra el vidrio, acorralada, mientras doy por seguro que moriré, sin embargo el guardia que me acaba de sujetar cae al suelo.

Miro de costado y me encuentro con que no era ninguno de los guardianes, sino el doctor Jeffrey. Separado de él está el... brazo, que deja caer el arma. ¡SANTÍSIMA MIERDA! ¡ALGUIEN LE HA ARRANCADO EL BRAZO!

El tipo se desgarran en alaridos de dolor mientras su extremidad, cortada justo a la altura del codo, me deja asombrada pero no más de lo que me gustaría, y ya me preocupa que este tipo de cosas no me sensibilicen.

—Qué... de... monios... —mascullo.

Y me encuentro con el cuerpo de una chica que cruza sus piernas alrededor de Jeffrey, que ha caído de narices.

—Kylie —murmuro.

Nunca estuve tan feliz de verla. Es más, nunca me imaginé que estaría feliz de verla.

—Prometí que te haría sufrir antes de matarte.

—¡AAHHH! —el doctor grita desgarrado de dolor mientras la rubia lo acaricia con... CON UN HACHA.

DE DÓNDE DIABLOS SACÓ UN HACHA.

Le roza la espalda hasta llegar a la línea de su trasero y allí se la clava.

—¡AAH! —da un nuevo grito ahogado, perdiendo fuerzas considerablemente, y la rubia ríe con gran entusiasmo. En verdad, con un entusiasmo aterrador, que incluso a mí me deja impresionada.

Poco a poco me voy incorporando para ver a mi alrededor: hay sangre por todas partes, aunque todos mis amigos están siendo liberados.

Incluso distingo a Ophelia, Brandon, Mike y Zach, que llegan detrás y comprendo qué ha sucedido. También las cruces donde tenían a mis amigos colgados están en el suelo, hechas pedazos.

Mi mirada se vuelve a Beth, al tiempo que Henry Landon también se precipita hacia ella.

Sin éxito.

Ninguno de los dos logra alcanzarla, pero... ¿qué hace Henry aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —le dice Beth a Henry, el padre de Theo, sacándonos a todos la pregunta de la boca. Y me sorprende aún más que se

conozcan.

Nos quedamos inmovilizados al caer en la cuenta de que la mujer sostiene una de las ballestas que estaban en el suelo y todo por mi culpa, por dejarla ir.

—Malditos idiotas —prosigue—, no saben cuán equivocados están. ¡Haber entrado aquí ha sido la peor decisión de sus vidas!

—No podía dejar a mis hijos en tus manos. Beth —Henry se mantiene decidido—, en cuanto supe que atacarían este lugar me pidieron auxilio y me mantuve cerca. Solo me arrepiento de no haber escuchado antes mi celular para haberlos socorrido a tiempo.

Beth me apunta con la ballesta.

Me doy cuenta de que Brandon, Zach y Mike entraron desde la escuela y hay un largo camino hasta aquí. Me pregunto si, en caso de haber llegado antes, hubiera sido para mejor o para peor. Pero ¿y Ophelia? ¿Por qué nos está ayudando? A Trevor y a Rebecca los perdimos antes de venir. El primero debe estar en el estadio pidiéndoles a los bomberos que lo devuelvan a su casa, mientras Rebecca seguramente busca protección en su viejo amante, Neo. Solo me pregunto cómo reaccionará al ver que este ahora sale con mi ex mejor amiga, Lottie, desesperada por encontrar aceptación en la persona que sea. A veces me sorprende la poca autoestima de esa chica.

—Yo creía que eras una persona confiable —Beth apunta en mi dirección—, pero te volviste en mi contra, perra astuta. Tienes la audacia, pero te falta el cerebro.

—Baja la puta ballesta.

Tachas afirma una de las metralletas en las costillas de Beth, tomándola desprevenida.

—Yo no te perdonaré la vida —le dice Jacob—, que la bajes y no te lo voy a repetir.

A continuación, cruza una mirada con Theo y luego observa la ballesta. Beth no podrá dispararme; tiene puesto el seguro.

Era verdad después de todo.

Los que tienen la fuerza no tienen el cerebro.

—Tachas, ¡no! —grita Henry.

Pero ya es demasiado tarde.

De inmediato, Tachas le entierra una bala en las costillas a Beth, que intenta disparar la ballesta pero la flecha no sale y cae de rodillas sobre el

cadáver de un guardia.

## 92

TRACY

Llega a doblarse de dolor en el suelo, pero no ha muerto. Por las dudas, no sería buena idea que esta mujer quede con vida en este sitio.

Me apresuro a recoger la ballesta y le quito el seguro.

—¡BASTA! ¡NO LO HAGAN!

Pero qué demonios le ocurre a Henry.

Tachas lo mira cargado de preguntas.

Beth se da la vuelta dificultosamente y con pocas fuerzas le dice a mi amigo:

—No sabía que fueras tan rápido, Jacob...

Él se siente asqueado y cargado de odio, motivado a dispararle pero no lo hace. Empieza a temblar. Hay algo... Hay algo que lo detiene.

—Tú no sabías y nunca has sabido nada de mí —dice Tachas y le escupe a Beth en la cara.

Sin embargo, Henry se alza cargado de ira, como si le hubiese escupido a él:

—¡NO, JACOB! ¡CÓMO TE ATREVES A HACERLE ESO A TU MADRE!

## 93

TRACY

Las palabras nos dejan paralizados. Por un instante, la sangre huye de mi rostro. Me vuelvo al padre de Theo y de Jacob con gran asombro por lo que acaba de decir.

—Retráctate, papá —le dice Tachas sin dejar de apuntar a Beth pero esta vez sus manos tiemblan.

Beth suelta una carcajada y escupe sangre, mientras sus manos también son bañadas de rojo, al tiempo que intenta contener la herida.

—Al parecer nunca le dijiste la verdad —la mujer mira a Henry, que está temblando y debatiéndose en su interior si está con ella o con nosotros. Ahora todo empieza a cerrar en mi cabeza. Eso explica que siempre se haya dicho que Henry Landon «es la mano derecha de los jefes».

En verdad es la mano derecha de Beth; pero ella siempre lo menospreció, pese a que él jamás se movió de su lado.

—¡¡RETRÁCTATE!! —le vuelve a gritar Tachas a su padre.

—Lo siento tanto —murmura, mirándolo—. Yo... Yo siempre... Siempre te quise proteger. A ti y a tu hermano —mira a Theo, a quien descubro a mi lado. Confirмо así que lo primero que hizo apenas lo liberaron fue correr en mi dirección y no lejos de mí.

—¿Los protegías teniéndolos escondidos? —insiste Beth.

—¡Teniéndonos separados! —tercia Theo.

—Mintiéndonos —dice Tachas.

Henry da un paso hacia atrás.

—Espero... espero que alguna vez sepan...

—Engañaste a mi madre —le escupe Theo—. Engañaste a mi madre por acostarte con esta perr...

—¡Hey! —se queja Beth y vuelve a soltar sangre de su boca.

—¡Lo sé! —se disculpa Henry—. Y lo siento. Lo siento tanto. Aunque es por eso mismo que vine ahora. Solo quiero protegerlos...

Theo se adelanta y queda frente a él.

—¡¿Proteger a quién?! —le pregunta cargado de odio.

De muchísimo odio. Jamás pensé que lo vería así.

—Theo... —trato de llamarlo antes de que haga cualquier cosa de la que pueda arrepentirse luego, pero no me escucha. Está encerrado en la ira que invade su interior.

—Protegerlos a los tres —contesta Henry finalmente, y Theo lo tira al suelo de un duro puñetazo en el rostro.

—¡No! —grito.

Beth ríe y Kylie se acerca. Al parecer Jeffrey murió despedazado.

—¡Lo siento! —dice Henry mientras se retuerce en el suelo, llorando a mares—. Lo... siento...

—Todo esto es tu culpa —resopla Tachas perdiendo de vista a Beth y acompañando a su hermano en torturar a su padre, a quien le pateas las costillas y hace que vuelva a gemir de dolor.

—Tú no viniste a proteger a tus hijos —le suelta Theo—. Tú... Tú viniste a protegerla a ella. Viniste a custodiar que destruyamos Bad Boys, pero que no la matemos a ella.

Henry sigue llorando como un bebé golpeado.

—¿Por qué ibas a querer destruir Bad Boys? —pregunta Tachas—. Yo sabía que todo era una farsa. Que en verdad buscabas otra cosa.

—Lo siento —se vuelve a disculpar Henry, aunque todas sus palabras son vacías.

—No lo siente —se queja Audrey—. No lo siente en absoluto. El muy imbécil está mintiendo.

Yo sé que está dolida porque también han asesinado a su padre, pero de nada sirve desquitarse con el padre de Theo y Tachas. Parece que todos buscan comérselo vivo, despedazarlo, como Kylie hizo con Jeffrey.

—Todavía la ama —dejo escapar esas palabras en un susurro.

Que deja a Henry consternado y me da la razón:

—No podía dejar que mates a tu madre —mira a Tachas y luego a Beth—. La amo... La amo...

## 94

### TRACY

—Cuando su padre murió, es decir tu abuelo —le explica Henry a Tachas—, ella ocupó el lugar que tiene en Bad Boys. Es la primera mujer que queda a cargo del puesto. Debería haberlo tomado su hermano mayor, pero murió electrocutado en el ático de su casa.

—Lo mató ella —concluye Theo, y Beth le responde:

—¡Eureka!

¿Lo mató para asumir ese lugar? ¿Siempre fue tan perversa?

—Luego se apartó de mí pero tú ya habías nacido —sigue contándole a Jacob—. Creí que podríamos tener una familia, intentó deshacerse de ti,

pero no se lo permití. Yo solo intenté mantenerte con vida a ti, a Theo, a Margot, a Paris... Y lo logré. No sabía a qué precio sería.

Todo esto tuvo un gran costo, que incluyó la vida de Austin, el hermano de Jacob y Theo.

—Lo que hiciste fue horrible —lo sentencia Tachas, que se está desgarrando por dentro ante tales declaraciones—. Juro... juro que yo siempre quise conocer a mi madre. La odiaba por haberme abandonado, pero una parte de mí siempre la necesitó... Un hijo siempre necesita una madre... O a alguien que ocupe su... maldito lugar...

Su voz se quiebra y no puede más.

Sin embargo descubro que Beth ha empezado a arrastrarse y va directo hasta una de las metralletas en el suelo.

—Ojalá hubiese logrado algo distinto —continúa Henry—. Todo lo que hice fue por amor. Porque los amo.

No hay más tiempo.

Beth acaba de tomar una de las metralletas y todos están absortos escuchando las declaraciones de Henry. Soy la única que ve lo que la mujer hace; a quien tiene más cerca es a Tachas.

No le temblará el pulso...

... así que no lo dudo ni un instante.

—Yo no pedí ser tu madre. Llegaste para arruinarme la vida —sentencia Beth y le apunta a Jacob.

Me apresuro a levantar mi ballesta y dejo que una flecha salga antes que la bala de su arma.

## 95

### TRACY

El suelo se mancha con un chorro de sangre cuando la flecha le atraviesa la cabeza. Arrojo la ballesta al suelo y también caigo de espaldas, aturdida y con dolorosas punzadas de culpa por lo que acabo de hacer. Sin embargo, Theo me sostiene antes de que mi cuerpo dé contra el suelo.

—Le disparé... —musito en shock. Estoy temblando. Estoy helada y... temblando.

—Shhh —musita Theo—. Calma. Hiciste lo correcto, calma, estará todo bien, no te preocupes.

—No, Theo, no entiendes —me exaspero—. Acabo de matarla, le disparé a una mujer. A un ser humano. Soy una persona horrible... Yo nunca quería que esa flecha...

—Calma, Tracy —me mece en sus brazos y miro el cadáver de Beth como si fuese fuego ardiendo a punto de quemarme. Está ahí, en el suelo, con la flecha clavada y...

... de pronto Kylie deja caer el hacha, partiéndole la cabeza en mil pedazos, bañándonos a todos con su sangre.

## 96

### **EXPLOSIÓN SUBTERRÁNEA EN ICONIC DEJA UN CENTENAR DE MUERTOS**

Nuevamente el ojo de la prensa nacional está puesto en Iconic Valley. En la madrugada de hoy, una serie de temblores y terremotos en cadena sucedieron en la superficie de nuestra pequeña ciudad, algo que fue totalmente inesperado debido a que no se trata de una zona sísmica.

En la historia de Iconic no se registró jamás un fenómeno de tales características y en verdad se trató de algo provocado: estallaron bombas bajo tierra. Se dice que fue algo completamente intencional, aunque no hay culpables señalados al respecto.

La policía ha sostenido investigaciones bajo el centro gubernamental, la plaza de Iconic, el cementerio y la escuela, dando finalmente con pasadizos subterráneos tapados de rocas.

Se dice que el Estado ha mantenido escondidos dichos lugares valiéndose de ellos para comercializar drogas, armas y mercancía ilegal; esto aún no ha sido verificado y está siendo investigado a nivel nacional.

De momento se encuentran trabajando máquinas excavadoras para remover las toneladas de roca que se encuentran cubriendo los túneles. Según el jefe de Policía Científica, ya se han encontrado más de cien muertos y no esperan hallar un solo sobreviviente debido a que un fenómeno de tales características no permitiría salir vivo ni al más afortunado.

«Lo que nos ha resultado aún más llamativo», declaró el jefe del cuerpo policial, «es la coincidencia entre todos los cadáveres: hombres uniformados con enormes equipamientos de color rojo y verde que no responden a ninguna organización conocida». Respecto a si llevaban algo que los identifique, solo se puede confirmar que «al parecer, eran fanáticos de



un escudo que consiste en un triángulo invertido con el perfil de un animal rugiendo en su interior. De todas formas, aún quedan pisos más profundos que seguir explorando».

Los medios internacionales tampoco fueron perezosos en este dato ya que se levantaron nuevamente las sospechas de que algo sobrenatural podría estar sucediendo en Iconic Valley. ¿Era esta una organización alienígena que preparaba una manera de gobernar el mundo? ¿O simplemente un montón de personas pertenecientes al crimen organizado?

Desde el programa de TV *Crímenes sin resolver (CSR)* han declarado en su web que lo más fascinante es la coincidencia entre el triángulo invertido y una larga lista de muertes que llevaban dicha insignia marcada en su piel. ¿Serán estas personas encontradas responsables de dichas vidas arrebatadas? Los fanáticos de *CSR* dicen que sí. Las hipótesis más fuertes radican en que los familiares de las víctimas han buscado hasta encontrar a los asesinos, vengándose de la forma más absoluta: reventando todo.

No obstante ha sido algo tan bien calculado que pudieron destrozarse lo que hay bajo nuestros pies sin tocar el sistema de alcantarillado ni tirar abajo ninguna calle, lo cual solo se sostiene como una advertencia para las zonas que pueden haber quedado más vulnerables.

Con tantas preguntas sin responder esto parece ser un acertijo que los más experimentados ya buscan resolver en sus oficinas o casas en todos los rincones del mundo.

Hay gente que prefiere proteger a sus familias y ya está sacando pasajes para irse bien lejos de nuestra ciudad, no obstante otros llegan fascinados con ver al menos algo de lo que aquellos magníficos túneles tienen para revelarnos. Una empresa de recorridos turísticos planea comprar este sitio, limpiarlo y ofrecer visitas guiadas bajo tierra.

¿Tendremos pronto pruebas que confirmen o destruyan las hipótesis? ¿O bien todo quedará en un nuevo expediente de la policía, que contará con un montón de muertos más registrados en nuestras oficinas del Registro Civil? Esperamos tener más detalles pronto, mientras tanto, solo queda hacer nuestras apuestas por las presunciones más cercanas a la verdad... si es que viviremos para conocerla.

Informa: Iconic Noticias

97

TRACY

### **Una semana después...**

Conocí a Theo en una fiesta clandestina. Aunque él a mí... ya me conocía.

Nuestros cuerpos se encontraron por una enorme casualidad y desde entonces nos hemos unido como una fuerza magnética más allá de nuestra propia voluntad.

Él era un chico arrogante, engreído, cruel pero condenadamente sexy; yo era una novata en todo sentido: en las fiestas, en los chicos, en la bebida, en las relaciones, en ser al menos la mitad de sensual de lo que me parecía él.

Lo cierto es que ambos resultamos una combinación que jamás nos esperamos, pero que encendió un deseo escondido desde siempre.

Cuándo me iba a imaginar que este Adonis de metro noventa, brazos fibrosos y pectorales marcados iba a fijarse en mí. Desde el primer momento sus ojos grises me dejaron embobada, pero también desde ese primer momento empecé a sufrir por que nuestros caminos se hubieran encontrado.

Ahora no puedo creer que este dios griego de piel bronceada se encuentre acostado en mi cama, en la habitación de mi residencia universitaria y yo sentada a su lado, viéndolo dormir, apreciando el modo en que su pecho sube y baja al ritmo de una respiración tranquila que hacía tiempo no nos podíamos permitir.

Son más de las seis de la madrugada pero quiero seguir a su lado. Es cierto que ya debo irme a mi primera clase, tengo examen y he estudiado cuanto mi cabeza experta en divagar me ha permitido, no obstante solo deseo quedarme junto a mi novio para verlo descansar.

De pronto lo veo estirar sus brazos, y se le marcan los bíceps. También el lobo en su cuello y sus pectorales parece despertar junto con sus movimientos. El tatuaje del rosal lleno de espinas que le adorna el abdomen también crece en su trabajo de desperezarse y me quedo hipnotizada mirando las letras chinas de su abdomen hasta esconderse en el pubis bajo el elástico del bóxer blanco que lleva puesto y permite transparentar un poco de la magia (o mejor dicho, de la «Theomagia»).

—Hey —me dice y vuelvo mis ojos a los suyos—, ¿estás desvelada?

Bosteza y le sonrío negando con un meneo de cabeza.

—Son las seis, debería irme a duchar —miro con algo de pena mis apuntes en el escritorio frente a mi cama, donde anoche me quedé estudiando hasta después de medianoche mientras Theo leía. No entiendo, él solo necesita leer para aprobar los exámenes y yo si no tengo marcadores de color, pegatinas, lápices, bolígrafos entre otro millón de cosas, encuentro imposible que se me quede algo.

—¿A qué hora entras a clase?

—A las ocho.

Él abre los ojos despertándose de golpe y me acaricia el antebrazo izquierdo más próximo a sus manos.

—Tenemos dos horas... —ronronea.

—Theo, debo ir a ducharme, guardar mis apuntes, cambiarme y no sé por qué te estoy explicando mi rutina.

Entonces me sujeta con mayor fuerza y me atrae de golpe hacia él.

—No puedo creer que aún haya ciertas cosas que te den vergüenza estando conmigo —susurra y sus labios rozan los míos provocándome un atractivo cosquilleo en mi abdomen.

—Y yo no puedo creer que tú me sigas provocando las mismas cosquillas que siento desde el primer día.

—¿Ah, sí? —pregunta. Tengo puesta su camisa y solo unas bragas. Él mete una mano por debajo de la tela, encontrando mi cintura, que acaricia y me empiezo a mover—. ¿Como el primer día, dices?

Su mano vuelve a mi abdomen y encuentra el hilo de la parte superior de mis bragas, donde comienza a acariciarme el pubis. Inclino la cabeza sobre su cuello, inhalando el delicioso aroma de su piel.

—Me encanta cuando haces eso —declara Theo yendo más abajo con sus dedos.

—¿Ha... hacer qué...? —jadeo.

Y empieza a acariciarme justo ahí... Un estallido de placer se disipa en mi cuerpo justo cuando sus dedos encuentran mi clítoris y me retuerzo sobre sus macizos músculos. A continuación percibo la deliciosa sensación de su miembro presionando contra mí.

—Eso mismo —declara victorioso.

—Podría... podría llegar Phoebe —jadeo en su oído.

—Tú sabes que esa chica no viene a dormir sino hasta las siete.

—Una hora —digo—, queda una hora.

—Tantas cosas se podrían hacer...

—¿La cama no te parece...?

Antes de completar la frase con «demasiado chica», ingresa uno de sus dedos al menos hasta la mitad y suelto un gimoteo cargado de placer y dolor.

—Relájate, nena, déjate ir.

Y ahí empieza. Entra y sale con un dedo. Ya comienzo a humedecerme en su poder, al tiempo que descubre cuándo es el momento preciso para ingresar el segundo y termina por convencerme de que me quite las bragas.

Así lo hago, arrojándola justo sobre mis apuntes de estudio y me coloco sobre él, con las rodillas rodeando su cintura.

—Tengo una vista excelente desde aquí —me dice como quien se posiciona en el extremo más alto de la torre Eiffel.

—Y yo un tacto de maravilla contra mi trasero —declaro. Es que su pene da justo con el punto donde estoy sentada.

—¿Así que ya quieres que te la meta por atrás, eh?

Niego con la cabeza.

Sin darme tiempo a emitir palabra, Theo desliza sus manos por debajo de la camisa que llevo puesta y encuentra mis senos. Los presiona, los acaricia y juguetea con mis pezones mientras me muevo sobre él gimiendo por ese alocado placer.

—Te la quiero meter —dice sin ningún atisbo de decencia; justo como a mí me gusta—. Te la quiero meter por todos los agujeros que tengas. Ahora mismo.

Sus dedos vuelven a mi entrepierna y sigue haciendo de las suyas allí.

—¿Ya viste a la doctora que te recetará anticonceptivos? —me pregunta pero, sin poder concentrarme demasiado en sus palabras, solo alcanzo a articular un defectuoso:

—Ma... ma... Mañana... Ay.

—Mierda —farfulla—. Te la voy a meter y acabaré afuera, ¿sí?

—¿No tienes condones? —le pregunto. Esta vez al menos será con el consentimiento de ambos si no usa profiláctico, no podrá echarme la culpa luego.

—Los dejé en el auto, aunque hay más en mi habitación de la residencia.

—Podríamos...

—No hay tiempo —declara y me quita la camisa. Se sienta en busca de mis labios. Rodea mi cuello hasta cubrir mi boca completa con la suya.

Me embriago de su sabor, recibéndolo, y rodeo sus hombros con mis manos. Me muevo sobre su pene, que juguetea contra mi vagina y él opta por apoderarse de mis piernas, ubicándome justo sobre su glande, que me presiona y capto que está durísimo.

No hay tiempo.

Al pie de la letra.

—Me encanta esta posición —declara—, puedo besarte, puedo sentir tu cuerpo entero y desnudo contra el mío.

—Y yo puedo sentirte completo dentro de mí.

Los dos sabemos muy bien a qué me refiero: esta posición es la más fácil para que entre su pene completo.

—Si hasta me lees el pensamiento —dice mordiéndome el lóbulo de la oreja—. ¿No ves que eres perfecta?

Río, ardiendo de deseo... hasta que lentamente empieza a entrar.

Al comienzo duele, no es más que una ligera molestia inevitable que pronto va dejando lugar a un placer intenso como una explosión; una explosión dentro de mí, y es cuando más necesito a Theo cerca para morderle su hombro mientras mueve su cintura. Y acelera el ritmo.

Entra y sale continuamente.

Mi ansia de él va in crescendo, el calor nos empieza a envolver al tiempo que lo siento con un infernal goce dentro de mí.

—Ay, ay —suelto—, así... ahí... sí...

Saltando por poco sobre él, siento el momento en que acelera su movimiento, haciéndolo más y más duro. Más profundo, más delicioso. Esto es una tortura, pero de mis preferidas: primero dolor, luego un placer enorme que tienes que contener.

—Estás tan... húmeda —dice contra mi rostro y me muerde el labio, mientras no paro de gemir.

—Theo... No creo que lo pueda seguir conteniend...

—Aguanta un poco más.

Sus palabras me toman por sorpresa y en un hábil movimiento me da la vuelta sin siquiera salir de mí. Mi espalda se apoya en la cama, mi cabeza en la almohada y él sostiene sus manos contra el respaldo.

—Así es —dice acomodándose—, abre las piernas.

Y vuelve a hacerlo.

Vuelve a entrar pero, desde ese lugar, es él quien tiene el poder, ejerciéndolo a su antojo mientras me penetra sin piedad y debo morder la almohada para contener los gritos que muero por soltar.

Quiero hacerlo.

Quiero hacerlo... ahora.

—Theo... —le suplico cargada de agitación mientras él lo hace con un salvajismo bestial—. No... no creo que lo pueda... dominar más...

—Entonces hazlo, amor. Ahora sí. Hazlo.

Lo último que registro es el momento en que usa la palabra «amor» para referirse a mí.

De pronto el techo se vuelve un paradisíaco cielo estrellado mientras percibo que el placer me eleva y, luego, el peso de su cuerpo se deja caer extasiado sobre mí, ahora con su pene afuera, mojando ambas las sábanas.

De qué forma se puede renunciar a los placeres de la Tierra cuando te conviertes en una víctima más del gusto por el sexo.

Y de una adicción sin cura por Theo.

## 98

### TRACY

Luego de ducharme, me seco dentro del cubículo y me envuelvo el cabello en otra toalla. Al salir distingo que hay otras chicas hablando sobre tampones, entonces recuerdo cuál es el precio a pagar cuando no vienes a ducharte temprano en una universidad donde todo es compartido. Muero de ansias por el hecho de que Theo encuentre un departamento o algún lugar donde vivamos juntos y no tengamos que depender más de que Phoebe pueda entrar a la habitación o de que las demás puertas de una residencia universitaria sean en verdad unas cuasi habitaciones de motel donde se hacen docenas de bebés al año.

El punto es que, mientras me cepillo los dientes, recuerdo que una de las últimas veces que me vine a duchar y no estaba sola, en verdad, a quien me encontré en este sitio fue a Stefano... Ese chico me derretía con sus tatuajes, me intimidaba de manera monumental, me daba miedo con tan solo escucharle decir dos palabras con su voz ronca; solo lo besé una vez pero fue suficiente como para hacerme una idea de lo buen amante que debía ser. El punto es que él ya no estará para llevar a cabo una vida normal, ya no seguirá con nosotros, como Kylie habrá soñado.

Las imágenes luego de la matanza en Los Túneles han estado asaltando mi cabeza sin dejarme dormir durante mucho tiempo. Aún puedo escuchar la ballesta siendo disparada y el hacha de Kylie injertándose en la cabeza de Beth. Regularmente esta mujer se aparece en mis sueños para recordarme que soy una asesina, que soy igual que cada uno de ellos, que nací para ser una desgraciada y rogar el perdón de Dios ante el acto que he cometido. Me

autoriqué a mí misma acerca de decidir el hecho de dejar vivir o no a alguien pero me quedé sin opciones en cuanto la vida de Theo se vio amenazada. Él estuvo cerca de lo peor y lo salvé; punto que, al recordarlo, contrarresta mi sensación de arrepentimiento por haber matado nada menos que a la... mismísima madre de Tachas.

Pero él no la sentía así. Ella solo vivió unos minutos como para disfrutar de su hijo, tuvo la opción en el instante en que el amor de su vida, Henry Landon, y su hijo Jacob le perdonaron la vida, sin embargo dejó que todo se fuera al diablo al intentar retomar el arma y terminar lo que había empezado. Aún no puedo creer que una mujer sea tan despiadada como para abandonar a su hijo y, más que increíble, resulta imperdonable que lo haya abandonado DOS veces.

Finalmente lo tuvo con ella, él pareció ser indiferente a la carga de culpa que podría haber tenido en ese momento y decidió culpar a su padre, quien siempre estuvo pero no dijo una sola palabra sobre el destino de la mujer. Y no solamente eso, sino reconocer de su propia boca que, en efecto, había sido infiel a la madre de Theo y mientras estuvo con ella seguía amando a Beth, quien optó por darle la espalda y seguir en busca de lo que pretendía desde siempre, desde generaciones atrás: ser ella quien legara el primer puesto del clan Bad Boys. ¿Podría considerarlo una locura viniendo semejante liderazgo de una mujer? Debo admitir que sentí una ráfaga de orgullo feminista durante un segundo, pero luego dio lugar al odio por las cosas que hizo sin piedad alguna.

Al llegar a mi habitación me encuentro con que Theo ya se fue. Tomo mi celular y me encuentro con dos mensajes que abro mientras me quito la toalla y busco la ropa para ponerme. El primer mensaje, de Theo, reza que me esperará para bajar a desayunar, pero si decido no hacerlo, nos veremos luego del día de clases, a lo cual tengo que responder que es la opción más sensata, ya que quiero llegar preparada a mi examen y estudiar en el tiempo que tenga libre durante el transcurso del día. Acordamos encontrarnos para cenar y paso al siguiente mensaje. Es de mamá. Mejor dicho, una llamada perdida suya; pienso varias veces antes de marcar su número y finalmente no lo hago.

Dejo el aparato sobre mi mesita de luz y me visto con una camisa blanca de algodón de mangas cortas y un largo suéter, falda y medias de color claro. Mi sentido por la moda nunca fue el mejor pero me siento más

tranquila al pensar que a esta altura de mi vida hago lo que se me antoja, sin intentar encajar en las expectativas de nadie, de ninguna mirada reprobatoria o aprobatoria. No más Lottie ni más insultos de mi madre. No más la versión despiadada de un Theo cruel incapaz de asimilar sus sentimientos.

Una vez que junto todas mis cosas de estudio, solo quito las sábanas de la cama y las arrojo al suelo, a un rincón, para lavar luego. Entonces, en mi intento por salir mientras llamo a mi madre, me cruzo con Phoebe, cuyo olor a licor casi me derriba.

—Hey —murmura—, nog teg megtas en mi... en mi...

—¿En tu camino? —intento terminar la frase en su lugar.

—Sí, gomo digas, pesha maga...

Y entra dejándose caer en la cama. Creo que morirá de una cirrosis o alguna enfermedad producto del alcohol; dudo mucho que pueda sostener este estilo de vida durante mucho tiempo más. Si me lo pide, no dudaré en ayudarla con el contacto de alguno de los centro de rehabilitación por los cuales Theo ha pasado.

Mientras voy camino a la cafetería para pedir una malteada con mucha cafeína para llevar, finalmente mamá contesta luego de tres intentos. Cada uno de ellos implicó una carga de angustia que no hizo más que ir en aumento al imaginarme que puede haber estado mal o haberle ocurrido algo. No importa cuánto resentimiento haya entre nosotras, siempre será mi madre, y si me necesita ahora con ella, no podría dejar atrás mi costado sobreprotector de la vieja Santa Smith e ir en su ayuda...

—¿Hola? —su voz al otro lado me deja un poco más calmada—. ¿Tracy, eres tú?

Me cuesta responder. No sé qué decirle, recordando las cosas horribles que le dije la última vez que nos vimos. Hasta siento mis mejillas arder, al igual que mis ojos, de solo ser consciente de lo mucho que debe estar sufriendo por su enfermedad y además tener que lidiar con una hija rebelde, cansada de una crianza militarizada.

—Sí... mamá —contesto por fin tratando de que la voz no se me quiebre. Me agolpo contra una de las paredes exteriores de la cafetería y le hablo procurando no pasar vergüenza frente a nadie que pase y pueda verme llorar como una niña—. Aquí estoy. ¿Me... me habías llamado?

—Sí. Disculpa, tal vez estabas estudiando y te interrumpí...



—Ehh... Algo así —en verdad, me duchaba luego de haber tenido un despertar de lo más sucio junto a Theo—. ¿Tú cómo has estado?

Parece que mi interés por su bienestar le asombra debido a un corto suspiro que percibo desde el otro lado.

—Bien. No he estado tan mal pero... te puedo asegurar que en mi vida he estado mucho mejor.

Ambas hacemos silencio y hago un esfuerzo descomunal por tratar de pasar el nudo en mi garganta, pero no lo logro; tengo la angustia atorada en el pecho. Hasta que ella decide romper el silencio, dejándome atónita:

—Hija, lo siento —está llorando. Santo cielo, está llorando—. Lo siento, en verdad. Discúlpame por haber sido así contigo, yo realmente no sé por qué he estado comportándome de esa manera.

Sus palabras salen entre llantos descontrolados que me dejan sin palabras y mis lágrimas caen empapándome las mejillas, al tiempo que mi corazón se despedaza por percibir su sufrimiento.

—Dije muchas cosas que nunca debí haber dicho —prosigue—, tú solo intentabas acompañarme en este difícil momento, pero tenerte conmigo me hacía sentir... no lo sé, la imperiosa necesidad de controlar lo que hacías, lo que eras. Lo que eres. A veces me cuesta caer en la cuenta de que ya te he perdido y nada cambiará eso.

—No, mamá. No. ¡No me has perdido! —exclamo pegada al auricular sin lograr contener las malditas lágrimas, que no dejan de hacerme sentir la peor persona del mundo—. Yo también te dije cosas horribles de las que me arrepentiré siempre, pero supongo que... que ese es el enigma de una relación madre e hija. Creo que no existe persona que no haya peleado jamás con sus padres o con sus hijos. Del mismo modo que en el futuro me tocará estar en tu lugar y discutir con los míos, entonces recordaré todos tus esfuerzos.

Termino con una sonrisa sonora que ella comparte y me deja sorprendida la honestidad de nuestra manera de comunicarnos. Y estamos hablando por teléfono, lo cual es ya un logro grande que no se limita a un «¿Necesitas dinero? ¿Qué calificaciones obtuviste este mes?».

—Algún día tendrás hijos... —murmura—. Y serán esos niños que nunca podré malcriar.

—Mamá, no. No digas eso.

—Solo trato de hacerme una idea, cielo. Es mucho más duro de lo que piensas. Siempre tuve miedo de que fueses una persona parecida a mí, con

muchos errores, con muchas historias que ocultar y de las cuales arrepentirte.

—Pero, mamá, tú...

—Lo sé, lo sé. Siempre me esforcé por parecer una Doña Perfecta a tus ojos, pero era solo para impresionar, cielo. En verdad muero por ver crecer a mis nietos, pero no será así. Y quiero que sepas que siempre voy a estar orgullosa de ti. No importa lo que hagas, no importa... a quién elijas. Te amaré siempre. Eres mi hija y eso ya te convierte en la mejor persona del mundo.

No puede estarme diciendo eso... No puede...

No lo soporto más y me largo a llorar. Corro hasta uno de los baños más próximos y me meto en un cubículo para escucharla mejor.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Mu... muy bien —asimilo.

—Pero... Pero ¡estás llorando!

—Tú también —declaro riendo.

—Pero de felicidad... Como tú.

Y una vez que se nos pasa la risa tonta cargada de alegría, pregunto por fin lo indecible:

—Mamá, ¿en verdad lo dices? ¿Sin importar quienquiera que yo elija?

—Sin importar —señala—. Por cierto... Tengo a alguien delante de mí que quiere recordarte algo.

En cuanto me pasa con él, ya era consciente de que se trataba de Richard.

—Tú la forzaste a decir esas cosas, ¿verdad? —le pregunto divertida.

—Es posible —contesta—. Tracy, ¿recuerdas que pronto será el casamiento de tu madre?

—Por supuesto.

—Queremos que estés aquí el veintitrés de diciembre. No puedes faltar al evento más especial que podríamos tener.

Suelto una risotada.

—¡Por supuesto que ahí estaré! —le aseguro.

—Y... verás, yo me encargué de decirlo porque tu madre quiere que te aclare algo que ella no se anima.

—¿Sí? —pregunto muerta de miedo por que se trate de algo respecto a su enfermedad.

—Tu invitación es para dos personas. Verás...

—Lottie ya no es mi... mejor amiga —le digo con algo de pena, pensando si Phoebe aceptaría acompañarme sin embriagarse a los dos minutos.

—No lo decía por ella.

Mamá le quita el teléfono y dice:

—Creo que será una buena oportunidad para hacer las paces con mi... yerno.

## 99

### TRACY

El cielo se cae a pedazos.

Enormes rocas se desprenden, impactando contra el suelo.

Debo correr y salvar mi vida.

El asfalto bajo mis pies arde, lo cual me precipita aún más, sin embargo la tortura es tal que no vale la pena cuánta prisa tenga; el cielo nunca se detendrá: busca destruirme.

Las casas de mi viejo vecindario donde me crié se alzan a mi alrededor. Busco la casa de los abuelos. Tengo que llegar a ellos antes de que una piedra gigantesca los alcance. El abuelo tiene auto, si llego a tiempo los podría sacar de aquí y así salvarnos a los tres.

Pero ¿y mamá?

Ella seguramente está en nuestra casa de Iconic Valley.

¿Las rocas también cayeron allá?

Sigo corriendo. El corazón me late con fuerza y me resuena en los oídos, sin embargo, esta vez el suelo también se empieza a descomponer en pedacitos de roca diminutos que se deshacen tras mi rastro. Se resquebrajan mientras corro hasta que, a mitad de mi paso, no es más que un poco de asfalto que cae al vacío.

Miro alrededor percatándome de que la destrucción masiva no alcanza a ninguna de las casas. ¿Por qué? ¿Por qué ellos se salvan y esto solo me sucede a mí?

—¡¡AUXILIO!! —pido con desesperación—. ¡¡QUE ALGUIEN ME AYUDE!!

Sin embargo, en mi cabeza empieza a resonar una vocecita repitiendo una y otra vez: Ya viene ella. Ya viene ella. Te estaba esperando...

—¡¡NO!! —grito tratando de sacarme esa voz amenazadora de mí, pero es inútil—. ¡¡BASTA!!

No obstante mis pies se encuentran con un charco de sangre y me detengo.

Del mismo modo, también se detienen la desintegración del suelo a mis pies y la lluvia de roca.

Todo ha quedado suspendido como si alguien le hubiese dado al botón de pausa en el reloj del tiempo.

Miro en dirección al charco de sangre y camino hasta ver dónde concluye: en una de las casas del vecindario. Pero no es cualquier casa...

—¡¡ABUELOS!! —grito exasperada.

Subo los peldaños a torpes tropezones. No me molesto en llamar a la puerta, solo entro siguiendo el cauce de sangre que llega hasta la parte posterior de la casa. Sigo caminando hasta dar con el ático. Justo bajo tierra... Pero temo que la casa se venga abajo y algo me destroce.

—¿¿Trais?!

—¿Abuelo?

No lo dudo ni un segundo. Abro la portezuela y bajo las escaleras a oscuras en busca de la lamparita que brinde algo de luminosidad a este sitio. La hallo finalmente y desciendo encontrándome con mi objetivo: nada.

Solo una simple pelota en el suelo, de la cual brota sangre.

¿Qué clase de broma de mal gusto es esta...?

A continuación, tomo la pelota llena de ira por la jugarreta que acaban de hacerme, sin embargo, el objeto revienta en mis manos ensuciándome con sangre, que se me mete en la boca, la nariz y los oídos, y suelto un desgarrador grito.

—Yo creía que eras una persona confiable.

Conozco esa voz. Juro que la conozco.

Intento abrir los ojos divisando apenas algo tras una lacrimosa capa roja sanguinolenta.

—Pero te volviste en mi contra —continúa. Algo alcanzo a ver tras toda mi dificultad—, perra astuta. Tienes la audacia pero te falta el cerebro.

Viene caminando hacia mí. Es solo una figura roja que se recorta en el viciado ambiente del ático.

—¿Be...? —murmuro, aunque me quedo en silencio apenas agrega:

—Yo no pedí ser tu madre.

Y logro esclarecer un poco mi mirada para encontrarme con el rostro de mamá frente a mis ojos, con una flecha de madera atravesándole la frente. La hiere y le parte la cabeza.

Despierto asustada.

El sudor me moja el cuero cabelludo y mi respiración al despertar es acelerada. ¿Qué hora es? Aún no debe haber amanecido siquiera.

Abro los ojos pero en conjunto siento el calor de algo que se apoya contra mi boca.

Me encuentro frente a una figura de alguien oscuro. Tiene puesta la máscara de un puma negro con su hocico abierto, desde el cual percibo un pequeño parlantito del que sale una voz tenebrosa, robotizada:

—Sal de la cama.

Lo miro atónita y busco a Theo a mi lado. Está durmiendo pero con un arma apuntándole en la sien. Por encima diviso el cuerpo de una mujer con máscara de serpiente que se lleva un dedo a los labios indicándome que haga silencio.

El zorro frente a mí también viene armado.

—¿Lo quieres por las buenas o por las malas?

Theo parece removerse en su lugar y la mujer de la máscara de serpiente le quita el seguro a su revólver.

A continuación salgo de la cama sin pensarlo dos veces, sumamente confundida por lo que está sucediendo.

Cuando atacaron el estadio di por asumido que quien había delatado a mis amigos era Evans, puesto que coincidió con el momento en que pedí ayuda, no obstante él ahora está muerto.

Beth está muerta, al igual que muchas otras personas. Qué digo, al igual que todo Bad Boys.

Miro a la mujer buscando algo que me sugiera que puede ser la traidora de May, pero no tiene piel ni cabello al descubierto que pueda confirmar o derribar mi hipótesis.

—Eso es —me dice el sujeto con su voz distorsionada—, no intentes hacer nada malo. Verás qué sencillo es todo.

Abren la puerta y salimos a la entrada, mientras el tipo me rodea las muñecas con sus manos. Afuera hay otros dos igual a estos, pero uno tiene la máscara de un león y el otro, de un halcón.

—¿Qué van a hacerme? —pregunto con el miedo palpable en mi voz.

—Si te portas bien —dice el león—, nada de lo cual tengas que arrepentirte luego.

A continuación, me cruza la boca con una mordaza y me colocan una capucha negra sin permitirme ver nada de nada.

—No, por favor, no... —mascullo por encima de la mordaza, que no está lo suficientemente apretada.

Mientras me sacan del edificio, mis pies se encuentran con el cerámico frío. Suerte que anoche decidí dormir con pijama en la habitación de Theodore.

—Por favor —les suplico—. No me... No me hagan daño...

—Cállate o seguiremos con esto por las malas, perra despreciable.

Quien me dice esto debe ser mujer por el tono distinto a los otros, quizás es la serpiente. No tiene que ser cierto, no tiene que serlo...

¿Es que la pesadilla de mi vida nunca se va a terminar?

## 100

### TRACY

Percibo que me suben a una camioneta y el trayecto no dura más de media hora hasta que me bajan y obligan a entrar en un lugar gélido. Los pasos hacen eco, al igual que las frases inconexas que sueltan mis captores.

Estamos en un galpón.

El frío y el miedo hacen que las rodillas me tiemblen, aunque ya estoy entregada a la peor de las suertes...

Cuando ya estoy sentada, me atan y creo conveniente no forzar nada ni tratar de escapar. Sé que lo harán por las malas y mi último deseo es poner la vida de Theo en riesgo o que algo me ocurra a mí.

Esta vez no es pensando en mí misma sino en mamá, en Theo, en Richard. Al parecer, todo intenta mejorar su curso. ¿Por qué tienen que

suceder estas cosas?

Una vez que estoy sujeta a la silla, unas manos se aparecen desde debajo de la capucha y me bajan la mordaza para que pueda hablar, pero no me dan la posibilidad de ver algo.

—¿Por qué...? ¿Por qué me traen aquí? —trato de que los temblores no me dificulten el habla.

—Nadie va a hacerte daño —asegura otra persona con desfigurador de voz—. Solo te necesitamos para que hagas un juramento. Es algo simple, rápido e indoloro.

—Bueno, un poco dolerá —dice otra de las voces.

Y una máquina se enciende provocando una sacudida en mi interior.

—¿Qué es eso? —pregunto.

De pronto me liberan un brazo y algo punzante se clava haciéndome sangrar.

—¡Ay! ¡¿Qué me están... haciendo?! ¡Dijiste que no me harían daño! —me quejo intentando quitar mi brazo de la aguja.

—Nadie te está haciendo daño —contesta—. Solo te estamos convirtiendo en una de los nuestros.

—¡¿Qué?! —

—Tracy, tú venciste a nuestra líder. Tú fuiste quien derrocó al amo más poderoso... —

Ay, no.

Si es un sueño debo despertar ahora.

—Y ella misma en vida te eligió a ti para esta tarea, con lo cual espero que no se haya equivocado.

—¿Quiénes son ustedes? —insisto.

De pronto distingo que las punzadas en mi brazo forman el dibujo de un triángulo invertido.

—Somos La Orden —me contesta—. Estamos por encima de Bad Boys. Por encima de Glorious o cualquier legión destinada a asirse con los legados de poder. Y tú serás, desde ahora, nuestra líder.

—¡¿Por qué... yo?! —

—Las razones ya fueron explicadas. Solo debes comprender de qué va todo esto: ¿estás de nuestro lado o no?

—¿Qué sucede si acepto?

—Protegerás a todos los que amas y nos conducirás por el camino indicado hasta que el destino diga lo contrario.

—¿Y si me niego?  
—Mueres. Así que toma tu decisión ya: estás de un lado o estás del otro.  
No nos gustan los indecisos.

101

## VANDALISMO EN PLAZA CENTRAL

Atacaron la Plaza Central de Iconic Valley cortándole la cabeza a la estatua de nuestro prócer Jean Pierre Folleth, mejor conocido como «El Ángel de los Niños».

En su lugar los bromistas clavaron una estaca con la terminación de un triángulo invertido en rojo y la inscripción «BAD BOYS VIVE».

Después de los incidentes ocurridos en los pasadizos subterráneos ocultos, la policía continúa investigando sus causas y entidades involucradas, sin embargo la referencia de unos «chicos malos» no hace más que alimentar las burlas y bromas viralizadas en la web, donde se vincula El Muelle y sus lugares circundantes a OVNIS, sociedades secretas y cosas por el estilo que terminan ridiculizando el problema.

Fanáticos de todo el mundo, cazadores de leyendas urbanas e interesados en el asunto se encuentran acampando desde el perímetro que permite la policía y las personas involucradas en dicha investigación.

De momento, el triángulo invertido sigue siendo objeto de sustos, bromas y amenazas. Dos días atrás se difundió un video donde dos chicos simulaban asaltar un almacén y lo hacían «En nombre del triángulo invertido», grabando la reacción de pánico en el anciano vendedor y dueño de la tienda, todo para una broma en You Tube. Los mismos fueron a la cárcel pero liberados bajo fianza por sus padres, sin embargo actualmente se encuentran dando notas para TV y uno de ellos fue contratado por una empresa para un programa de bromas callejeras. «¿Hasta qué punto ha llegado la estupidez que hay adolescentes haciéndose ricos por mostrar ridiculeces en la web?», pregunta el jefe de Policía, sin embargo esto es un hecho tan cotidiano que no resulta extraño.

Lo cierto es que en este punto, los límites entre la verdad y los secretos se tornan demasiado difusos, obstaculizando aún más la tarea por aquellos que solo buscan un poco de cámara o fama a cualquier precio. El respeto, las responsabilidades cívicas, nuestra legitimidad se han ido perdiendo. Desde *Iconic Noticias* repudiamos completamente el acto de vandalismo que sufrió la estatua de Folleth: un hombre que luchó por dar refugio a niños, por asegurarles un futuro, por educarlos e incluso fundar su propio orfanato en la ciudad.

Esperamos pronto se dé con estos nuevos bromistas para que se detengan los actos crueles de unos nuevos «chicos malos» en la ciudad.

Informa: Iconic Noticias



—Vamos, hablen. ¿Quién fue el idiota que hizo esto?

Arrojo mi tablet en el sillón, donde se encuentran sentados Dominic y Cedric fumando hierba y riendo de cosas ilógicas. El primero tiene el pelo más largo que nunca, recogido en una colita a lo *hipster*.

También he estado fumando maría, pero esto me ha sacado de las casillas totalmente al encontrármelo en las noticias compartidas por los usuarios de la preparatoria de Iconic que nada conocen al respecto. Por suerte el próximo semestre estaré graduado y no tendré que verles más la cara a todos esos inútiles que poco saben de los secretos que guarda la ciudad.

De pronto Dominic toma el celular y entrecierra los ojos para que se le aclare la mirada, sin embargo es evidente que no logra ver nada.

—¿Banda... Sismo... En Maza Cereal? —murmura.

—¡No, idiota! ¡«Vandalismo en Plaza Central»! —grito—. Definitivamente has fumado demasiado.

Amanda y Summer se encuentran a los costados, cada una en un sillón para una persona. La primera observa con sorpresa todo lo que está ocurriendo, parece preocuparse demasiado porque algún día esté caminando en la calle y le metan una bala en la cabeza; la segunda yace sentada con las manos enredadas en sus tirabuzones rubios y la mirada perdida mientras lleva un maletín entre las piernas.

—¿Qué es? —me pregunta Amanda, que no ha probado una sola pitada de ningún cigarro ni una sola gota de alcohol. Si bien nunca fue de embriagarse seguido, tampoco sé que haya pasado por otro período de abstinencia como este.

—Mira por ti misma —le señalo.

A continuación le saca el teléfono de las manos a Dominic, quien deja caer el cigarro, quemando la alfombra, y estallo:

—¡¡MALDITO!! ¡¡ES LA ALFOMBRA DE MI MADRE, LEVANTA ESO AHORA!!

Dominic me mira como si no le importase y lo levanta. Cedric, a su lado, nuestro amigo negro que tiene los brazos tan anchos como dos jamones, le

da un golpe en la nuca.

—Ese era mi porro —le dice mientras el otro hace un gesto de dolor.

Amanda empieza a leer la nota de Iconic Noticias como «ÚLTIMO MOMENTO». Porque, claro, ningún periódico se preocuparía en redactar una descripción periodística a estas horas de la madrugada si no se tratase de algo en verdad grave.

Summer habla; sigue sumida en su mundo y no había abierto la boca desde que cruzó la puerta en la entrada a casa de mis padres (donde he vuelto de modo definitivo luego de habernos quedado sin casa tras el incendio de algunos meses atrás).

—Mamá va a matarme —habla como una loca en su monólogo—, dice que soy una incompetente. Que todos nosotros lo somos. Que no pudimos proteger a papá del derrumbe en Los Túneles y ahora todo se fue al demonio. Él era uno de los guardianes más respetados ahí, sin embargo ahora de nada sirve su trayectoria. ¡Él tenía una familia! Y nosotros... Nosotros no pudimos hacer nada. Mamá dice que éramos los encargados de proteger nuestra generación de Bad Boys, sin embargo estábamos embriagándonos en la casa de una niña tonta de segundo curso en la escuela. ¡No puedo creer lo que hicimos! ¡Merezco esto!

Y se cubre el rostro con sus manos mientras empieza a llorar. Dominic le soba la espalda.

—Calma —su tono es tan tranquilo que me preocupa que en algún momento le dé un paro y se vaya a una mejor vida—, todo estará bien. Solo tienes que darle tiempo a que lo entienda, verás cómo nuestra vida mejorará y volveremos a ser ricos.

Summer se destapa el rostro y le explica a Dominic, como si este fuese a entender algo:

—¡Mi madre no irá al acto de graduación! Tampoco me dará dinero para comprarme otro vestido para el baile. ¡EL BAILE! Tendré que ir con uno que ya he usado antes, es la peor humillación de mi vida.

—Tampoco tan mal... —empiezo, aunque me detiene.

—¡¿TAN MAL?! ¡ESTÁS LOCO! —llora como una condenada—. ¡TÚ JAMÁS LO ENTENDERÍAS! Ella dice que volará a Fearshot, donde siempre quiso vivir. Yo me tendré que quedar mientras ella disfruta de las playas, de visitar los estudios de cine más impresionantes, mientras yo estaré a cargo de seguir con mi vida en... en casa de mis abuelos.

Vuelve a su teatral llanto mientras Amanda regresa a sí misma y me pasa el celular tras haber leído la nota.

—Juro que no he tenido nada que ver con esa mierda —señala mirándome con los ojos como platos—. ¡Les dije que algún día iban a regresar y nos buscarían por no haber hecho bien nuestro trabajo!

—Yo no tuve nada que ver con eso —se escuda Cedric y le da otra pitada a su porro.

—Yo tampoco.

Rebecca se aparece desde la cocina con dos vasos repletos hasta el tope de bebida.

—Esta es para ti, cariño —me dice incorporándose a mi lado y me besa una mejilla.

Detrás la sigue Lottie, quien se coloca a mi lado; ella trae otros dos vasos pero con bebida de un color rosa chile y adornados en la parte superior con frutas frescas. Papá pondrá un grito en el cielo cuando vuelvan de sus vacaciones y descubran que hemos asaltado su licorería.

—Este sabe mejor —Lottie me sonrío colocándose al otro lado y le dedica a Rebecca una mirada asesina—. No pruebes de esa basura, te aseguro que orinó encima antes de traerlo.

Otra vez peleando.

Amanda las mira con desprecio a las dos y me suelta:

—¡SE SUPONE QUE TENÍAS QUE DECIDIRTE POR UNA DE ELLAS!

Me encojo de hombros y miro a una, luego a la otra, dos preciosuras bajo mis brazos que se han decidido por mí.

No todos los hombres tenemos tanta suerte...

Me encojo de hombros.

—¡Me decidí por las dos! —le suelto.

Amanda se masajea las sienes, muerta del estrés, y se deja caer en el sillón, entregada a su suerte.

A continuación, Lottie se descubre el antebrazo izquierdo y me muestra un tatuaje recién hecho, vendado con cinta esterilizada.

La miro consternado; es un triángulo invertido.

Ella me observa divertida y dice con su voz cantarina:

—Nací para ser una Bad Girl.

## TRACY

Al despertar, me siento asustada y arrojé miradas asesinas en todas las direcciones en busca de alguien que quiera hacerme daño. Pero solo estoy yo en la cama de Theo. Escucho el ruido del agua que corre en su ducha mientras él silba, al tiempo que el vapor sale por la puerta a medio cerrar.

Los recuerdos aparecen en mi memoria como si todo hubiese sido un horrible sueño, sin embargo, me encuentro vestida con mi pijama y la chaqueta de Theo. Me arremango, encontrándome así con el doloroso tatuaje de un triángulo invertido mientras el otro del triángulo hacia arriba permanece intacto en el brazo opuesto.

«Qué debo hacer», les pregunté tras aceptar ser una de ellos, a lo que me respondieron que debía ser paciente. ¿Así que una líder de La Orden? Tampoco es que me hayan dejado demasiado margen para elegir qué quería, solo pretendo proteger mi vida y la de las personas que amo.

Miro la hora en mi reloj y descubro que son las siete de la mañana. Seguramente Theo despertó antes y lo apagó. Por suerte, él tiene ducha en su habitación, no como yo, que debo meterme en esas duchas comunitarias que tanto disgusto me generan.

A continuación, escucho que cierra el grifo y vuelvo a cubrirme los brazos con su chaqueta.

Sus músculos marcados, las gotas cayendo por su piel, los tatuajes brillando bajo la luz que se filtra desde la ventana me hacen saber que no le teme al frío de diciembre y que es consciente de su sensualidad.

Al verme recién despierta, se sienta en la cama y me da un beso en la coronilla.

—No sabía que dormir a mi lado te diera tanto frío —mira directo la chaqueta—. Desperté y ya la tenías puesta.

—Yo... —empiezo a recordar; de pronto recuerdo que llegué muerta de frío (llegué o, mejor dicho, me entregaron). Además de mi pijama, lo único que me abrigaba era una capucha negra que no me dejaba ver absolutamente nada—. Theo, en mi vida han sucedido cosas extrañas y supongo que lo sabes.

Lo pienso varias veces hasta deducir que no tendría nada de malo que él estuviera enterado de lo sucedido. Incluso creo que serviría para mantenernos alerta.

A continuación me quito la chaqueta y le muestro mis brazos. Sus ojos se abren como platos al ver ambos tatuajes.

104

## **MACABRO HALLAZGO EN LOS SUBTERRÁNEOS**

**IN-CRE-Í-BLE**

No hay otra palabra con la cual describir lo que el equipo de Policía Científica halló removiendo piedras: ya hubo algunas fotos filtradas de elementos de tortura, pasadizos secretos y cuerpos aplastados por las rocas, sin embargo, los túneles que se alcanzan bajo nuestros pies han demostrado que se trata de algo tan asombroso como escalofriante. Es que una nueva imagen se ha filtrado de las investigaciones llevadas a cabo: se trata del cadáver de un caballo enjaulado muerto por aplastamiento, con una particularidad que dejó con los pelos de punta a todos: en lugar de patas traseras y delanteras, cuenta con brazos y piernas humanas. Ambos conectados al cuerpo macizo del animal por una intervención quirúrgica de lo más impresionante. Según detalló uno de los especialistas que ha observado el cadáver «se trata de una mutilación tanto a un animal como a un humano, ambos conectados en una operación que, a mi parecer, representa una genialidad nunca antes vista». Además, alegó que queda investigar el ADN de la persona a la que pertenecieron dichas partes del cuerpo para formar esa criatura mutante, no obstante podría haber formado una nueva estructura cromosomática con la del animal.

¿Qué pretendían las personas que murieron en este ataque? ¿Existe la esperanza de encontrar al menos a un sobreviviente que nos pueda relatar los actos que se llevaban a cabo en este lugar secreto, que parece datar de muchos, muchos años atrás?

En retrospectiva, ya publicamos una nota donde los bromistas divulgaban videos y actos de vandalismo que no han hecho más que crecer con los días, a tal punto que ayer la estatua de «El Ángel de los Niños» apareció decapitada en la Plaza Central con una estaca y un triángulo invertido en lugar de cabeza.

Desde el gobierno de Iconic Valley ruegan detener tales fechorías y colaborar con las investigaciones pese a que otros menos crédulos aseguran que nuestros funcionarios estaban metidos en esto y solo buscan encubrir datos que los inculpen.

Al parecer, después de todo... el futuro está aquí y se escondía bajo tierra. Solo resta seguir sorprendiéndonos con la información filtrada que los más cautos buscan guardar y los más escépticos acusan de fraude.

Esperamos tener nueva información pronto.

TRACY

Sorprendida, dejo el periódico sobre la mesita que está a un lado y busco mi teléfono para escribirle a Theo:

**Tr:** Tienes que decirme que lo viste, por favor. √√

**Th:** Lo vi. √√

**Th:** (¿De qué estamos hablando?) √√

**Tr:** DEL PERIÓDICO DE HOY, THEO. √√

**Th:** Ah, no, entonces no lo vi. √√

**Tr:** THEOOO. √√

**Th:** No me grites que me aturdes. √√

**Tr:** Imposible, estamos hablando por chat pero no tengo problema en enviarte un audio o llamarte ahora mismo y explotarte los tímpanos, amor mío. √√

**Th:** Yo podría no escuchar ese audio o no atender tu deseable llamada, amor mío. √√

**Tr:** Uff... Hazme caso. Mira el periódico de hoy, es impor-tante. √√

A continuación, la puerta del consultorio que está a mi derecha se abre y sale una mujer desde adentro, con su marido en brazos riendo como un niño pequeño, y ella con la cara hecha un mar de lágrimas.

La puerta se cierra.

Creo que seré la siguiente.

**Th:** ¿Cómo te fue con la doctora? √√

**Tr:** Aún no lo sé. Se supone que soy la siguiente y toca atenderme. Theo, nunca imaginé que terminaría pidiéndole a una ginecóloga que me recete anticonceptivos para poder tener... relaciones sexuales sin condón. √√

**Th:** No te preocupes; ya forma parte del ciclo vital de las mujeres de nuestro siglo. Además, quiero sentirte completa, nena. Quiero estar dentro tuyo sin ningún plástico de mierda. √√

**Tr:** ¿Qué no es látex? √

—¿Tracy Smith?

El llamado de la doctora me despabila y caigo en la cuenta de que empezaba a excitarme mientras me escribía con Theo, lo cual provoca en mis mejillas un rubor incómodo.

Tr: Debo irme, te amo. √√

Th: ¿No vas a preguntarme dónde estoy? √√

Tr: :\* √√

Th: Uf, así son, un día te quieren y al otro... √

—¿Tracy Smith?

Me pongo de pie y entro al consultorio de la doctora Greenville. Es de unos cuarenta años de edad, más alta que yo, de hombros y caderas anchos. Tiene una sonrisa cálida y sus labios finos me recuerdan a los de Margot, la mamá de Theo.

*Y tu futura suegra.*

Voz de mi conciencia, ¿eres tú?

*Sé que me extrañaste.*

Ni siquiera había notado tu falta, ahora que lo mencionas.

*Siempre estoy presente, pero empiezo a gritarte cada vez que cometes una estupidez.*

—Pasa —me dice la doctora y le hago caso, mientras cierra la puerta a mis espaldas.

Una vez que me siento, ella hace lo propio en el escritorio delante de mí. A continuación, saco de mi cartera algunos sobres que ella recibe clavando sus ojos negros en mí. Se acomoda el cabello oscuro hacia atrás mientras me pregunta:

—¿Cómo has estado?

—Bien, muy bien. Aunque un poco agotada.

Me observa.

—Ya sabe —continúo pensando en «la gran aventura» de los túneles la semana pasada—, un fin de año ajetreado, se vienen las fiestas y para colmo mi madre se casará el veintitrés.

—Vaya. Deséale felicidades de mi parte. No es fácil encontrar un hombre que quiera casarse a estas alturas.

Le sonrío.

Ella abre los sobres y busca lo que es de su interés tras sacar unos estudios que me he hecho desde la última vez que vine.

—¿Está todo lo que te pedí? —me pregunta.

—Sí.

Aún no entiendo qué necesidad hay de tener tantos papeles para conseguir la autorización para comprar solo unas benditas píldoras anticonceptivas.

—Aquí está —señala sacando otro papel—. El examen general de sangre. ¿Es nuevo, no?

—De esta semana.

—Perfecto.

Y comienza a revisar. Y a revisar. Y a revisar.

—¿Qué has tomado hasta el momento? —me pregunta—. Para cuidarte. Si mal no recuerdo viniste buscando que te recete los medicamentos anticonceptivos más eficaces que haya al día de la fecha, ¿verdad?

Me sorprende que recuerde tal cual mis palabras del día en que llegué. Supongo que no todas las chicas dicen esas bobadas en cuanto se aparecen desesperadas porque su chico no las deje.

—Ehh... Sí.

A continuación deja el papel en el escritorio y se acomoda los anteojos con una sonrisa cargada de dulzura.

—Creo que la práctica me ha dado, además de dos doctorados, un tercer ojo cercano a la brujería —declara y mi corazón empieza a acelerarse.

Siento una vena latir en mis oídos, y logra hacerme palidecer de golpe.

—¿Qué...?

—Felicidades, futura mamá. Estás embarazada.

106

THEO

**10.08 a.m.**

**Th:** Tracy, ya vi la nota en el periódico a la cual te referías. ✓

**Th:** Me ha dejado bastante sorprendido pero me esperaba que encontrasen algo así ahí abajo. Lo que me molesta es que el gobierno se meta para tapar esos asuntos y no alterar a la población. ✓

**Th:** Hola?? ✓

**10.32 a.m.**

**Th:** Suponiendo que un turno con tu doctora sea de cuarenta minutos como máximo y ya ha pasado una hora y dos minutos, espero que tengas una excusa que valga la pena como para



haber apagado tu celular durante tanto tiempo. Al menos esperaba que me escribieras cuando salieses, no pensé que terminaría molestandote que te hable. ✓

**Th:** Y ni siquiera me has dejado contarte dónde estuve el día de hoy. ✓

**Th:** Ok, si eso quieres, lo tendrás. No volveré a hablarte; espero que ese jueguito de las escondidas te esté divirtiendo. ✓

### **10.34 a.m.**

**Th:** Contaré hasta tres. Si no apareces, me niego a hablarte una vez que me respondas. ✓

**Th:** Uno. Dos. ✓

**Th:** Estás ahí? ✓

**Th:** Dos y cuarto... Dos y medio... Dos y tres cuartos... ✓

**Th:** HOLAA?? El tres está muy cerca!!!! ✓

**Th:** Está bien, ¡como quieras! Te has ganado mi indiferencia. No pienso volver a hablarte. ✓

### **10.36 a.m.**

**Th:** OKAAAY, PERDÓOON, soy un idiota. ¿Contenta? Ahora respóndeme. ✓

**Th:** Ni siquiera sé por qué me disculpo ni por qué digo que soy un idiota pero... ya sabes. La costumbre. ✓

### **11. 02 a.m.**

**Th:** La policía te está buscando. Sé que te pasó algo, lo presiento. ✓

**Th:** No tengas miedo, amor... Solo... No tengas miedo. Te encontraré y mataré a cualquier hijo de puta que haya intentado hacerte daño. ✓

107

THEO

No hay golpe que valga. Conduzco por encima de la velocidad permitida camino a la casa de Roxan, la madre de Tracy. Ya pude comunicarme con Richard, quien tiene amigos en la Jefatura de Policía y están rastreando dónde puede encontrarse mi chica.

Por supuesto que su madre no sabe nada de esto, sin embargo necesito estar cerca de las personas que pueden estar buscando cualquier dato de

ella. De mi futura esposa. Demonios, Tracy, ¿dónde diablos estás? ¿Por qué me has hecho esto?

La incertidumbre de no saber si escapó de mí, si le hice algo que la hirió o si alguien puede haberle hecho daño me deja con una incógnita enorme, con un signo de interrogación que me abre la cabeza y me destruye. En el camino observo mi celular en repetidas ocasiones, mirando y revisando mil veces los mensajes, sin embargo noto siempre lo mismo: han sido enviados pero no recibidos. Quizá sigue con el celular apagado.

La llamo mientras conduzco a la espera de que ningún poli se le antoje detenerme y confiscarme el permiso de conducir, sin embargo ahí salta de nuevo la contestadora para pedirme que le deje otro maldito mensaje.

Esta semana ni siquiera tendríamos que haber vuelto a la IVU. Pensé que en esa universidad de mierda estaríamos algo protegidos ya que nos alejábamos de Iconic, sin embargo jamás estuve tan errado: el peligro está ahí. Como un tipo con un hacha a la espera de aparecerse y cortarle la cabeza a los que más amamos.

De pronto me acuerdo de Kylie y pienso en si no se le habrán disparado los pájaros otra vez. ¿Quizá fue ella quien regresó para encontrar a Tracy y reactivar ese mandato que tenía tiempo atrás de destruirnos y toda la basura que creíamos olvidada? Espero que no. Ella... si ella le hizo algo ya me lo hubiera hecho saber, sin embargo tuvo varias oportunidades para deshacerse de nosotros y no las aprovechó. Ya no nos odia, nosotros no éramos sus enemigos. No obstante, ahora está desaparecida, como bien le gusta: vivir escapando. Pero esta vez con objetivos diferentes. Después de todo, Stefano no está vivo. Quizá Kylie se haya matado y no han encontrado su cuerpo aún. Quizás esté ideando un nuevo plan o bien... ¿estará metida en todo eso de La Orden?

Exacto.

Mi cabeza se ilumina en un santiamén al recordar lo que me contó Tracy. No pienso que eso quede así, en algún momento investigaré a esos idiotas que buscaron a mi chica y se la llevaron en mis narices mientras dormía. Pronto tendré que hablarle a papá para saber si está al tanto de algo al respecto, aunque de momento prefiero seguir recibiendo regalos materiales a cambio de un perdón que nunca tendrá en su jodida vida. Lo único bueno es que les dio una casa a Tachas y a Carl donde vivir mientras siguen estudiando.

Pero no entiendo cómo es que mi cabeza ha logrado divagar tanto.

A pocas cuadras de dar con la casa de Tracy, ya en su viejo vecindario, recibo una llamada de un número desconocido.

—¿Qué demonios le hiciste a mi hija?!

Roxan Smith... suegra querida.

## 108

### TRACY

—¡No, mamá!

Alcanzo a quitarle el teléfono a tiempo y lo apago.

—¡Mira cómo estás! —me dice—. ¡Dime qué te ha hecho esta vez! Yo sabía que tarde o temprano regresarías así, no debería haberte dejado ir la última vez sabiendo que él...

—Mamá, ¡él no tiene nada que ver!

*¿Qué mierda? Vamos, niña, sí que tiene que ver. Está bien que eras Santa Smith, pero el Espíritu Santo no te ha tocado un pelo.*

—¡O sí...! —me retracto.

Y la abrazo.

Movida por las emociones, la envuelvo en un abrazo lleno de lágrimas que le humedecen el hombro, y al que ella corresponde con dudas, pero logra calmarme... en parte.

De pronto unos faros iluminan la ventana, pero los ignoro en cuanto me aparto de ella y la miro a los ojos.

—Mamá —murmuro en voz baja.

Ella me seca una lágrima.

—Di lo que tengas que decir, hija.

—Yo... Yo...

De pronto la puerta se abre de un golpe y un hombre se mete a la casa.

—Vete de mi casa. ¡Ahora!

Las palabras de mi madre son tajantes. El ambiente viciado se puede cortar con cuchillo. Está bien que es una estupidez enorme lo que hice, de

venir hasta aquí, pero tenía que hacerlo. Es mi madre, no me dejaría sola frente a estas circunstancias.

—Tracy —dice Theo mirándome a los ojos e ignorando a mi madre, quien no me quita sus brazos como si fuese un cachorro herido.

*En parte lo eres.*

Tú calla.

—Mírame, Tracy —insiste él, pero simulo no escucharlo—. Vamos a casa, por favor.

Extiende su mano y mamá insiste:

—Ella no irá contigo, ¿no lo entiendes? No sé qué le hiciste, pero seguro que no fue para nada bueno. Vete de mi casa ahora o llamaré a la policía y tendrás graves problemas.

—Tracy, por favor —insiste él con una mano extendida.

Pero son otras las palabras que llegan a mi mente mientras él habla. Otras que dijo hace mucho tiempo atrás:

«¡¿Embarazada?!» «¡Qué manera de joderte el futuro es esa, por Dios! ¡¿Es eso lo que te quieres hacer?!».

Sus gritos se clavan en mi cabeza dejándome aturdida de solo recordarlos; incluso me cuesta pensar que el chico que acaba de cruzar la puerta es el mismo que tiempo atrás me hizo sufrir como nadie en mi vida... Pero también quien me dio los momentos más felices.

«¡¿Es eso lo que me quieres hacer a mí?!».

No, Theo. No quiero hacerte esto.

—Perdona...

La palabra se ha escapado de mis labios. Lo miro a sus ojos grises llenos de confusión. No sé qué quiere ahora, pero no puedo soportarlo más... Él está aquí y antes ya me lo ha dejado en claro.

—¿Perdonarte por qué? —me dice con el tono lo más calmo que puede—. Vamos a casa y hablemos, Tracy. Vamos a casa, por favor.

—Theo... —murmuro.

—Vamos a casa —insiste—. Yo acabo de... Verás, esta mañana alquilé una casa. Podemos irnos allí ahora mismo. Solo quería mostrarte el lugar, es precioso. Tiene un patio amplio donde podrás llevar mascotas, tal como siempre quisiste.

El cuerpo de mamá se pone tenso y sé que no es precisamente porque sabe que yo le he contado a Theo que nunca me dejó tener una mascota. Se ha puesto así porque mi novio acaba de mencionar que ha alquilado una

casa para los dos, tal como acordamos. Yo, sin embargo, no he podido sostener la promesa y le he fallado...

—Lo siento —digo desarmándome en llanto y él corre en mi dirección. Me sostiene en brazos, mientras lloro y mamá se mantiene como una estatua de piedra a un lado, mirando lo que ocurre.

Theo me busca el rostro y me seca las lágrimas.

—Perdóname, Theo, en verdad no fue mi intención...

—¿De qué estás hablando, Tracy?

Mamá se mantiene como una espectadora que no deja de sorprenderse por lo que ocurre. Lo extraño es que ella es de esas que, al parecer, ya leyeron el libro y espera que las cosas sucedan sin más mientras una escena terrible se desarrolla frente a ella.

—También tiene una cocina con ventana al frente —continúa para convencerme, pero no se trata de eso. No tengo fuerzas suficientes para explicarle que se trata de mucho más—. Podremos ver el jardín delantero mientras cocinamos y una sala de estudio con un mueble de biblioteca de los pies al techo, con estanterías, donde pondremos todas nuestras obras, será magnífico, en verdad, solo tienes que venir a verlo. Si no te gusta lo cambiamos...

—No se trata de eso —suelto.

Lo miro a los ojos, que también están cubiertos por una capa de lágrimas.

—Theo —me armo de fuerzas para poder decirlo—: Vamos... a ser... papás.

## 109

### TRACY

Los últimos días han resultado extrañamente felices. Pero no por eso menos difíciles. Las cosas fluyeron según su curso, de una manera que me resultó inesperada: desde la noticia de mi embarazo, aún no caigo; tras la certeza de un análisis de sangre y dos test, me sigue dejando consternada,

sin poder creelo del todo. Según la doctora, las semanas coinciden con la primera vez que *lo hicimos*.

Lo que cambió mi perspectiva es Theo: ayudarlo a salir de su shock tras la noticia me ayudó a mí misma con la tarea de tener que asimilarlo. El día que me enteré, escapé directo donde mi madre porque no tenía otro lugar adonde ir, si bien conocía los riesgos de venir hasta aquí, sabía que no habría otra persona en el mundo capaz de entenderme mejor que ella misma por el hecho de que pasó por esta situación tiempo atrás. El primer autobús de larga distancia con destino a Iconic fue lo que me salvó en su momento.

Mamá pareció no haberse sorprendido con la noticia y se mantiene sin mostrar sus sentimientos. Lo bueno es que, de a poco, va dejando entrever que, lejos de haberse enojado, está entusiasmada; tengo la pequeña esperanza de que esto pueda hacerla luchar contra la enfermedad y sostenerla en pie por mucho más tiempo, sin embargo la otra posibilidad es que la derrumbe por completo.

Mi última opción fue recurrir a Margot, adonde llevé a Theo en estado de estupefacción absoluta. Hasta tuve que conducir yo su auto porque él no decía una sola palabra.

Margot se convirtió en un mar de lágrimas en cuanto le di la noticia. Lloró de felicidad, me abrazó durante casi cinco minutos seguidos, luego intentó lo mismo con Theo pero como él no reaccionaba, lo abofeteó. Fue necesaria la llegada de Paris, quien también saltaba de felicidad, para sacar a su hermano del shock solo con un abrazo. La pequeña habla mucho mejor, ha crecido bastante en poco tiempo, le preguntó a su hermano cómo hizo para ponerme un bebé en la panza. Creo que la pequeña entiende más de lo que aparenta; en verdad creo que todos los niños entienden de ciertos temas y son los adultos quienes no están preparados para comprender la picardía de los chicos de hoy.

Le explicamos el asunto de la cigüeña a Paris, que solo respondió con un «ajá». No se creyó ni una pizca del cuento, pero lo dejamos ahí al menos hasta que esté más crecida como para que conozca bien el asunto...

Aunque es sabido que, en lo referido al sexo, la televisión e internet educan más a un chico que un padre; espero no pertenecer en el futuro a esos modelos de negligencia.

Ian se encargó de prepararnos una habitación en la casa, logrando así darle apoyo afectivo a Theo, en lugar de tener que volver a la universidad,

donde se encontraría con sus viejos amigos y buscaría emborracharse o drogarse.

Por suerte, ambos alcanzamos a terminar con nuestros exámenes de fin de semestre y faltamos pocos días a clases, ya que de inmediato iniciaron las vacaciones de Navidad. Han resultado momentos difíciles, pero hemos contado con el apoyo necesario como para seguir adelante.

Convivir con Margot y su familia ha sido agradable, no obstante me hacen sentir mal ya que no me dejan aportar nada de dinero y solo puedo ocuparme de la comida.

Mamá se ha negado a visitarme. Al parecer, no está preparada para una visita de consuegras, lo cual es una realidad inevitable. Tarde o temprano llegará el momento.

Richard sí me ha visitado y me explicó que la noticia no alteraría sus planes para casarse; me regaló una camisola blanca para futuras mamás, pero creo que no me servirá sino hasta dentro de un par de meses.

Luego llegó otro presente más acorde a mi talle, junto con una nota: «Yo misma lo elegí. Mamá». Esta vez la blusa fue justo de mi tamaño y muy parecida a otras de mi armario.

El 23 de diciembre contrajeron matrimonio en una celebración pequeña. Si bien la familia de Theo fue invitada (¡hasta su padre!), solo acudió la esposa de Henry Landon con su pequeño hijo (hermano no aceptado hasta ahora por parte de Theo) y Paris a su cargo. La niña se lleva bien con su hermanito y lo estuvo cuidando toda la noche.

Mamá no se casó por iglesia sino por civil. Más tarde se hizo una cena en casa, donde asistimos los abuelos, los padres de Richard y su única hermana Claude; también la madrastra de Theo, Dessire alias «Dessi» o «la esposa de mi padre, esa rubia con tetas de goma», como él la llama, y su pequeño medio hermano Benji, un niño de unos tres años que camina torpemente, tiene ojos grises y las mejillas regordetas. Paris no se despegó de él en toda la jornada. Por supuesto, también estuvimos Theo y yo (logré que fuese con esmoquin).

Al terminar, ayudé a Richard con la limpieza de la casa y mamá se fue a dormir agotada; tuvimos que arreglar el sofá-cama por primera vez, ya que no quería subir escaleras. Al día siguiente ella me llamó y me ofreció que fuésemos con Margot y su familia a pasar Nochebuena en casa.

Si bien aceptaron la propuesta, terminamos acordando a la inversa: ellos vinieron a lo de Margot. Los hubiese invitado a la casa que Theo compró

para nosotros (aún no entiendo con qué fondos, más allá de algún dinero que seguramente le pasó su padre), pero nos mudaremos recién el 26 de diciembre.

Resulta que más que un alquiler es una compra en cuotas, pero se puede cambiar en caso de que a mí no me guste; sin embargo, con tal de tener un lindo estudio donde colocar nuestros libros y un gran patio donde dar tránsito a animalitos de la calle, ya puedo darme por satisfecha.

Estos días también sirvieron para despejarme de los grandes dramas de mi vida que me hacen distanciarme de ser una chica normal: no regresaron ningunos entes extraños bajo el nombre de La Orden, no hubo novedades de Kylie, las burlas al triángulo invertido continuaron al igual que los experimentos en el cementerio. Los «pandilleros web» también continuaron haciendo de las suyas pero, según Theo, nada de qué preocuparse.

Dessi, quien pertenece a Bad Boys, asegura que hay más bandos, más ramificaciones, y tiene la certeza de que Glorious fue solo el comienzo.

Es cierto que no desaparecieron, pero por lo menos en esta ciudad, sí. Se fueron con Beth.

Carl y Jacob viven tranquilos y me entusiasma mucho la idea de volver a verlos; están invitados a pasar Nochebuena con nosotros, pero muy probablemente elijan pasar su primera Navidad juntos en su propia casa. Me enorgullece mucho que ellos ya puedan llevar una vida independizados y juntos.

De Audrey y Charlie no he sabido nada; por miedo a la aparición indeseada de Neo, como yo hice las invitaciones, invité solo a la madre de Charlie a la boda de mamá. Mejor prevenir que lamentar, dicen...

De todas formas sigue sorprendiéndome esa unión, esa pareja tan extraña. Debí haberlo sospechado, cuando se incendió la Bad House, se los veía demasiado juntos. ¿Desde cuándo se supone que vienen con su historia?

Por último, está Kylie. No ha vuelto a aparecer. No hubo noticias de ella. Temo que haya muerto en Los Túneles, pero hasta el momento no identificaron el cuerpo de ninguna mujer; al parecer no llegaron hasta el fondo, donde Beth Folleth.

Sospecho que en el camino se encontró con May y murieron ambas por alguna explosión en cierto encontronazo. Pero esto es solo una suposición mía.



## TRACY

—¿Y ese olor a quemado?

—¡¡AY, NOO!!

Salgo corriendo en dirección a la cocina antes de que llegue Margot de sus compras.

¡Si se da cuenta de mi mala mano para los quehaceres diarios, esta Navidad será un fracaso! Quemar la comida sería el título a mi incapacidad para llevar adelante una familia con un hijo. Después de todo, quedan menos de dos días para irnos a vivir juntos, y no conviene dar una mala impresión.

Sin embargo, al entrar a la cocina me encuentro con que la tarta ha sido retirada del horno, hay un aroma exquisito y la tapa está dorada a punto justo.

—¡Theo! —lo llamo, presa de la furia por su terrible engaño.

Él entra riendo.

—Solo te ahorré la tarea —se escuda mientras se acerca.

Me afirmo frente al lavaplatos y me llevo las manos a las sienes masajeándome. Es mucha presión, es un estallido de hormonas, son muchos cambios en poco tiempo, ¿cómo podré sobrellevarlo cuando además tenga que cambiarle los pañales a un chiquito que grite en la noche?

—Te ves tensa, nena —dice él mientras rodea mi cintura con sus brazos firmes. Lo tengo tan cerca que, cuando enderezo la mirada, me encuentro con su inconfundible aroma a menta—. Deberías relajarte un poco.

—Tengo miedo —le digo con un ligero temblor en la voz—. Tengo mucho miedo de estar haciendo las cosas mal, Theo. ¿Y si en verdad resulto un fracaso como madre? ¿Y si no puedo con los estudios de la universidad? Me siento horrible, no puedo creer que finalmente repetí la historia de...

—Nunca —me corta en seco—, nunca digas eso. La historia de tu madre fue muy diferente a la nuestra.

—Al menos, con un final distinto. Yo no he tenido que escapar de la ciudad... por ahora.

—Eres la mandamás, no puedes escapar.

—¿Mandaqué? Eso fue un título absurdo que me asignaron y luego desaparecieron. Solo son un montón de locos. Aún me pregunto cómo hicieron para entrar a la residencia, ¡a tu habitación! Donde supongo que solo tú tienes llave.

—Por eso nuestra nueva casa, si bien es pequeña, tiene una fuerte inversión en equipos de alarma y vigilancia privada.

Lo observo.

Sus ojos grises exudan confianza, lo cual nunca pensé que sentiría luego de tantos vaivenes en nuestra relación.

—Cinco habitaciones no es precisamente una casa pequeña —le recuerdo; la casa de mi madre solo tiene dos.

—Solo son dos. Las otras tres las convertiremos en nuestros cuartos de estudio y de la bebé. Además, no deberías preocuparte por el asunto de la limpieza ya que será necesario contratar a alguien que esté a cargo de eso.

—No es justo —sin mencionar que un tercer cuarto de estudio será anticiparse demasiado—, yo no seré más que una madre estresada que intenta estudiar mientras el bebé llora como un condenado.

—*La bebé* —me corrige. Está obsesionado con que será niña; por mi parte, sueño todas las noches con un pequeño varón que juega en los jardines o come chocolate hasta ensuciarse toda la cara.

—Todavía no puedo creer que la IVU tenga un programa de estudio para estudiantes embarazadas o que no pueden asistir por enfermedad. No me imagino lo terriblemente incómodo que será tener que estudiar por mi cuenta los apuntes que me envíen de las cátedras virtuales o tener a un profesor online solo para que responda mis dudas a través de una pantalla.

—¿Y quién dijo que sería fácil? —me pregunta Theo—. Respecto a ese tema, recuerda enviar las fechas de tus controles médicos y día estipulado de parto. Después de todo, tenemos hasta agosto para acostumbrarnos al pequeño frijolito —murmura apartándose y llevando una mano hasta mi abdomen.

No puedo hacerme una idea de aquello en lo que me convertiré cuando aumente de peso, suerte que hace algunos meses me encargué de hacer ejercicio a diario.

—Ya está todo enviado —confirmo. Tras un momento de paz en que él acaricia mi abdomen, se me cruza una pregunta que hace tiempo me da miedo formular—. Theo, ¿te seguiré pareciendo atractiva cuando tenga quince kilos encima y una sandía en el vientre?

Él ríe.

—¿Una sandía? —repite—. Creo que ese apodo es mucho peor que frijolito.

—Los frijoles dan gases y nuestro hijo no es un gas.

—Por supuesto que no. Podríamos decirle ¿semilla? Vamos, quedaría bien: «Te planté mi semilla». Me gusta.

—¡Hey!

—¿Qué? Yo creo que es cierto.

A continuación escuchamos la puerta de la casa abrirse y en la cocina irrumpe Paris como un torbellino sacudiendo un paquete de salchichas.

—¡Mamá me dejó comer *hot dogs*...! Eh...

Lo deja a un lado de la heladera y se retira dando carcajadas al atraparnos tan cerca.

—Creo que le da risa el amor —me dice su hermano.

—Espera a que le ocurra a ella. Te aseguro que llorará tantas veces que dejará de darle risa.

La cena transcurre en un ambiente extrañamente tranquilo. Desde su llegada, mamá se aparece con el respirador, lo cual le resulta un poco incómodo al andar y a nosotros de ver; creí que Paris se quedaría mirándola, no obstante se mostró bastante madura y logró ganarse la confianza de mamá.

Ian hizo buenas migas con Richard y una buena parte de la noche se lo pasaron debatiendo acerca de equipos de fútbol y política; dos puntos en los que, al parecer, coincidían pero en momentos disentían.

Margot se la pasó conmigo ya que apenas logró cruzar unas pocas palabras con mi madre, quien, en su lugar, sí estuvo mucho tiempo con Paris; esa chiquita le cae bien a todo el mundo.

Estas fechas me gustan, aunque nunca antes las viví con el entusiasmo que las vivo ahora: se respira un aire diferente.

La familia de Theo es asombrosa, son muy cálidos; muy diferente al ambiente en el que debió criarse Theo y que lo marcó para siempre.

Para cenar hubo pavo asado y tarta de verduras. De postre, un delicioso *cheesecake* con trozos de fruta fresca.

Estuvimos hablando mientras las horas se nos pasaron con una rapidez increíble. Cerca de las once y media de la noche, nos sentamos en los sillones alrededor de la sala y Richard abrió un champagne. Para mí, solo

hubo jugo de manzana, al igual que para mi pequeña cuñada; fue ella quien se ofreció a llenar mi copa. Margot trajo copas con helado, pero yo no comí.

—¿Será una niña? —me pregunta Paris en voz bajita una vez que su madre se va.

—¿Qué?

—Que si la semillita de tu panza será nena.

¿Semilla? Oh, creo que ya sé a qué viene esto.

—¿Por qué hablas tan bajito? —le pregunto.

—Theo me contó que tienes un bebé en la panza que todavía es semilla pero luego será un niño como yo. Aunque asegura que será una nena y la tendré que cuidar porque será mi *sorinina*. Si es nene, Theo dice que se llamará Frijol, pero mejor si es niña.

—¿Sobrino, no será? —últimamente la pronunciación de Paris ha mejorado mucho, no obstante, se le dificulta cuando se trata de palabras nuevas.

—¡Eso!

—Sobrinita. Sí, eso será... Y vaya, no sabía que él te lo hubiese dicho.

En verdad, a ella le dijimos en último lugar, previendo que se pudiera poner celosa.

—Me contó muchas cosas —explica—, pero me pidió que no te dijera nada. Así que tengamos cuidado de que Theo nos escuche. Podría andar cerca.

—¿No te pone... no sé, celosa?

Se encoge de hombros.

—Quizá. Pero, ¿sabes una cosa? —incorpora su manito libre en mi vientre—, yo la querré mucho, como si fuese mi hermanita. Siempre quise una hermanita con quien jugar.

Le dedico una sonrisa y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Será algo parecido a eso, estoy segura.

A continuación brindamos y luego de un trago al jugo de manzana, se aparecen mamá con Richard e Ian. Detrás viene Margot y nos insta a ponernos cómodos. Detrás está un árbol enorme de Navidad con cajas muy tentadoras envueltas con regalos; ya les di varias miradas a los míos y hay uno en particular que me llama la atención porque tiene forma de libro, aunque no me quiero hacer ilusiones.

—¿Brindando sin nosotros? —pregunta mamá mientras toma asiento en el sillón a mi derecha. Richard se coloca a su lado y luego viene Theo para

acomodarse a mi izquierda, atrapando a Paris y acariciando mi vientre.

—Creo que alguien no pudo guardarse un secreto... —murmura y lo codeo.

Cuando Ian se sienta con Margot en el lado yuxtapuesto al de mi madre y su marido, nos avisa que quedan menos de dos minutos para Navidad.

—Podríamos ir abriendo los regalos que trajo Santa, ¿no? —dice Ian guiñándole un ojo a Paris.

—¡Sí, por favor! —a la niña se le ilumina el rostro.

—Primero el brindis —señala Margot riendo y, tras cerciorarse de que todas las copas están llenas, se pone de pie. Paris lo hace también sin dejar de lado algunos refunfuños.

Recuerdo que la última vez que participé de algo así fue también el último día de Stefano vivo. Solo era cuestión de horas para que la muerte lo encontrara, al igual que a los guardianes de Los Túneles. El recuerdo de Stef me hace pensar en Kylie, pero indefectiblemente también me obliga a dirigir una mirada a mamá, quien se pone de pie no sin dificultades.

Una punzada de culpa atraviesa mi pecho al caer en la cuenta de qué fue lo que me hizo vincularlos: la muerte. Es injusto que dos personas tan jóvenes como ellos hayan tenido que pasar por tanto sufrimiento y ahora morir de la misma forma. Al fin y al cabo, cuando elaboran su última esperanza de vida es cuanto más cerca de la muerte parecen estar.

Por parte de Stefano, su esperanza era destruir Bad Boys y seguir su camino en paz, al igual que Carl, Jacob, Theo y yo. En mamá, su aliento de vida es... mi hijo. El frijolito, como le dice mi novio, es nada menos que eso, a lo cual siempre temí, de lo que mi madre siempre me protegió y de modo paradójico fue precisamente lo que resultó ser la salvación para nuestra relación caótica. Ni siquiera su enfermedad limó asperezas entre nosotras; mi embarazo al principio la tomó desprevenida, pero de algún modo lo esperaba. Lo que no deja de sorprenderme es que resultó ser la chispa que nos acercó, que le ablandó el corazón y ahora nos tiene muy cerca una a la otra, brindando con nuestra nueva familia, con su nuevo marido y su nuevo yerno.

Está bien que Theo no es el novio que toda madre quiere para su hija, pero intenta ser todo lo bueno que puede, más ahora que hay un integrante nuevo en camino, que parece enternecer a todo el mundo. Incluida a mí.

Me siento emocionalmente aún más inestable que antes.

—Si me permiten —Ian se aclara la garganta—, me gustaría que el primero en dar sus motivos para brindar sea Theo —lo mira y a todos nos causa sorpresa. ¿Y eso a qué viene?—. Nunca lo hemos tenido con nosotros y me gustaría escuchar sus palabras.

Él los mira sorprendido y sé que en su fuero interno quiere asesinar a Ian.

—¿Lo dices en serio? —dice más incómodo que sorprendido.

—Completamente —señala—. Adelante. Haz tu parte.

Parece que lo piensa un rato hasta que, sin atreverse a mirar directamente a la cara a los presentes, fija los ojos en la botella de champagne sobre la mesita ratona de vidrio, que está al centro, y deja que las palabras fluyan desde su interior:

—Bueno, yo... Quisiera brindar porque siento que en verdad mi vida ha cambiado. Me considero, no sé... demonios, una mejor persona —cuando suelta la palabrota, su madre le arroja una mirada cargada de reproche, pero él la evade—. Apenas fumo, ya no bebo, excepto en estas cuestiones sociales, mantengo la monogamia —todos sueltan unas risitas y lo codeo, pero sé que lo dice de verdad; su fama de mujeriego lo ha caracterizado desde tiempos inmemorables—. Me siento, no lo sé, feliz... La palabra me suena extraña pero es la única que encuentro para describirlo. Estoy vivo, me siento como nunca antes, estoy ¡tranquilo! Saber que hay alguien que te espera en casa todos los días, saber que dos vidas hermosas dependen de ti es un motivo para cuidarte, es un motivo valiosísimo para vivir y entender que no conviene hacer mierda la vida de uno.

Las palabras de Theo han creado un nudo en mi garganta que de a poco me hace sentir cierto ardor en los ojos, inundados en lágrimas. Trato de contenerlo, pero en cuanto distingo su mirada de niño triste, sus pupilas grises se detienen en mí y algo se mueve en mi interior. No como si se rompiera, al contrario: algo nuevo se crea entre nosotros y nos arma, junta nuestros pedazos y cura nuestras heridas.

—Tracy —mi nombre siempre se oirá hermoso en sus labios. De pronto parece que se olvida de todas las personas que están a nuestro alrededor—, cambiaste mi vida. Me convertiste en alguien nuevo: de una persona triste, enojada con el mundo y frustrado por las desgracias que me perseguían, en alguien mejor, en alguien feliz, maldita sea. Y quiero que estés conmigo. Quiero que estemos juntos el tiempo que nos reste en adelante. Hemos probado el sabor del peligro, hemos vivido al límite, nos hemos rechazado,

nos hemos reencontrado, hemos llorado y hemos reído. Hemos discutido, nos hemos gritado, nos hemos besado y, de nuevo, nos hemos vuelto a amar. ¡Y de eso se trata! Tras casi año y medio de esa noche en que una coincidencia enorme nos unió y nos cruzó en esa fiesta, mi vida dio un giro sin igual. Sé que hemos pasado por mucho, pero ahora también tengo la certeza de que pasaremos por más, y me niego a dejar ir esa esperanza de felicidad que creaste en mí desde el primer momento en que te vi. Quiero amarte y quiero dejar que me ames. Quiero también ser parte de la vida de ese bebé que viene en camino, ser un padre ejemplar, y que no me deje dormir por las noches con su llanto. Quiero que me sonrías cuando yo quiera llorar, que me abracés cuando no lo merezca, que me acompañes cuando más me sienta solo. Quiero que te cases conmigo cuanto antes.

A continuación, mis sentidos se intensifican aún más ante un efecto que me deja consternada...

Parece llevarme a otra dimensión lo que veo: Theo se adelanta, apoya una rodilla en el suelo y saca una diminuta caja color azul hielo del bolsillo de su jean y me muestra un resplandeciente anillo dorado con un diminuto diamante al centro, que no puedo apreciar del todo debido a las lágrimas que complican mi visión.

Todos se quedan paralizados.

Sé que ya me lo había propuesto antes, pero no frente a un montón de personas.

Por un momento creo que todos se han olvidado de respirar y me incluyo. Estoy decidida con mi respuesta pero creo que también se me ha olvidado cómo hablar y le doy mil vueltas a qué decir; mi cabeza se ha hecho un lío, sin poder atar cabos ni saber bien qué palabras pronunciar.

No sé cuánto tiempo paso en silencio pero son segundos que transcurren como horas, o bien horas que pasan como años, pero mi vida se ha detenido y también la de los presentes. Cada instante es desgarrador, sobre todo en Theo, quien se ha quedado como un niño al borde de las lágrimas a la espera de que le digan que lo aman, como un chico que siempre ha estado solo, al que nunca le enseñaron a amar, al que tuvo que aprenderlo a los golpes y a las patadas. Ese niño herido que se convirtió en una bestia busca ahora su redención, busca a quien lo salve y me lo está pidiendo a mí.

Así que le dedico mi sonrisa más sincera, mientras las lágrimas me humedecen las mejillas, y le digo:

—Sí, Theo. Quiero casarme contigo. Quiero que sea cuanto antes y ser esa persona que propones. Quiero construir mi presente y mi futuro a tu lado... Y al lado de todas estas hermosas personas que nos rodean.

Apenas termino de hablar, todos sueltan el aire retenido y dan exclamaciones de alegría, de euforia. Margot rompe en llanto, mamá se deja caer en el sillón, Richard va en su ayuda pero también está llorando, Paris grita una y otra vez «¡Que vivan Theo, Tracy y el Frijol!».

Tomo el anillo y él se reincorpora. Rodeo a Theo por los hombros y nos fundimos en un abrazo caluroso, de lágrimas y risas, hasta que caigo en la cuenta de que he torcido demasiado la copa y le termino mojando la espalda. Me aparto de golpe.

—¡Oh, perdona, perdona, lo siento tanto! —digo extremadamente avergonzada por mi torpeza, pero todos ríen y Richard se apresura a recibirme la copa.

—No pasa nada —dice Theo—, solo es un poco de jugo. Se secará.

Justo ahora que está vestido con camisa blanca. Solo espero que no quede una mancha y le arruine esa bonita prenda que le transparenta los tatuajes.

—Lo siento —repito intentando colocarme el anillo de compromiso y todos se acercan para felicitarnos.

Sin embargo Theo, un poco reacio, reacciona con una sonrisita cargada de timidez:

—Terminemos el brindis. Después los abrazos y eso —menciona, y descubro así que ciertas cosas nunca cambian.

Y son esas cosas lo que más me enamora de él.

Su amor. Sus defectos. Su historia.

Mi Theo...

## 111

### TRACY

Después de mi prometido, me toca brindar a mí, pero prefiero pasar para no dejar escapar un nuevo llanto descontrolado. Ian sigue y decide brindar



por su esposa, su hija Paris (en verdad hijastra, aunque le dice hija y ella no tiene problemas en llamarlo «pa», mientras que Henry es «papá»), por mi madre, por Richard, por mí, por Theo, por nuestro compromiso, por nuestro porvenir, por el frijol o la semilla (no deja de molestarme un poco que lo llamen así a mi bebé, pero entiendo que es afectuoso) y por un futuro con trabajo, amor y salud.

Luego, Richard dice algo parecido y pone énfasis en que su brindis sea por tener la oportunidad de pasar una Navidad más con el amor de su vida: mi madre.

Margot en su brindis enfatiza en su futuro nieto, en sus hijos y en la familia; su llanto es más exasperante que el mío.

Mi madre resulta toda una sorpresa ya que al levantar su copa decide ser concisa:

—Quisiera que este brindis sea por tres claros motivos: por mi hija, por nosotros y por mi nieto. Que crezca sano, que crezca con amor, y tenga todo lo que un niño necesita para ser feliz. En lo personal, creo que, mientras no le falte amor, lo demás llega en consecuencia.

Su voz se quiebra, pero en sus ojos apenas permanece un brillo cristalino. Richard reposa una mano en su cintura.

A continuación, se da lugar a Paris para que brinde y parece no entender mucho de qué va el asunto pero dice sin más:

—Bueno, por mi sobrinita —enfatiza la palabra y me mira con picardía —, o frijolito y... ¡¡¡PORQUE YA SON LAS DOCE!!! ¡¡¡HAY QUE ABRIR LOS REGALOS!!!

Todos miran sus relojes al unísono y captan que en efecto son las doce de la noche y un minuto. Levantan sus copas en un colorido ¡Feliz Navidad!, entre abrazos, besos y palabras cargadas de afecto.

Mientras Paris se encarga de traer los regalos hasta la mesa, voy hacia Theo luego de que me retengan los besos de Margot, Richard, Ian, e incluso de mi madre. Mi novio se muestra un poco reacio, sin quitar sus ojos de mí, sosteniendo un gesto cargado de misterio.

A continuación, cuando se dirigen a Paris para ver los regalos, Theo sale de la sala dejando su copa en un desayunador.

Margot se percata de esto y lo mira con preocupación. Luego a mí, y le contesto con el mismo gesto, evidenciando que no sé qué le puede haber ocurrido.

Casi con su silenciosa autorización, salgo tras el rastro de Theo, que ha sacado su chaqueta de cuero sintético del perchero y sale al patio delantero de la casa. Hago lo mismo, busco mi abrigo, me lo coloco con algo de torpeza, hasta alcanzarlo, y cierro la puerta a nuestras espaldas.

Theo se mete en el asiento de conductor mientras yo lo sigo a los gritos:  
—¡Hey! ¡Theo! ¿Adónde vas?

No hay respuesta. Él acomoda el asiento del conductor hacia atrás y parece sacar algo de abajo.

—¿Qué haces? —insisto cargada de preocupación. Ha sido una noche de muchas emociones—. Ven, por favor. Hablemos. Quiero saber qué te puso así. Sé que lo afectuoso y los besos no van contigo pero todos nos hemos quedado...

A continuación sale del auto con una caja envuelta en las manos y me silencia con un sobrio y suave beso sobre mis labios.

—Shhhh —sisea mientras se aparta y me pasa la caja envuelta. En cuanto la tengo en mis manos, capto que no es en realidad una caja sino el inconfundible tacto de un libro envuelto, lo cual me carga de ánimos y sorpresa—. Feliz Navidad, amor.

Esto me deja consternada, pero aún más otro detalle:

—Pero ¿por qué me lo das aquí? ¿Qué ocurre? Vamos adentro, lo hubieses colocado debajo del árbol.

Le voy quitando el envoltorio y descubro una bella portada: lo primero que capto son las manos de una chica. No tengo idea de qué título se trata, solo espero que, si no me gusta, tenga cambio en la tienda donde sea que lo haya comprado (aunque simularé frente a él que es el mejor regalo del mundo).

—Quería un poco de privacidad —me explica—. Necesitaba este momento a solas contigo.

La sorpresa me va devorando mientras mi corazón se acelera al hacerme una idea de lo que puede tratarse. Las manos de la chica en la tapa sostienen un montón de rosas color crema y rojo. El cabello ondulado está por detrás de su cuello, solo con un mechón hacia adelante, mientras su nariz reposa en los pétalos, deleitándose con su perfume. Los ojos no se le ven.

—Theo... N... no... No puede...

—Sí. Sí es —declara, pero no termino de creerlo.

Mi corazón va a mil, parece que va a salirse de mi pecho en cualquier momento.

Hasta que leo el título y quedo sin aliento.  
—Theo, no... —es todo lo que alcanzo a articular, sin salir de mi asombro, con los ojos como platos.  
—Mierda, mierda, ¡¡¡mierdaaaa!!! —suelto al leer en la tapa:

*ROSAS PARA JUDE*  
*@Anniex1D*

Y la etiqueta de que es un éxito en la web.  
—¡¡¡NO PUEDE SER!!! —le grito aún sin salir del asombro—. ¡PERO SI NO SALDRÁ SINO HASTA DENTRO DE UN MES Y MEDIO!  
—Exacto. En febrero —señala y abro el libro, deleitándome con las hermosas páginas.

Le doy la vuelta y me encuentro con que la contratapa es un chico musculoso con camisa negra rasgada en las mangas, que sostiene el mismo ramo de flores pero en gesto de estar entregándolo. De pronto caigo en la cuenta de que la portada es Jude recibiendo el ramo y la contratapa es Darius entregárselo. ¡¡¡POR TODOS LOS CIELOS, ES HERMOSO!!!

Lo abro, exploro sus páginas con el adictivo y exquisito olor a libro nuevo. El tacto suave, su textura, el relieve sobre las letras... es asombroso constatar que conozco este libro desde que solo era una historia para leer online y hoy es esta preciosura que tengo entre mis manos. Y aún así no termino de creerlo, es imposible, ¡no sale sino hasta febrero!

—No entiendo —murmuro mirando las solapas—, he estado sumamente atenta a que surja una preventa pero no había novedades... Y de repente llegas con esto y me dejas así...

Mi tono de voz se va apagando al ver la foto de la autora.

La... autora...

—Creo que tengo algún contacto cercano que pudo conseguirme el libro antes para entregárselo a mi chica.

Su tono de voz es ronco y varonil. Se mete en mi cabeza dejándome atónita, sin aliento, al tiempo que leo el comienzo de la descripción de nuestra escritora, que en realidad es un varón y estoy a punto de infartarme:

*«Anniex1D» es el seudónimo con el cual escribe Theodore Landon, un joven de veinte años estudiante de Medicina...*

—Es una broma, ¿verdad? —lo miro.

—Nop.

—Dime dónde está la cámara. ¿Empezaste un canal en YouTube donde subes bromas pesadas a la gente, acaso es eso? ¿O de esos que les hacen bromas pesadas a sus novias?

—Nada de eso.

—Dime la verdad.

—Te estoy diciendo la verdad: yo soy el autor de *Rosas para Jude*.

Sus palabras podrían enamorar a cualquiera, sin embargo hay ciertas cosas que empiezan a cerrar en mi interior aunque no son suficientes para convencerme por completo.

—¿Recuerdas cuando le escribiste un mensaje a Annie y ella te contestó? —me dice, dejándome absorta de que él lo sepa—. ¿Recuerdas cómo fue que ella firmó su respuesta al final?

La imagen se aparece en mi cabeza en forma de letra.

—Con una... «T» —digo finalmente.

Y quiero golpearlo.

Quiero recriminarle que deje de jugar conmigo, con mis sentimientos, quiero llorar y reír a morir, quiero abrazarlo pero también tirarlo al suelo y patearlo insufriblemente.

—¡ME MENTISTE! —farfullo presa de la indignación.

—Nop. Solo te oculté esa parte.

—¡Ocultar algo es mentir!

—Técnicamente no, son dos cosas distintas.

—Pero, si vamos al caso, TENDRÍAS que habérmelo dicho.

—¿Acaso tú me lo preguntaste alguna vez?

—¿Cómo iba a imaginarme...?

—¿Alguna vez me preguntaste si yo escribí un libro, Tracy?

Sus palabras logran cierto efecto en mí al escupirme en la cara que nunca he tenido grandes expectativas sobre él. He sido horrible y no hago más que criticarlo.

—Theo, yo... —murmuro.

—Descuida. No me extraña que pienses así. Es la costumbre.

A continuación, creo que se irá, presa de la decepción, sin embargo toma mi mano y se acerca a mí clavando sus maravillosos ojos grises en los míos, que tiemblan, que se encogen, que se sienten tan temerosos y atraídos hacia este chico como la primera vez.

—Pero esa es la diferencia —dice—. Antes nadie esperaba nada de mí, ni yo de los demás. Tenerte conmigo me ha convertido en una persona nueva: quiero que confíes más en mí y en lo que puedo hacer.

—Nunca dudé de ti —le confieso y me coloco el libro bajo un brazo para poder tomar su otra mano—. Yo siempre estaré para ti. Aunque seas un idiota, un patán que me ocultó algo tan... lindo como esto, sé que debes haber tenido tus motivos. Aunque lo niegues o intentes parecer diferente, eres una persona hermosa, sensible, con el corazón tan grande como un mundo entero. Y quiero tener lugar en ese mundo. Te amo, Theo.

Él sonríe un poco empalagado por mi honestidad.

Se inclina y deposita un beso sobre mis labios. Esta vez el sabor a menta mezclado con champagne llena mi interior, me rodea la cintura y me quita el libro haciendo que ambos lo presionemos con nuestro abdomen, en vistas de que no se caiga.

—De ahí es de donde sacas el dinero para todo lo que has empezado a hacer, ¿verdad? —le pregunto.

Él asiente.

—Me pagaron muy bien por el libro —señala—, les gustó tanto que hasta se lo propusieron a otra casa editorial, donde se vendieron sus derechos de traducción.

—¡Eso es fantástico, Theo!

—Y recién comienza. Mientras, quiero compartir cada momento que pueda a tu lado.

Lo miro frunciendo el entrecejo.

—Tiempo atrás hubieses salido corriendo antes de confesar algo así.

Él ríe.

—Bueno, pero ese era el viejo Theo.

Lo pienso varias veces hasta que, luego de un casto beso, reconozco:

—Me gusta el nuevo Theo... Pero el viejo también. Tomaré el pedido de saber si puedo quedarme con ambos. ¿Puedo?

Le hago ojitos y él esboza una media sonrisa.

—Siempre seré tuyo, nena. Siempre.

Y me atrae hacia sí para fundirnos en un nuevo beso.

Él es mi pequeño infinito. Mi infinito incierto.

Y no quiero que sus brazos me suelten jamás.

# #DIECISIETE AÑOS DESPUÉS

112

THEO

La luz de la linterna ilumina todo el sector oscuro. El miedo atraviesa nuestros huesos y percibo el modo en que el entorno se convierte en una cueva del inframundo, en un viaje a la profundidad de la tierra.

Los soldados siguen bajando hasta que escuchan que las paredes y el techo tiemblan. ¡¡Habr  un derrumbe pronto!!

Tienen que escapar antes de que mueran aplastados.

Así es como los soldados empiezan a correr y a correr mientras el corazón les palpita con fuerza. Las rocas caen y rozan a los sujetos hasta que finalmente se empiezan a precipitar con mucha más rapidez y peso de lo que las fuerzas de los humanos son capaces de dar.

 Y así es que una roca aplasta a uno de ellos!

—¡¡¡AHHHHHHH!!!

—¡¡¡THEO!!!

Los niños gritan y de inmediato se enciende una luz en el patio, y me arruina todo el panorama que había creado. Los niños salen de la carpa en busca de alguien que los salve, mientras me dejo caer entre los almohadones rosas y azules.

—¡¡¡Otra vez asustando a los niños con tus historias de terror!!!

Opto por salir de la carpa y me encuentro con ella.

Su hermoso cuerpo, su cabello negro rizado, sus mejillas sonrosadas y sus labios llenos. Sus ojos son dos gemas cristalinas que me enamoran todos los días; no deja de sorprenderme con su belleza natural.

—No eran historias de terror, Tracy —me excuso mientras avanzo sobre el césped del patio, que me acaricia los pies dentro de los calcetines.

—Sí que lo eran —dice mi hija pequeña abrazada a las piernas de su madre. Tiene sus mismos rizos color azabache y mis ojos grises, cargados de picardía—. Pero me gustaban.

—¿Y por qué saliste corriendo? —le pregunto.

—Porque Tim salió corriendo. Él sí se asustó —señala.

Tim es un vecinito al que no soporto. Se la pasa metido en casa, a veces me pregunto cómo es que mi hija no se encontró una amiguita con quien jugar y no ese niño entrometido que busca a mi bebita como si fuese presa fácil. ¡Y no será así en absoluto! ¡No, señor!

—No es cierto —contradice Tim a mi hija, Thacy.

—Sí que lo es —ella lo busca.

—Tú también te asustaste.

—Ves, acabas de admitir que te dio miedo. Si hasta trajiste tu osito de la carpa.

Los dos están en pijama y mi hija permanece en lo cierto: Tim salió corriendo con su osito de felpa en los brazos como si ese muñeco lo fuese a proteger de las rocas que mataron a los soldados; quizás ellos lo interpretan como algo de terror pero tengo la ligera sensación de que está basada en hechos... reales.

—Los ositos son para las nenas —murmuro muy bajito.

—¡¿EH?! —salta Tracy.

Mi hija suelta una risita y Tim se sonroja tanto que sus enormes mejillas parecen hervir; el hecho de tener el cabello rojizo y pecas lo hace parecer aún más colorado.

—¡THEODORE LANDON! ¡RETRÁCTATE! —me reprende mi esposa, quien se muerde los carrillos para evitar reírse. Al parecer no piensa dejar sin defensa al niño.

—¡Entonces el osito es mío! —suelta Thacy sacandoselo al niño de los brazos, que reacciona y me sorprende ver que se debate entre pedirselo de regreso a Thacy o no.

—¡N... no! ¡Devuélvemelo! —decide al fin.

—No, no. Es mío —me llama la atención el modo en que lo provoca. Estoy considerando seriamente la idea de encerrarla en su cuarto y darle de comer por una rindija hasta que cumpla los veinte, con tal de que ningún chico se le acerque.

—Si es tuyo, ¡búscalos!

Thacy sale corriendo y Tim se contiene un momento, hasta que no lo tolera más y va en busca de mi hija en el interior de la casa.

Finalmente, Tracy no la puede contener más y suelta una carcajada, cruzándose de brazos para no desternillarse de la risa.

—Vamos, eso ha sido cruel —resalta—. Otra vez asustándolo. Creo que, mientras más lo intentes, más asegurado tendrás el fracaso y ella más querrá tener a Tim cerca.

—Parece que ese niño no tiene casa. Hasta duerme aquí, no puedo creer que la busque así a mi beba, ese... maldito...

—¡Hey! —me reta—. ¡Es solo un niño! ¡Ambos lo son!

—Ya, ya.

Le acaricio los brazos un poco arrepentido de lo que dije, pero no de los sustos que me gusta darle a ese pequeño miedoso.

Beso a mi mujer en los labios y ella me corresponde. Tengo que inclinarme un poco hasta quedar a la altura de sus suaves labios y así permanecemos durante un instante, hasta que escuchamos la puerta de casa abrirse y cerrarse de golpe. El típico llamado de...

—Austin —murmuro cuando me aparto—. Ese chico parece no controlar todavía la fuerza de su cuerpo.

—Hombrecito, querrás decir. Apenas tiene quince y practicar natación será una buena forma de que pueda canalizar toda su energía.

—Y para lo que come, tendré que escribir quince *best sellers*.

—Necesita alimentarse, está en pleno crecimiento.

La miro y ella sonrío. Nos quedamos así un momento mientras escuchamos los pasos de Austin por las escaleras y a continuación se enciende la luz de su dormitorio en la planta alta. Se oye un nuevo portazo.

—Nos dejará sin casa en cualquier momento —me mofo.

Tracy coloca sus manos sobre mis hombros y vuelve a ponerse en puntas de pie.

—Déjalo que descanse. Recién llega de sus competiciones.

Y son sus palabras las que me dejan pensando...

—Él recién llega y nuestra hija mayor ya se va... Pero se va y no sabemos si va a volver.

—Por supuesto que volverá. En vacaciones, días de cumpleaños, fines de semana familiares...

Suspiro.

—Siempre buscas sacarle lo bueno a todo, ¿no es así, Trais?



De pronto ella me da un beso casto en la barbilla.  
—Los chicos crecen —dice—, nosotros también.  
—Pero siempre nos mantendremos jóvenes.  
—Por supuesto. Aunque no conviene negar que en la vida estamos de paso.

A continuación, rodeo su cintura y vuelvo a buscar su boca, donde murmuro:

—La diferencia está en que algunos no se animan a dar el paso. Otros decidimos hacerlo y ser jóvenes. Siempre jóvenes.

## 113

### AUDREY

Cuando llego a casa, me siento sumamente agotada. Los zapatos altos me hacen doler los tobillos y los talones, por lo tanto apenas bajo del auto me los quito y sigo descalza hasta la entrada. Abro con mi llave, para encontrarme de inmediato con el delicioso aroma de comida recién hecha. Voy hasta la cocina, donde está Charlie con su delantal, preparando una salsa de tomates, al tiempo que hierve pasta y tiene la TV encendida a un costado. Ni siquiera repara en mi llegada. Es sumamente extraño y graciosísimo verlo con los enormes músculos que ha sacado en los últimos años y en delantal, cantando al tiempo que prepara la cena.

Apenas repara en mí, se le dibuja una sonrisa en la cara, pero se da cuenta de que me he quedado mirando su delantal verde y se lo quita de inmediato con algo de vergüenza; ahora puedo ver perfectamente su torso desnudo. Pese al paso de los años, se mantiene estupendo.

—Hey, hola —dice—. Llegas más temprano hoy.

—La oficina era un caos y un sexto sentido me indujo a ver a mi sexy marido cocinando sin camisa, en jeans y delantal.

—Oh, ya. Es para no ensuciarme.

—No dije que no me guste. Al contrario, un día de estos tienes que hacerme el amor con eso puesto.

Su gesto cambia a uno plagado de picardía y se acerca a mí. Me siento a un lado del fregadero y él me asecha. Su enorme masa muscular ha crecido por los duros entrenamientos de hasta hace unos pocos años, en su trabajo de boxeador. Decidió dejar la universidad para dedicarse, a tiempo completo, a esa labor, sin embargo, tras cumplir los treinta y cinco decidió dejarlo luego de pagar con cuatro dientes rotos; desde entonces se dedica a ser entrenador, por lo tanto hay ocasiones en que tiene trabajo y otras en que no. Algunas veces gana buen dinero y otras simplemente gana dinero.

Él se sigue acercando hasta acorralarme y se queda de pie frente a mí, colocando uno de sus fibrosos brazos contra la alacena superior.

—¿Qué tal estuvo la oficina? —pregunta.

—Con mucho trabajo. Pero no deja de molestarme que Tracy Smith sea mi jefa.

—¿Es muy mandona?

—Al contrario. Es tan buena y a todos les da tantas oportunidades que hace rato hubiese echado a un par de inútiles de esa empresa. Es una editorial grande pero podría ser la mejor si endureciera el carácter.

—Es posible.

Charlie reclina un poco la cabeza y hunde su nariz en mi cuello. Me roza con su tacto, con sus labios, con su barba, hasta hacerme estremecer, cautiva del placer.

—Si no te gusta... el trabajo... puedes dejarlo... —murmura entre besos.

—Para nada. Ya me rebajé al pedirle trabajo y lo haré valer. Además, tú ahora no estás entrenando a nadie y Demian tiene que comer cuando llegue de la escuela, así que...

—Shhhh.

En verdad, me silencia apenas toca el bretel de mi vestido. Luego encuentra el otro y los desliza hacia abajo, haciéndome estallar de placer. He estado con muchos chicos, pero él definitivamente se ha ganado, con el tiempo, el título de «amante fabuloso».

Cuando mi vestido ya está lo suficientemente abajo, vuelve su boca a la mía y me inunda con su peculiar aliento a salsa de tomate; es delicioso y, además, el hambre me está matando, pero él me tienta aún más.

A continuación, sin despegar sus labios de los míos, desprende el sostén y lo deja caer frente a la heladera, pero no me importa. Con mis senos al

descubierto, rodea mis brazos y pego mi torso al suyo, deleitándome con la deliciosa sensación.

Él se pega aún más a mí y rodeo su cintura con mis piernas. La enorme erección ya se marca bajo su pantalón y presiona mi entrepierna.

—Déjame quitarte esto —se aparta y señala mi vestido. Me lo arranca finalmente y lo arroja a cualquier lugar. Quedo solo con mis bragas y las pantimedias oscuras.

Adherida a él con desenfreno, busco su cinturón para desprenderlo; él se inclina sobre mi pecho y encuentra uno de mis pezones. Cierra su boca en él mientras acaricia el otro con una mano. Lo lame, lo mordisquea y chupa con frenesí.

—Oh, Char...

Mis sentidos se anulan y Charlie destroza mis bragas sin despegarse de mis senos. Me acaricia entre las piernas con dos dedos, de modo suave y luego más intenso, hasta que me humedezco y él se excita aún más.

—Tenemos cinco minutos hasta que esté lista la pasta —masculla con uno de mis senos en su boca.

—Hazlo —le ordeno.

Finalmente sube y saca su billetera de los jeans. Extrae un preservativo y deja caer el pantalón con su bóxer gris. Se coloca el profiláctico en el sexo y lo observo con deseo.

Sin verlo venir pero esperando eso con ansias, su miembro duro entra en mi entrepierna y me arranca un profundo suspiro cargado de placer.

Dejo reposar mi cabeza contra el mueble de la alacena y él hace lo mismo sobre mi pecho. Siento la barba en sus mejillas acariciando el valle entre mis senos mientras sale de mi interior.

—Wow —jadeo—, tendrás que cocinar más seguido. Y usa el maldito delantal, que te queda condenadamente sexy.

—Como diga, mi señora ama —se mofa y ambos reímos.

—Creo que debo ayudarte a limpiar acá antes de que sigas con la comida. No queremos que nuestro hijo sepa que al regresar va a comer espaguetis hechos en el mismo sitio donde sus padres hicieron el amor.

—Él existe gracias a que sus preciados padres tuvieron sexo desenfrenado en una camioneta junto a un acantilado.

Suelto una risita que le da la razón y bajo de la mesada logrando apartarlo un poco. Ya me empieza a dar calor y odio sentirme pegajosa;

definitivamente necesito un baño.

Busco mi sostén y mi vestido, que fueron a parar al suelo. Cuando me incorporo nuevamente, me encuentro con Charlie pegado a la pantalla de la TV mirando estupefacto las noticias, y eso me deja consternada.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

Él señala la pantalla.

El título de la nota me deja sin aliento:

ATAQUE EN ICONIC VALLEY  
LA PLAZA CENTRAL APARECIÓ MANCHADA DE SANGRE CON  
UN EXTRAÑO ANUNCIO: «BAD BOYS VIVE».

114

TRACY

Hasta aquí hemos llegado.

A veces me pregunto por qué las cosas sucedieron de esta manera y no de otra. Me pregunto qué habría pasado si ciertas casualidades que se cruzaron en mi vida no hubieran ocurrido, pero en verdad ocurrieron. Por suerte. Y no lo cambiaría por nada.

A veces me siento demasiado afortunada.

Para tener todo lo que hoy me rodea ha sido necesario pasar por muchos sacrificios, por situaciones duras en verdad y al día de hoy eso es algo que sigue. Que seguramente traerá otro futuro, otro porvenir, ¿mejor o peor? Todo tiene su porqué. Y es imposible eliminar el sufrimiento pero lo que sí es posible es renunciar a la vida, a la felicidad. Es renunciar a un presente que lo es todo.

Es renunciar al amor.

El amor es un pilar enorme, que lo sostiene todo.

El amor puede salvarle la vida a una persona, a un gatito abandonado; puede aliviar el padecimiento de un enfermo o hacer que una persona logre titularse; el amor es eso que hace que dos personas se junten y crezcan, que de ser dos solitarios pasen a ser un equipo, dos socios, dos amigos, dos

amantes que tienen sus diferencias y que las tendrán siempre. Porque son esos defectos, ese punto de inflexión lo que une a esa pareja. Lo que hace del otro el síntoma para uno. Lo que nos permite elegir qué deseamos soportar, cuánto y con quién. Y es que no se puede extirpar el dolor pero sí hacer algo nuevo con él.

Todo está al alcance de nuestras manos.

Somos el producto de nuestras propias decisiones: yo me reconstruí a mí misma.

Tenemos responsabilidad en lo que elegimos pero no en lo que nos toca. Aunque gracias a lo primero podemos hacer algo nuevo y hermoso con lo segundo.

El amor hace que de dos personas surjan tres, cinco o diez.

Hace que ganes tu redención.

Porque estoy segura de que los ojos de Dios no miran a quien juzga o a quien daña sino a quien ama sin medida, sin condiciones, a quien sonrío al otro y lo cuida. Te preocupas, lo abrazas cada día, haces cosas maravillosas y te llegan aún más maravillas a ti.

Porque de eso se trata. De vivir.

De vivir y maravillarte con eso.

Mientras alguien nos espere al llegar a casa, mientras nuestro pecho se sienta pleno al dar un regalo, mientras suframos, mientras lloremos de felicidad, dejemos que el mundo explote y vivamos.

Y vivamos, y cumplamos nuestros deseos, y no critiquemos.

Solo se trata de eso. Se trata de seguir. De amar. Y de seguir viviendo.

Tuve muchas sorpresas en los últimos años. Empezando por el día en que me enteré de mi primer embarazo y el mundo entero se quebró. Luego se reconstruyó y me dio un enorme motivo para seguir viviendo: una vida indefensa dependía de mí. Pero es cierto que no todo es como uno lo espera...

Mamá murió dos días después de aquella Navidad y nunca conoció a su nieta. Mi vida se despedazó en cuanto la vi desplomarse mientras cenábamos con ella. No me despegué ni un segundo, sé que cometió muchos errores, sé que los cometí yo, pero también sé que pasó por momentos difíciles, que ambas los pasamos, que de pequeña muchas veces tuve hambre, que muchas veces me faltó, que lloraba en casa mientras

pasaba las noches sola frente a mis muñecas, mientras el estómago rugía y le preguntaba a Dios por qué un niño tiene que vivir así.

Ella hizo todo lo posible. Me faltó su afecto las noches enteras que se pasó estudiando, tuve la mirada de mis abuelos cuando la pedía pero no la de mi madre, ya que ella hizo cuanto pudo, pero aun así siempre faltaba más.

La noche del 27 de diciembre mi corazón dolió con fuerza al despertarme a su lado, en la cama del hospital, y me encontré con su cuerpo sin vida y una máquina a mi lado mostrando que ya no tenía pulso. Recuerdo que una enfermera llegó, seguida de otra más y de un doctor. Comprobaron sus signos vitales, me sacaron de la habitación y permanecí atónita mientras la puerta se cerraba y solo dos palabras aparecían en mi cabeza taladrándome y despertándome las noches siguientes para siempre: se fue.

*Se fue.*

*Mamá no está.*

*Papá tampoco.*

*Estoy sola.*

*Como al principio.*

*Estoy deshecha.*

Recuerdo con nitidez todos los pensamientos que se me cruzaron en esos momentos, hasta un punto en que no pude pensar en más nada, ni proferir una sola palabra.

Theo me estrechó en sus brazos y el mundo entero se derrumbó.

Él fue lo único que me sostuvo. Fue lo único que me dio un poquito de vitalidad y aliento mientras mamá permanecía dentro de esa horrible habitación ya sin vida; por una enfermedad de mierda que la destruyó. Que me la quitó cuando más la necesitaba. Y nunca más me la va a devolver para tratar de rearmar una relación marcada por penurias y discusiones.

Antes quería que ella pudiese aceptarme sin exigir más de mí, sin esas expectativas tan altas que obviamente jamás iba a poder cumplir. Sin embargo, con el tiempo aprendí a vivir con eso y caí en la cuenta de que, para ser feliz, tendría que alejarme.

*Ser yo misma.*

Pero al regresar, fui cumpliendo todo aquello de lo que me había protegido: quedé embarazada al terminar mis estudios de escuela.

No me pude despedir de ella.

La noche anterior sufrió mucho, se quedó sin aire en varias ocasiones y el respirador artificial parecía estar padeciendo con ella la falta de energía en sus pulmones demasiado débiles.

Cuando consiguió recuperar un poquito de oxígeno, dijo con un esfuerzo sobrehumano que solo quería descansar. Que solo quería dormir.

Y le dije: «Mamá, ¿sabes qué es lo que hago cuando no me puedo dormir?».

«Dime, hija».

«Canto. Canto una canción que me enseñaste de pequeña. Y que la abuela te enseñó a ti. Y que ella me cantaba cuando tú no podías hacerlo».

«Canta, hija. Por favor, canta para mí».

Jamás pensé que lo haría, pero saqué fuerzas y aliento de donde pude, de un pequeño rincón donde creí que no quedaba más energía, y las palabras fueron fluyendo con una melodía que hacía años no escuchaba ni pasaba por mi cabeza, sino hasta *hoy*.

Hasta este día.

*¿Estás ahí? ¿Estás ahí?  
Pequeño niño que saltas y ríes antes de dormir.  
Nunca calles que tu risa da amor y ganas de vivir.  
Hay cosas asombrosas que quedan por descubrir.*

*¿Estás ahí? ¿Estás ahí?  
Niño de ojos grandes que te enojas y pataleas antes de venir.  
Tú estabas cómodo y ahora te tengo aquí.  
Perdón por este mundo pero mi vida te pide a ti.*

*¿Estás ahí? ¿Estás ahí?  
Criatura llena de vida, déjate sentir.  
Te protegeré de monstruos y velaré al dormir.  
Ríe siempre, yo nunca te dejaré ir.*

*Estás ahí,  
me buscas,  
te encuentro,  
tú lloras,  
te espero,  
mi vida,  
no sufras,  
es hora de que llegues,  
y sepas de amor.*

*¿Estás ahí? ¿Estás ahí?  
Pequeño niño que saltas y ríes antes de dormir.*

*Nunca calles que tu risa da amor y ganas de vivir.  
Hay cosas asombrosas que quedan por descubrir.*

Y cerraste los ojos, mamá. Dormiste. Iniciaste un descanso que calmó tu dolor... y te extraño.

Te extraño todos los malditos días.

## 115

### TRACY

En marzo supimos que sería una niña y decidimos llamarla Jude. Sí, por el libro de Theo. Nunca podría haberme imaginado que esa historia me cambiaría tanto, que de ella dependerían mi familia, mi futuro, el nombre de mi primera hija.

La elección fue mía. Lo propuse y Theo quedó fascinado, principalmente por el misterio que esconde el nombre, que puede ser usado para un niño o para una niña.

Jude nació en agosto. El parto fue por cesárea y el corte me dolió unas semanas, aunque mucho menos de lo que esperaba.

Tomé el programa virtual de la IVU para seguir con la carrera de Letras, bajo la licenciatura por maternidad. Theo, con su libro a cuestas, demoró un poco más en terminar la carrera de Medicina, de seis años, pero la hizo en ocho. Para entonces ya teníamos dos hijos.

Traté de que la infancia de Jude no fuera como la mía; traté de darle toda la atención posible, con la ayuda de tres valiosas mujeres que me dieron una enorme contención mientras Theo hacía las presentaciones de *Rosas para Jude* y cerraba un trato para varias traducciones, hasta dar en la bendita tecla, cuando hizo un contrato para la realización de una serie con una reconocida productora de cine y TV; esta fue un éxito y catapultó a mi marido a una cuenta bancaria gruesa que nos hizo mucho bien, ya que mantener una casa, una beba, dos empleadas y una mujer que me ayudaba con las necesidades de Jude es mucho más difícil de lo que pensaba. Ah, y un jardinero. Resulta que la casa de los abuelos es mucho más grande de lo que creía.



Y he aquí otra novedad.

Es que tras el horroroso fallecimiento de mamá, los abuelos decidieron ir a su casa para ocuparla, donde prácticamente adoptaron a Richard como un hijo y nos regalaron a Theo y a mí su casa. El único problema fue que ellos vivían lejos y el traslado de las cosas no fue en absoluto sencillo.

Con el primer depósito que le hicieron a Theo, a cuenta de su primera traducción, compramos muebles en lugar de mudarlos, ya que tampoco teníamos muchos.

Richard también hizo su parte y, luego de asegurarse una buena chorrada de ingresos en su trabajo, decidió dejarlo y conocer a Jude. En uno de los viajes, tomó la decisión de emprender el papeleo para adoptar él solo a un niño. Resulta que mamá tenía ese plan y nunca lo pudo realizar. Me pregunto cuántos otros planes quería concretar y no pudo.

Así fue que Theo perdió los primeros meses de alquiler que pagó por la casa donde ya había proyectado nuestra vida cerca de Iconic. Suerte que el programa online solo me obligaba a viajar para rendir los exámenes finales y él encontró sede de la Escuela de Medicina en nuestro nuevo lugar de residencia.

Como a veces sucede, cada vez que aparecía un nuevo obstáculo, parecía que la vida se venía abajo, sin embargo solo fue cuestión de perseverar y buscar siempre hasta la última solución; no se puede vivir quejándose y lamentándose.

El segundo bebé llegó cuando creía tener elaborado ya mi duelo por aceptar que Jude empezaba a caminar solita, a correr, a comer, con sus dos añitos. De este modo, me enteré de mi segundo embarazo luego de una seguidilla de síntomas (por ejemplo, vomitar en el traje de Theo mientras le arreglaba la corbata para su primera presentación como flamante autor de la serie *Rosas para Jude*). Me hice un test de orina y dio positivo. Me hice otros tres y los tres arrojaron el mismo resultado, que terminé de confirmar con un análisis de sangre.

Solo me quedaba un año más para terminar la universidad y parecía que, mientras más se acercaba el momento, más lejos se veía, pero resultó ser que nunca pude haber estado más equivocada.

Fue difícil el embarazo, más una niña que empezaba a mostrar su ambivalencia de amor/celos, un marido estudiante y escritor, una casa enorme que mantener y el montón de libros y apuntes esperándome en mi estudio. Sin embargo, el tiempo pasó más rápido de lo que imaginaba.

En cuanto nos enteramos de que el segundo bebé sería varón, dejé en manos de Theo su nombre, ya que yo había elegido el de nuestra primera hija.

Así fue como llegó Austin. Sí, en honor al hermano mayor de Theo, al que asesinaron.

Margot reaccionó un poco reacia al nombre, pero lo terminó aceptando. Más aún cuando nació el pequeño y las primeras palabras de ella al tenerlo en brazos fueron «es igual a él», y no se refería precisamente a Theodore...

Mi marido terminó aceptando a medias las disculpas de Henry. Influyó un poco en eso, con la idea de que quería que mis hijos tuviesen una buena relación con todos sus abuelos (también los «abuelastros») y que creciesen viendo que los hijos aman y perdonan a sus padres.

Así fue. Tanto Margot como Henry y Richard se ocuparon de hacer lo suyo en mimar y malcriar a mis dos pequeños. Por supuesto que las nuevas parejas de los padres de Theo participaron debidamente. Paris se acercó más a su nuevo hermanito; con el tiempo decidió vivir con su padre, para ir a la misma preparatoria que el chico cuando este estaba por terminar la primaria.

Unos años después, Richard consiguió la patria potestad de un niño adorable y sumamente inteligente pero indefenso, ya que era sordo. En cuanto lo conocimos, todos no enamoramos del pequeño y puedo asegurar que tuvo la mejor de las suertes al haber caído en manos de un padre maravilloso y de unos abuelos que se encargaron de concederle todos sus caprichos, al igual que ponerle límites y darle apoyo cada vez que lo necesitó.

Respecto a nuestros amigos, Jacob y Carl también siguieron viviendo juntos. Carl estudió Ciencias Empresariales y Theo decidió realizar una enorme inversión con él y así fue que los cuatro fundamos una editorial donde mi título de Licenciada en Letras me autorizaba a ejercer como directora de la empresa.

Aunque los negocios nunca fueron lo mío, por suerte siempre estuvo Carl para eso. Jacob decidió seguir su camino estudiando Diseño y ahora es nuestro tapista de lujo. Creo que hacemos un gran equipo: Theo recibe las obras y junto con el equipo de editores deciden cuáles quedan en nuestra casa editora. Yo con otro grupo de fabulosos chicos nos encargamos de hacer la pertinente corrección de los textos; si bien como directora editorial no tendría que ocuparme de esto, lo sigo haciendo porque realmente me

gusta. Carl está a cargo del asunto contable, junto con los profesionales de esa área. Jacob y los chicos de Diseño, Prensa y Publicidad están a cargo del resto de las cuestiones, para dar a conocer los títulos nuevos. Por supuesto, la empresa tiene más gente, a cargo de las presentaciones, de hacer los envíos, etc. Por lo tanto, no es común que nos falte personal. Y no hace mucho Audrey empezó a trabajar para nosotros como secretaria en la recepción.

Y he aquí un nuevo asunto.

Ella se juntó con Charlie y nunca se casaron pero al día de hoy tienen un hijo: Demian. Un rebeldón adolescente de dieciséis que ha sacado los mismos genes revolucionarios de su madre pero el corazón tierno de su padre. Les suele dar algunos dolores de cabeza pero estoy segura de que el tiempo irá haciendo su parte.

Charlie decidió dejar sus estudios universitarios para dedicarse al boxeo, con el que no le fue nada mal. Se compró una casa en Iconic, donde con Audrey iniciaron su propia familia. Forjaron una relación que no esperaba, pero firme; con el tiempo ella superó lo de Theo y Charlie, lo mío.

Volviendo al asunto de Carl y Jacob, no solo son nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo, socios y familia, sino que son nuestros vecinos. Viven a tres cuadras de casa y, cuando no tengo ganas de conducir, alguno de ellos pasa por mí, o viceversa.

Quizá tantos enredos de negocio y familia hayan provocado algunas diferencias; dicen que no es bueno mezclar ambos asuntos pero a veces resulta inevitable y a nosotros nos ha dado muy buenos resultados.

No solo se trata de mi empresa o de mis socios, como antes mencioné, sino que, aunque haya a veces algunos problemitas menores (ya van nueve años del emprendimiento, y los años no vienen solos, en absoluto), no me puedo distanciar de ellos. Los amo como a mi marido o a mis hijos, y seré la persona más infeliz del mundo el día que alguno me falte.

Lo asombroso es que Carl y Jacob decidieron adoptar y así fue como llegó un niño de la edad de Jude el día de su séptimo cumpleaños.

Lo venían buscando entre papeleos de adopción y lo consiguieron. El chico se llama Harry, tiene el carácter pacífico de Carl y el estilo de Tachas. Es el mejor amigo de mi hija mayor, Jude, y ambos planean volver a Iconic en sus últimas vacaciones antes de empezar la universidad (también allá).

Creecer duele, pero *ver crecer* a tus hijos es devastador. Es una mezcla de orgullo y dolor. Pero aun así se trata de su felicidad y será siempre lo que

ellos elijan; como madre, una no puede hacer más que darles el propio punto de vista, acompañarlos en sus tropezones, y festejar todos y cada uno de sus éxitos. Y con los fracasos igual, ya que se necesitan para aprender.

Pasados mis treinta años, decidí que quería tener un último hijo antes de que el fantasma de la menopausia se haga presente. Y así fue.

Hace cuatro años nació nuestra hija menor, Thacy; a los treinta y siete, está claro que sigo siendo fértil, pero Theo se hizo la vasectomía, así que ya no tendremos más hijos.

Con los años descubrimos un nuevo asunto llamado «La Orden»; se trata de un grupo de Bad Boys y Glorious que decidieron juntarse tomando así una nueva posición frente a los dos sanguinarios grupos anteriores. Con algunos antecedentes como la noche de las bombas o los comunicados de Beth Folleth, me asignaron su nueva mentora y, al día de hoy, nuestras labores son realmente nobles, como debieron ser desde el comienzo: caridad, becas de estudio, ayuda desinteresada, búsqueda de información y una base de datos a disposición de todos, evitar los asuntos turbios, peligrosos, y un juramento de protección mutua para evitar experimentos despiadados como los que hicieron con Kylie y Stefano.

Aquí entra en cuestión el asunto de la rubia que nunca apareció.

Una vez que terminaron la excavación después de la noche de las bombas, dieron con un total de ciento doce cadáveres. Y si bien nuestra vieja «amiga» no figuraba entre ellos, el de May y el de Evans sí. La Doctora Tetas fue asesinada luego de hacer detonar la bomba fuera del despacho de Beth, al menos esa es la conclusión de Theo por las condiciones y el lugar donde fue encontrado su cuerpo.

Sobre los viejos Bad Boys, destaco que mi vieja mejor amiga Lottie siguió ese camino y al día de hoy forma una extraña pareja con Neo, quien a su vez formó pareja con Rebecca. No se aman pero se distraen y viven ebrios en Iconic, lo cual me deja absorta y aun así trato de no juzgarlos.

Audrey también tenía una vieja mejor amiga, Amanda. Me di cuenta de que con los años una cambia las mejores amigas por un hombre y se hace de nuevas amigas.

Amanda decidió alquilar un departamento con Summer. Las malas lenguas dicen que se prostituyen y Dominic se encarga del asunto de los negocios; Cedric seguramente también está metido en eso, pero en este punto hay cosas que prefiero mejor no saber.

## TRACY

Las rueditas de la valija se perciben con eco en el aeropuerto.

Theo lleva el equipaje a rastras en una mano por los pasillos del lugar y a Tracy en su otro brazo. Ella no puede mirar a su hermana porque el llanto irrumpe de nuevo.

—Ya cariño, ya —le digo acariciándole la espaldita mientras seguimos el camino con prisa.

Luego me dirijo a Austin:

—Hijo, ayuda a tu padre con la valija de Jude.

—¿Eh?

Se saca los auriculares y debo repetírselo. Ya que la natación y la pubertad le están dando una espalda ancha y una altura imponente, debo darle la razón a Theo y aceptar que empiece a comportarse como un hombrecito.

Jude va con prisa, mirando las terminales y escribiendo por celular.

—¿Lo ves? —le pregunto.

—Tendría que estar aquí —me contesta. Tiene un collar negro en el cuello y una musculosa ceñida a su delgado cuerpo. Su pelo negro tiene también unas mechitas rubias teñidas y le cae un poco más largo que en carré, hasta casi la altura de los hombros. No entiendo cómo una espalda tan delgada como la suya puede cargar con semejante guitarra eléctrica.

—¡¡Jude!!

Todos miramos en la dirección de la cual provino el grito.

Es él, Harry. Viene desde otra terminal, corriendo con la valija de ruedas, secundado por sus padres, Jacob y Carl.

Harry tiene el cabello rubio y lacio, le gustan las tachas, es listo y ha terminado el semestre con notas brillantes. Jude también ha terminado con buenas calificaciones y ha sido aceptada por la IVU, al igual que Harry, pero ella entra en los grupos promedios.

Desde niños han sido mejores amigos y compartido el gusto por la música; por eso ahora se están por ir a Iconic a tocar con su banda de rock. Sé que lo hacen como un pasatiempo nada más, pero en caso de que decidan emprenderlo con decisión, habrá que sacar el conejo de la galera y

apoyarlos en esa tarea que puede tener importantes frutos o condenarlos para siempre. Si no la Escuela de Música de la IVU siempre será una buena opción.

Harry y Jude se saludan con un choque de manos muy particular y luego ella acota:

—Pensé que no vendrían.

—Lo siento —acota Tachas—, pero alguien tenía que sacar el noventa por ciento de su ropa para que la batería eléctrica entre en el equipaje. Dime ¿cuánto tiempo se necesita para elegir qué platillos necesitarás para la grandiosa noche de tu vida con una banda punk?

Creo que el término punk se dejó de usar hace tiempo, pero todos sabemos qué significa.

A continuación, la cola de gente en nuestra terminal empieza a avanzar y llaman por las pantallas para el próximo vuelo al aeropuerto de Iconic.

—¡Mierda! ¿Tan rápido? —suelto.

—¿Tracy?

Jacob, Carl y Theo dicen mi nombre sorprendidos, secundados por los demás, hasta que Thacy rompe el clima con una de sus angelicales risitas.

—Lo siento, es que...

—Todos te entendemos —dice Carl con un nudo en la garganta.

Y es que el momento se acerca.

La gente empieza a despedirse de sus seres queridos, de ahí en más no los veré de nuevo sino hasta dentro de dos meses. ¡DOS MESES! Es demasiado. No me imagino cuán difícil será el día que deban irse para iniciar la vida universitaria.

—Ya, mamá. Son solo unas vacaciones de verano y estaré de regreso. No te preocupes.

—Lo sé, lo sé —digo y me trago las ganas de llorar junto con el nudo en la garganta; no quiero que piense que su madre es una debilucha que se deprimirá en cuanto esté ella arriba del avión.

Porque en verdad soy una madre debilucha que se deprimirá y llorará en el cuarto de su hija lamentando cómo es que crecen tan rápido.

—Estaré bien —me dice y a continuación me envuelve en sus brazos.

Recuerdo el día en que empecé la universidad. Mamá me fue a dejar a la residencia sin siquiera darme un abrazo. Tampoco yo me animé y eso es algo que siempre quedará inconcluso para mí, no obstante siento que este momento acaba de reparar un poco esa herida abierta.

—Te quiero, cariño. Tú y tus hermanos son todo para mí —le confieso mientras deseo que el abrazo no termine nunca.

—Lo sé, mamá —murmura—. Tú también cuídate mucho. Y no dejes que papá se coma las golosinas que dejé para Thacy.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerlo.

Ambas reímos luego de un beso en su frente y dejo que vaya a despedirse de su padre.

Harry llega a mí y después de un caluroso abrazo le digo:

—Cuida a Jude, por favor. No dejes que nada malo le ocurra. Ella intenta parecer fuerte pero en verdad es muy frágil —me acerco a su oído para que no pueda escucharnos.

—Lo haré, señora Landon.

Suspiro.

—En verdad lo digo, Harry —repito—: Cuida de ella. Y cuida mucho de ti mismo, será difícil estos meses que estén fuera. Cualquier cosa que necesiten no duden en llamar y estaremos ahí en menos de lo que dura un rayo, para colgar de las bolas a quien sea.

Más de una vez la he visto a mi hija llorar en su habitación; algo me dice que un chico está haciendo sufrir a mi nena y no me gusta en absoluto que eso suceda, pero es inevitable.

Sabía que le iba a suceder, como me ocurrió a mí, como le ocurrió a mi madre, y ahora le toca a mi Jude, al igual que les tocará a mis hijos y, a su vez, a los hijos de mis hijos.

Sufrir por amor.

—Deja de amenazar a Harry, mamá —me dice Jude y toma al chico por un brazo, mientras van con las valijas y sus instrumentos colgados al hombro. Ellos nos miran: cuatro padres heridos que dejan ir a sus pichones.

—¡Los quiero! —dice él.

—¡Yo también! —ahora Jude—. ¡Cuídense!

Y se van.

Apenas cruzan el umbral, mi corazón ya los extraña con fuerza. Pero, después de todo, es la vida misma... Unos llegan y otros se van.

Al igual que nuevas aventuras están por comenzar.

\* \* \*

*El lobo estaba perdido cuando encontró a su ángel; creía que nunca iba a poder regresar a casa. Que el camino de vuelta había sido borrado, que las huellas nunca reaparecerían. Sin embargo, encontró a una criatura celestial que salvó a la bestia. Al principio le temía, sin embargo debieron encontrarse, si no él moriría esperando a que saliera y su ángel también perecería a la espera de que se fuera.*

*Se vieron. Se temieron. Se encontraron. Y nunca más se volvieron a separar.*

*Se hirieron el uno al otro, ninguno era inocente.*

*Finalmente, decidieron que, para sobrevivir, tendrían que formar un mismo equipo y vencer sus miedos.*

*En el camino se encontraron con amigos, con otras criaturas que los ayudaron y otros que no... porque evidentemente nunca fueron aliados. Se acercaron, sacaron provecho y los traicionaron. Se dieron a la fuga.*

*El lobo nunca confió en los demonios, pero el ángel decidió darles una nueva oportunidad.*

*Porque un ángel llora si un demonio cae. Siente clemencia de sus enemigos y les perdona la vida cuando no lo merecen.*

*Los más fuertes fueron aquellos que supieron mantenerse unidos. Pero no sin un precio. Pagaron con vida, con sangre. Avanzaron a paso decidido hasta dar con el dolor en carne propia. Hasta que lo lograron y salieron airoso, pero heridos. El tiempo hizo lo suyo: trajo nuevos amigos, las viejas relaciones se afianzaron, otros integrantes se sumaron.*

*El lobo juró su protección. El ángel la recibió. Y así continuaron su camino, a sabiendas de que la vida sigue y hay un montón de obstáculos allá afuera a los cuales deberán hacer frente.*

*Porque a la vida no se le puede escapar.*

*Se trata de dar la cara, de dar pelea, de aceptar que en algún momento vamos a tener que perder, y otras batallas las vamos a ganar.*

*Mucho más está por venir...*

*Mucho más.*



## EPÍLOGO

# ENTRE LAS SOMBRAS DE UN BOSQUE

Seis sujetos se encuentran. Se aseguran de que nadie los vea. Se funden entre los árboles. Se pierden entre la maleza, en la oscuridad. Buscan al diablo y se dejan capturar.

Cuando ya están lo suficientemente cerca del objetivo, deciden dar inicio a su reunión.

Se cercioran de que no haya nadie cerca para escucharlos, ni siquiera un espíritu perdido. Y empieza la reunión.

Hablan, debaten, gritan, se insultan, negocian y, con dificultad, llegan a un acuerdo provisorio pero en nada seguro.

Los seis deciden dar por concluida la reunión. Dos se van por un lado y los cuatro restantes por otro. Dos bandos enemigos que cruzaron palabras sin quedar satisfechos.

De los cuatro, dos se dispersan hasta dar con la carretera, donde yace su auto. Se suben sin dejar de recelar de lo que dejan atrás.

No están tranquilos. Hay preocupación. Hay molestia.

Cuando más necesitan estar en el mismo bando, terminan por dividirse... otra vez.

Tracy Smith se quita los anteojos oscuros y deja reposar su cuerpo contra el respaldo de su asiento.

Theo también se quita los anteojos y, luego de cerrar la puerta, pone el seguro y se quedan en silencio durante unos instantes que se sienten como horas.

Como las *últimas* horas.

—Una verdadera y real mierda —suelta Theo, presa de la bronca y la indignación.

Tracy suspira.

—Al menos me alegra de que Carl esté de nuestro lado —acota no sin ciertas dudas.

—Jacob también.

—Él aún no se decide.

—Carl lo convencerá.

—O podría ser al revés.

Lo peor de todo es que podría ser cierto; la suerte tanto de un lado como del otro está al borde del mismo precipicio.

—No entiendo cómo es que Audrey y Charlie quieren eso —añade Theo—. Quieren ir hasta Iconic y dar pelea contra algo que ni siquiera sabemos qué es. No sabemos a qué nos enfrentamos. Incluso podría ser otra vez un grupo de adolescentes que no tienen nada mejor que hacer que andar escribiendo mensajes de amenaza en lugares públicos. Seguramente vieron noticias viejas y se enteraron de que antes...

—No, Theo —ella se mantiene inexpresiva.

—¿No qué?

—No se trata de eso. Se trata de algo mucho peor.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo dijeron en todas partes: la sangre es humana. Esta gente va en serio y no por casualidad han esperado hasta ahora para hacerlo. Diecisiete años después.

—Diecisiete años después... Mierda. ¡Mierda!

Theo golpea los instrumentos del auto como si tuvieran la culpa de su desgracia.

—Justo ahora —continúa Tracy— que... nuestra hija está allá.

—Yo creo que debemos ir —añade Theo por fin—. Esa fue mi posición desde el comienzo, pero no a matar a nadie.

—Nadie nos ha hecho daño.

—No, pero nuestros hijos están en peligro, y si alguien les tocara un pelo, juro que...

—Eso no va a suceder —la voz de Tracy se mantiene firme como en un juramento—. Eso no va a suceder, Theo. No mientras vivamos.

—Audrey y Charlie tienen miedo, y encuentran como solución matar a los ladronzuelos que están haciendo el daño —explica él—. Esa no es la solución.

—Jacob ha sido tentado por esa opción —añade ella—. Y conociéndolo, se traerá a Harry por la fuerza o bien empleará métodos más drásticos contra los vándalos. Está sucediendo... justo cuando ellos van por primera vez —la voz de Tracy se quiebra y sus ojos se inundan de lágrimas.

Theo la toma de las manos.

—Iremos con Carl para proteger a nuestros hijos —le promete—. Él convencerá a Tachas. Nosotros nos encargaremos de Charlie y de Audrey.

Tracy quiere creerle. Quiere confiar en lo que las palabras del hombre de su vida le dicen. En lo que esos ojos grises llenos de amor expresan.

—¿Y si Audrey está en lo cierto y tenemos que...? —Tracy deja de hablar. Por un momento se deja llevar por las dudas.

Theo la sostiene con fuerza y ella siente su calidez. Siente su fuerza. Su tacto, su compañía. Pero también su miedo.

El temor compartido de que repentinamente todo sea amenazado por las peores circunstancias. Y el valor que les permite comprender los motivos que llevan a alguien a la decisión de morir por amor.

—Tracy —la voz de él se oye firme y con rudeza, lo cual hace que su esposa levante la mirada—. Son dos opciones diferentes y hay que elegir de inmediato una posición... Tú ¿de qué lado estás?

—Del tuyo, Theo. Del tuyo, siempre.

F I N

# AGRADECIMIENTOS

Muchas veces leí en libros de distintos autores que esta es la parte más difícil. Y lo puedo comprobar. No solo porque se juega la cortesía del autor sino ¡la buena memoria! Es difícil recordar a toda la gente que puso su granito de arena para que una historia crezca. Es un proceso duro, con altibajos, con éxitos y fracasos. Una montaña rusa de emociones que necesita de quienes están ahí para sostenerlo a uno en sus momentos más difíciles.

Así es que en primer lugar señalo a quienes estuvieron para brindar su consentimiento y apoyo: mi familia. Mis padres, mis hermanos, mis abuelos. Me dieron su apoyo sin importar nada, confiaron en mí, en lo que podía dar; me demostraron que se necesitan muchos intentos para dar con lo que a uno realmente lo satisfaga y lo haga feliz. ¡Gracias!

A mi pareja, por soportar tanto. Sobre todo por escucharme hablar de esta historia cual loco que parlotea solo de una realidad que únicamente existe en su cabeza.

A mis amigos y compañeros de estudio, que compartieron mis alegrías, y me dieron su hombro para todo.

A Frida y Flopi. Las extraño, perderlas fue doloroso, pero siempre las llevo conmigo.

A mis Zanguangos. Nunca me faltan motivos para festejar con ustedes y eso me encanta. La vida es muy distinta cuando se encuentran personas capaces de divertirte, no importa el momento.

A Camila. Mi primera lectora, mi amiga de más años, de esas personas que ya no se encuentran. Gracias por una Navidad tan linda.

Quisiera destacar a cuatro fieles compañeros que siempre me dieron su compañía durante todo el proceso de escritura: Johnny, Jasi, El Gato Gordo y La Gata Gris. Ahí estuvieron, desde los primeros capítulos de #MALOS, cuando en sus viejos tiempos era *Bad Boys*. Pienso en ustedes y ruego que llegue el día en que cada animalito callejero llegue a una casa, tenga comida, techo y un dueño o dueña a quien le sobre cariño.

A la música. El motivo de los motivos, en cada capítulo.

Al equipo de Wattpad por haber hecho algo tan grandioso, por acompañarme y responder a cada una de mis dudas.

A Planeta: les propuse un mundo y le dieron vida.

Y llego a la mejor parte (sí, soy de esos obsesivos que gustan dejar lo mejor para el último): mis lectores.

Son LO MÁS IMPORTANTE, sin sus primeros votos que me animaron a seguir, que desde el comienzo lograron de la historia algo asombroso, no sé de dónde hubiese sacado la fuerza para continuar. Llevaba tiempo queriendo escribir en el género y fueron la brújula que necesitaba para orientarme en la tarea. Sepan que me he reído mucho, tanto que cada noche antes de dormir leía lo que opinaban convirtiéndose en mi pasatiempo favorito: leer las respuestas que daban a los diálogos.

También a quienes hicieron portadas, fanfics, edits, personajes, cuentas en Instagram, memes y mucho más. Podría escribir otro libro si juntase todo lo que hicieron por #MALOS - *Bad Boys*.

En particular quisiera resaltar la labor de quienes se encargaron de hacer las primeras reseñas de la historia:

@just\_Walk (en su blog «Lo que no sea escrito» hizo un gran trabajo).

@GabrielaJerardo (una reseña en Wattpad superexhaustiva de esas que realmente te orientan).

@historias\_love30 (con un desempeño en Instagram que amé desde el primer instante, tanto en redes sociales como en Wattpad).

¡Y más que realizaron tareas impecables!

También a quienes dieron casa a los fans esparcidos por el mundo.

Quisiera mencionar especialmente a los lectores de México, Colombia y España, que siempre se sostuvieron como los países donde más se leía la novela. A las lectoras de Chile, que me recibieron con un cariño superagradable el día que viajé; al día de hoy conservo sus regalitos.

Ha sido un camino largo, que se transita demasiado rápido, pero que siempre resulta gratificante.

Escribir es pasión y da vida. Al menos, esa es la función de la escritura en mi vida.

Cuando publicaba desde la web, cada capítulo terminaba con la misma nota de mi parte, que no puedo dejar de mencionar aquí:

*Es todo por ahora.  
Les amo con mi «kora».*

Besos 😊

*¡¡Será hasta la próxima!!*

*L.*

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

